HORIZONTE

MARÍA IGLESIAS

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS

edhasa

HORIZONTE

MARÍA IGLESIAS



En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.



Diseño de la sobrecubierta:
Primera edición impresa: septiembre de 2023
Primera edición en e-book: septiembre de 2023

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-4933-7

Producido en España

A Marcos Donas, juntos frente al viento.
A Sani Ladan, Ana Rosado y Marie Dodo,
inspiradores más allá de páginas.

«… EL HORIZONTE
SE HA CERRADO.
Y no hay salida».

Vicente Huidobro, *Canción Nueva* «Nadie ha logrado captar realmente
qué sucede ni por qué.
Tal vez sólo sentimos ausencia de futuro, porque el presente se ha vuelto

demasiado abrumador
y por tanto se nos ha hecho imposible imaginar un futuro».

Valeria Luiselli, *Desierto sonoro* «Cuando era niña, pasaba mis vacaciones en el norte de Marruecos, en un pequeño pueblo a la orilla del Mediterráneo. En Tánger, donde nuestro padre nos llevaba a comer, nos sentábamos en un café en la parte alta de la ciudad.
Desde allí podíamos ver la costa española, y mi padre decía: "Mirad qué cerca estamos, casi podríamos tocarla con la mano"».

Leïla Slimani, *Construir puentes El País*, 14 de julio de 2019

«El porvenir es ese lugar que todavía no existe, pero que se configura en el espacio mental».

Felwine Sarr, *Afrotopía*

CONTEXTO GEOGRÁFICO DE *HORIZONTE*

HORIZONTE

LA BRÚJULA DEL SUEÑO

Sáhara a mediodía. Luz blanca. Sol sobre las dunas. Quema el aire, la arena abrasa. El viento silva; tenue, constante. Desierto infinito. Parece mar. Parece eterno. Parece quieto. Aunque algo avanza. Lejos. Lento. Paso a paso. Gestos de dolor. Sudor como lágrimas. Cada inspiración hiere.

Los tres van en fila. El primero y el último son de Duala, aunque en

Camerún no se conocían. «Ingenuos.», se reprocha Ketu. Es el más menudo y el que camina más enérgico. Va en cabeza. «Nosotros ahí», resopla, «tan felices al salir de Níger. Idiotas».

Jamás sospecharon que el tipo del *jeep* fingiría la avería. Que los haría bajar para dejarlos tirados. Que se fugaría. Un paquete de galletas y cinco litros de agua como único salvavidas. «Agua y galletas», murmura muy bajo. No quiere asustar más a Mahmud y a Ibrahim, su paisano.

Al caer la noche, Ketu busca la Estrella Polar con sus ojos brillantes. La mira ansioso, sin dejar de caminar. Intentan no parar. Siguen. De madrugada hace un frío mortal. Él escruta el enmarañado mapa de galaxias. Pero la inmensa luna es un imán; lo distrae y desorienta.

–Se me cierran los párpados –avisa Ibrahim.

–Y a mí –reconoce Mahmud.

«Debemos continuar», piensa Ketu. No tienen móviles. Si se durmieran, al no contar con ninguna alarma, acabarían congelados.

–Descansemos –concede–, pero sin cerrar los párpados.

Ketu se sienta, los otros se tumban. Él mira a la luna.

–Alá mío, protégenos –susurra con más fe que nunca.

De pronto, ve a su madre rezando bajo la misma luna en este preciso instante.

–¿Estás ahí, mamá? –duda.

Su cuerpo, siempre delgado, se estremece ahora, frágil, casi una pluma entre el arenal y el cielo inabarcables.

–¿Me escuchas, madre? –bisbisea–. No me dejes morir, ayúdame –suplica–. No debí huir. ¡Encima sin avisarte! Me arrepiento, me arrepiento, lo siento tanto... Ojalá pudiera volver en un abrir y cerrar de ojos. Pero, mírame, estoy atrapado. Aunque pida socorro como un loco, aquí nadie nos oye. –Observa a su alrededor–. No queda más que aguantar, aguantar y seguir hasta salir del infierno. Mamá, acuérdate de mí. Yo te noto aquí conmigo. Veo tu cara en la luna. Tus ojos en sus cráteres. No me dejes, por favor. Mamá, por dios, sálvame...

–¿Con quién hablas, tío? ¿Se te va la olla? –preguntan a su lado.

–No, Mahmud. Yo... pienso en mi madre. Ella sabe de constelaciones. Mil veces intentó enseñarme. Señalaba la Osa Mayor, la Osa Menor... Yo no prestaba atención, pasaba. Si ahora recordara cuál es la Estrella Polar, nos guiaría al norte y llegaríamos a Libia o a Argelia.

–¡Estrellas! –resopla Mahmud–. ¡Hay más que granos de arena!

La fina capa dorada se ahueca bajo los cuerpos. Ketu sin darse cuenta acaba recostado. Así, con los ojos junto a la línea del suelo, ve una bruma avanzar sobre el desierto. Serpentea. Los alcanza. Ketu parpadea. Parece un puente. Transparente. ¿De dónde surge? ¿Cómo es que...? Adelanta la mano, intenta tocarlo. ¿Es un espejismo? «¡Me he dormido!», entiende.

Quiere despertar.

«¡En pie!», se ordena.

La pasarela empieza a desvanecerse.

«¡Ya!», insiste, angustiado.

Abre los ojos al fin. Ve la realidad. Jadea. No reconoce el desierto. Las dunas han cambiado. Tiembla de frío y pánico. Sus amigos están quietos. Ojos cerrados. Los llama. Los zarandea.

–Sí, voy, voy –responde sobresaltado Ibrahim.

–Menos mal, hermano –resopla Mahmud, aliviado.

Se miran recién despiertos, llenos de vértigo.

Con los huesos entumecidos, los tres van encadenando pasos. Sin dirección, sin dejar huella. Cruzan el amanecer y siguen todo el día. Asfixiante, sin salida. Como si faltara oxígeno a pleno cielo abierto, cuando lo que falta es agua y alimento. Ni gota, ni migaja. Aun así, sorben de las botellas sedientos.

–Vamos a morir aquí, Dios, moriremos. Nadie lo sabrá siquiera –se horroriza Ketu.

Pero se manda callar.

«No pares. Un paso, otro, otro más. Dame fuerza, Alá».

Cada leve sonido atruena: las pisadas en la arena, el aire al entrar y salir por las fosas nasales, el pulso de la sangre.

Día y noche se suceden de nuevo. Esta vez sin que ellos paren ni un momento. El desierto nunca se acaba.

Tras otra madrugada, un nuevo sol achicharra. Hasta el silencio zumba. Hipnotiza. Mezclado con hambre y sed, marea. Ketu va el primero cuando oye el desplome de un cuerpo.

–¡Ibrahim! –grita Mahmud.

–¡Ibrahim! –repite él como un eco.

Los dos sacuden al compañero, sin lograr que reaccione. Pasan los brazos del chico sobre sus hombros para seguir con él a cuestas. Pero se escurre, cuelga, le arrastran las piernas. Sudan, empapados. Respiran con la boca abierta. Al poco, Mahmud tropieza, cae y tira con él a Ibrahim. Agotado y resoplando, Mahmud no se libra del fardo, mantiene su abrazo, aunque gime porque la arena ardiente le escuece. No implora a Ketu. No lo mira, lo evita. Ketu podría seguir. Debería.

–¡Vamos, Mahmud! –intenta levantarlos.

Pesan tanto... Sigue tirando. Al fin parece que... Nada, imposible. Duda si continuar. De hecho, da dos pasos. Pero vuelve. Aprieta el hombro de Mahmud y con una fuerza que no creía que le quedara tira de su axila hacia arriba hasta que logra poner a los dos en pie. Con Ibrahim entre ellos, se quedan derechos, muy quietos, como apuntalados los unos en los otros. Ketu aúpa como puede la mochila espalda arriba para

proteger con ella las cabezas de los tres. De esa forma insólita, absurda, aguardan, atentos al ínfimo aliento de Ibrahim, mientras el sol continúa alto. En cuanto les parece que comienza a descender, intentan retomar la marcha, pero el compañero sigue en *shock*, y a ellos, las piernas, entumecidas, les fallan. Tras dos, cinco, siete pasos caen de nuevo. Intentan incorporarse hincando las rodillas en la duna aún ardiente.

–Insignificantes... –resopla Ketu. «Hormigas», piensa.

No gritan como posesos ni se rebelan en vano. No lloran, deshidratados. Pero Ketu nota dentro, en el vientre y el pecho, la fuerza de un tornado.

–¡Somos humanos! –Da un puñetazo en la arena.

Ve imágenes como relámpagos: sus dudas frente a la casa, el último beso a la madre que no sabía nada, la rabia por la beca que ganó pero que le robaron, la vida que se prometía...

Impotentes, estiran la poca ropa de sus bolsas para no tenderse en las brasas a pura piel. Ibrahim queda en medio de ambos, casi inerte.

Ketu nota el suelo al recibirlo, la brisa arriba. Bajo los párpados, en las cuencas negras, flotan motas violetas y amarillas. Primero anárquicas, a saltos. Luego, siguiendo un patrón, como formando algo. Es una culebra traslúcida; irreal en su aspecto, pero fuerte. Se le enrosca a la muñeca y lo arrastra. Largo tiempo por la arena, luego sobre el mar. No hay fricción, tampoco dolor. Vuela. Llega a la orilla opuesta. La mueca es de alivio cuando Ketu se entrega.

Los tres, como muertos o rocas, son cubiertos de velos por el viento. Capas finas, sucesivas, conforme la luz declina. El tiempo transcurre, el paisaje muta. No parece haber más. No parece haber. Nada. El sol, ya muy naranja, se infla cuando llega, acelerado, al último tramo. Toca el horizonte y enrojece sobre una franja azul muy añil. El ocaso está en su cénit.

Hasta que ahí, al contraluz, se recorta una caravana tuareg. Avanza, se acerca y al fin se detiene junto a las tres siluetas. Unos jinetes desmontan. Cavan tres o cuatro paletadas y abren una tapa, la del brocal de un pozo camuflado. Atan la cuerda al bocado del camello más alto y lanzan el cubo atado al otro extremo al agujero, muy hondo, profundo. Uno de los hombres sube al animal y se aleja. Casi desaparecen. Sólo entonces, del pozo oculto sale el balde a rebosar de agua. Derraman parte en un cuenco. Lanzan el resto a los cuerpos. Una bofetada líquida. Ketu y Mahmud convulsionan. Ibrahim, no. A ellos dos les llevan por turnos el bol a los labios. El regusto a madera mojada les empapa la lengua, la boca y la garganta.

–Los tuaregs nos resucitaron –contará Ketu–. Pero dejamos a Ibrahim atrás. Como una duna, cada vez más lejana, que iba menguando... Pude

ser yo. Hay tantos allí enterrados... Él era de mi Duala, de un barrio cercano. Sus padres estarán a la espera de que un día los llame. Seguirán siempre esperando. Pero ¿cómo podría yo avisarlos? Deberíamos habernos dicho los apellidos. Teníamos dieciséis años. No íbamos a morirnos.

El mar huele a menta en Tánger; a menta y kif. Colgados de la terraza del histórico café Hafa, decenas de chavales fantasean con su travesía por el Estrecho antes de lanzarse. Como tantos ya lo hicieron. Incontables. Planean día y hora, contacto, forma de pago. Hay también soñadores que son adultos sensatos. Cabezas de familia responsables. Hombres, algunas mujeres, que temen perder la última patera. Unos y otras desembocan en el Hafa entre turistas émulos de Bowles, los Rolling o Kerouac. Al módico precio del té con hierbabuena, algunos con el hachís traído de casa o comprado bajo cuerda al vendedor de pistachos sentado en la entrada, los tangerinos se embriagan de la vida azul, prometida, alcanzable, que se les niega en casa. Con un golpe de suerte, habrían nacido enfrente. Yassin los mira. No disimula. Ni cuenta se dan, absortos en el mar. La vista marítima es imponente. Pero ellos lo son más. ¡Qué prodigio de esperanza! Ahí están, titilantes, las llamas que ni miles de naufragios consiguen apagar. Algunos sobreviven. Eso basta. Yassin casi ve, en sus iris oscuros, sus vidas soñadas.

–Perdona el retraso –lo sobresalta Estrella, que llega acelerada.

–Tranquila. ¿Té? –Avisa él al camarero levantando la mano.

Ella le cuenta, nerviosa, entusiasmada, lo felices que están los clientes de su última reforma. Tanto que la han recomendado a un matrimonio amigo, le dice, recogiéndose el rubio flequillo, y éstos la han llamado

sobre la marcha cuando ya venía con retraso. Por eso llega con tanto ímpetu y sin aliento.

«Demasiada euforia en la *cornisa de los frustrados*», piensa Yassin.

No puede evitarlo ante esa estampa de jóvenes que fuman y esperan en los bancales encalados entre vigorosas matas de cintas y geranios. No puede evitarlo esa tarde, después de que su amigo Hassan lo haya llamado desde Rabat para contarle que le han dado un toque en el trabajo por culpa de un comentario crítico en una red social a cuenta del inmenso parque eólico propiedad del rey. Él mismo ha sentido miedo de que los estuvieran escuchando, miedo de que Hassan tenga pinchado el teléfono.

En este contexto, la felicidad de Estrella está fuera de lugar. La siente como un agravio. Aunque ninguno de los presentes le reprocharía nada si ella, de pronto, se levantara y, cual hipnótica cuentacuentos de la Jemaa El-Fna, narrara la prodigiosa migración en sentido contrario que, como arquitecta, la salvó del paro.

«Los blancos tienen derecho a probar suerte donde quieran», se oye Yassin pensar. Eso lo solivianta.

–No te gustan mis clientes –lee ella en sus ojos rebeldes.

–No es eso. Es que... ¿ves justo que franceses o ingleses rehabiliten joyas de la medina por calderilla? ¿Que ocupen casas donde malvivían modestas familias a las que se les deshacían como azucarillos humedecidos?

–Te enfada.

–Es humillante. Como su impotencia. –Mira a los muchachos–. La mía. La nuestra.

Calla, fijo en ellos. Se acaricia la pulida barba.

–Eh, no seas injusto. Tú y tu equipo impulsáis grandes proyectos. Vosotros levantasteis el nuevo puerto, y gracias a él se han disparado el turismo y el comercio.

Yassin ya sabe que es un privilegiado: ingeniero en un país con una cuarta parte de la población iletrada, con un veinte por ciento de licenciados en paro.

–Eso no quita nuestro estancamiento, nuestro sometimiento, porque Francia, Europa...

–¿Europa también soy yo? –lo interroga Estrella.

–Madrid y España son Europa –constata él.

La mira, tratando de aferrarse a lo que le gustó de ella, su espíritu independiente, su amor por la belleza, ese atractivo propio –melena clara, esbelto cuerpo sin curvas– que sólo él sabe cuánto le recuerda a aquella cría extranjera, francesa o belga, que veraneó frente a la casa de su tía Houria en Alhucemas cuando ambos tenían nueve o diez años.

Estrella también lo mira, pensativa. Lamenta que él no la comprenda.

Bendice el día que vino a Tánger a buscarse la vida. Bendice poder restaurar casas de la medina. Bendice la elegancia de los minaretes, el panorama espectacular de esas torres vigía. Aquí se ha salvado, lo admite. Podría estar sirviendo cervezas en *pubs* de Berlín, Londres o Dublín.

–Te parece mal que compita con arquitectos marroquíes.

A Yassin le pesa que insista.

–Aquí no podemos competir. El umbral del Estrecho es unidireccional.

Entre los dos, las palabras se quedan fondeadas por un ancla invisible.

Estrella observa, a la espalda de Yassin, cómo se funden las olas atlánticas y mediterráneas en vetas celestes, turquesas y azul profundo. Tras la cara contrariada de ella, él ve los bultos desdibujados de todos los muchachos, aún esperando.

«La duda es: ¿hasta cuándo?».

Carmen arranca el coche. Su cita en Córdoba la intriga. Piensa sobre ello en ese trayecto Tarifa-Algeciras que, cuando empezó a conducir, años atrás, tanto le imponía. Un carril por sentido, curvas cerradas, tráfico demencial al borde del acantilado. Los conductores pisan tan poco el freno hoy como antaño, ya sean locales o turistas, desde surferos de furgoneta a millonarios en bólidos de cristales tintados. Son frecuentes, aunque parezcan de película, las persecuciones de narcos por parte de la Guardia Civil o la Policía. Seguidos, a menudo, de periodistas a la caza de la noticia. Y ahí va ella, una más entre la fauna campogibraltareña. No ha superado del todo la inseguridad, la tensión. Siente todavía la descarga de adrenalina, pero ahora baja la ventanilla, sube la música e inspira el viento de sal. Es capaz de disfrutar del Estrecho y de esas vistas de África, ahí

enfrente, casi alcanzables. A Luca lo deslumbraron. «Este sitio es único», decía. Le jode reconocerlo, pero fue su fascinación lo que le enseñó a admirar su horizonte natural.

Si ahora lo tuviera al lado, sentado de copiloto, le contaría lo de las porteadoras. Ha hecho tantas entrevistas a esas mujeres usadas como mulas de carga en las aduanas de Ceuta y Melilla que hoy se le aparecen decenas de caras sobreimpresionadas en el asfalto. Jóvenes y arrugadas, las bocas abiertas y jadeantes, los mechones sudados escapando del pañuelo a la altura de las sienes o la nuca, las espaldas encorvadas de sus cuerpos-alcayatas. Revive el día de la estampida, los gritos de horror y las preguntas: «¿Qué es?», «¿Qué pasa?». El miedo inoculado a los atentados. Sólo que ahí, en la frontera, el crimen es de Estado. «¡Lamya!, ¡Lamya!», lloraban las paisanas de la pobre mujer que murió asfixiada por sus compañeras, sin intención, sólo porque llevaban horas aplastadas unas contra otras para cruzar con cuanta mercancía fueran capaces de cargar. «¡Lamya!, ¡Lamya!», fue una onda expansiva entre parientes, amigas, conocidas. La información volaba en jirones por la explanada del polígono donde recogían el material: datos del marido infartado sin trabajo, los tres hijos y dos sobrinos al cargo, de la hermana pequeña, la que había intentado irse en una patera que agentes de la Marina Real marroquí acabaron acribillando.

–Luca, no te lo vas a creer –le diría si ahora mismo acabara de recogerlo del aeropuerto–: se ha acabado el porteo.

Imagina la alegría con que la miraría.

–Pero no es ningún éxito nuestro –le aclararía–. Los dos gobiernos andan negociando algo. Es un pulso entre ellos.

Mientras inventa esa conversación, duda: «¿Piensas en esto o en mí alguna vez, tío?». Y lo ve salir de su piso en Trieste, subir a la bicicleta y pasar frente al Molo Audace, donde la asomó al Adriático como regalándoselo.

–El caso es que se acabó. –Sacude la cabeza–. Han prohibido que pasen cargadas hasta las trancas. Así que, ¿sabes qué hacen?, ¡se han vuelto estraperlistas! ¡Se pegan el género a la piel en capas! Una y otra y otra más debajo de las chilabas. Se fingen gordas, tanto que casi se quedan empaladas en las aspas de la aduana. Pero este contrabando es peor, aún más mísero que el de antes. ¡No da para comer! Así que añoran la carga previa. Echan de menos el maldito fardo como un miembro amputado. Por eso me pregunto: ¿acaso nos equivocamos denunciándolo?

Mira al otro asiento de soslayo.

–¡Joder, di algo! –le recrimina.

Casi casi lo ve, transparente, dormido y con la boca entreabierta.

Acordaron hacer tándem. Desde aquel encuentro en Trieste donde se

conocieron, y luego, cuando él vino poco después de Italia, hablaron del proyecto. Luca fue quien, como terapeuta, propuso la idea. La salud mental en la frontera, más bien la devastación psicológica de los inmigrantes y trabajadores transfronterizos, era un terreno virgen. Se podía dar mucho y buen servicio. Juntos prepararon el dosier y buscaron financiación y cooperación con entidades y administración. No se concretó nada, cierto.

«Pero ¿qué se logra sin esfuerzo?».

Carmen alza las cejas, pero no porque el sol de frente la moleste, sino porque tiene la respuesta. La ha llevado dentro nueve meses, y también otros dos años largos en silencio.

Intentó avisarlo desde la primera falta. Él llevaba poco de vuelta en Trieste.

«Luca, llámame, ha pasado algo importante».

Entonces recibió excusas y retrasos, todo vía mensaje. La obligó a insistir.

«Luca, por favor, es urgente. Te lo pido, llámame».

Hace mucho que dejó de inventar la conversación en que se lo contaba todo. Prefiere evocarlo como al Luca de antes. Ya no se pregunta por qué desapareció. Tampoco se arrepiente. Decidió sola y tiró adelante. Al niño se lo dirá en su momento, cuando pueda entenderlo. Afrontará las consecuencias. Sabe que Luca padre sigue bien por su cumplidora felicitación navideña. La borra en cuanto llega. Nunca contesta. No tiene tiempo ni energía para tonterías.

Lo de las porteadoras la llevó a Ceuta dos semanas atrás. Tenía que comprobarlo en persona. Marta, la hermana Marta de la asociación Oasis, la recogió en el puerto y la acompañó hasta el paso aduanero. Después de echar la mañana hablando con marroquíes desesperadas por el cambio normativo, Marta la condujo en su coche a las afueras, a fotografiar y documentar el recrecimiento de la valla fronteriza coronada por las célebres concertinas, todo alambres y cuchillas. No esperaba el efecto acumulativo de aquellos dos golpes seguidos.

–Pero ¿esto qué es? –soltó ante la inexpugnable jaula.

Marta tuvo que agarrarla, porque se le bajó la tensión, se mareó.

–Nada de lo que hacemos sirve, Marta –dijo en cuanto se repuso–. Nada sirve para nada –repitió, abrumada.

Sabía que esa actitud no era de ninguna ayuda, sino un desahogo de chiquilla. Que, si ella se sentía frustrada, más lo estaría la monja que llevaba treinta años asistiendo a los inmigrantes. Pero no podía evitarlo. Marta también reaccionó por impulso cuando para animarla le dijo:

–Tú tienes que conocer a Ketu Simo.

Lo dijo con una convicción apabullante, limitándose a enunciar, sin

detalles, que era un joven camerunés vivo de milagro que había cruzado el Tarajal a nado.

–Ve a Córdoba, siéntate con él, escúchalo –le insistió en el secarral donde estaban–. Yo le he pedido que me ayude a reorientar Oasis, que sea nuestro vicepresidente.

Carmen repasa todo aquello porque es la causa de que ahora conduzca hacia Córdoba. Marta lleva luchando por los derechos humanos desde que ella sólo hacía garabatos en el colegio. Una palabra suya basta. Pero, además, aquel día, ya en el ferri Ceuta-Algeciras, buscó en internet quién era el tal Ketu Simo y encontró vídeos. El más reproducido consistía en un extracto de dos minutos de su participación en una mesa redonda. Su cara le sonó. Era un veinteañero de ojos grandes, con barba y bigote cortos; un chaval guapo con el que, sin duda, se había cruzado. Llevaba una camisa blanca de cuello mao con pespuntes dorados y una gargantilla con un colgante de la silueta de África. Su lenguaje no verbal, lleno de seguridad, impresionaba. Pero lo definitivo era la convicción con la que hablaba:

–No hay que dar voz a África, África tiene voz propia.

En el primer plano, se notaba que miraba a los ojos de la gente en la sala.

–Por una vez en la historia, escuchad.

Ahí viró a cámara, clavó en ella sus pupilas y la dejó impactada:

–Si las vidas que se ahogan en el Mediterráneo fueran de europeos de piel clara en vez de africanos, no se permitirían los naufragios. ¡Si los ahogados fueran blancos y no negros, el mundo entero iba a temblar!

En sus seis años trabajando con inmigrantes jamás había escuchado tal rotundidad.

Igual que también es insólito estar yendo a buscarlo a la universidad privada Recalde, donde él ahora estudia segundo de Relaciones Internacionales.

Ante el aula donde la ha citado, al borde del mediodía, en medio del pasillo vacío, Carmen se asoma al ojo de buey de la puerta y enseguida localiza al único que escapa a la homogeneidad blanca. «¿Cómo habrá llegado a estudiar en esta facultad de los jesuitas?», se pregunta, mientras, por contraste, evoca sus propios tiempos de universitaria. Los recuerdos huelen a una mezcla de lejía y cubatas de garrafón, porque ella limpiaba escaleras por las mañanas, iba a clases de Trabajo Social por las tardes y los fines de semana curraba de camarera. La beca no daba, y sus padres –él hombre, de mar, y ella, ama de casa– no podían ayudarla.

Cuando la sirena salta, Carmen se ve pillada en falta: con prejuicios, acomplejada. Los alumnos salen en tropel, y ella se aparta de aquí y de allá para no estorbar. Entonces, Ketu otea entre los grupos y la encuentra.

–Eres Carmen, ¿verdad? –Le alarga la mano.

Ella asiente, consciente de su aspecto excepcional (*piercing* nasal, fular-turbante, amplia falda larga).

–Y tú, Ketu, encantada. –Lo saluda con brío.

Es más delgado y menos alto de lo que se había imaginado por los vídeos.

–Voy disfrazado de formal, ahora que me fijo –repasa él su atuendo, en verdad algo escolar: pantalón gris de pinza, chaleco azul de cuello pico y camisa.

–Y yo de típica activista –ríe ella, y se quita el pañuelo y se revuelve la corta melena negra para sentirse más natural.

De nuevo piensa que lo conoce, y por cómo la mira diría que a él le pasa igual.

–Ven, busquemos una sala –hablan mientras caminan con una confianza inusual entre extraños.

Él la guía por el pasillo y abre puertas hasta dar con un cuarto libre.

–Siéntate, por favor. –Le separa la silla.

Carmen se fija en el Guadalquivir, verde y lento, tras la ventana.

–Gracias por esta reunión, Ketu. Marta me ha recomendado mucho tener esta charla contigo.

–La gran Marta –sonríe él.

–Ya sabes lo convincente que es.

–Sí. Lo que ella se proponga...

–Verás, yo trabajo en Derechos Humanos Andalucía. Nosotros no hacemos asistencia directa como Oasis, ni damos cursos formativos, ni atención médica o pisos. –Siente la cara roja, le incomoda justificarse–. Lo nuestro es denunciar y hacer incidencia sociopolítica.

–Sí, lo sé. Os conozco. Es un trabajo necesario.

–Bien, bueno, yo... En realidad, no sé qué espero de hablar contigo.

–Está bien. No pasa nada. –La mira, comprensivo.

–Ya, pero sí pasa, porque tampoco quiero hacerte perder el tiempo. La cuestión es que estuve con Marta, me llevó a ver la valla recrecida y... Bueno, hace años que hago recuento de los inmigrantes ahogados cada día, semana, mes. Redacto informes anuales: el de Situación en Frontera Sur, el de Porteadoras, el de Menores Migrantes No Acompañados, el de Trata de Blancas, el de Centros de Internamiento, el de Vuelos de Deportación... Los presentamos a la prensa, buscamos que los ciudadanos bien informados fuercen a los gobiernos a parar este espanto. Nos mueve la mejor intención. «Trabajo necesario», como has dicho. Pero no logramos los cambios fundamentales. De hecho, siento que, en vez de avanzar, retrocedemos. Me preocupa. Y mucho. Me afecta más allá de lo laboral. Tengo un hijo pequeño, ¿sabes? No quiero para él un mundo a punto de explotar. Ni para los hijos de nadie. Pero, por más que corremos, no llegamos a parar el desastre. El otro día, en Ceuta, Marta me vio angustiada, bloqueada, y entonces dijo: «¡Tienes que hablar con Ketu!».

Él se toma un instante, reflexiona.

–Creo saber por qué te lo dijo, a qué se refiere. Lo hemos hablado mucho, sobre todo últimamente. Mira, Carmen, le he dado vueltas y pienso que los activistas, los periodistas y hasta los inmigrantes estamos cometiendo un error de base: subrayar el sufrimiento.

Habla más suave y lento que en los vídeos, pero es igual de magnético.

–¿A qué te refieres? –pregunta, desconcertada.

–A que el dolor alrededor de la migración es real y es tremendo. Hay que denunciarlo, por supuesto: denunciar los naufragios, mostrar cómo llegan los supervivientes..., pero no dejar que eso eclipse la fuerza, la capacidad, el talento que los africanos tenemos. Tanto los que emigramos como la mayoría que sigue en nuestros países trabajando por mejorar el continente. Si dejamos que nos reduzcan a víctimas, estamos perdidos.

Carmen lo mira fijamente, preguntándose qué camino lo habrá traído aquí.

–Yo estoy labrándome el destino que soñaba, y los africanos tenemos hoy el cambio histórico en nuestras manos. Esto es algo de lo que no se habla. Que se oculta, ¿no?

–¿Crees que conocer tu historia me ayudaría a comprenderte?

–Por «mi historia» te refieres al viaje a Europa, ¿verdad? –sonríe él–. Pero Europa no era la meta. Ya sabes que el setenta y cinco por ciento de la emigración africana es interior. –Carmen asiente–. La gente pregunta: «¿de qué guerra o desastre vienes huyendo?». Pero yo no huyo de ningún conflicto ni del hambre. En mi casa no faltaba de nada. No lo digo por presumir; en verdad, había de todo. Mi madre es maestra, y mi padre, además de imam, empresario. En nuestra casa, cada hijo tenemos nuestro

cuarto, ¡y somos cinco! Mi hermano mayor, Rashâd, es el presentador del telediario en *prime time* y de un debate, *Toda África*, que tiene emisión de alcance continental. Es muy conocido, como un Évole africano. Yo me fui de Camerún por frustración y rabia tras una injusticia.

Carmen nota que da una respuesta largamente reflexionada.

–Desde que era pequeño, siempre he ido aprobando dos cursos por año. Hasta que, con quince, gané una beca para estudiar Periodismo en Quebec. Era mi sueño: seguir los pasos de mi hermano. Pero me la robaron para dársela al hijo de un alto cargo. Aquello coincidió con la cancelación, por motivos políticos, de un programa de Rashâd. Estos dos episodios simultáneos de corrupción e impunidad fueron para mí un mazazo. Pero, a la vez, me hicieron ver que yo no nací para resignarme, así que hablé con amigos y conocidos, abrí mis sentidos, busqué alternativas. En internet, confirmé las grandes referencias que ya tenía de la Universidad de Abuya en Nigeria. Nigeria es, con Sudáfrica, la gran potencia económica africana. Me pareció buena opción ir allí, porque podría volver en vacaciones a casa. Dos o tres veces al año.

»Planeé todo en secreto para evitar que mi familia me quitara la idea de la cabeza. Cogí el dinero que había ahorrado para Quebec y metí ropa en una mochila a escondidas. La víspera de marcharme, mi madre iba a visitar a mi abuela, que vive en otra ciudad. Le extrañó verme triste y me preguntó qué me pasaba, con lo que a mí me gusta quedarme a mi aire en casa. Le dije que nada. Le mentí. Nadie sabe lo que luego me pesó el engaño en ese último beso. Sobre todo, en el desierto...

–Pero ¿no ibas a Nigeria? –pregunta Carmen–. ¿Por qué acabaste en el Sáhara?

–Espera, el viaje no ha empezado siquiera. La mañana que me fui, a esa hora, mi padre, hermanos y hermanas dormían todavía. Cerré muy despacio, y una vez en la calle me quedé mirando la fachada como hipnotizado. Dudaba si seguir mis planes o quedarme. Yo nunca había ido a ningún lado sin mi familia. Pero sentía que el destino me esperaba, y decidí ponerme en marcha.

Carmen lo escucha absorta, expectante.

–El trayecto en bus a la frontera duró toda la jornada. Llevaba el móvil apagado para no recibir llamadas. Aquella noche, en la última estación antes de cruzar a Nigeria, unos chavales me propusieron ir en grupo para sentirnos así más seguros. Nos guarecimos en un rincón, nos tumbamos y adormilamos. Entonces, me desplumaron: desde el móvil a los zapatos. Y el dinero, claro. Todo, salvo lo que se me había ocurrido llevar en una especie de faltriquera que me había cosido a los calzoncillos. Cuando desperté y me di cuenta, mi primer impulso fue llamar a casa, volver. Pero ¿qué tipo de hombre habría sido si a la primera me rendía? Así que

continué.

»Desde que entré en Nigeria, trabajé de bracero por las aldeas, pero sin abandonar mi sueño de acercarme más y más a la capital. Yo me guardaba un as en la manga: Zizou, mi gran amigo. Sólo él, nuestro Zizou, apodado como Zidane por lo gran futbolista que es, conocía mi plan. Antes de irme, le había dejado dinero para que me lo enviara si, por alguna emergencia, me hacía falta. Gracias a eso aún me iba a poder matricular en la facultad. Pero un amanecer, en un poblado, nos despertaron ráfagas de tiros, ratatatatatatá, una cosa increíble. Vi un convoy de camionetas, y a guerrilleros saltar de ellas. En mi carrera para huir, escuché: «¡Boko Haram!», «¡Boko Haram!». Un motor rugió al encenderse. Repté hasta llegar junto a la furgoneta y salté a un remolque, donde me escondí entre la carga de tomates, haciendo hueco, tapándome con ellos hasta no poder respirar, oliendo el intensísimo aroma... El tipo arrancó, y salimos zumbando, dando, a cada bache, unos botes impresionantes. El conductor sólo paró al llegar a un mercado de Níger. Abuya quedó atrás, y yo no me atreví a volver otra vez al norte de Nigeria donde los terroristas se expandían.

–¿Y entonces? –Se adelanta ella en la silla.

–Tuve que trabajar de recadero en los mercados, de albañil, jornalero..., sin sueldo, sólo por comida. Hasta que me embaucaron los genios de la lámpara, que son una auténtica legión en Agadez, la ciudad umbral del Sáhara. «Tu oportunidad está en Argelia», decían. Lo sé, fui un ingenuo. Pero yo tenía dieciséis años. Quería creer que todo mejoraría y podría llamar, por fin, a mi familia.

–¿Cuánto tardaste en llamarlos? –le pregunta Carmen.

Siente el pellizco de su propia conciencia por la llamada a Luca que ella sigue retrasando.

–No llamé hasta el final. Dos años.

–¿Dos años sin llamar a tus padres? –suelta, estupefacta.

–Sé que no estuvo bien. Que sufrieron. Ellos me buscaron con campañas en prensa, radio, hasta en televisión, gracias a Rashâd. Mi madre estaba destrozada. Mi amigo Zizou cumplió su promesa de visitarla cada sábado, pero sin traicionar mi secreto. No me mires así... Yo también necesitaba oírla, no creas. Quiero muchísimo a mis padres. A ella, en especial, la eché tanto de menos... Sobre todo, en el desierto. El Sáhara. La víspera de subir al *jeep*, el chófer nos juntó a mí y a otros cuatro muchachos, pero al anochecer siguiente sólo nos presentamos otros dos y yo. El tipo elucubró que no habrían reunido el dinero y salimos, pero no íbamos a ir únicamente los tres, desde luego. Pasó por lugares donde otros lo esperaban y llenó el todoterreno a reventar. Los que pagaban menos iban en la cubierta, en el filo del maletero abierto, agarrados a cualquier

saliente.

»Es tan difícil hablar del desierto... Recordar cómo lo atravesamos a toda velocidad, los saltos en las dunas, la gente que cayó, que dejamos abandonados... El desierto en sí... es terrorífico y alucinante. De día, pesa como una plancha de acero incandescente. De noche, las compuertas se abren a un universo de estrellas y galaxias en capas. Más profundas, profundas. Oscuridad sin final.

»Yo rezaba con una espiritualidad que nunca antes había sentido de esa manera. Recé a Alá. A la luna. A mi madre. Suplicaba: «Salvadme, por compasión. Evitad que muera». Porque el conductor nos engañó, fingió un problema del motor, nos hizo bajar a todos y se largó. Nos quedamos paralizados. Juntos, un rato. Luego, por diferencias de opinión, por distintos ritmos de marcha, por desesperación, nos fuimos separando. Nuestro grupo acabó siendo el de los tres del principio. Dimos vueltas, perdidos, con cinco litros de agua y un paquete de galletas. Fue la primera vez en mi vida que me sentí una absoluta nada. Una nada total. Algo que asusta y paraliza. Casi morimos. Un amigo murió... Nómadas tuaregs nos vieron, sacaron agua de un pozo inimaginable, oculto, y nos resucitaron a Mahmud y a mí. Pero fue tarde para Ibrahim. Lo dejamos atrás, una duna entre las dunas. Mínima y lejana. Pude haber sido yo. El Sáhara, aunque no se diga, se traga más vidas que el Mediterráneo. Quién sabe cuántos morirían de nuestra expedición. Ibrahim era de Duala, como yo. Ni nos dijimos los apellidos. Teníamos dieciséis años. No íbamos a morirnos.

»Los tuaregs nos dejaron en la ciudad argelina de Tamanrasset. Son nombres que llevo grabados a fuego. Ahí me di cuenta enseguida de que los que hablaban de Argelia como del paraíso, mentían. Nunca antes me había considerado negro. Ahora las miradas, el desprecio de esos otros africanos «sólo» tostados me hacían sentir que era inferior y mi piel, sucia.

»Fuimos hacia el norte, yo aún esperanzado de que, en las ciudades grandes, Argel, Orán, hubiera menos racismo, pero Mahmud ya iba con la mira fija en Marruecos y el Estrecho.

»Nos atascamos en Tremecén, donde nos explotaron como peones de obra. Dormíamos con muchos otros, entre ratas, en una tubería abandonada. Hasta que la policía prendió ambos extremos. Al saltar entre las llamas, pensé: «Puestos a morir, arriésgate, cruza a Europa». Ahí me decidí. Llegamos a Uchda desde Magnia. Fueron días y días por las vías del tren hasta llegar a Marruecos.

»Luego vivimos un año en los alrededores de Nador, en el monte Gurugú, escondidos en el bosque, para que la policía marroquí no nos viera, no nos pegara las palizas cuyas consecuencias vimos en tantos compañeros y, sobre todo, no nos devolviera al desierto. Fui con Mahmud a inspeccionar la valla antes de saltarla. Como africano, estar al

pie de semejante alambrada es un impacto brutal. Me quedé boquiabierto, inmóvil, y pensé: «Esto levanta el hombre blanco para frenarnos. Por miedo y asco de los negros». Recordaba la proverbial hospitalidad africana. Mientras, justo al lado, las barreras se abrían para camiones cargados con nuestros minerales. «Valemos menos que el suelo», me dije. Mi cabeza hacía una lista: «Madera, diamantes, gas, uranio, magnesio, oro, petróleo, cobalto, coltán...». Tuve que esforzarme para centrarme en la valla. Son seis metros llenos de pinchos, y por debajo hay fosos camuflados forrados de cuchillas.

»Mahmud y yo intentamos saltar la valla tres veces. Nunca lo logramos. Volvíamos al bosque malheridos y hundidos. La tercera vez, uno de los chicos se quedó enganchado por la axila. Entonces, un policía marroquí se acercó despacio y le tiró de la pierna para escarmentarlo. Disfrutaba, el sádico. El chaval se desgarraba y chillaba. Aullaba y sangraba. Es lo más terrible que he visto.

»De vez en cuando, nos visitaban pasadores que ofrecían pateras para cruzar hacia Almería por el Alborán. Pero, como la travesía es más corta de Ceuta a Tarifa, Mahmud y yo decidimos ponernos en marcha hacia allí. Además, nos contaron que en el pueblo marroquí de Castillejos la valla entra al agua, de forma que se puede bordear a nado hasta la playa española del Tarajal. Yo sabía, sé nadar. Mahmud, no. Ahí nos separábamos. Él pagó su pasaje para la balsa hinchable. Recuerdo su abrazo de despedida. Cómo vencía el miedo diciéndome que ponía su vida en manos de Alá. Un guineano que estaba con nosotros le dio un último consejo: «Si hay mala mar, llama a Irene. Ella cuida a los negros. Éste es su teléfono». Y le entregó un papel. «Vive en Tánger y salva a los náufragos. No dejéis de llamarla. Creedme, manda barcos y hasta helicópteros si hace falta». Era Irene Gámez, la que avisa a Salvamento, ¿la conoces? –pregunta Ketu.

Carmen asiente. Es amiga desde hace tiempo.

–Recé tanto por Mahmud... La travesía del Estrecho son catorce kilómetros. En cambio, las luces de Ceuta se veían al lado. Yo me animaba: «Es ahí mismo. Europa en África. A unas brazadas». No contaba con que la Guardia Civil nos dispararía mientras nadábamos. La noche en cuestión, mientras braceaba entre el oleaje, una pelota de goma me dio en la cabeza. Perdí la conciencia, pero tuve suerte: el mar me escupió a la playa de Ceuta. De Mahmud, en cambio, nunca he vuelto a saber nada.

–Vaya... –Le mantiene la mirada Carmen–. Lo siento.

–Gracias –inspira hondo–. Llegar a Ceuta, como sabes, tampoco garantiza nada. En el centro temporal, las condiciones son las que conoces. Reina el pánico a ser deportado. Pero yo aprovechaba el régimen

abierto para salir y ampararme con Marta y su equipo de Oasis. Allí contacté al fin con mi familia, aprendí español, porque lo que yo he hablado siempre ha sido el hausa y fula, por mis padres, y el francés oficial en mi zona de Camerún, además de algo de inglés escolar.

»Pasado un año, un buen día, sin previo aviso, nos metieron en un furgón y, así, encerrados en la bodega del ferri, nos trasladaron a la península. Por las rejillas que nos separaban de los asientos de los guardias y a través del parabrisas, los vimos salir del coche y subir con el resto del pasaje a la cabina. Unos carteles rojos prohibían quedarse en el *parking* durante la travesía por el peligro de inhalar monóxido de carbono. Pero a nosotros nos dejaron ahí tirados.

»Fue un anticipo de cómo nos tratarían en el centro de internamiento de Punta Paloma, en Tarifa. Para mí, sin duda, lo peor de mis tres años de calvario; peor que las balas, peor que la valla, que el desierto, el asalto de Boko Haram o el mar. El CIE es brutal. Rejas en las ventanas, patio enrejado. Nos enjaulan como a bestias. En celdas atestadas. Retrete a la vista, inmundicias, una pocilga. Te quitan cuanto te humaniza: reloj, libro, móvil; cualquier cosa que te recuerde quién eres. Te tratan peor que al peor delincuente. Te hacen dudar. Desgraciados... Yo pensaba en Mandela, en Obama, y no podía creerlo: ¡aún se animaliza a los negros, a los africanos, por serlo! Sólo vaciaron el zoo cuando llegaron más fieras y no tenían dónde meterlas.

»Entonces, bienintencionados voluntarios de una ONG me subieron a un autobús rumbo a Almería. Se suponía que yo debía estar contento de ser un esclavo de invernadero. Pero no era el sueño por el que abandoné mi casa y arriesgué mi vida. En las fincas vi demasiado: insultos, palizas, abusos, amenazas. La crueldad del mar de plástico. Así funciona el sistema de invernaderos que surte a Europa de fruta y verdura. Quería irme, pero no sabía a dónde. De Andalucía, me llamaba la atención Córdoba, por la mezquita.

»Mi obsesión era volver a estudiar, convalidar mis títulos o que me examinaran. Lo que hiciera falta con tal de retomar la senda que había perdido al marcharme de casa. Aquí, en Córdoba, di con la Delegación de Educación. Los funcionarios me repetían que no, que era imposible matricularme en nada. Pero ¿qué sabían ellos? ¡Yo había sobrevivido al Sáhara! Así que no me rendí. Volví a la ventanilla cada día. Dormía en un cajero automático cercano. Deambulaba. Hasta que, una tarde, una mujer que se cruzaba conmigo a diario dejó de verme como parte del paisaje. Era Sophie. Se acercó a preguntar cómo estaba y me escuchó. Recuerdo su mirada al decirme que, por mi edad, le recordaba a su hijo. Que ella había venido de Francia y ya se sentía cordobesa, que, como se dice aquí: «Donde comen tres comen cuatro». Ella, Paco y Adrien me acogieron, y

gracias a ellos empecé en esta facultad. Primero, becado al sesenta por ciento, ahora por completo. Desde hace unos meses, además, trabajo de mediador cultural con otros inmigrantes en un piso tutelado y vivo allí, con los chicos.

»Con esto creo que ya conoces mi historia.

Carmen intenta procesar todo lo que ha escuchado. Se ha quedado conmocionada con lo de no llamar a la familia en dos años, pero, además, las imágenes del desierto, las olas, la tubería incendiada y el tiroteo del Boko Haram giran en su mente como en espiral.

–Con historias así, ¿cómo no vamos a subrayar el sufrimiento, Ketu?

–Pues hay que evitarlo, porque lo importante es qué hacer en adelante. Cómo conseguir, como te decía al principio, que los africanos hagamos realidad el cambio histórico que tenemos en nuestras manos.

–Cuéntame. –Ella escruta su encendida mirada.

–En contra de lo que se piensa, nuestro problema en África no es la pobreza: somos un continente rico en recursos, materiales y humanos. Nuestro problema no es que los líderes africanos sean genéticamente corruptos e incompetentes, como aquí cree y repite mucha gente. El problema es aún la colonización europea, occidental, blanca. Tenemos que emanciparnos. Durante las independencias de los sesenta, tuvimos presidentes magníficos: Thomas Sankara, Patrice Lumumba, Kwame Nkrumah..., de los que aquí nadie sabe nada. Todos fueron aplastados, asesinados o depuestos por oponerse a Occidente. Incluso en fecha reciente ha pasado lo mismo con Muamar el Gadafi. Sí, veo en tu gesto lo que piensas. Pero, aun siendo todo lo dictador que quieras, eso no le impidió ser tratado por Europa como socio preferente y que se acordonaran plazas en París, Roma o Madrid para que, en sus visitas oficiales, montara la suntuosa jaima donde dormía con huríes, hasta con menores de edad. Lo agasajaban Sarkozy, Berlusconi, vuestro Aznar. En cambio, cuando impulsó el dinar oro como moneda única para África, eso no se pudo tolerar y provocó la turba en la que lo lincharon hasta asesinarlo. ¿Acaso viven mejor los libios después de él? ¿No se ha convertido el país en un polvorín, epicentro de la tortura para inmigrantes africanos? ¡Si hasta venden esclavos en las plazas como en el peor de los pasados!

Carmen parpadea y toma aire. No recuerda a ningún veinteañero abordar con solvencia cuestiones como éstas, menos aún en una lengua ajena.

–Frente a este sombrío panorama –retoma Ketu–, la buena noticia es que los jóvenes africanos hemos aprendido que la revolución debe ser necesariamente intelectual y horizontal. Porque a un líder se lo mata, pero a la sociedad civil en conjunto no se la puede descabezar. Y estamos en

ello. Conectados y en marcha. Una juventud africana con empuje, en África y en la diáspora. Yo, personalmente, estoy convencido de que, igual que Mandela tras veintisiete años en prisión vio caer el *apartheid* en Sudáfrica, el África de nuestra generación hará que Europa la trate con respeto, de tú a tú, por primera vez en la historia de la humanidad.

–¿Me hablas de un movimiento organizado, Ketu? ¿Existe en serio?

–Claro que sí –sonríe–. Es una red informal, flexible, compleja. África son cincuenta y cinco países. Y los activistas africanos somos tan diversos como el continente. Unos más combativos, otros más conciliadores. De países más o menos democráticos, tanto agrícolas como algo industrializados. Tendrías que oírnos debatir, ¡no siempre es fácil!, pero estamos de acuerdo en que hay que echar de una vez un pulso de igualdad a Europa. Debemos construir el puente sobre la mayor brecha de desigualdad del planeta.

Al decir Ketu eso, Carmen se acuerda de algo y se lleva la mano a los labios. Él se da cuenta.

–Fue ahí –recuerda al adolescente y a la chica espigada–. Yo escribía la pancarta en el parque de Ceuta...

–Ponía: «FRENTE A VUESTROS MUROS, NUESTROS PUENTES». Para mí ese lema significa mucho.

Los dos se quedan callados. Carmen siente vértigo al no haber visto entonces lo especial que él es; vértigo por tantos a los que no ha acogido en su casa como esa familia cordobesa, porque no podría hacerlo, porque es un disparate... Pero, si no fuera porque otros sí lo han hecho, este Ketu Simo no estaría quizás en la universidad, no tendría las ideas tan claras ni formaría parte de esa red de acción de la que le habla y que le da esperanzas.

–A mi amiga Ayo y a mí nos entusiasmó lo que dijiste por el megáfono, Carmen. –La mira a los ojos–. Yo creo en la gente como tú que, antes de rendirse y resignarse, se empeña, busca vías, viene a escuchar, hoy por ejemplo, sin limitarse al estricto trabajo.

–Gracias –responde ella, apurada y sintiéndose a la vez de su edad.

–Los nuevos africanos vamos a echar el pulso definitivo por la igualdad. Vamos a promover de una vez el cambio en la relación de fuerzas internacionales.

La mira sopesando qué crédito da a sus palabras.

–Lo haremos –insiste–. Puedes creerlo.

–Pareces un político.

–¿Yo? No.

–Sí. No es ninguna crítica. Eres persuasivo...

–Tenemos que serlo para convencer. De hecho, lograr aliados entre el activismo de esta orilla sería genial.

Los dos continúan hablando antes de decidir bajar a almorzar juntos en el bar de la facultad. Ahí, en el comedor que a él le es tan familiar, entre colegas que lo saludan desde otras mesas, es más bien Ketu quien pregunta y Carmen quien contesta. Ella le cuenta sobre sus compañeros de equipo, de la dinámica de trabajo, de cómo empezó en lo de la inmigración desde el feminismo porque estaba implicada en programas con mujeres migrantes víctimas de la trata.

–Tendrías que conocer a Ayo –la interrumpe Ketu, y él mismo se preocupa por la conexión de ideas–. Porque es muy feminista, digo. Es mi amiga marfileña a quien viste en Ceuta –precisa–. Ella es clave en nuestra red de activistas panafricanos. Pero te confieso que me inquieta. Sé que está en una situación complicada, aunque no nos lo cuente ni a mí, ni a Marta, ni a nadie. Sigue sin papeles, trabajando en casas entre Cádiz y Málaga. Es vulnerable ante cualquier abuso. No me deja ir a verla. Hablamos de política, de los proyectos colectivos, pero luego, en cambio, sobre lo más concreto y personal...

–¿Quieres que hable yo con ella? ¿Que me pase a verla?

–Ojalá acepte, sí. Sería estupendo.

*

Cruzan la explanada del aparcamiento mientras siguen charlando, haciendo altos para apuntar la referencia de un ensayo, película, artículo que se recomiendan el uno a la otra. Los dos tienen la certeza, inexplicable y sin pruebas, de que volverán a verse muchas veces, de que van a unirse en la construcción de algo nuevo.

Ya delante de su viejo Seat blanco, Carmen promete contactar con Ayo. Cuando arranca y agita la mano a través de la ventanilla, Ketu responde a su despedida con sensaciones opuestas: más convencido que nunca de la gesta que hace falta, pero también ansioso de dar con el modo de impulsarla.

«Ayo, soy Ketu. Éste no es mi móvil. Aún no tengo. Es de un compañero. He salido del CIE. Estoy en Almería, en los invernaderos. Espero que estés bien. Cuando tenga móvil, te llamo. Cuídate mientras. Un abrazo».

«Hola, Ayo. ¿Cómo estás? Yo aún sin teléfono. Te escribo desde un locutorio. He venido al pueblo para contactar contigo y con mi familia. ¿Tú dónde andas? ¿Todo bien? Ánimo, amiga. Mantendré el contacto».

«Qué raro que no respondas, Ayo... Ojalá no te pase nada serio ni te hayan robado el teléfono. Me voy del invernadero. Creo que a Córdoba. Daré noticias. Tengo que estudiar como sea».

El reloj y la libreta son sus bienes más preciados. Los dos meses en Tarifa rezó por recuperarlos. Sobre todo, la libreta. No había caído antes en memorizar los contactos que tiene apuntados. Ni siquiera el de Ayo. Pero, además, lleva el certificado de estudios grapado en la tapa. Al bajar del autobús, pregunta en el quiosco de información de la estación dónde está «la oficina de temas educativos».

–Donde arreglan los papeles para estudiar –concreta.

–Ah, Delegación –concluye la azafata, y traza en el mapa.

Para evitar a la pareja de policías que ve junto a la puerta, Ketu da un rodeo y sale por las cocheras.

Aunque no tarda en orientarse, cuando da con el sitio queda poco ya para las dos de la tarde. Tiene mal aspecto. «Mañana no será mejor», piensa, así que entra.

–Buenas –saluda al vigilante.

–¿Adónde va?

–A presentar papeles.

–¿Qué papeles?

–De estudios.

–La mochila, aquí. –El hombre apunta al escáner.

Tras el arco de seguridad, se entrecruzan unos pasillos anchos, llenos de ventanillas. Nadie a la vista. En el mostrador le indican: «Número cuatro», y, con un cabeceo, el dispensador de turnos. Su visita, tardía y anómala, es mal recibida. Se lo hacen notar.

–Verás, las cosas no se hacen así. No aquí. Estos papeles... –frena la funcionaria su pretensión de convalidar sus estudios.

–Pues examínenme. De todo. Cuando quieran.

–A ver, ¿cómo te explico...? –resopla, desganada–. Empecemos por lo primero. ¿Tú qué tienes: permiso de residencia, pasaporte, empadronamiento? ¿Nada? Entonces..., ¿cómo vas a estudiar? ¿Has ido a... Cruz Roja? –humaniza algo el tono–. ¿A Cáritas o cualquier otra ONG donde te puedan ayudar? Lo de estudiar sería un segundo paso. Cuando ya estés... orientado, vuelve, y entonces te informamos –completa, vocalizando despacio–. ¿Lo entiendes?

–¿Me marca las ONG, por favor? –Le alarga Ketu el mapa.

–Yo no me las sé... –retoma la inflexión abúlica–. Espera –rectifica y vuelve al ordenador–. Te indico con cruces: aquí, aquí y aquí. Suerte, ¿eh?

Pero la suerte es esquiva. Las asociaciones están desbordadas de huidos de la guerra siria, inmigrantes sudamericanos, personas en peores circunstancias, pidiendo cosas más básicas: pan y cama. ¿Huye él de la guerra o del yihadismo? No. ¿Es acaso opositor político? No. ¿Homosexual amenazado? Tampoco. Pues no tiene nada para pedir ser refugiado. Querer estudiar... Incluso a él casi le avergüenza alegarlo.

Se aferra a la libreta sentado junto al seto donde pasa las tardes. Dentro está también la orden de expulsión. Para que le reconozcan arraigo, a los tres años debe demostrar cuándo entró en el país y lo instaron a salir. Y aportar un contrato de un año. Pero ¿cómo sobrevivir tres años? ¿Cómo lo estará haciendo Ayo?

Va por la delegación a diario. Luego, al comedor social, y vuelve. Mendiga y vuelve. Come restos de bocadillos de las papeleras, fruta mordisqueada, productos caducados tirados por la noche a los contenedores junto a supermercados. Vuelve con la idea de que un día, por pesado o por pena, hartos de aguantarlo, lo examinarán, y entonces él demostrará que merece una plaza, la última, en el aula más básica, del sistema de educación español. Lo toman a broma, por alguien un tanto tocado. Pero él insiste.

Ha conocido a otros africanos que venden pañuelos en los semáforos, y se les une por ganar lo poco que sea. Pero considera la visita a delegación su verdadera actividad. Suele ir a las once, cuando baja el tráfico y con él, los clientes. Va con sus documentos y su cantinela. Lo esperan. No molesta, es educado. Pero el procedimiento es el que es, le explican. No hay manera de cambiarlo. Se desgasta en balde. ¿Debería ser de otra manera? ¿Se lo plantean? Parece que las conciencias están tan anquilosadas como el sistema.

Duerme en el soportal de un cajero. A última hora, cuando prevé que ya nadie querrá entrar a sacar dinero, se mete y echa el cierre. Pero, al final de la tarde, aún espera a que anochezca junto al seto de la glorieta. Repite su rutina igual que los viandantes que recorren el parque: madres jóvenes o tatas extranjeras con niños sudados de la mano; ancianos cuyas sillas de rueda son guiadas por latinoamericanas o asiáticas; madres y padres de familia que aparcan de vuelta del trabajo o acarrean bolsas del súper mientras hablan por el móvil, acalorados, y grupos adolescentes que bromean o pelean. A veces, lo miran. Lo ven sin verlo. Ahora lleva días con un ojo malo. Duda de si ir al ambulatorio, porque quizá le supusiera más problemas.

–*Ça va?* –lo sobresalta una mujer–. ¿Hablas francés?

–Sí –contesta extrañado.
–¿Estás llorando? ¿Te han hecho algo? –La cara de ella le es conocida.
–No, señora, gracias. Es sólo que el ojo se me ha infectado.
–Parece un derrame. ¿Has ido al médico?
–No, señora.
–Debes ir... empieza a decir–, pero no irás, ¿eh?
–Si avisan a la policía, me pueden deportar, señora.
–¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas? Yo soy Sophie, francesa.
–Mucho gusto, señora Sophie. Yo, Ketu, de Camerún.
–Eres muy educado, Ketu.
–Gracias, señora Sophie.
–Suelo verte siempre por aquí.
–Queda cerca de la Delegación de Educación. Verá, yo... Debo estudiar. Gané una beca con quince años para Canadá, pero se la vendieron a otra familia por la corrupción del país... Mi hermano es periodista, y yo también quería serlo para denunciar las injusticias. Rashâd decía: «Serás mejor que yo, que cualquiera. Alcanzarás cualquier meta». El viaje ha sido..., bueno, nadie lo creería... Pero ahora, aquí, no me convalidan los estudios. Se niegan a examinarme. Yo aprobaría. Aunque esté feo decirlo, soy listo. Así que estoy empeñado. Voy a la ventanilla cada día e intento convencerlos. Pero se resisten. Me dicen: «No podemos hacer nada», y luego: «¡Siguiente!». Mientras, vendo pañuelos. Tengo en la bolsa, por cierto. Por la voluntad, uno o dos euros. Ya me ve, señora Sophie..., soy un sinhogar, un mendigo. Pero mendigar no era mi plan. No lo era...
–No te avergüences, hijo. Mírame.
–Yo –alza los ojos– soñaba con... Gracias por preguntar. Por su humanidad.
–Ketu, ¿dónde duermes? ¿Estás en un albergue?
–No, señora. En aquel cajero.
–¿Allí? ¿Cuánto llevas así?
–En la península, diez meses. En Córdoba, cuatro. Le suena el teléfono, señora Sophie –la avisa–. En el bolso. –Lo señala, porque ella parece no oír.
–Sí, hijo. Voy. Perdona –se disculpa mientras descuelga–. Hola, Adrien. Estoy con alguien. ¿Es urgente? En camino. Sí, me he acordado. No tardo –cuelga y rectifica–: No tardamos. –Ketu no entiende–. Era mi hijo –le explica mientras guarda el teléfono–. Me recuerdas a él. Por la edad.
–Yo tengo diecinueve.
–Uno más que él. Levántate, ven. Hoy duermes en casa.
–¿Cómo, señora Sophie? –Ella asiente–. ¿Está segura?

–Te duchas, cenamos, donde comen tres comen cuatro, duermes y mañana vamos al médico a mirar ese ojo. ¡Que le quedan muchos años de estudio!

–*Insha'Allah*, señora Sophie. Ojalá. Dios la bendiga.

Ketu mira a la mujer como a la aparición de un espíritu bienhechor. Ella le habla de cómo se integró en la ciudad y le pregunta por sus padres. Intenta crear una atmosfera familiar de confianza.

Cuando llegan al piso, los reciben, extrañados, marido e hijo.

–Ahora os explico. –Guía a Ketu por el pasillo–. Ten, toalla y ropa interior, pijama. Vete duchando, te dejaré aquí las zapatillas.

A través de la puerta del pasillo abierta, Ketu oye las voces en la cocina.

–Sé que es un *shock* –dice la mujer–. Para mí también. Nos complica la vida. Pero, escuchad, no es definitivo. El chaval está siempre en el parque y hoy, su ojo, ¿lo habéis visto? No podemos dejar que se quede tuerto por algo que tiene fácil arreglo. Lo acompañaré al médico para que no lo deporten.

–No sabemos quién es, mamá –replica el hijo.

–¿Cómo podrías impedir tú que lo deportaran? –pregunta el marido.

–Tenéis razón. Ni sé quién es ni qué hacer. Sólo me ha recordado a ti, Adrien, y, si estuvieras en su piel, yo querría que otra madre te ayudase.

–Pero ¿dónde va a dormir? ¿En mi cuarto?

–No te preocupes, yo estaré pendiente.

–¿Y luego?

–Lo que decidamos, Paco. Tiene estudios. Es educado. Ha venido de Camerún... ¡Andando!

Oyen que el termo se enciende, pero no calibran el lujo que esa agua caliente representa para Ketu. Es la primera ducha digna desde que marchó de casa. Las gotas repiquetean en la bañera. Sube el vapor con aroma a espuma de jabón. Luego, al secarse, se embriaga con el perfume de la amplia y mullida toalla. Cuando acaba, se cambia y vuelve por el pasillo como si flotara.

–Si no somos capaces de afrontar...

–¿Se puede? –interrumpe, con miedo de llegar en mal momento.

–Claro, hijo.

–Ketu te llamas, ¿verdad? –pregunta Paco–. Ayúdanos a poner la mesa mientras se calienta la cena. Adrien, enséñale dónde están los cubiertos.

Así, de pronto, lo insólito se funde con lo doméstico, y Ketu vuelve a ser un hijo en un hogar donde la familia se cuenta detalles del día. Al segundo, le preguntan cosas de él:

–¿Y Duala cómo es? ¿Hace un calor como el del desierto?

–Es costera –contesta–. Está en el delta del río Wouri, en el golfo de

Guinea. Calor hace, pero los árboles y las palmeras llegan hasta la playa.

–Ay, hijo. No sabemos nada… –se excusa ella.

Pasan a hablar de Córdoba. Le preguntan si le gusta, y él asiente y cuenta que callejea por el centro y ronda la mezquita con frecuencia.

–Me asomo desde el patio…

–El sábado la visitaremos –anuncia Sophie, resuelta–. Te va a encantar.

Más tarde, esa noche, una vez metido en la pulcra cama, todo parece un sueño. Empezando por estar ahí acostado y no en el cajero. Sin embargo, la tela sobre la piel, su espalda en el colchón, son ciertos. Ese bienestar, como de agua, lo lleva a la playa de la infancia y a tantas tardes de juego. Niñez, orilla, origen. Niñez, orilla, origen. Deja que la corriente lo lleve. Flota sobre el ondulante oleaje. Aunque, al rato, el corazón se acelera. El mar cambia. Es otro momento. El previo a lanzarse a bracear desde Marruecos. Da vértigo. La malla metálica se adentra en lo más hondo del agua. Habrá que nadar hasta el final. Bordear, entre olas, la alambrada, y luego recorrer la distancia hacia atrás, a la zona española. Nota la tensión, los nervios en el silencio. Todos callan. Estatuas negras en la madrugada. Guardias de ambas fronteras andan cerca, acechan. Te encomiendas a Alá, a la familia, los ancestros protectores. Alguien da la salida: «Ya». Y entras en el agua. En diciembre, helada. Corta la respiración, encoge el pecho. Pero nadas. Con un tam-tam mental: «Más, más, más». Hay lamentos entre el chapoteo. Intentas no escuchar. Sólo nadar. «Nada, nada». «Europa, España». Ahora, ya, sorteas la alambrada. «Sigue, sigue». Pero ¿qué cae? ¿Qué te salpica la cara? ¿Disparan? Te da en la frente. ¿Sangras? No ves, no paras. Sientes terror. Morir, no. No ahora. «Mi gente, Duala». La ola te revuelca. Tragas agua salada. Sacas la cabeza y escuchas aullidos. «¡No!», gritas. «¡No!». Una ola te atrapa. Intentas salir. Sacas la boca, tragas, tragas. Y el agua te traga al fin.

–*Calme-toi, Ketu. C'est un cauchemar*. Una pesadilla –susurra Sophie, agachada a su lado.

Vuelve al renacer del agua. En la orilla ceutí donde, al abrir los ojos, encontró a Ayo.

«Boza». Oye la palabra fula, pero no en el cántico grupal de festejo de cuando todos corren tierra adentro. Es un «Boza» dicho en tono íntimo. Aun así, le retumba en el pecho el grito de «victoria», el grito de «salvado» susurrado por esa joven voz de mujer. Oye, intercalada, a otra, mayor, que en francés pide a la muchacha que insista. «Boza, hermano», le repite ésta junto a su oído. Ketu mueve al fin los párpados y frunce el ceño. Son actos reflejos. Entonces llega la arcada. Mar en la garganta. Tose. Se atora. «Ya está, ya está», le dicen. Nota una mano tibia en la nuca. Medio incorporado, de lado, escupe babas saladas. Avergonzado.

–Tranquilo –lo calma–. Échalo todo.

–La playa –balbucea él–. Los demás. Disparaban –recuerda.

–Eran pelotas de goma. Ya pasó. No estás herido. –Le seca ella la saliva y el sudor de la cara con una toalla.

Al fin Ketu se vuelve. La ve. Sus ojos oscuros y profundos saben por lo que ha pasado. Ella también ha sufrido ese camino.

–Criminales. –Aparece la otra recortada detrás. Pelo corto, cano. Crucifijo al cuello–. Atiéndelo, hija. –Se gira–. Avisaré a enfermería.

Mientras se abre y se cierra la puerta, Ketu calla y observa. La chica lo mira, y le da tiempo para recomponerse.

–Soy Ketu Simo, de Camerún –logra decir.

–Yo, Ayo Sanogo, marfileña. Y ella, Marta, la hermana Marta, monja aquí en Ceuta.

Ayo le pregunta qué necesita. Él sólo quiere agua. Lo ayuda a beber.

–Bueno –añade–, y saber: ¿qué pasa ahora? ¿Cuándo me llevan a España?

–Esto ya es España –lo corrige.

Pero acto seguido le cuenta que el traslado a la península tarda de media tres meses. Muchos se alargan incluso más de un año. Ella misma lleva cinco meses y sigue sin perspectivas. En el centro de estancia temporal donde los meten, el CETI, hay «asiáticos que van para dos años».

–¡Pero ése es el tiempo que yo llevo viajando! –Ketu se incorpora espantado–. ¿Qué se hace aquí estancado día tras día?

–No es fácil, porque estamos hacinados. Pero hay que aprovechar que no es un centro cerrado –contesta la chica–. Hay «semilibertad», como la llaman. Sólo es forzoso dormir dentro. Estamos en una loma alejada, se tarda en llegar al corazón de la ciudad y, cuando lo haces, sin dinero: calle y plaza, plaza y calle. Si paras mucho ante un bar o terraza, te echan. Los chicos, la mayoría, juegan al fútbol, en el parque o la playa. Yo voy a la asociación Oasis de la hermana Marta. Tiene biblioteca y ordenadores. Enseñan español y a buscar trabajo.

Aunque Ketu intenta empaparse de cuanto Ayo le cuenta, está muy

débil. Se adormece, se despierta, cae en otro duermevela. Ayo desaparece y vuelve. El día del alta lo acompaña al ingreso en el CETI, pero una vez dentro los separan, porque hay instalaciones diferenciadas para los hombres, que son mayoría, y las mujeres.

Ketu siente la atmósfera opresiva. Esos días están al doble de capacidad. Son jornadas mareantes porque, además de convivir con tantos internos, debe pasar por diversos trámites y funcionarios. Alguno amable, otro de modos sádicos, la mayoría hirientes en su indiferencia. Gente de Migración, de Interior, guardias civiles y policías. Repiten preguntas, rellenan formularios. Es como estar dentro de un corral a reventar donde el terror al matadero es el de ser deportado. Los marroquíes y argelinos rotan más que los subsaharianos. A Ketu le revienta esta etiqueta. «¿Acaso no somos todos africanos?». Pero, según le explican, en este caso hay diferencias por los acuerdos de deportación inmediata firmados entre España y los gobiernos del Magreb. Por eso, a los magrebíes, cuando entran en Ceuta, los encierran y los echan, y al poco llegan otros o los mismos que han vuelto a probar suerte.

Junto a esos compañeros nuevos, Ketu se reencuentra con algunos de los que nadaron con él. De lejos ve a Ayo, y se saludan. Por una razón que no es capaz de precisar, ella lo intriga. Había pocas mujeres en la ruta. Sobre todo, en el bosque. Algunas embarazadas y recién paridas. Pero eran distintas: huidizas o reservadas, la mayoría. Ayo lo trató desde el primer momento con desenvoltura y camaradería. Le recuerda algo a sus hermanas y su madre. Mujeres universitarias, que trabajan. De pronto algo le cruza la mente: «No puedo retrasar más el llamar a casa».

Cuando pide consejo, todos le indican que vaya al local de Oasis. Dos se ofrecen a guiarlo. Es una sensación extraña recorrer la ciudad con aparente libertad.

«Ceuta es una ciudad-prisión», «cárcel a cielo abierto», comentan los compañeros. Sonríen, amargos, y con el dedo dibujan los límites de esos veinte kilómetros cuadrados.

En la asociación Oasis encuentra las puertas abiertas, sonrisas desde el umbral, abrazos de monjas y voluntarios. Avanza entre paredes llenas de carteles y fotos o recortes de prensa de manifestaciones y conferencias.

–Hacemos todo lo que se nos ocurre contra la violencia en la frontera –le explica Marta–. Y, bueno, para daros herramientas de supervivencia.

–¿Está Ayo por aquí? –se decide a preguntar.

–Acaba de irse. Va a un encuentro con mujeres españolas y marroquíes. La invitó una periodista. Pero Ceuta es pequeña, os encontraréis miles de veces.

Marta lo deja echando un vistazo a la biblioteca mientras espera que algún ordenador se libere. Ketu teme el reencuentro con sus padres. Le da

miedo y vergüenza que, con razón, vayan a achacarle todo el sufrimiento de estos dos años de silencio. ¿Y si su madre ha enfermado? ¿Y si ha muerto de pena? En cuanto queda un puesto libre, escribe a Zizou, su gran amigo, y lo pilla conectado.

–Ketu, tío, ¿eres tú? ¿Estás bien? ¿Desde dónde escribes?

–Hola, Zizou. Bien, sí. Estoy en España –evita decirle que en la orilla africana.

–¡España, amigo! ¡Tan lejos! ¡Y vivo!

–Sí –ríe–. Y mi familia, mi madre, ¿cómo están? Necesito que me ayudes a contactar con ellos.

–Claro, hermano. Están bien. Tristes y preocupados por ti. ¡Pero ahora eso acabará! ¡Cuánto van a alegrarse! ¿Cómo quieres que lo hagamos?

–¿Con una videollamada mañana a esta hora? ¿Podrás reunirlos a todos?

–Cuenta con ello. Yo nunca te fallo.

Ketu opta por no preguntar si prevé hablar primero con Rashâd y buscar su complicidad para preparar a sus padres. Deja la cuestión en sus manos y pasa esa noche y la mañana siguiente anticipando cómo será el momento.

Pero, a la tarde siguiente, los ordenadores están ocupados. La hora fijada pasa sin atisbo de movimiento, y la ansiedad lo empieza a desesperar. Está tan nervioso que ni reacciona cuando, al fin, aparece Ayo.

–Qué alegría verte –confiesa ella, espontánea–. ¿Todo bien?

–Sí –responde él, parco.

–¿Te pasa algo?

–No. Sí... Iba a llamar por primera vez a casa –ojea angustiado la sala.

–¿Por primera vez desde que marchaste?

Ketu asiente. Entonces Ayo se acerca a un muchacho que teclea y le comenta algo. El chaval cede el puesto a Ketu y levanta el pulgar. Él le devuelve el gesto, sorprendido y agradecido.

–Gracias, Ayo –le dice antes de verla alejarse hacia la zona de las aulas.

Ketu ve que Zizou está conectado. Llama, pero no descuelgan. Pulsa de nuevo, temiendo que algún imprevisto o problema técnico impida la conexión. Pero, entonces, de pronto, ve a su madre en pantalla.

–¿Ketu? –Se echa la mujer a llorar–. ¡Hijo mío! –su voz atruena en la biblioteca–. ¡Estás vivo! ¡Vivo!

Las caras del padre, hermanos y hermanas se apiñan junto a ella. Lloran, ríen, saludan, baten palmas.

Algo roza la mano de Ketu. Un cable. Es Ayo, que le pasa unos auriculares. Él sonríe, agradecido, los conecta y sigue escuchando, ya con más intimidad. Todos se pisan para preguntarle cómo está y dónde, desde cuándo, qué camino ha hecho, qué le ha pasado. Al fin callan mientras

escuchan embobados las mentiras tranquilizadoras que él va seleccionando:

–Sí, sí, ya he cruzado el Estrecho. Algeciras, se llama. La idea es estudiar y trabajar. Aún pendiente de permisos. Trato correcto.

Está deseando hablar otro día a solas con Rashâd y contarle, ya en confianza, la verdad. Adivina la suspicacia de su hermano tras sus gafas. Pero hoy es día de falsas promesas. Son necesarias. Promete que ahora ya jamás desaparecerá, que todo irá bien, que lo peor ha pasado. Cuanto quiere creer y no está en su mano. Llega el turno de preguntar él por todos ellos, del mayor al pequeño. Éste ya no es su hermano Moumi, por cierto. Ebele le ha dado su primer sobrino. Asoman el capazo: el niño está dormido.

–Se llama Ketu –le anuncia su hermana, y a él se le cierra la garganta.

Entiende que lo daban por muerto. Vuelve a pensar en Ibrahim y el desierto.

–Dudaron si ponerle mejor mi nombre –bromea Zizou–. Hasta el último segundo no se decidieron –insiste con guasa.

Ebele niega con fuerza, y todos ríen y recuperan el tono ligero que necesita el reencuentro.

A medida que Ketu y su familia conversan, la gente sale y entra de la biblioteca. Cada vez se marchan más, y el espacio va quedando vacío, pero él, atento sólo a la pantalla, no se percata. Hasta que Ayo, de lejos, le indica por señas que es hora de volver al centro. Él le pide por gestos que lo espere. Y ella asiente y sale a la calle.

Ketu aparece al poco, aún conmovido por la charla familiar.

–Gracias. –Le devuelve los auriculares.

–Son de Marta, espera. –Ella entra a devolverlos–. Listo –dice cuando reaparece en el umbral–. ¿En marcha?

Caminan un trecho en silencio. Ketu aún revive la llamada.

–Yo vivía bien con ellos –dice de repente–. No me faltaba de nada.

Ayo lo mira desconcertada.

–Nada material –añade él, cuando empiezan a atisbar, al fondo, el cerro–. Pero me robaron una beca, el futuro que quería y...

Paso a paso hacia poniente, Ketu detalla su decepción en Duala y luego los peligros de la ruta. Ayo lo escucha de principio a final.

–¿Y tú? –le pregunta él–. ¿Por qué has venido?

La luz, rosa intenso, baña una montaña con forma humana.

–La llaman la mujer muerta –suspira Ayo, señalándola.

Unos adolescentes pasan junto a ellos embalados, entran al puerto y saltan por las escolleras hasta camuflarse entre las piedras.

–Son los *riskis* –dice ella–. Esperan a meterse en los bajos de un camión de los que embarcan a la península. Los llaman *riskis* porque se arriesgan a

lo que sea.

–¿Prefieres no hablarme de ti? –tantea Ketu al ver sus rodeos.

–No, no es eso. No me avergüenza. Pero la mía sí es una historia de pobreza. Muchos hermanos, yo de las pequeñas. Ninguno estudiamos. Cuanto sé, lo aprendí por mi cuenta. Y sé que no quería la vida de mi madre, ni la de mi abuela. Deslomadas, mientras padre bebe y no hace nada. Resecas como cabras viejas, moliendo el mijo todo el día. «Mira, así, sigue el ritmo...». La belleza que un día debieron tener, sus risas, no las he visto. No es que todos los hombres de allí sean iguales, claro. Pero pueden serlo. Nuestro camino de mujer es siempre el agotamiento. Yo protestaba, porque los hermanos corrían por las veredas, mientras nosotras íbamos por el agua, por la leña. Y mis hermanas me chistaban: «Calla, calla». Si yo tardaba porque algo me distraía, gritaban mi nombre sin parar. Si estaba harta y me escondía, me buscaban y encontraban. Fue siempre así, desde que recuerdo.

–Total, que te decidiste –concluye Ketu.

Ella mira al horizonte, muy lejos.

–Guardo muy vivo el recuerdo de un día –añade tras un instante–. Volvíamos de misa. Mi zona es muy evangélica. Cada domingo, el cura nos sermoneaba sobre la virtud y el vicio. Sobre todo, a las mujeres. Tanto en la confesión, individual en la sacristía, como luego a todos juntos en la homilía. Insistía en lo de obedientes, sumisas, entregadas al hombre y a la familia, cumplidoras del deber. Mientras tanto, él tenía amantes. Todo el pueblo lo sabe y se le consiente. Esa mañana fue repulsivo. Aún ahora cuando cierro los ojos veo los hilos de saliva en la comisura de sus labios: riñéndonos, culpándonos de la infelicidad, de la carestía. Señaló «pecados de soberbia de jóvenes engreídas». «¿A quién se refiere?», murmuraron las más curiosas. De vuelta a casa, en la vereda, me paré y dije a madre: «No volveré». Ella creyó que era rebeldía. «Nunca más», añadí tajante. No me preguntó ni por qué. ¿Llegó siquiera a preguntárselo? Asqueroso todo.

Ketu cree comprenderla. Querría abrazarla y consolarla, pero le da miedo que eso la asuste o la moleste. Lo que ella, sin decirlo, le está revelando es demasiado grande, demasiado oscuro. Sagrado. Teme mancharlo. Así que sigue callado y anda a su lado. Sin atreverse a mirarla. Sintiendo un enorme respeto por ella.

–Mi madre redobló su empeño en enseñarme –retoma la explicación Ayo, como transportada, en trance–. «Haz como yo, hija, sirve a los demás o no te querrá nadie», me decía. «Ojalá», le respondía yo, y ella se escandalizaba. «Yo no me quiero casar». No se entristecía, me castigaba. Por mi bien, para que «me enderezara». Yo conocía mi destino. Aquella miseria sin salida. Un marido mayor que yo y muchos hijos. Habría

querido no crecer, vivir siempre alrededor del árbol donde los viejos nos contaban cuentos. Yo era feliz ahí, escuchando a los *griots*. Y, además, hice un descubrimiento en el mercado: bajo algunos puestos había cajas con libros desgastados. No se vendían, nadie podría pagarlos, pero dejaban que les echaras un vistazo. A mí, me dejaban. Hacían la vista gorda. Total, yo no entendía nada, pues estaban en el otro idioma, el de los que mandan. Elegante, autoritario. Trazos negros en páginas amarillas, hileras de disciplinadas y misteriosas hormigas. ¿Adónde irían? ¿Qué contendría el hormiguero de papel? En los de tierra, que siempre me intrigaron, yo no podía entrar, claro, por mi tamaño. En los libros, en cambio, había un modo... Bastaba con averiguarlo. Estuve al acecho, encontré quiénes sabían y los rondé como perro lastimero. Comí de las sobras que me echaban, aprendiendo aquí esto, allí aquello. Qué alegría entender la primera línea... Todas las historias que luego vinieron. Fueron mis primeros pasos hacia vidas distintas, libres. Aún en mi aldea, gracias a los libros, me atreví a explorar sendas escondidas. Sola y con alguna amiga. Pero, cuando empiezas a andar y andar, un día descubres que no hay vuelta atrás.

Ketu la escucha embobado. Querría seguir oyéndola como en esa estampa que ella ha evocado, de niños oyendo cuentos, en la aldea, bajo el árbol. Él se identifica con el inconformismo de ella. Imagina dentro de su historia más sombras, algunas más recientes que no menciona. Las mujeres no saltan las vallas, siempre son menos en las balsas, pero también pasan la frontera. «Trata», se bisbisea mentalmente. Sin embargo, Ayo le parece demasiado lista para venir engañada, para no olerse una trampa.

A fuerza de frecuentarla en las semanas siguientes, constata que, en efecto, es muy inquieta y está al tanto de todo. Si transcurren días sin verse, cuando se reencuentran, ella lo sorprende con esta o aquella noticia de prensa, de África o Europa, o contándole que ha estado en la biblioteca o que ha entrado en contacto con una nueva asociación o colectivo o que sabe de un acto interesante. Un día le pide jugar al fútbol con él y los chicos. Juntos afrontan las pegas que ponen algunos. Y, aunque su intervención en el partido no es decisiva –es la primera vez que juega en su vida–, corre, suda, pelea cada balón en su puesto de defensa, se tira al suelo, se magulla las rodillas, se tizna entera de tierra.

–Qué locura todo esto. Es una locura, ¿verdad? –le pregunta un día.

–¿El qué? –dice Ketu.

–Que sigamos aquí atrapados. Que nos retengan por africanos. Que dejemos que el mundo aún nos considere menos humanos. Y que, después de tantos siglos, aún no nos hayamos organizado para detenerlo.

–Sí, demencial –concede Ketu.

La ve favorecida. Con la luz de quien va a dar con una idea especial.

–Habrá que pensar. Hay que pensar –repite ella, pinzándose las sienes.

Ella es quien poco después descubre, y descubre a Ketu, la red de activistas de un nuevo y potente movimiento panafricanista. Están ambos en Oasis cuando lo avisa:

–¡Ketu, ven! ¡Mira!

Sentados, codo a codo, compartiendo auriculares, escuchan boquiabiertos a esa pareja magnética en pantalla, hombre y mujer, imponentes, grandes, fuertes, vehementes. Él, rapado; ella, con grandes pendientes de aro y turbante; ambos, locuaces y elocuentes, hablan y entusiasman, verbalizan el deseo, la necesidad de los que Ketu y Ayo siempre acaban hablando, de que los africanos se unan y avancen definitivamente. Son los carismáticos Thiane Seba y Biram Babel.

Rashâd está preocupado. Sabe que hay motivo. Ketu lo avisó de urgencia de que, al fin, ya de verdad, lo trasladaban de Ceuta a la península. Dijo que el procedimiento en España es, una vez que llegan a la otra orilla, encerrarlos en centros de reclusión hasta sesenta días. Incomunicados. Así que ha rastreado noticias y dado con fotos. Incluso ha encontrado una grabación furtiva, hecha a saber cómo, ya que lo primero que quitan a los retenidos son sus móviles. Ha visto la mugre en los suelos, en las letrinas y camastros. Ha escuchado a los internos, sudorosos y hacinados, lamentar que llevan dos meses con la misma ropa. Todo entre barrotes herrumbrosos, cristales rotos. Algunos se suicidan. O con esa mentira tapa sus excesos la policía.

«¿Merece la pena, Ketu?», se pregunta. «¿Los cinco mil kilómetros, el Sáhara, casi ahogarte y ahora esto?».

Se preocupa por él, pero, de cierta extraña manera, también lo envidia.

Y darse cuenta lo avergüenza. Aunque comprende la razón. Todo viene del ultraje, y hace que le hierva la sangre. ¿Cómo ni siquiera él, un periodista reconocido, logra un maldito visado para hacer turismo al otro lado del Mediterráneo?

Fue Ketu quien le descubrió a Biram Babel. Es su generación la que lo ha encumbrado, esa legión de jóvenes que lo idolatra. «¿Lo conoces, Rashâd? ¿Has visto sus vídeos?», le dijo. Él entiende su atractivo. No es que sea amable, ni de gesto ni en su mensaje, pero su organización, Despertar Panafricano, ha conseguido aglutinar a cientos de miles de seguidores en redes sociales. Toman el relevo de históricos líderes, represaliados y asesinados: Patrice Lumumba, Thomas Sankara, Kwame Nkrumah, Amilcal Cabral, Samora Machel, Eduardo Mondlane, Malcolm X, y hasta rescatan figuras menos conocidas, como la del gran luchador por la independencia de Camerún Ruben Um Nyobe, asesinado por la armada francesa y del que no se enseña una palabra en las escuelas camerunesas. Sobre todo, llaman a una reacción urgente, a un protagonismo negro sobre una doble base: denunciar el expolio europeo de gobiernos y multinacionales y condenar que la dirigencia africana venda el continente a Occidente. Para cambiar las cosas, hay que actuar ya. Y, para actuar, quedarse en África, no emigrar. Tiene mérito, porque dirige su mensaje a una juventud africana dividida entre quienes ya han emigrado y quienes desean intentarlo, y pese a todo los convence y enardece. Tiene don de palabra y fuego en la mirada. También su mano derecha, la senegalesa Thiane Seba, es apasionada y persuasiva.

Algunos de los vídeos con los que han llenado las redes sociales explican la trayectoria personal de Babel y por qué él, nacido y criado en el extrarradio parisino, y su inseparable primo beninés Arouna Yinde, al cumplir los treinta años, se instalaron en Senegal y fundaron Despertar Panafricano. Y desde allí proclamaron por todo el continente su iniciativa sobre Mauritaria. Era una vergüenza que la minoría magrebí dirigente aún esclavizara a los negros y encarcelara a los antiesclavistas. Una vergüenza conocida, pero no combatida por los restantes cincuenta y cuatro países del continente. Hasta que Babel, Seba, Yinde y su Despertar Panafricano lanzaron la campaña de denuncia a partir de casos concretos y convocaron manifestaciones simultáneas en toda África. Las calles y plazas de capitales, ciudades, pueblos y hasta aldeas se llenaron de manifestantes al grito de: «¡Fin al esclavismo!».

«¿No creéis que habría que entrevistar al tipo?», había propuesto entonces Rashâd en la redacción, pero su copresentador, Modou Fall, asintió sólo con interés relativo. El magazín semanal *Toda África* les ha traído de cabeza desde el principio. Se supone que el sentido del programa es contribuir a la unidad de acción africana, de ahí que se emita en todo el

continente. Pero eso multiplica las opciones de molestar a gobiernos, tanto los propios como los extranjeros que los tutelan, empezando por Francia.

El día en que murió linchado el coronel Muamar el Gadafi había marcado un antes y un después. Un tertuliano pasó de apuntar al dinar oro como causa de que los occidentales dejaran caer al mandatario libio a referir supuestos *e-mails* que probarían la implicación de la OTAN, el FBI y el Pentágono en el magnicidio. Rashâd y Modou Fall fueron acusados de no parar a tiempo al insensato, y el programa fue cancelado, aunque pasados pocos meses volvió a la parrilla. El panafricanismo no muere. Su raíz es profunda. Incluso quienes no quieren que se concrete prefieren adulterarlo a prohibirlo.

–El próximo *Toda África* lo haréis desde Dakar, junto a Jean Kouyaté –los había sorprendido su jefe semanas atrás–. Entrevistaréis a Biram Babel –anunció, y Rashâd se preguntó qué truco escondía la jugada–. Babel se ha apuntado un tanto con la abolición del esclavismo en Mauritania, y ha surgido la idea de ficharlo para la cadena. La entrevista será una prueba de si es capaz de adaptar el tono activista al televisivo, más... comedido.

Así que ése era el anzuelo. ¿Qué sacrificaría Babel para que el amor de la juventud con el que contaba se universalizara hasta incluir a quienes de verdad mandan?

–Por supuesto –indicó el directivo–, habrá que hacerle todas las preguntas necesarias, desde su controvertido pasado en Francia, estancia en prisión incluida, hasta su posible intención de saltar a la política. Será, por razones obvias –hizo hincapié– una entrevista grabada. Si es tan insensato como para hundir un futuro alentador, no se emite y punto. Nosotros, riesgo cero.

«Tendrías que oír todo esto, Ketu». No deja de pensar en su hermano. «¿Dónde estás?», se dice. «¿Qué te hacen ahora mismo?».

El Wakola Hotel está a kilómetro y medio de la Radio Televisión senegalesa. Un paseo de veinte minutos que Rashâd querría hacer a pie para despejarse. Pero han enviado un coche de producción para recogerlos. Modou Fall va hablando por el móvil, y él mira por la ventanilla las calles de las manzanas cuadriculadas: GIB 57, GIB 63, GIB 32..., indicativo de que están en el Distrito Gibraltar. Le parece increíble que sólo ahora caiga en preguntarse por qué esa evocación, aquí, al mítico Estrecho que justo acaba de cruzar Ketu.

Llegan a la Avenida Malick Sy. La rotonda está bloqueada por jóvenes.

–Presagia buena audiencia –bromea Modou.

–A más expectación, ya sabes, mayor presión también.

–Lo sé: «El nivel de expectativas es directamente proporcional a la

posibilidad de defraudar».

–Qué gran verdad.

El chófer gira para entrar por una vía trasera. Rashâd y Modou Fall conocen las instalaciones, porque ahí han hecho otras coproducciones entre las televisiones de Senegal y Camerún. Ambas actúan a veces como representantes de los dos grupos de países africanos que tienen moneda francesa: Senegal, de los ocho del franco CFA Occidental, lo que incluye a Benín, Burkina Faso, Costa de Marfil, Guinea Bissau, Mali, Níger y Togo; y Camerún, a los seis del franco CFA Central, que integra él mismo con Chad, Gabón, Guinea Ecuatorial, República Centroafricana y República del Congo.

Jean Kouyaté los recibe en el vestíbulo.

–¡Sanos y salvos! –les guiña un ojo al saludarlos.

Se dan la mano.

–El pueblo no hace ningún daño. –Irrumpe de pronto desde una sala abierta Biram Babel–. Al contrario, lo padece.

–Me refería al tráfico de Dakar –replica, hábil, Kouyaté.

–Rashâd Simo, encantado. –Ofrece la mano al héroe de su hermano.

–Igualmente. –Se la estrecha Babel con energía–. Ellos son Thiane Seba y Arouna Yinde, cofundadores de Despertar Panafricano. Me acompañarán en el *set*.

–La entrevista es sólo a usted –aclara Kouyaté.

–Lo sabemos. Estarán tras las cámaras, me refiero.

–Deberán guardar silencio. Grabamos en falso directo.

–Asistirán quietos y callados hasta el punto final.

–Bien –concede Jean Kouyaté–. Sin problema.

–Por nosotros, igual –confirma Modou Fall.

–Discúlpenos un momento –dice Kouyaté a Babel–. Ahora nos vemos en plató. –Guía a sus compañeros hacia la redacción–. ¡Por Dios bendito! –suspira en la sala de reunión–, ¿por qué han pensado en dar alas a este iluminado?

–Conecta como nadie con la juventud –apunta Rashâd.

–Un demagogo que dice lo que quieren oír. Va a meternos en un lío. Aquí lo conocemos, os aviso.

–¿Puedes concretar? –pregunta Modou Fall.

–Mientras hablemos de lo de Mauritania, él, encantado. Más aún, presumirá como un general con medallas en la pechera recién abrillantadas. Pero, en cuanto se aluda a alguna sombra... Y haberlas haylas. Sabéis que voy y vengo mucho de Francia porque me reclaman como experto en África, ¡y él es francés! ¡Nada de Biram Babel: se llama Pierre Mercier! ¡En serio! Su abuelo, bisabuelo o quien fuese es uno de esos invasores europeos de los que ahora echa pestes. Más aún, él ha

dejado pésima huella en tierra francesa. ¿Cabe más disparate que arruinar la lucha de sus padres, que emigraron por darle oportunidades? Si tuvo una educación privilegiada es por ellos y por la República francesa, seamos sinceros. Pero se le ha metido en la cabeza que el continente de su bisabuela lo necesita y aquí está, para guiarnos en plan paternalista.

–Es una figura controvertida –concede Rashâd–, pero tiene un discurso interesante sobre lo que está en nuestras manos cambiar. Eso ha conectado con el sentir de cientos de miles, y hasta millones, de jóvenes africanos.

–¡Ah, que no te camele! Quiere hacer política. La única opción de que no se descalabre es que coja gusto a las mieles televisivas y eso le baste. Si no, su chisporroteo será tan llamativo como breve. Y yo, no sé vosotros, no estoy dispuesto a que tan frívola bengala chamusque mi carrera.

–Calma –tercia Modou Fall–. Haremos nuestro trabajo: preguntar. Las respuestas caen de su lado. Contamos con la red salvavidas de que el programa no es en directo, sino grabado.

–¡Alabada sea la sensatez, esta vez!

Rashâd interpreta que Kouyaté alude al asunto de Gadafi, y le escuece. Como todo su tono general de superioridad. Quizás está susceptible porque él sí ve necesario que alguien agite la resignación ciudadana. Él quiere contribuir, a su modo. Eso lo coloca en una situación delicada.

«Móviles silenciados», recuerda el regidor una vez en plató cuando están ya los tres con Babel sentados a la mesa. «Dentro sintonía», indica el realizador desde el control, y Rashâd se fija en el pulgar levantado que enseña Babel a sus colaboradores, rectos y discretos detrás de los cámaras.

–Bienvenidos a una nueva edición de *Toda África* –arranca Modou Fall–. Hoy la hacemos, mano a mano, entre nuestra cadena camerunesa y la televisión hermana de Senegal, representada en pantalla por nuestro colega Jean Kouyaté.

–Gracias, compañero. Es para nosotros un placer acogeros a ti y a Rashâd Simo en los estudios de Dakar para entrevistar a quien se ha convertido, en breve tiempo, en una figura emergente del panafricanismo: Biram Babel.

–Y para nosotros, una satisfacción –interviene Rashâd– venir al lugar de la noticia. Pues es aquí, en Dakar, donde Babel y su equipo han fundado la organización Despertar Panafricano, que, tras una activa movilización en redes, en sólo dos meses, lidera tal repulsa continental al esclavismo de los negros en Mauritania que ha logrado el hito de abolirla. No ya sobre el papel, sino en la práctica.

–Bienvenido, Biram Babel, a *Toda África*.

–Gracias, Modou Fall. A todos. Saludo a la gente del continente.

–¿Cómo, por qué –lanza Kouyaté–, un francés de treinta años emigra a

África? Y no al Benín familiar, sino a Senegal.

–Bueno, eso no es preciso...

–Disculpe, usted es nacido en París. Su nombre es Pierre Mercier...

–Si me deja responder... Yo no he emigrado a África, sino que he vuelto a mi tierra. Nacer y crecer en Francia fue..., iba a decir accidental. Pero no: fue resultado de la falta de expectativas en el África de finales de los setenta y del malentendido que persiste sobre que la única opción para sobrevivir es huir a Europa. Todo negro, sea europeo, estadounidense, caribeño..., es y será africano. Yo lo sentí siempre así. Claro que la exclusión que allí sufrí desde niño se encargó de reforzarlo. Y, cuando estudié y maduré, recuperé mi nombre, mi raíz. Ni beninesa ni senegalesa, africana. Somos un solo pueblo. Ésa es nuestra fuerza. Aunque, de momento, desaprovechada.

–¿Cómo una organización tan joven como Despertar Panafricano ha logrado abolir la esclavitud de los negros en Mauritania? –interviene Rashâd.

–Nosotros sólo hemos dado cauce a la voluntad de los jóvenes africanos. La juventud está ansiosa de justicia y avances y, con la debida organización, podemos conseguirlos.

–¿Qué papel ha jugado su dominio de las redes sociales en la coordinación de manifestaciones simultáneas en todo el continente?

–Un papel innegable. Despertar Panafricano es un equipo pequeño, pero bien preparado, que sabe sacar el mayor partido de las herramientas tecnológicas actuales. Tan clave como eso es nuestra implantación en los cincuenta y cinco países. En todas partes tenemos hermanas y hermanos que se implican y conectan las distintas manifestaciones, locales, regionales y nacionales que convocamos.

–Conseguido el objetivo mauritano, ¿adónde encaminan sus pasos?

–Abolir la esclavitud negra en Mauritania no fue nunca el motor de la organización, sino el lunar de vergüenza más concreto y fácil de extirpar. No se podía tolerar más. El objetivo de todo panafricanismo es coordinar a los países para garantizar unas condiciones de vida dignas.

–Objetivo loable, ambicioso y en el que, desde las declaraciones de independencia, en los sesenta, están comprometidos innumerables esfuerzos. ¿Por qué una asociación pequeña, de alguien, insisto, francés, por más apegado a nuestra tierra que esté, conseguiría avances que las relaciones bilaterales, la Unión de Estados Africanos o la acción en Naciones Unidas no han logrado?

–Porque la gente en la calle está tan harta de penuria como yo de que usted no me reconozca como africano. No, no me interrumpa. De las independencias han pasado ya sesenta años, y los jóvenes de hoy siguen emigrando como emigraron mis padres. Exponen sus vidas en el éxodo

con la ilusión de vivir un futuro que ha sido mi presente y que he convertido en pasado porque no merece la pena. Podéis creerme –dice Biram Babel mirando ahora a cámara–. Las venas de África tienen que dejar de derramar su más valiosa sangre en aventuras migratorias suicidas, para concentrarse en sacar adelante, desde aquí, su propio proyecto vital.

–¿Cree que la juventud que emigra traiciona al continente?

–Ellos están manipulados por un sistema corrupto hasta la médula en ambas orillas. Del lado europeo, conviene que aquellos que sobreviven al desierto y al mar sirvan de neoesclavos, sobre todo en el sector agrícola; y del lado africano, las divisas que mandan los emigrantes nutren las economías nacionales. Quienes se van son jóvenes idealistas en busca de una vida mejor, pero rara vez la alcanzan allá donde llegan, y sobre todo no rompen esta rueda de dolor que gira desde hace demasiado tiempo y que así seguirá hasta que nos plantemos.

–Critica incluso a las ONG de salvamento europeo, ¿por qué?

–Esos supuestos ángeles de rescate en el Mediterráneo, tan hostigados por sus gobiernos como convertidos en héroes por cierta parte de la sociedad civil, son un engranaje más de la maquinaria ultracapitalista. Es todo tan perverso que Occidente inocula en nuestra gente la idea de que la vida digna sólo existe fuera de África, y, así, no necesita ya venir a cazar braceros como en los siglos del esclavismo, sino que nuestros jóvenes corren, por propia voluntad, para ser explotados. Navegan y hasta nadan ansiosos por lograrlo. En caso de naufragio, ahí están los bienintencionados voluntarios para pescarlos y llevarlos hasta esos explotadores que aguardan frotándose las manos.

Rashâd se duele al pensar en cómo esa respuesta escocería a Ketu. Pero al segundo retoma el cuestionario:

–¿Planea Despertar Panafricano convertirse en partido político? ¿Aspira a ser representante electo?

–Predecir el futuro es tarea de adivino –contesta Babel–. Lo que yo soy es analista y activista, ahí sí, político. Sé lo que sufren chavales sin formación básica y aquellos que, pese a estudiar, aquí no hallan empleo. Sé cuánto padecen sus familias al saber lo miserables que serán si viven como ellos. Los africanos llevamos siglos siendo bueyes atados a la misma noria, girando y girando para sacar agua de un pozo cada vez más seco. No es inevitable, es insostenible.

–¿Podría compartir con la audiencia su formación de analista político? –improvisa Kouyaté–. No consta en nuestro archivo, donde sí figuran, en cambio, dos ingresos en prisión.

–En efecto, he estado encarcelado dos veces en Francia. No me avergüenzo; al contrario, pues en ambas ocasiones fui víctima de represalias. La primera, justo por enfrentarme a un provocador que suele

compartir con usted tertulias en París, Charles Allard. Por cierto, que jamás lo he visto a usted tan inquisitivo con él como hoy conmigo, y eso que Allard jamás desaprovecha una ocasión para desplegar su vileza neocolonialista contra un África que considera su mina y su plantación. Como carezco de título de politólogo, tampoco le pediré a usted el diploma en tibieza que sin duda le exigen para aparecer en la televisión francesa. No se sulfure –sonríe ante la mirada inquisitiva del presentador–. No insulto, describo. ¿Por qué fui a prisión? Allard se hizo el encontradizo a la salida de una conferencia mía, me ofendió y me empujó, y yo cometí el error de devolverle el empellón. A mí me cayeron dos meses de prisión preventiva en la cárcel de Bois d'Arcy. Mi atacante, por su parte, se fue de rositas, incluso tras la sentencia que me exculpó gracias a multitud de testimonios sobre cómo Allard había provocado el encontronazo. Pero, a partir de ese momento, se suponía que yo tenía que comunicar mis viajes al extranjero. ¿Alguien puede entenderlo? Por supuesto, me salté tal obligación durante años. Vine a África y volví a Francia varias veces sin que nada pasara. Hasta que volvieron a arrestarme, condenarme y meterme en la cárcel, entonces en la de Fleury-Mérogis. Esta vez, porque trascendió que en mis conferencias con la juventud africana hablaba, y en efecto hablo, de algo esencial para el despertar de África y su liberación del yugo colonial: la abolición del franco CFA como moneda impuesta por Francia a catorce de nuestros países.

–¿Propone cancelar las relaciones comerciales con Francia? –lo corta Jean Kouyaté–. ¿Qué beneficio sacaría ningún ciudadano de romper el buen trato con una de las mayores potencias del mundo?

–Si deja de interrumpirme en un ejercicio tan poco periodístico como recompensable por el Elíseo...

–No le consiento...

–Caballeros... –tercia Modou Fall.

–¿Podría el entrevistado...? –plantea Rashâd, y Kouyaté le lanza una mirada glacial.

–Gracias, lo intentaré. Tan anormal como que Mauritania haya esclavizado a los negros hasta antes de ayer es que nuestra moneda siga siendo el franco de las Colonias Francesas en África, rebautizado en 1958 como franco de la Comunidad Financiera de África. ¡Mantiene las siglas, CFA, para que hasta el más tonto lo entienda!

«Cartas boca arriba. Babel no se pliega», interpreta Rashâd. «Ni a cambio de un contrato televisivo». Llega a tal conclusión porque el franco CFA es línea roja en cualquier crítica al neocolonialismo.

–Los africanos estamos hartos –se crece Babel– de mandatarios sumisos a los intereses franceses. Hartos de sufrir la deuda externa

inherente a esta moneda, hartos de que Francia tenga que ser, sí o sí, socio preferente en cualquier trato pese a las condiciones ventajosas que otros países ofrezcan, hartos del servilismo que nos mantiene agachados. Hay que desafiarlo.

Rashâd piensa en cómo emocionaría a Ketu oír todas estas cosas, y en que lamentablemente nunca lo hará porque Kouyaté, aunque le fastidie, estaba en lo cierto y Babel ha boicoteado la entrevista de modo estéril. Por esto, sin más, no se emitirá. Entonces sucede. Rápido. Biram Babel se lleva la mano al bolsillo y saca un billete arrugado. Lo despliega, teatral, ante la cámara. Su importe, alto, daría para costear la mitad del gasto mensual de cualquier familia. Con un mechero, le prende fuego y aguanta estoico hasta quemarse los dedos.

«¿Por qué?», se pregunta Rashâd, si, aunque los cámaras graben, hipnotizados, nadie fuera del plató va a presenciarlo. Quemar dinero es delito. Penado con años de cárcel. Alguien abre la puerta del plató y llega hasta ellos un rugido enardecido. Rashâd ve entonces a la compañera de Babel, Thiane Seba, enfocándolo con el móvil. No puede ser. ¡Pero es! Instintivamente, se alegra. La entrevista ha salido. Ya se ha emitido. Y en directo. El billete ardiendo brilla en miles, millones de pantallas.

Los guardias de seguridad inmovilizan a Biram Babel hasta que llega la policía. Sus colaboradores protestan.

–Agentes... –objeta también Rashâd.

–¿Quiere venir con él? –lo amenazan.

–Tranquilo –habla Biram Babel–, esto no ha hecho más que empezar.

En la tensión reinante, el eco de la gente en la calle da cuerpo a su frase. Hace que se encarne.

Las ventanas se abren en la pantalla. Una constelación de caras en la palma de su mano. Cuadraditos iluminados o, como el suyo, apagado. No ve a Ketu. Ya llegará. Él la ha avisado. La gente saluda. Se presenta a los nuevos. Con algunos, los más activos, coinciden en varios grupos. Los hay por países, por regiones, por temas: de medioambiente, emigración, feminismo, diversidad de géneros... A partir de ahí, se han formado otros, como éste de gente afín, con inquietudes compartidas, que intercambia enlaces con discursos de líderes locales y documentos, desde manifiestos de adhesión y artículos periodísticos a conferencias universitarias y canciones reivindicativas. No es que los foros les cambien la vida, pero cada conexión los llena de fe. Sienten esperanza y vértigo, frustración y ganas. Muchos, como Ketu y ella, llegaron a través de los vídeos de Thiane Seba y Biram Babel.

Una vez en la península, perdió el contacto con Ketu durante un tiempo. Ella, sin comida ni techo, no echaba cuenta del teléfono. Tenía que trabajar, ganar dinero. Pero parecía imposible, incluso a pesar de la ayuda de las hermanas que la encomendaban a parroquias y entidades. Nada. Hubo una época en la que se sentaba en un banco del paseo marítimo con un cartel de «Trenzas africanas», y gracias a eso almorzó alguna vez, aunque también sacó encuentros cuyo recuerdo ahuyenta.

Alivia oír que algo se mueve fuera de su actual encierro, en ese piso, con esa señora que la vuelve loca, pero a quien, al mismo tiempo, tanto debe: sueldo, cama, alimento. Admira que se cuezan nuevas iniciativas. Hoy por hoy, ella se siente impotente. Pero no tiene por qué ser así siempre. Justamente, huyó de la impotencia. Ahora se conecta Ketu. La mira y la saluda; a ella, sin duda. Lo ve con buen aspecto. Avanza entre otros chicos por el pasillo del piso de acogida que coordina. Pide perdón por el retraso y, ya en su habitación, cambia la conexión del móvil al ordenador. Ayo se prohíbe envidiarlo. Ni a él ni a nadie. Quiere escuchar, aprender, salir adelante sola, aunque sabe que necesita el cordón umbilical de esos auriculares.

–Aquí hay movimientos de fondo –cuenta la compañera sudanesa–. Parece que al fin el pueblo se levanta.

–¿Qué acciones preparáis?

–Protestas, manifestaciones...

–¿Primavera africana?

–Te acepto la ironía, pero ¿cuál es tu alternativa?

–No digo que esté mal, pero ¿dónde está la política?

–¿Luchadores como el alcalde de Dakar? –intervienen desde Senegal.

–¡Encarcelados! –exclaman varios.

–No todos los gobiernos son...

–La mayoría.

–No se puede partir de cero ni esperar a líderes perfectos.
–De acuerdo, tenemos lo que tenemos.
–Lo que nos dejan tener.
–Vale, pero habrá que avanzar con eso.
–Avanzar o tumbarlo.
–Pues aquí, en Argelia, no vamos a tragar con otro mandato del presidente demenciado. ¡Veinte años! ¡Estos seis últimos, tras su derrame cerebral, ni siquiera puede hablar!
–El timo francés no se sostiene.
–¡Libraos de él, hermano!
–¡Sí! ¡Suerte!
–¡Estamos con vosotros!
–Hay opositores que podrían dar el relevo.
–A eso me refería con lo de «¿y la política?».
–Claro, apoyémoslos. La cuestión es: ¿cómo ganar?
–Difícil con todo el poder en contra: local, internacional, de multinacionales.
–La porquería que sabemos.
–Exacto.
–Menos quejas y más ideas.
–Acabamos en lo de siempre: necesitamos coordinarnos.
–La Unión Africana –claman desde Nigeria–, ya se sabe: mucho jefe y poco avance.
–Élite alejada de la gente –lo secunda una congoleña.
–Con tiempo que perder, porque no sufren lo que el pueblo.
–Sí, pero algo nuevo se mueve dentro –indica Ketu.
–¿En qué sentido?
–Según publica la prensa, se baraja cambiar el franco CFA.
–Serán cambios superficiales.
–Es una lucha histórica. Sería un gran logro social, nuestro...
–No le quito mérito, Ketu, sólo que ya veremos.
–Y lo del franco CFA sólo afecta a una parte del continente.
–Discrepo –dice Ketu–. Puede ser el principio de la moneda única.
–¿Considerando a los cincuenta y cinco países?
–Ya sabéis que Marruecos no reconoce el Sáhara Occidental –admite Yassin, consciente de que el comentario va dirigido a su país.
–¡Aunque el Sáhara es fundador de la Unión Africana!
–No volvamos a eso –ruega Ketu, juntando las manos.
–¿A qué?
–A las muchas diferencias tanto entre países como internas. No perdamos energía en la dialéctica.
–Bueno, hay que ser realistas para encontrar la manera...

–Realistas, pero concretos, para no estancarnos. Avancemos.

–Totalmente de acuerdo –dice el marroquí–. Aquí ya estaréis al tanto de los arrestos del Hirak en mi región, en el Rif. ¿verdad? Se intenta enfrentar a la población por diferencias nacionalistas, que si el norte es independentista..., pero lo que une a todos los jóvenes es la precariedad y el ansia de progreso y libertad. Vamos, todo lo que impulsa a emigrar.

Ayo siente el deber de intervenir. Cree que, en ese grupo, sólo ella y Ketu están en la diáspora.

–Bueno, Europa tampoco es como solemos imaginar. Esa unidad de la que venimos hablando también sería clave para cambiar la situación que tenemos aquí...

De pronto ve que, tras la puerta, una luz se enciende.

–¡Niña! ¿Con quién hablas? –grita la anciana.

Ayo se quita los cascos, se levanta y va a verla.

–¿Necesita algo, señora?

–¿Quién hay en casa? ¿Con quién andas?

–Nadie. Estoy sola, señora.

–Mentirosa.

–Sólo hablaba por teléfono.

–¿A estas horas? Malo. No me fío. Ocultas cosas. No sé cómo Maite me deja contigo. Con cualquiera de vosotras. ¿Dónde está la otra? Sé que hay más. Las veo. Venís a robarnos lo nuestro.

Ahí empieza la retahíla de delirios sobre conspiraciones para quedarse con el piso, los muebles, la vajilla, marcos de fotos, cajas, baratijas que nadie querría. Todo aquello que, incluso, cuando la mujer muera, su hija tirará al contenedor de la esquina.

–¡Estoy mojada! ¡Quítame el pañal, quítamelo! ¡No lo aguanto!

Cambiarla es una batalla. Cuando acaban, la anciana está agotada.

–Me duele la cabeza, dame una pastilla. ¡No me la diste en la cena!

–Sí que se la tomó, señora.

–¡Mentira! Dámela, te lo suplico. –Llora ahora como una niña–. ¡Un día te irás! –se enrabieta–. ¡Dejaré de verte! ¡Seré otra vez la de antes! ¡Como cuando no estabais! ¡Cuando yo era alguien!

–Sí, señora. Ahora descanse.

–¡No me sigas la corriente! ¡Negra!

–Voy a hacerle una tila.

–¡No, dame mi pastilla! ¡Dámela! ¡Ésta es mi casa! ¡Son mis medicinas!

Ayo se desliza como sonámbula, a oscuras, por el pasillo, del dormitorio al salón y la cocina. Brillos metálicos salpican el azul del ambiente. Campana extractora, tapas de ollas, cuchillos. En el escurreplatos está el cazo. Abre el grifo. Piensa en su madre. Hierve el

agua. Piensa en la hija de la señora que dio con ella a través de la parroquia, como antes dio con otras. Mete el sobre de infusión en la taza, pero le extraña que la mujer siga tan callada, así que no vierte el agua. Se asoma al umbral y ve que se ha dormido. Frente a la hornilla aún humeante, cruza por su mente una historia que no recuerda haber oído de pequeña, en cuclillas, mientras escuchaba a los ancianos bajo el árbol de nuez de cola. Su protagonista es una niña secuestrada por una bruja horrible; una chiquilla que atraviesa mil penalidades, obediente, sin quejarse, hasta que los espíritus familiares logran dar con ella y le revelan cómo cocer un bebedizo mágico con el jugo de sus lágrimas. La pequeña, Fatou, sigue paso a paso las indicaciones de sus aparecidos, y la vieja arrugada beberá de la taza. El buche amargo le quema en los labios, a punto está de espurrearlo. Ve en sus ojos la rabia con que desearía tirarle la loza a la cara. Pero el líquido se digiere rápido. Las lágrimas de Fatou se funden en la sangre e irrigan las venas de la anciana, que, por más que se resiste, empieza a conectar con el dolor de su secuestrada, una asfixia agobiante, insoportable, que va a matarla de forma más fulminante que si dos férreas manos la estrangularan. Tiene que respirar, necesita respirar. «¡Respira!». Ayo abre las manos como quien libera a un pájaro. Y Fatou, por sortilegio, sale volando.

Ayo sonríe. ¿Estarían los *griots* de la aldea orgullosos de ella?

Vuelve a su cuarto. El móvil parpadea. Son mensajes de Ketu. La avisa de que la reunión ha acabado, y le pregunta por qué se fue, que si todo va bien. Le cuenta también que está recibiendo cada vez más propuestas para participar en foros y conferencias, que incluso lo han invitado a participar en un debate televisivo sobre emigración que se emite desde Barcelona y que el presentador de otro programa de una cadena privada va a ir a entrevistarlo a Córdoba. Pero el anuncio que más le importa lo guarda para el final. Quisiera compartirlo cara a cara, en persona. Implica alejarse aún más de ella, y no quiere irse sin verla.

«Voy a hacer prácticas en Madrid, Ayo. Sobre un tema flipante que necesito contarte. Creo que te va a sorprender. ¿Puedo visitarte? Iré cuando digas. Podría quedarme en casa de esa activista de quien te hablé, Carmen. Por cierto, ¿habéis quedado ya?».

A Ayo le resulta increíble que ni Ketu la entienda. Ella está atrapada. Anulada noche y día. Esa Carmen, sí, la avisó un par de veces de que andaba cerca, pero le resultó imposible verla. La verdad, duda de que insista. Así que, ¿cómo lo va a hacer venir para que sea en balde? Al piso no puede subir, por supuesto. La señora la delataría. A su hija le parecería fatal. La echarían. Necesita el dinero, necesita el alojamiento. Ya vive asomada al abismo. El más mínimo traspiés la haría caer.

Aquella inseguridad el día en que conoció a Néstor Bouzá es parecida a la que siente ahora que está en el estrado con él. Aunque las razones sean distintas. Entonces, por más que quisiera evitarlo, Ketu se sentía, en el aula, de prestado. Podría haberse matriculado en Derecho. La vocación periodística la perdió hace tiempo; dejó de verle utilidad para cambiar la realidad. Peor: el periodismo le parece una herramienta al servicio del poder político. Las noticias de los migrantes son siempre tan horribles que abonan el racismo. Los vinculan al sórdido mundo de lo clandestino y delictivo. La información sobre un África asolada por hambrunas y guerras tribales pinta un escenario al que ni él mandaría a su peor enemigo. Se decantaba por Derecho hasta que Sophie mencionó Relaciones Internacionales. Ella fue quien le dijo que no se preocupara porque en la ciudad sólo se impartiera en la universidad privada. La mujer fue a informarse y consiguió impresionar a los jesuitas con el brillante expediente de Secundaria y Bachillerato que Ketu había logrado en tiempo récord. En dos o tres días les propusieron una beca del sesenta por ciento. Sophie y Paco asumieron pagar el resto. Ketu se sentía agradecido, pero también abrumado, en deuda. Por eso se removía en la silla mientras el profesor Bouzá desgranaba el programa de su asignatura: Panorama contemporáneo mundial. A lo largo del semestre, dedicarían dieciséis de las treinta y dos clases de noventa minutos a la Unión Europea; ocho a América (con dos a Latinoamérica, una a Canadá y cinco a Estados Unidos); tres a China, Japón y Asia Pacífico; dos serían sobre Rusia y, luego, una a India, otra a Australia y otra a África.

–Disculpe. Aquí –le tembló la voz al levantar la mano–. Perdone, pero ¿veremos en hora y media la coyuntura de los cincuenta y cinco países africanos?

El silencio se hizo denso. Parecido al que sentía ahora mismo.

–Es insuficiente. Lo sé –respondió Bouzá con calma–. La asignatura debería ser anual. Consideraré cualquier propuesta razonada que se me presente.

Ketu no dejó pasar la oportunidad. Reunió valor para ir al despacho y consiguió que una sesión dedicada a Europa fuera para África. Aún regateó más.

–Yo no minimizaría lo logrado –le dijo el hoy vicedecano.

Bouzá no sólo tuvo encaje, sino que ahora ha organizado, con el Servicio Jesuita a Migrantes, las jornadas «Migración, retos y oportunidades» en cuyo panel de conferenciantes ha incluido a Ketu para dar eco a un análisis que, hace tiempo ya, vienen compartiendo.

–Eres buen orador. Aprovéchalo –lo había animado.

Pero no es lo mismo conversar los dos cara a cara que en este salón de actos con el auditorio lleno. Ojalá sus padres estuvieran ahí sentados, como lo estaba su familia cordobesa. «Quizás esas cámaras sean para que la universidad cuelgue luego el vídeo en internet», se plantea.

Bouzá lo presenta. Ketu escucha cómo resume su viaje a España y destaca su valía académica. Ahora le cede la palabra. Es el momento. Piensa en su madre dando clase, en su padre en la mezquita, en Rashâd en el plató. Inspira.

–Quiero empezar recordando el artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos». Y el decimotercero: «Toda persona tiene derecho a circular libre y elegir su país de residencia». ¿A mí se me considera humano? ¿Se nos considera personas a los africanos? He crecido, como vosotros, oyendo hablar de la importancia de los derechos humanos, promulgados tras la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. Pero mi experiencia, que el profesor Bouzá ha resumido, me ha enseñado que son una mentira gigante. Pura hipocresía. Estas jornadas se llaman «Migración, retos y oportunidades». Pues bien, el primer reto y oportunidad es hacer real la igualdad. Algo que, de paso, servirá para parar al fascismo que, tras Hitler y Mussolini, vuelve a Europa ahora a lomos del racismo antiinmigrantes, como en los años 40 lo hizo a lomos del antisemitismo.

»Analicemos: ¿por qué hay emigración de África a Europa? Solemos atender sólo a las consecuencias, no a las causas. Éstas no son el hambre, las guerras o la miseria. Al contrario: la enorme riqueza de África. Los valiosos recursos energéticos, minerales, agrícolas y pesqueros que deberían ser pilares del continente son nuestra condena.

»Dejemos claro algo: África no decidió unir su destino a Europa. Es al revés. Los europeos vinieron, cazaron africanos, los vendieron y los reventaron en América como esclavos durante cuatrocientos años. Y no

satisfechos con eso, en la conferencia de Berlín de 1884, se repartieron el continente como una tarta y se lanzaron a colonizarlo. ¡Eso sí que fue una invasión, y no las llegadas de endebles pateras hoy por el Mediterráneo, por el Atlántico a Canarias! Aún ahora, todavía, Europa expolia nuestras materias primas. Pues bien, yo os digo algo: mientras Europa mantenga el saqueo de nuestros recursos, que a nadie le extrañe que los africanos vengamos en busca de trabajo. Sembráis de barreras el camino. Yo las he padecido. Europa encarga y paga a los países de tránsito, como Marruecos o el fallido estado libio, que nos detenga como sea, incluso violando los derechos humanos. Luego, ya en la frontera sur, la Unión Europea despliega toda esa industria del control: sensores, cámaras, alambradas, barcos de la siniestra agencia europea Frontex. Y entonces yo me planteo: ¿cómo es posible que, pese a la magnitud y sofisticación de las barreras, pese al ingente personal dedicado a frenarnos, siga habiendo tantos naufragios y ahogados? Es raro, ¿no? No dejo de darle vueltas. Sólo hay una conclusión: se deja que la gente muera. ¡Siniestro, pero cierto! Y es así para asustar a quienes barajen la opción de migrar. Y por algo aún más perverso: para que los que logremos entrar a esta Europa fortaleza nos sintamos tan aliviados de haber sobrevivido que soportemos cualquier maltrato. Para que incluso vosotros, ciudadanos europeos, cada vez con empleos y salarios más precarios, no os rebeléis, sino que os conforméis y penséis: «Al menos nosotros no morimos en el mar». Porque, os lo aseguro, si la gente que muere en el Mediterráneo fuera blanca en vez de negra, europea en vez de africana, ¡el mundo entero se echaría a temblar!

La sala escucha enmudecida, admirados.

–Ahora bien –prosigue tras un suspiro–, a Europa, África sólo le interesa para esquilmarla. Nos interviene con la excusa de ayudarnos en el desarrollo, pero con el verdadero objetivo de robarnos. Con sólo tres pasos, Europa podría ahorrarse las vallas. Porque los africanos preferiríamos quedarnos en casa. Sólo vendríamos por las mismas razones por las que los demás os movéis por el planeta, por estudios o turismo. Paso uno: respetar los derechos humanos, de los que he empezado hablando. Paso dos: crear vías seguras y legales para viajar, porque no venimos en los bajos de los coches ni en balsas hinchables porque nos guste el riesgo o no tengamos dinero. Pagamos hasta seis mil euros por subir a esos demenciales transportes cuando por ese dinero cualquier occidental se costea el viaje de su vida al destino de sus sueños. Y paso tres: cambiar las leyes de extranjería. No podéis imaginar lo difícil que a mí me han puesto el poder estudiar. Me han negado la validez de las titulaciones por no decirme a la cara: eres tú el que no vales, tú no tienes capacidad. Genéticamente. Por negro. ¡Si África es puro talento! ¡Los jóvenes africanos sabemos que el destino está en nuestras manos!

»Veamos, la emigración siembre ha existido y siempre existirá, porque es consustancial al ser humano. Y, además, la especie viaja toda en el mismo barco. O nos salvamos juntos o juntos nos hundiremos. El reto común es movilizar a la mayoría del planeta, que sufre, hermanada, las consecuencias de un voraz ultracapitalismo extractivo. Porque, en palabras atribuidas a Albert Einstein: «El riesgo de destrucción del mundo no está en quienes hacen el mal, sino en la masa que mira sin reaccionar». Necesitamos un despertar colectivo. Y agradezco que jornadas como ésta sean un paso decidido en ese camino.

Cuando Ketu calla, al fin distingue caras entre lo que venía viendo como una mancha indeterminada. El silencio sigue pesando como una losa, y teme no haber logrado conectar, conmover, pero de pronto el auditorio entero se levanta, como impulsado por una fuerza invisible, y aplaude.

–¡Impresionante, Ketu! –lo abraza Néstor–. ¡Vuela alto, hijo! ¡No te pongas techo! –le dice, justo antes de separarse y volver la vista hacia el público, que sigue aplaudiendo y en pie.

Es consciente de que ha sonado contundente. Sabe que la voz no le ha fallado. Pero es que ha sentido, todo el tiempo, la carta en el bolsillo del pecho como un amuleto al rojo vivo. Esas palabras que, años atrás, otros dos chicos africanos escribieron con tanta esperanza como miedo. Ese mensaje inolvidable que, dentro y fuera de la sala, ya no recuerda nadie.

¿Qué llevó a qué? Para la carrera, Ketu lee muchísima bibliografía, pero también bucea incansable en internet. Salta de la prensa generalista a artículos académicos. Así encontró la conexión con esa imagen recurrente que le ronda la cabeza desde que estuvo en el desierto, con esa estampa

que hasta ahora sólo era una especie de fantasía poética. Incluso tras hallar estudios científicos que sustentan el proyecto, sabe que muchos dirán que es una locura. ¿No se da por imposible a la propia África? Lo imposible, no obstante, es mantener este goteo de muertes, e imposibles son las maneras en que tantos se la juegan. Cada noticia lleva a un caso previo. El hallazgo, este 13 de enero, de una subsahariana de diecisiete años encastrada en el salpicadero de un coche en la frontera melillense de Beni-Enzar es eco del de tres meses antes, en el mismo lugar, cuando una niña siria de siete años entró en posición fetal en el carro de la compra de una mujer marroquí. Ambos recuerdan al de Adou Ouattara, marfileño de ocho años que, en 2005, fue localizado en una maleta por el escáner fronterizo de Ceuta. Tremendo, sí. Y, por supuesto, no siempre sobreviven. Otro marfileño de diez años acaba de aparecer muerto aferrado al tren de aterrizaje de un vuelo Abiyán-París. Este niño sin nombre fue quien lo llevó hasta Yaguine Koita y Fodé Tounkara, de Guinea-Conakry. A sus catorce y quince años, eran estudiantes. Se colaron como polizones en el tren de aterrizaje de un Airbus A330-300 de la compañía Sabena con destino a Bruselas. Iban muy abrigados, o sea, que preveían el frío. Pese a todo, se arriesgaron. Pero los cincuenta y cinco grados bajo cero a diez mil metros fueron demasiado. Murieron congelados. Traían una carta de presentación. Uno de los dos chicos mantuvo el papel entre los dedos, agarrado a la barra metálica, hasta después de expirar. Periódicos de aquel agosto de 1999 reproducen la carta íntegra:

> Excelencias, señores miembros y responsables de Europa:
> Tenemos el honorable placer y la gran confianza de escribirles esta carta para hablarles del objetivo de nuestro viaje y del sufrimiento que padecemos los niños y los jóvenes de África.
> Pero, ante todo, les presentamos nuestros saludos más deliciosos, adorables y respetuosos con la vida. Con este fin, sean ustedes nuestro apoyo y nuestra ayuda. Son ustedes para nosotros, en África, las personas a las que hay que pedir socorro. Les suplicamos, por el amor de su bello continente, por el sentimiento que tienen ustedes hacia su pueblo y, sobre todo, por el cariño y amor que tienen ustedes por sus hijos, a los que aman para toda la vida. Además, por el amor y ternura del creador, Dios todopoderoso, que les ha dado todas las buenas experiencias, riquezas y poderes para construir y organizar bien su continente para que sea el más

> bello y admirable entre todos. Señores miembros y responsables de Europa, es a su solidaridad y a su bondad a las que gritamos por el socorro de África. Ayúdennos, sufrimos enormemente, tenemos problemas y carencias en los derechos del niño.
>
> Entre esos problemas, están la guerra, la enfermedad, la falta de alimentos. En cuanto a los derechos del niño, en África, y sobre todo en Guinea, tenemos escuelas, pero una gran falta de educación y de enseñanza; salvo en los colegios privados, donde se pueden conseguir una buena educación y una buena enseñanza, pero a cambio de fuertes sumas de dinero. Ahora bien, nuestros padres son pobres y deben alimentarnos. Además, tampoco tenemos centros deportivos donde podríamos practicar el fútbol, el baloncesto o el tenis.
>
> Por eso, nosotros, los niños y jóvenes africanos, les pedimos que hagan una gran organización eficaz para África, para permitirnos progresar. Por tanto, si ustedes ven que nos sacrificamos y exponemos nuestra vida, es porque se sufre demasiado en África. Sin embargo, queremos estudiar, y les pedimos que nos ayuden a estudiar para ser como ustedes en África.
>
> En fin, les suplicamos muy muy fuertemente que nos excusen por atrevernos a escribirles esta carta a ustedes, los grandes personajes a quien debemos mucho respeto. Y no olviden que es a ustedes a quienes debemos quejarnos de la debilidad de nuestra fuerza en África.

Ketu tenía dos años cuando Yaguine Koita y Fodé Tounkara murieron. Le da asco leer al ministro belga de Exteriores de la época diciendo que sus muertes serían «un punto de inflexión», que eran «un aldabonazo a la conciencia en pleno corazón europeo». Sí, sufre arcadas. De verdad. Porque el niño marfileño, anónimo y despersonalizado que acaba de aparecer ahora en el aeropuerto Charles de Gaulle de París es víctima de dos décadas malgastadas en suplicar y esperar. Ya basta de humillarse y rogar. Es hora de actuar.

Y puede que él haya encontrado un buen lugar para la acción. Cuando dio con la pista, no podía creérselo. Convertía sus visiones del Sáhara en auténticas premoniciones. No es que luego, hasta ahora, haya logrado averiguar mucho, pero justo por eso ha pedido hacer las prácticas en esa discreta corporación del Ministerio de Transportes, antes llamado de Infraestructuras. Porque nadie en la facultad, nadie que él conozca ha

escuchado hablar jamás de esa oficina del Gobierno de España dedicada a impulsar una construcción inconcebible para la mayoría de la gente a una y otra orilla del Mediterráneo: un puente sobre el estrecho de Gibraltar que una Europa y África.

Sentado entre el público, en la conferencia que Ketu dio en Córdoba, estaba Pepe Olmo, quien, al final, se acercó emocionado. Olmo había sido jesuita, pero en 2005 vivió una experiencia que le cambió la vida. Fue durante la llamada «crisis del Sáhara». Europa había exigido a Marruecos que impidiera con más eficacia la migración de subsaharianos, y, acto seguido, el Gobierno de Rabat se lanzó a la captura de negros por calles y plazas, fletó un escuadrón de autobuses y condujo a los inmigrantes al desierto, donde los abandonó. Olmo, entonces destinado en Melilla, tuvo noticia de que una reportera había llegado a la ciudad y buscaba alquilar un Land Rover con el que seguir el rastro de esa caravana de la muerte. Era Irene Gámez, almeriense asentada en Tánger y especializada en el tema migratorio. La información le llegó a Olmo como una crítica a «la insensata». Y entonces él removió cielo y tierra para dar con ella y proponerle acompañarla.

–Lo que vimos, lo que vivimos en el desierto, Ketu, la gente muerta y agonizante que encontramos en la arena, se me quedó, se nos quedó a los dos, grabada en el alma –le contó días después cuando lo citó en su asociación.

Aquella vivencia determinó, aunque no de forma inmediata, su abandono del sacerdocio.

–Comprendo y respeto a los que siguen, ¿cómo no? Pero allí, en el desierto, las noches y días que arrancamos de la muerte a aquellos

hermanos, católicos, evangelistas, musulmanes... Yo, la verdad, viví otra espiritualidad, más plena y universal a la que, luego, ya no he podido renunciar.

De ahí que creara el espacio Baraka de acogida y convivencia de inmigrantes, en la iglesia del convento que las clarisas le cedieron para uso desacralizado.

Al conocer a Ketu, Olmo dijo admirar sus «dotes de liderazgo». Igual que Néstor Bouzá, estaba convencido de que llegaría lejos. Quizás en otro sentido. Más que en el ámbito académico o diplomático, en el del activismo, o hasta en política. «Eres joven, el tiempo dirá», concluyó. Pero al poco le hizo una oferta:

–¿Podrías simultanear los estudios con encargarte del nuevo piso de acogida que abrimos en Villafranca? A media hora de Córdoba.

Olmo fue clave para que Ketu se independizara económicamente de su familia cordobesa, y también para, ahora que se traslada a Madrid, encontrarle un trabajo equivalente a través del párroco de la iglesia vallecana de San Carlos.

Ketu prefirió instalarse antes de la fecha de inicio de la beca, y en el mes y medio que ha transcurrido se ha ganado el respeto y admiración de los chicos. Ya lo ven como un modelo que seguir y le piden consejo, aunque sea menor que la mayoría de ellos.

Cuando, al fin, llega el gran día, madruga y sale del cuarto listo, perfecto, para incorporarse al puesto.

–¡Uhhh, qué elegante, hermano! ¡Gente, mirad! –avisa un chaval al resto.

–¿Adónde vas? –le preguntan con sorna.

Despierta la curiosidad de todo el piso tutelado. Los que trasteaban con la tostadora o ponían la cafetera hacen un alto para reír y darse codazos. Si les soltara la bomba, se carcajearían. No lo creerían. ¿Cómo creer que, mientras se levantaba la valla de seis metros, cosida de alambres y cuchillas, una institución con ventanas al madrileño parque de El Retiro dedicaba recursos y esfuerzos a planificar la construcción del puente de Gibraltar? Es inverosímil. Tanto que también él dudó al principio.

–¿Por qué justo esas prácticas con tantos destinos que hay interesantísimos? Si casi no sabemos nada de ellos –le había insistido Néstor Bouzá.

–Pues por eso mismo –le contestaba Ketu.

El organismo se parapeta tras ese nombre opaco con el que casi por accidente había topado: Sociedad Española de Estudios para la Comunicación Fija a través del Estrecho de Gibraltar. En la mayoría de referencias, ni siquiera se leía la designación completa, sólo el acrónimo: SECEGSA.

Proponer y firmar el convenio de colaboración entre la Universidad Recalde y esta entidad que, de partida, carecía del menor interés por incorporar becarios, fue, en sí, una útil práctica de negociación y diplomacia. Al final, fueron de gran ayuda una brizna de olfato y un golpe de suerte, pero la astucia y el azar son piezas del juego como todo lo demás. Resultó que se acercaba la fecha en que la entidad cumpliría cuarenta años, y se había encomendado al historiador Alejandro Caireles que preparara una monografía conmemorativa. Uno de esos lujosos libros, de gran formato y papel satinado, que, en cuanto son recibidos de la imprenta, se apilan en sótanos y almacenes, y, tan hermosos como inútiles, languidecen hasta que una plaga de ratones se da con ellos un suculento banquete. Caireles sí supo reconocer la utilidad de tener a quien, bajo su batuta maestra, hiciera el trabajo. «El encargo», como él lo llamaba. Un estudiante becado. Casi un milagro.

Ketu sube por la Cuesta de Moyano, con la estación de Atocha a su espalda, mientras baraja la idea de que al llegar no haya nada. Pero, al poco de girar en la esquina de El Retiro, se encuentra, tras la cancela, con el edificio. Al fondo del cuidado jardín se alza, magnífico, un palacete de fachada de ladrillo. Preside su puerta un azulejo con la fecha en que fue inaugurado, 1916, y también el primer uso que tuvo: «Laboratorio de Electromecánica de la Escuela de Ingenieros de Caminos».

Para franquear la cancela debe llamar a un timbre, y a otro para acceder al edificio. Una vez dentro, el guardia de seguridad lo remite a conserjería. Desde allí dan aviso «arriba». Al rato, una aristocrática secretaria de dirección baja pausadamente la escalinata y, delante del vigilante, confirma:

–Ketu Simo, ¿verdad? Marisa Sanz-Montejo –se presenta–. Sígame, por favor. –Y lo antecede por las amplias escaleras, mientras explica que ni el director general ni la presidenta ejecutiva se encuentran hoy «en la casa».

La quietud solitaria y el eco de los pasos se hacen extraños. El lugar parece una embajada abandonada, transmite una magnitud diplomática. Y su letargo. O bien hay mucho afán de discreción o si un día hubo un impulso decidido se ha evaporado del todo. El laberíntico pasillo que circunda el patio central está lleno de puertas, cada una identificada con una placa dorada. Pertenecen, según desgrana Sanz-Montejo, a dos departamentos por cada una de las cuatro alas:

–Aquí Medio Físico e Ingeniería. Ahora, Socioeconomía y Gestión Económica. Esto es Información y Documentación, más Contabilidad y Personal. Por último, el departamento Galería Sur, junto a Caja.

La mujer no abre todas las puertas, sólo las de los despachos donde el titular no está reunido. En todos hay vetustos escritorios de tamaño

exagerado con profesionales de atuendo clásico que apenas saludan al recién llegado. De los tres jefes de área, Medio Físico, Socioeconomía e Ingeniería, sólo éste parece estar al tanto de quién es Ketu y qué viene a hacer.

–Bienvenido. Ya tomaremos café –sonríe y se recoloca las gafas.

Las únicas mujeres en todo el recorrido son las auxiliares administrativas de contabilidad y las documentalistas.

–Ellas le serán de gran utilidad –le avanza su guía–. Finalmente, aquí está el espacio a disposición del profesor Caireles. –Abre un cuarto funcional de estantes vacíos en la pared izquierda y con dos mesas blancas, la más grande provista de un ordenador y otra pequeña sin nada.

–La suya es...

–Ya imagino.

–Pero coordínese con el profesor para disponer del ordenador. Él trabaja desde su despacho y viene sólo de forma muy puntual.

–Sin problema –contesta Ketu.

–Ya sabe dónde encontrarme. También puede llamarme. En el teléfono figuran las extensiones. Bien, creo que nada más.

La mujer sale y cierra. Ketu saca su portátil de la cartera, enciende también el ordenador de sobremesa y empieza a trabajar, aunque no le hayan encomendado todavía ninguna tarea.

Con el paso de los días, las piezas que, poco a poco, va encontrando y ordena, que dispone, unas junto a otras, van creando un paisaje misterioso, alucinante.

Sólo cinco años después de que en noviembre de 1975 el dictador Francisco Franco muriera, los encargados de hacer transitar a España desde la tiranía a una democracia homologable con las europeas, el rey Juan Carlos I y el presidente Adolfo Suárez, se reunieron con Hassan II de Marruecos, que ya llevaba veinte años de reinado. Entre los tres acordaron crear dos sociedades gemelas, SECEGSA y SNED (Société National d’Etudes du Détroit de Gibraltar), cuyo fin era impulsar «un enlace fijo en el Estrecho». Esta extraña forma de llamar al puente entre continentes ha sido el mejor camuflaje de un proyecto que, según constata Ketu, no ha sido tan secreto, pues se ha presentado en diversos actos protocolarios a lo largo de los años, algunos incluso con cobertura mediática, pero de escasa difusión y casi nulo eco entre la población.

¿Cómo es posible que un puente en el estrecho de Gibraltar no haya suscitado un encendido debate entre detractores y partidarios? Hay un punto insólito en el arranque del proyecto. Ketu se da cuenta al leer los estatutos de que, pese a esa reunión inicial en octubre de 1980, la fecha de comienzo de operaciones que figura como oficial es el 26 de febrero de 1981. Sólo tres días después del golpe de Estado de Tejero que hizo temer

a la población española otra involución a un régimen totalitario. Justo el día antes de las manifestaciones multitudinarias en que los españoles clamaron «por la libertad, la democracia y la constitución». La gente no tenía la cabeza para puentes. ¿Acaso sí el presidente o el rey?

En realidad, el «enlace fijo del Estrecho» no se había concebido sólo como puente. Al principio, esa opción convivió con la de un túnel. Es más, la década de los ochenta fue, como no tarda en descubrir Ketu, la del *boom* de los túneles subacuáticos. En esas fechas se culminó, según recaba, la conexión de las islas japonesas de Hokkaido y Aomori, un hito importante. Ketu, minucioso, consigna, estudia y compara los datos. Se hace adicto a los detalles. El túnel ferroviario entre islas japonesas en el estrecho de Tsugaru, por ejemplo, era de cincuenta y tres metros, veintitrés de ellos a cien metros bajo el lecho marino. Construirlo supuso una proeza imposible durante mucho tiempo, pero el túnel se inauguró al fin en 1988. Y tal éxito sirvió de inspiración y esperanza para el par de túneles ferroviarios europeos que entonces se consideraba emprender: el del estrecho de Gibraltar y el del canal de la Mancha. Éste, muy pronto popularmente conocido como Eurotúnel, debía cubrir los cincuenta kilómetros que separan Francia de Reino Unido a la altura de las localidades de Calais y Folkestone, mientras que la costa andaluza dista apenas catorce kilómetros de Marruecos. España era, además, en la época, un país pujante, de moda, que presumía ante el mundo de su capacidad para ejecutar proyectos como la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona 92. Pero, mientras que el Eurotúnel se inauguró en 1994, el posible Afrotúnel chocó con un imprevisto: un brutal escollo físico.

Conforme lee, Ketu siente que la excitación crece. Hace descubrimientos sorprendentes tanto cuando recaba los documentos y datos que Caireles le encomienda como cuando investiga por su cuenta.

Vicent Sendra, el jefe de Ingeniería, cumple su promesa del primer día y, de tanto en tanto, lo busca para invitarle a un café de máquina o, mejor, en la terraza de un bar cercano. Es valenciano y conversador.

–La gente de costa somos otra cosa –se refiere, sin nombrarlos, a los colegas de los otros departamentos–. ¿Cómo te surgió lo de venir, Ketu? ¿Fue idea tuya o te lo propusieron?

Sendra pregunta más que cuenta y repite cuestiones a las que Ketu ya ha contestado. Como si se olvidase, o no se fiase. Ketu observa cómo escucha con interés y cómo, en cambio, despacha a la ligera las dudas que él le plantea. Los cambios en su mirada y las muecas evidencian que Sendra no encuentra el SECEGSA en absoluto excitante.

Una tarde, al salir del trabajo, Ketu llama a Ayo. Ella responde enseguida: que sí que está en casa, la señora en el salón «viendo la novela»,

ella con la plancha. «De momento, sí», pueden hablar; está deseando que le cuente de qué van esas prácticas, qué ha descubierto tan interesante como para notar en su voz una mezcla de nervios y emoción.

Ayo conecta los auriculares al teléfono, deja uno colgando para oír a la mujer si la llama y continúa planchando mientras Ketu despliega toda la historia.

–¿Te imaginas, Ayo, un Mediterráneo seco? Haz el esfuerzo. Era el principio de los tiempos, ni un humano en la Tierra. Visto desde el espacio, sería un inmenso cráter. El ojo vacío de un planeta tuerto. Sí, claro que voy a hablarte de mis prácticas. Paciencia. Lo primero es esto. Hace seis millones de años chocaron las placas tectónicas euroasiática y africana justo bajo el estrecho de Gibraltar. Figúratelo. Un impacto brutal. Eso provocó que una lasca enorme de corteza subiera y separara el Atlántico del Mediterráneo. Los dividió por completo. El mar, digamos, quedó como un lago. Y, aunque cuesta creerlo, a lo largo de los tres mil años siguientes se fue evaporando, hasta secarse entero. ¡El Mediterráneo se evaporó! Fue un desierto los setecientos mil años siguientes. Como el Sáhara, Ayo, pero en vez de rojizo o dorado, blanco como la nieve. Un desierto de sal. Un día cualquiera de esos setecientos mil años, tras centenares de miles de roces, hubo otro definitivo. Así, sin más. Entonces, en aquel dique de cientos de metros de alto entre el mar y el océano, se abrió una fisura. Hay que visualizarlo... La fuerza del Atlántico sobre la brecha. Tanta agua por una grieta. A tal presión y velocidad como para llenar, en sólo tres años, aquel mar que había desaparecido durante setecientos mil. Eso dejó, en el lecho marino, una huella tan profunda como secreta. Hasta que se descubrió en 1995. ¿Adivinas cómo es? Tiene

lógica, verás. Se trata de una marca con la forma de dos profundas brechas, subacuáticas, que enseguida quedaron rellenas de arcilla de aluvión, mientras que el fondo primigenio mantuvo una mayor consistencia y dureza. Son las conocidas como «estrías». Al fin llegamos, Ayo, al tema que rastreo y que me tiene fascinado: la construcción de un túnel o puente de Gibraltar que conecte España y África.

–¿Hablas en serio, Ketu?

Él camina a paso vivo por el centro de Madrid mientras le cuenta lo que sabe de momento sobre el proyecto. Le dice que es extraño que un plan estatal tan ambicioso, largo y caro siga generando gastos sin la menor perspectiva de futuro.

–¿Y si fuera África quien liderara el proyecto, poniendo sus reglas, sus condiciones, sobre la mesa? –acaba planteándole–. ¿Qué, cómo lo ves?

Según le relata, en 1995 ya había un trazado elegido: iría desde la localidad marroquí de Malabata hasta Punta Paloma, justo donde está el CIE de Tarifa, donde pasó los peores días de su vida. Hasta ese año 95, se habían invertido cuatro mil millones de pesetas, la moneda en curso hasta 1999, veinticuatro millones de euros. Pero el túnel chocó con una barrera insorteable: las estrías. No se puede hacer un túnel en un sustrato de densidades alternas: ahora blando, ahora duro, blando de nuevo.

Ketu llama a Ayo durante varios días. Y le explica que el SECEGSA apenas ha hecho nada, que los responsables del proyecto, españoles o marroquíes, se jubilaban, dimitían o morían sin que nadie los reemplazara y luego, de pronto, había fases de reactivación. Como cuando, en 2003, se pone al frente del equipo de ingeniería al autor del túnel ferroviario más largo del mundo, el de San Gotardo, con cincuenta y siete kilómetros bajo los Alpes suizos.

–¿Saben los españoles que se han gastado en esta conexión fantasma 1 428 000 euros al año? –se pregunta Ketu, que sobre la marcha responde–: Lo dudo mucho.

Semanas después, da con el desglose de gasto: setecientos mil de ese millón cuatrocientos se van en salarios. Hasta la crisis de 2008, la plantilla era de veinte empleados y, lo que es más caro, los veinte, altos cargos, personal de confianza, nombrados por los partidos políticos como miembros del Consejo de Administración. En los cuarenta años del proyecto del túnel del Estrecho se han gastado 53 millones de euros.

Y, a partir de esa fecha, 2008, todos los caminos llevan a Ketu hacia la misma referencia, una obra que, al principio, sonaba a quimera: el puente chino de cincuenta y cinco kilómetros entre Hong Kong, Zhuhai y Macao, que cubre la mayor longitud sobre el mar del mundo. Un prodigio al que desde el primer instante se miró de reojo, con envidia y desconfianza, pero que, contra todo pronóstico, fue inaugurado en 2018,

sólo diez años después del inicio de las obras.

Entretanto, en España se han gastado millonadas durante cuarenta años para nada. Decir nada es una injustica. Están todos los documentos y datos que Ketu recopila: informes, mapas, relación de materiales, proveedores, ingenierías y constructoras, marroquíes y españolas; una lista interminable de profesionales que son como sedimentos arqueológicos a los que los actuales ocupantes de los despachos irán a sumarse. Desde el profesor Caireles, al que apenas ve, dos veces al mes, hasta el afable Vicent Sendra, el único al que frecuenta.

Esa tarde, sentados en el café, de pronto le espeta:

–¡A ti te ilusiona que el puente se construya, Ketu! Es eso, ¿no? Verlo hecho realidad –sonríe como si resolviera un gran misterio.

–¿A quién no? –le devuelve él la bola.

–Por supuesto –rectifica Sendra–. Aunque décadas de experiencia enseñan a ser cautos con las expectativas, pragmáticos ante un tema tan complejo, no sólo en el aspecto técnico.

«Lo que os han enseñado», piensa Ketu, «es a cobrar sueldazos sin la menor fe en que el trabajo sirva para algo».

–Hubo un tío así..., más idealista. Me recuerdas a él –dice Sendra–. Acabó fuera –sentencia sin recrearse ni tampoco lamentarlo.

«Álvaro Domínguez», piensa Ketu. Tiene que ser él. El ingeniero anterior a Sendra, bajo cuya dirección se hicieron los informes clave en la etapa de la puesta en marcha. Él consiguió el fruto más concreto y esperanzador, lo que misteriosamente se llama –y tiene hasta un departamento propio– la «Galería Sur». Ese camino a la conexión de ambas costas que no llegó a terminarse pero que sí está iniciado: un corredor subterráneo de seiscientos metros en Tarifa, apenas doscientos en Marruecos. El rastro de Domínguez se esfuma, su firma desaparece del panorama en 1996, al año de descubrirse las estrías submarinas. Ketu está ya en el ecuador de su práctica semestral. No tiene tiempo que perder para dar con él.

La claridad ciega cuando el sol cae perpendicular. Carmen aligera hacia el paseo marítimo. Sus sandalias chancletean. Ya ha quedado otras veces con Ayo, pero hasta hoy, siempre, en el último momento han tenido que anularlo. La señora con quien trabaja es una déspota: lo mismo la manda a comprar que rectifica, dice que no se fía y exige que la baje a la calle en su silla de ruedas o del brazo. Lo ordena enfadada, furiosa, como si Ayo se lo hubiera negado. «Hoy parece que...» o «Perdóname, pero...» son el alfa y el omega de los mensajes que han venido intercambiando desde que Ketu le dio el móvil de su amiga. También él quería venir antes de irse a Madrid. Llamó a Carmen para quedarse en su casa, y ella habría estado encantada. No deja de asombrarla. Lo sigue en redes sociales, y ahí ve que cada vez da más conferencias. Siempre que hablan o se mensajean le descubre autores, películas, iniciativas. La asoma a un África luminosa de la que sólo llegan sombras. Hoy Ayo la ha contactado a primera hora, y ella no dudó un segundo en reorganizarse la mañana. Ya estaba en ruta a La Línea para verla cuando pareció que otra vez no podría ser. Pero hace diez minutos, en una tercera llamada, ha acabado por citarla en el mercado de La Concepción. «Ahora seguro, seguro». Así que Carmen buscó un cambio de sentido cuando ya volvía a Algeciras. Ha aparcado casi en el puerto de la Atunara. Por eso llega sudorosa y con prisas. Va deslumbrada por la claridad, confabulados como están el mar metálico y el cielo blanco. Antenas, toldos y tendederos chirrían, clamando a quien sepa descifrarlo que de un minuto a otro el Levante saltará.

Al llegar al mercado advierte el típico bullicio mañanero, pero no encuentra a nadie con quien confundir a Ayo. No está. Marca su número. No contesta. Le envía un mensaje. Espera. Luego rodea el edificio. Se asoma al arranque de las cuatro calles por si, desde ahí, la viera acercarse. Al fondo, de pronto, ve algo raro; entorna los ojos fijándose, para cerciorarse. Sí, una mujer y un hombre zarandean a alguien. ¡Es Ayo! Carmen corre hacia ellos y chilla:

–¡Eh! ¡Parad! ¡Parad! ¡Policía!

Los atacantes huyen. Ayo está quieta, paralizada.

–¡Ayo! ¿Qué te han hecho?

La abraza. Tiemblan. Ayo es de su estatura, un poco más alta, pero el pelo corto, la cara y su desvalimiento la hacen parecer una cría.

–Ya está. Ya pasó. ¿Llamo a la...? –De pronto, cae–. Ay, perdóname, lo grité sin pensar.

–Da igual –contesta.

–¿Subimos a la casa?

Ayo niega. Hunde la cara en sus manos.

–No le cuentes nada a Ketu, por favor –se le saltan las lágrimas.

–Descuida. Tranquila. Tú tranquila.

–Yo... –Agita el carro de la compra y apunta al mercado–. No puedo volver sin nada.

–¿Vamos, pues? –pregunta dudosa Carmen.

Ella responde bajando los hombros con la impotencia de quien piensa: «Qué remedio». El leve movimiento descubre una cicatriz bajo la manga de su camiseta.

–Hay que ir –insiste.

Bajan la cuesta tan abrumadas que no se dan cuenta del rumor de sirenas.

–¿Querrías contarme por qué...? ¿Quiénes eran? –la tantea Carmen–. ¿Puedo ayudarte en algo?

Cuando entran en el mercado, las pupilas deben adaptarse a la luz tamizada. La vista se aclara ante el pasillo del pescado con la exhibición de atunes, peces espada, cazones y marrajos, cuyos ojos aún vivaces proclaman que acaban de ser capturados.

–Cuatro acedías, por favor –pide Ayo.

Ahí el rojo y verde de tomates y pimientos o tagarninas y fresas pugna con el malva de ajos y berenjenas. Hay naranja, mucho, de cítricos y calabazas.

–¿Te despacho tres kilos? –pregunta la frutera a otra clienta cuando ellas aparecen–. ¡Buenas, guapa! –saluda a Ayo– ¿No viene hoy doña Gloria?

–Buenas. No, hoy prefirió quedarse en casa. ¿Quién da la vez?

–Vas detrás de esa mujer –le contesta–. No tardo nada.

Todo es tan común y rutinario que parece imposible que, sólo por estar aquí, ahora mismo, Ayo corra el riesgo de ser expulsada del país.

–Tú dirás –dice la frutera cuando les llega el turno–. ¿Vienes con una amiga? Pues tened, probad las dos. –Les da unas mandarinas–. Son finas, ¿eh?

En otras calles y puestos, compran pollo, legumbres y huevos.

–¿Podríamos tomar un café? –se atreve a sugerir Carmen.

Ayo acepta. Pero tiene que ser allí, en el bar del mercado, rápido. Mientras la máquina silva y ellas esperan en la barra, Carmen pregunta, directa:

–¿Conoces a los que te atacaron?

–Me reclaman dinero. Pero ya no les debo nada –responde Ayo, seria.

–Y, a pesar de eso..., insisten.

–Saldé la deuda hace un mes.

Ayo vierte despacio el azúcar en el vaso. Remueve, recordando.

–Tú trabajas en una ONG, ¿no? –pregunta, levantando la mirada hacia Carmen.

–Sí, Derechos Humanos Andalucía.

–Muchas compañeras, en el camino, acaban teniendo que recurrir a... «gente que aligera los trámites» y luego se lo cobran de sobra. Bueno, pues yo no lo he hecho. Quiero que lo sepas.

–Entiendo. Me alegra.

–Pero, al llegar a la península, estuve tiempo en la calle. Aguanté lo que pude por mi cuenta. Después, alguien en quien confiaba «me ayudó», por decirlo así. Para comer, dormir. O para ducharme antes de la entrevista con la señora que me acabó encargando cuidar de su madre. Bueno, pues..., hasta la ducha me han cobrado. Pero yo devolví todo al céntimo. Lo prometo.

Carmen calla un instante, dudando si preguntar, porque sabe que la respuesta puede llevarla a saltarse el límite autoimpuesto de ofrecer dinero.

–El extra que te exigen... ¿es un último pago?

–Ellos no buscan saldar ninguna deuda. Quieren tenerme en sus manos. Hasta ahora no sabían dónde trabajo porque yo siempre los citaba por el puerto.

–Pues lo han averiguado.

Las dos se quedan calladas.

–¿Qué harás? ¿Tienes idea?

–Me dejarán. Porque yo no cederé. Se cansarán e irán a por otra.

Vuelven a callar entre el jaleo del mercado.

–Todo siempre más duro para nosotras, ¿eh?

–Sí. Pero no alarmes a Ketu. Te lo pido por favor. Él y los que pueden tienen que centrarse en que esto cambie de raíz, a lo grande.

–Él insiste en tus valiosas ideas para ese gran cambio.

–Ya –intenta sonreír–. Pero vivo otras circunstancias. Lo mío es centrarme en cumplir tres años con la señora como clandestina, conseguir luego que su hija me ofrezca un contrato legal de otro año más y, con esa oferta, pedir al fin la entrevista de arraigo, y ahí correr el riesgo de no pasarla, porque la alternativa es vivir escondida y con miedo de por vida.

–Entiendo. Tú, paso a paso. –Carmen suspira ante la dura perspectiva.

–Me encantaría quedarme más, pero...

–Lo sé. Te acompaño, ¿vale? Y seguimos conectadas, ¿de acuerdo?

Intentar generar vínculo con Ayo no es buena idea. Ella no está en la situación de Ketu. No puede ser sólo una amiga con quien hablar de libros o política. Y no puede salvarla.

«¿Podría?», duda.

Piensa en lo que hizo Sophie por Ketu. No recuerda si él le dijo en qué trabajan ella y su marido. Pero Carmen tiene un solo sueldo, Luca es pequeño, como el piso. ¿Cómo iba a mantener a Ayo? ¿Por qué a Ayo y no a cualquier otro inmigrante, un menor, por ejemplo, de los que va

conociendo por su trabajo? Es el límite implanteable: asumir otro destino. Aunque duele.

–Gracias –sonríe Ayo en el portal–. Por venir a verme y hablar.

«Encima de *apaleaos*, agradecidos», se queda pensando Carmen mientras la ve desaparecer.

Ahora, cuando ya casi llega al aparcamiento, le suena el teléfono. Sobresaltada, lo busca en la bandolera, inquieta por si es algo de Luca o de Ayo. Suspira aliviada cuando ve que es del trabajo. Pero una voz agitada la alerta:

–¿Dónde andas? Hay un naufragio. Veinte muertos, de momento.

«No puede ser verdad», piensa. Aunque lleva siéndolo treinta años. Mientras escucha al compañero, se da cuenta de que el maldito viento ha encrespado el mar. Lo ha vuelto todo espumarajos. Aun así, es pleno día. ¿Cómo ningún radar ha detectado la patera? ¿Cómo Salvamento Marítimo no ha llegado a tiempo?

–Recabo datos y hago la nota de prensa –promete.

Entra al coche alterada y arranca.

Tiene prisa por recoger a Luca, pero hay retención en la carretera. Pone la radio local. Además del hundimiento, hay otra redada antidroga. Llama por el manos libres a la guardería. Comunica. Aprovecha y llama a su colega de la Salvamar.

–Ismael, lo sé. No te entretengo. Dime vivos, muertos y desaparecidos. Gracias, lo tengo.

Se envía a sí misma un audio con las cifras. Entre los supervivientes, dos niños. Un bebé fallecido. Los desaparecidos siempre son estimados. Intenta poner cara a los números para no insensibilizarse.

El móvil vuelve a sobresaltarla. El nombre de Ayo aparece en pantalla. Pero al descolgar no habla. Tarda.

–¿Me escuchas, Ayo? Estoy en la carretera, quizá la cobertura falla.

–Te oigo bien. No es eso, sino que quizá no debí llamarte.

–Claro que sí, dime, ¿qué pasa?

–Es que... Parece que vino la Policía. Algún vecino avisaría de lo de antes. La señora negó que en su casa trabajara una africana, y se fueron. Pero luego la mujer ha llamado a su hija. Estaban hablando por teléfono justo cuando yo entraba en el piso. Viene para aquí hecha una furia desde San Pedro. Dice que les voy a buscar la ruina por el lío en que esté metida. Tarda una hora en llegar... Me he agobiado y te he llamado. Lo siento. No te preocupes. Yo lo arreglo.

–Escucha, Ayo, tú sin problema me llamas...

Carmen intenta infundirle confianza, pero, al oír el aviso de otra llamada entrante, mira el móvil y pestañea. Pestañea ante el nombre en pantalla: «Luca Fois». El pulso se le para.

«¿Será posible?», piensa.

Es Luca; Luca padre.

«Después de dos años. Ahora».

No puede colgarle a Ayo.

«Pero aguanta, Luca, espera», ruega.

–Ayo, llámame cuando quieras, después de hablar con la mujer, tú me cuentas y hablamos...

«Luca, un segundo».

–Seguramente no te eche. Te necesita. Diles que intentaron robarte...

Oye el frenazo, se le echa encima el destello rojo del todoterreno que va delante de ella, frena a fondo y evita chocar por milímetros. El conductor que la sigue pita, indignado.

–Perdona –adivina, Ayo–. Vas conduciendo. No te distraigo.

–Tranquila, de verdad. Luego nos llamamos, ¿de acuerdo?

Pero Luca ya ha colgado. Carmen se aferra al volante. No debería doler tanto.

Ya no se fija. La rutina anestesia. En cambio, aquella primera vez que entró en la torre de control la impactó. Esas cristaleras del frontal de vigilancia, los ojos gigantes al sur, ¡y el Estrecho! Un impresionante paso surcado por incesantes pesqueros, ferris, mercantes, cargueros y esas ciudades flotantes con sus rascacielos hechos de contenedores.

Su trabajo empezó en los barcos, aunque su fijación desde niña fue el mar. Hija de capitán, hermana de marineros, allá, en Galicia, saltaba a la rayuela entre las maromas del puerto y, cuando tuvo criterio, decidió estudiar Máquinas con la fantasía idealizada de surcar los océanos. Antes de licenciarse ya encontró quien la embarcara, pero la primera singladura

le bastó para comprobar que las condiciones de oficial no eran un sueño dorado. Suponían sofocarse bajo un uniforme plástico en la abisal tripa metálica del carguero donde atruenan mil alarmas y todo tizna de grasa. De noche, conectaba el amplificador de alerta para escucharlo desde su cabina. Los avisos de incidencia saltaban con frecuencia, y tenía tres minutos para vestirse, bajar cinco plantas y encarar la avería. Si es que no era falsa alarma, lo que sucedía con frecuencia. En cualquier caso, se sentía útil. Cada reto activaba sus nervios, y era satisfactorio ser capaz de templarlos, analizar la situación y arreglarla. Tuvo la suerte de no dar con ningún contratiempo grave. Y pronto los imprevistos acabaron reducidos a incidentes habituales en los que aplicaba un par o tres pautas mecánicas. Si en algún momento se presentara un incidente que comprometiera la navegación, el protocolo dictaba contactar con Salvamento Marítimo. Así fue cómo se le ocurrió. Fue la decisión de su vida. Intentar acceder al cuerpo oficial de rescate.

Se puso de inmediato a estudiar en sus horas de descanso. Primero, las titulaciones necesarias para presentarse a la oposición: certificados de inglés y francés, así como el título de Operador General del Sistema Mundial de Socorro y Seguridad Marítima; y, acto seguido, el prolijo temario. El resultado del examen final fue tan alto que la elección de destino quedó en sus manos. La familia deseaba que volviera a Galicia; ella también quería volver, pero, a la vez, ansiaba la libertad de la distancia donde nadie la cuestionaba. Pensó en el umbral gemelo del Finisterre gallego: el estrecho de Gibraltar. Los confines, norte y sur, del mundo antiguo conocido. Dudó, sopesó pros y contras, y al fin se decantó.

Aquel día en que fue a tomar posesión de su plaza, temió que el carril de tierra a dos kilómetros de Tarifa no fuera la senda correcta. Debía de haberse equivocado, pensaba al subir colina arriba, entre un monte bajo marcado a cada tanto con chapas de coto de caza. Hasta se planteó volver atrás al topar con el «NO PASAR. ZONA MILITAR», pero el cartel parecía viejo, de otro tiempo, y, a la siguiente revuelta, tras una herrumbrosa verja, vio la referencia que sí le habían dado, la del Centro Internacional de Migración de Aves.

Cuando bajó del coche, el viento silbaba tan constante, ahí fuera en el campo, que al cruzar la puerta del edificio atronaba su ausencia. Y eso que no reinaba el silencio. Desde el vestíbulo, donde le dieron la credencial, y por el largo pasillo por el que la conserje la guio, bullía el hervidero de la sala de control. Fue al entrar ahí cuando descubrió las cristaleras volcadas al mar con África detrás. Nadie del equipo miraba el horizonte, concentrados como estaban en las pantallas de control por satélite, en las llamadas de teléfono, en las consultas y comprobaciones precisas.

Ahora ella está siempre tan absorta como el resto de la plantilla. De

hecho, Julia es célebre por sus reflejos. Descuelga rapidísima a las incidencias más diversas:

–Vigilancia marítima de Tarifa. Adelante.

–Aquí Lowlands Opal, Tarifa. ¿Me recibe?

–Localizado en monitor, Lowlands Opal. Adelante.

–Problema de motor, Tarifa. Hemos tenido que reparar de emergencia en Las Palmas para llegar a Algeciras, pero de nuevo falla. Necesitamos remolcador.

–Recibido Lowlands Opal. Lo enviamos.

–Vigilancia marítima de Tarifa. Adelante.

–¿Tarifa? Aquí pesquero *Virgen del Carmen 3*, de Barbate.

–Localizado, *Virgen del Carmen 3*. Adelante.

–Nos ha dado un velero de recreo y ha abierto vía de agua en el casco.

–Enviamos rescate, *Virgen del Carmen 3*. Mantenga el contacto.

*

Los casos siempre son peores en el turno de noche.

–Vigilancia marítima de Tarifa. Adelante.

–Soy yo. Patera a la deriva. Doy coordenadas.

Son avisos de Irene Gámez desde Tánger. Julia o el compañero de turno apunta la latitud y la longitud que ella les detalla.

–Ahora el móvil del inmigrante –les dicta la activista.

Nada más colgar, reenvían la posición de puerto tarifeño mientras llaman a la patera. Los migrantes podrían avisar directamente a Salvamento. Es una larga historia. Desmoralizadora. Confían más en Irene Gámez que en ellos.

–*Allô?* –contestan al fin desde la balsa.

Julia vigila en pantalla la luz naranja que indica que la salvamar *Arcturus*, *María Zambrano* o *Alnitak*, la que esté de guardia, suelta amarras.

–*Ici Sauvetage Maritime Tarifa* –se identifica–. *Calmez-vous* –los tranquiliza–. *Combien vous êtes? Il y a t'il des enfants? Des femmes enceintes?*

Son cuarenta y cuatro. Tres niños y dos embarazadas. «El mar está revuelto», dice el hombre, angustiado. «Olas altas. Motor parado».

–*Sauvez-nous, madame! Au nom du ciel!* –implora.

Llantos por el auricular y, a la vez, llaman a otro fijo desde la salvamar.

–Aquí Arcturus, Tarifa. En el punto GPS no están, se han movido.

–Actualizo con ellos.

–Espera –la interrumpen–. Vemos algo.

Cuando el hundimiento se detecta a tiempo, se salvan, según los casos,

cincuenta, ochenta, ciento veinte náufragos. Pero, a veces, como esta mañana, ni Irene Gámez ni el radar avisan de la patera hasta que un pesquero o un barco de recreo avista el desastre y pone proa a los gemidos, al chapoteo de gente que bracea y se ahoga histérica. Sacan del revoltijo a un crío, mientras su madre, padre o hermanos se hunden. Hoy sólo se ha rescatado a un tercio de la hinchable. La salvamar llegó tarde.

Para colmo, corre la voz de que al subdirector general, Fernández de Haro, todo le ha pillado viniendo de Madrid. No saben qué lo trae. «No será anunciar aumento de personal», suelta alguien con ironía.

La hora y media de reunión que De Haro pasa en el despacho de Joaquín Tamayo, el director de la torre, añade tensión al desgraciado día. Al fin, oyen a Tamayo carraspear por el pasillo, como avisando, y al momento irrumpe en la sala Fernández de Haro.

–Buenas, equipo.

Se giran. Atienden. Por experiencia previa, dejan cuanto estaban haciendo.

–Todos lamentamos la tragedia de hoy.

Las miradas vuelan.

–Pero ni es culpa nuestra –retoma– ni puede eclipsar temas graves del servicio, que son los que vengo a aclarar y reconducir.

La intriga es máxima.

–Se trata de un runrún que ha saltado a la prensa a raíz del aumento de pateras por el Estrecho este año y medio. A ver...

De Haro los mira uno a uno, desafiante.

–Se apunta a cierta connivencia con activistas de supuestas ONG investigadas por colaborar con los traficantes. ¡No lo podemos consentir! ¡Hay que cortarlo de cuajo!

Saben que habla de Irene Gámez. Ya tardaban en señalarla tras tantos arrestos en Europa de activistas de derechos humanos. Pero ella lleva una década avisándoles de naufragios. Casi la consideran una miembro más del operativo. «Un activo paralelo», ha dicho alguna vez, de ella, Joaquín Tamayo.

Suena el teléfono. Julia estira el brazo.

–¡Usted! –la detiene De Haro–. Acabo rápido: no podemos aceptar a confidentes de las mafias en el engranaje oficial. ¿Entendido? No volveré a decirlo. Ahora, sigan trabajando.

El hombre les da la espalda, y Joaquín Tamayo, haciendo a su gente un disimulado gesto de calma con la mano, lo acompaña.

–Vigilancia marítima de Tarifa. Adelante –contesta, al fin, Julia.

No puede creer lo que acaba de decirles el subdirector general. Durante esa llamada y el resto del turno, sigue revuelta. Porque los dejan en una situación espinosa. ¿Cómo va a colgar a Gámez la próxima vez que

llame?

Lo piensa y repiensa sin encontrar respuesta. Y sigue reflexionando cuando a mediodía termina y arranca hacia Tarifa.

«¿No sería omisión del deber de socorro?». «¿Cuántas vidas ha salvado esa tía?». «Que demuestre el Gobierno las sospechas que tenga. ¿A nosotros qué nos cuentan?». Su asombro va mutando en indignación carril abajo rumbo a la carretera.

Cerca de allí, Carmen acelera, inquieta porque el pequeño Luca, si ella llega tarde a recogerlo a la guardería, llora desesperado. Con una angustia sin forma. Un miedo que intuye –sin nombrarlo– un abandono, un accidente mortal, algo horrible que le pase a su madre y por lo que no pueda volver a verla más.

«Yo siempre llego, Luca». «Te lo prometo». «Si me retraso, mi amor, no llores, que llego», repasa Carmen la letanía que suele repetir a su hijo para calmarlo, sin éxito.

Julia, mientras, ha entrado desde el camino de tierra en la nacional 340. En el carril de incorporación, marca el intermitente derecho. Sabe que ese coche que ve por el retrovisor está lo bastante lejos para verla a tiempo y...

–¿Qué coño...? –Da un volantazo cuando, en cambio, casi la embiste.

El coche le suena. Su conductora la pita y se disculpa con la mano por la ventanilla. Es vecina de su calle, la que usa los turbantes. Se conocen de vista. ¿Adónde irá con esas prisas? Se han podido matar.

–¡Por Dios, céntrate! –se ordena Carmen, aún con el susto en el cuerpo, tratando de serenarse.

A su pesar, incluso cuando recoge al niño y le seca las lágrimas, sigue acelerada. Aún lo está mientras le da de comer dosificando los «mastica,

traga». Hasta cuando al fin lo acuesta para la siesta. Sólo entonces, concentrada, comienza a redactar la reacción de la asociación frente al naufragio, manda la nota de prensa y escribe un informe ampliado sobre el hundimiento.

Ahora, a media tarde, baja con el crío a la playa. Pero le cuesta desconectar. Al mirar a los surferos sobre las olas, ve, superpuesta en su trayectoria, la patera. Hace un esfuerzo por disipar la visión y se centra en los flanes de arena.

–Mira, Luca, así. Lo llenas, aplastas bien con la mano y ahora lo difícil: volcarlo. ¿Pesa? Gira rápido. ¡Bieen!

Aplaude, y su hijo la imita antes de llevarse un puñado de arena a la boca.

–¡No! Está mala, ¿eh? A ver, saca la lengua. –Toma la botella de agua y lo enjuaga–. Pero ¿adónde vas ahora?

El niño corre al charco que ha dejado la bajamar. Allí, otros chiquillos saltan y salpican, y él se une al chapoteo. Ya tiene entretenimiento. Entonces Carmen recuerda a Luca padre, aquí, con ella, aquella vez. El sol en su pelo y cómo la miraba. El sabor de su beso. Ahuyenta el temblor y la mala conciencia por haber caído, ella tan libre, tan consciente, en un embarazo no buscado. La frustración de que él la dejara. Que desapareciera. No quiere hacerse daño. Quizá se haya arrepentido de inmediato de haberla llamado. Quizá fuera providencial no descolgar.

–¿Tienes frío, Luca? ¿Te seco y nos vamos?

El niño niega, aunque está tiritando.

–Venga, claro que sí. Di adiós a tus amigos. –Lo coge de la mano.

Ha jugado sin parar, está en pie desde temprano, la siesta ha sido corta, así que mejor ducharlo pronto para que no se duerma a medio cenar.

Cuando va a abrir el portal, ve llegar a la vecina con la que casi chocó a mediodía.

–¡Perdona! –la llama–. Hola. –Se acerca–. Quería disculparme por lo de antes. Si no me hubieras esquivado... Lo siento tanto... Soy Carmen. –Le tiende la mano.

–Yo Julia. –Se la estrecha–. Bueno, hay que tener más cuidado.

–Desde luego. Ir menos acelerada. Ha sido un día...

Luca bosteza y lo alza en brazos.

–Puedo imaginármelo.

–No es excusa. No volverá a pasar.

–Mejor así. Tranquila.

–Gracias. Por tus reflejos antes y por tu actitud ahora. Nos vemos, ¿eh?

Apunta Carmen con la mirada a esa terraza frente a la suya. Suelen verse, tendiendo o tomando el aire.

Al poco de subir, de hecho, Carmen sale. Aparta a un lado la sombrilla plegada, asienta bien la mesa, que cojea, pasa un trapo al hule y coloca vasos, cubiertos y platos para cenar al fresco con el niño.

Luca se despabila con la ducha y, mientras ella fríe el pescado, salta en el sofá, da una vuelta de campana, corre por el pasillo y derrapa.

–A lavarse las manos otra vez, anda.

Al salir del baño, le da la mano para subir el escalón de la terraza y lo sienta en una silla a su lado. El niño come con fruición las acedías.

–¿Te gustan? ¿Están ricas?

De postre, ciruelas. Carmen le quita la piel a una, la deshuesa.

–Muerde trozos chicos, ¿eh? –le aconseja.

Cree oír el teléfono. Pero lejos. Busca sin encontrarlo. «¿Dónde estará?».

Deja de sonar. Suena otra vez. Guiándose por el tono, al fin da con él. Es Luca de nuevo. Se tensa. ¿Le pasará algo? ¿Estará en España? ¿O enfermo? Tiene que contestar. Le falta el aire.

–¿Carmen? –oye la voz, esa voz de él con su deje nasal.

–Hola, Luca... –contesta, atenta al niño tras la cristalera abierta.

–¡Ehhh, al fin!

Carmen lo escucha sin dar crédito. Los dos se quedan callados un momento. Ella sabe que el niño no tardará en reclamarla.

–Te preguntarás por qué... ¿Sigues ahí?

«¿Qué pensarías si lo vieras? ¿Jamás me perdonarías?», se dice ella.

–¿Carmen?

–Sí, estoy aquí. Es que no sé qué decirte.

–Ya, normal. Soy yo quien llamo y tampoco lo tengo claro...

De nuevo silencio. Pero ahora distinguen cuándo respiran, cuándo tragan.

–Mi idea... Era... Bueno, dar la cara. Por fin cerrarlo bien...

Ella siente el puñetazo.

–Pero qué alegría escucharte –añade él.

–Ya –suspira Carmen, decepcionada con ella misma por albergar unas esperanzas que, en un segundo, él defrauda.

–Sé que debo explicarme.

–Es todo muy fácil: te rogué que me llamaras y no llamaste.

–Lo sé. Me siento fatal. Por eso...

–Luca...

–Uf, cuánto tiempo sin escuchártelo...

–Mira, ahora no puedo. En serio.

–¿Estás con alguien? –cae en la cuenta.

–Sí, eso.

–¿Ahora mismo?

–Exacto.

–Disculpa... Claro. Debí preguntar. Yo quería explicarte lo de Gina y la niña y...

«Gina», «niña», repite un eco dentro de Carmen como apuñalándola.

–Hablamos cuando tú puedas, Carmen. ¿De acuerdo?

–Bien, adiós –se despide, perpleja.

–¡No cuelgues! ¡Un segundo!

–Tengo que hacerlo, créeme.

El niño intenta bajar de la silla. Ella le indica con la mano que espere, que lo ayudará en cuanto cuelgue. Pero baja solo. Sin darse cuenta, da un codazo al vaso de plástico, lo tira y se moja los pies.

–¡Mamá, huellas! –anuncia el crío dando saltos–. ¡Mira, mamá!

–¡Tu hijo, Carmen! ¿El padre...? Perdona, yo...

–No es eso.

Se quedan callados.

–Estoy sola con él, pero tengo que acostarlo.

–¿Luego? ¿Mañana? ¿Cuándo prefieres?

–La noche que sea, cuando lo acueste.

Se arrepiente de esa frase antes de acabarla. «Debería haberme inventado un marido», se dice a sí misma cuando, minutos después, le está contando al niño, acurrucado en la cama, su cuento preferido.

–Y colorín colorado, este cuento se ha acabado –remata.

Pero el niño pide más:

–¡Otro, otro! ¡O canción, mamá!

Entonces le canta *El lobito bueno* y *Allá en los mares* y *El barquito chiquitito*... Al fin, los párpados del pequeño Luca van cediendo, se le cierran y respira lento y acompasado.

Carmen sale entonces, dejando la ventana abierta, a ver si refresca algo el cuarto recalentado.

En la terraza, mira el móvil sobre la mesa. Enfrente, se fija, la vecina lee. Parece tan a gusto sola... De pronto piensa en Ayo y se sobresalta. ¿Qué habrá pasado con ella al final? ¿Se habrán calmado las aguas? Es casi medianoche. Demasiado tarde para llamarla. Mañana lo hará sin falta. Pero, ahora, con Luca, ¿qué hace? Está dudando si decirle algo cuando le llega un mensaje:

«¿Ya?».

Él se ha dado cuenta de que ella está conectada. Que lee y no contesta. Insiste:

«Por favor».

Le cuesta mucho resistir la tentación, así que teclea:

«Sí, ya».

Él la sorprende con una videollamada.

–Hola, Carmen.

Después de dos años, vuelven a verse. Están más delgados, con cara de cansados a esta hora, pero son ellos, los de siempre.

–Carmen, gracias por responder. Me alegra tanto...

–Luca, para mí no es un juego.

–¿Parezco frívolo? Lo siento. De verdad, querría cerrarlo bien, porque... para mí fue... Ah –se tapa la cara–, era más fácil en mi cabeza. Explicar que...

–¿Que ya estabas con alguien y por eso te esfumaste? ¿Es eso?

–Estaba y no. Habíamos cortado, créeme. Cortábamos y volvíamos. Cuando te conocí, no estábamos. Lo juro.

–Pero seguías enganchado. Y bastó volver a Trieste...

–Irme contigo era dejarlo todo atrás...

–¡Vamos, eres italiano! ¡Somos europeos! ¡No seas melodramático!

–Es complicado si piensas hacerlo en serio. Yo quedé con Gina para despedirme, convencido de ir a España.

–¿Y entonces?

–Entonces ella habló. Habló con mi yo de la carrera, de cuando la recogía en moto y nos íbamos a cualquier lado. Y habló con el Luca de un año y medio o dos después, muerto de celos porque me había dejado por un compañero, y con el del reencuentro aparentemente casual que entonces me confesó que ella había propiciado...

–Para, cállate, no quiero saberlo. Me da igual.

–Fui yo. No es culpa de ella. No creí en serio en empezar de cero. De pronto..., no creí en nosotros.

–Pues lo nuestro... –siente una punzada– existió, Luca. Cada uno sabrá qué significó en su vida. Tú la preferiste a ella. Ya está. Sin más.

–Obviamente los hechos son los que son. No puedo cambiarlos. Pero, si no significaras tanto para mí, Carmen, no te estaría llamando. Yo prometí a Gina no... Ella me pidió que no te llamara hasta aclararme, que tomara distancia para... Luego, aunque no nos casamos, tuvimos a Flavia. –Él ve la mueca de ella–. Tú... ¿estás casada? ¿Vives con el padre...?

Carmen quiere de modo inconsciente que él le lea la mente. Es incapaz de decírselo. No por teléfono. Sabe que la juzgará, que se enfadará. Y comprende que le sobran motivos. Pero no se arrepiente. No le ha pedido nada, ni lo hará. Lo afronta todo sola. Incluidos los futuros reproches del niño. Pero no puede evitar desear que Luca se vea en el espejo de su cara, sus mismos ojos verdes, sus rizos claros.

Una ráfaga de aire sopla fuerte, despeinándola. Cuando se aparta el flequillo ve, salida de la nada, una gaviota solitaria. Se posa en la baranda, ruidosa, y bate las alas. Parece desorientada.

–¿Estás bien, Carmen? ¿Pasa algo?

–Una gaviota –susurra mientras el animal se acerca y la mira.

–¿Qué?

–El pájaro blanco de la playa. –Vuelve el móvil hacia ella.

–*Gabbiano*.

–Gaviota, sí.

–El niño, Carmen –insiste él–, ¿qué edad tiene?

«No, por favor», reacciona. «No», niega lo que ve venir. Esa manita que sale a la oscuridad y que casi no cree que sea real hasta oír la voz infantil.

–¿Mamá?

El niño la llama, pero se distrae, tan absorto en la gaviota que parece embrujado.

–Carmen, ¿qué pasa? –pregunta Luca desde Trieste, alarmado por su gesto.

De la ventana, mientras, tras la mano, ha ido asomando todo el brazo del pequeño, y ahora se le ve entero. Carmen piensa en gritar «¡Para!, ¡quieto!», «¡Vuelve dentro!», pero se muerde el labio, aterrorizada, para no asustarlo.

–¡Mira, mamá! ¡Cógela!

El niño sí que ha chillado. Señala el pájaro, pero éste sigue inmóvil, como si a su vez estuviera hipnotizado.

«No te asomes, Luca», ruega ante el perfil del hijo que ya se recorta sobre el vacío. «Pero ¿en qué se ha subido?», se tortura. «¿Cómo se le ha ocurrido?».

–Luca, mi amor, atrás –dice suave, levantándose al verlo avanzar. No te muevas –le implora.

Pero la gaviota mira al chiquillo y abre y cierra el pico, como llamándolo sin sonido. Y Luca adelanta la cabeza.

Carmen se acerca muy lenta. El animal se espanta, chilla, alza el vuelo. El niño duda, resbala. Carmen salta.

–¡Luca! –grita.

Lo agarra. Entonces, el móvil choca en la baranda, rebota en el suelo, se casca y se corta la llamada.

–¿Estáis bien? –grita la vecina desde enfrente–. ¿Lo tienes?

A dos mil quinientos kilómetros de distancia, Luca Fois se estremece. Las contraventanas de su casa entrechocan al arreciar la Bora. Pero él no oye nada. Traga sin saliva. El sudor frío lo empapa. Justo cuando entiende, ignora si la muerte le ha arrebatado al hijo sin llegar a conocerlo. Junta las manos, y por instinto reza al destino: «Que no haya pasado, que no haya pasado».

Aporrean la puerta, fuerte y seguido. Se incorpora. Casi cada madrugada la despiertan las llamadas al móvil, en la mesilla, cerca de la almohada. Esto es distinto, agresivo. Sale corriendo del cuarto, asustada por los gritos de sus hijos.

–¿Qué pasa, mamá? –asoma Emilio.

–¡Policía! ¡Abra! –chillan del otro lado.

–Escucha –dice al muchacho–, si me llevan, cuida de Tsitsi. Te dejo al cargo.

Él se queda helado, no objeta nada. ¿Por qué iban a llevársela?

Ella, en cambio, aunque no lo estaba esperando, vive preparada. Sabe de muchos otros activistas detenidos y hostigados.

–Irene Gámez. –La agarran del brazo–. ¡Vamos!

–¡Suéltela! –grita Emilio.

–¡Mamá! –Tsitsi aparece por el pasillo.

–¡Emilio, ella! –le ordena–. Cielo –suaviza el tono para la pequeña–, no pasa nada. La policía se ha equivocado. Voy con ellos y lo aclaro.

–¡Mamá, no vayas!

–Tranquila, mi amor, vuelvo en nada.

Como no la dejan cambiarse, se pone la chaqueta vaquera sobre el pijama. Emilio sabrá qué hacer. Llamará a las compañeras, buscarán abogado, contactarán con la prensa. No será grave, pero preferiría una detención de día. La reacción sería más rápida. Ahora estará varias horas sola a su suerte.

Al salir del edificio, ve el furgón.

–¡Avanza, venga! –gritan para amedrentarla.

–¡Sube ya!

Hay vecinos en las ventanas. Cuando arrancan, ponen la sirena. Quieren exponerla. Es inquietante. Amenazador. Como cuando hace veinte años, aún en España, empezó todo.

En aquel 2000 vivía en El Ejido. Conocía a Juani porque era del grupo de su hermana mayor. Ese día, un perturbado la acuchilló en el mercadillo.

–¡El moreno, apresadlo! –gritaron los del puesto.

Pero el chaval se zafó a la carrera. Por el pueblo voló la advertencia:

–El moro que ha matado a la Juani anda suelto.

Eso destapó la caja de los truenos.

–¡Mierda de moros! ¡Habría que matarlos! –soltaron las lenguas los que lo venían pensando hacía décadas.

–Que han *venío* con la excusa de trabajar en el campo y *to* se lo están quedando: los locales, las casas... ¡Se traen a la familia para vivir aquí a su forma guarra!

–¡A tomar por culo los moros ya!

Esas cosas se oían en cada esquina. Pero en el entierro de Juani se guardó silencio. Era un silencio tenso, lleno de miedo. Con todo, nadie imaginaba, ella no previó, la locura que estalló cuando en la manifestación contra el crimen aparecieron los inmigrantes, con las manos en alto, aterrados pero decididos a que no los confundieran con el asesino. Eran familias enteras con chiquillos.

–¿Encima venís? ¡Encima! –se revolvió el gentío.

¿De dónde salieron los bates y las barras de hierro? Irene sigue sin explicárselo. Pero el orden con que fueron a los locutorios, bares y tiendas de magrebíes, para destrozarlos e incendiarlos, evidenciaba la premeditación del espanto. Ya le advertía su abuela desde pequeña: «Ojo con qué dices, Irene, que los fascistas que mataron al abuelo siguen entre nosotros, *camuflaos*».

Ella cubrió aquella locura, el linchamiento desatado, como becaria del *Diario de Almería*. Parecía de película. Aún recuerda a esa familia de la tienda de chucherías saltar entre las llamas y cómo ella tuvo que esperar angustiada frente al bar Alhucemas porque la muchedumbre decía: «Hay moros ahí dentro *escondíos* como ratas». No se le olvida la turba, sus gritos fundidos, mientras la policía los miraba con la más pasmosa pasividad. De pronto, alguien lanzó:

–¡A por los progres!

Y la masa corrió sin dudar hacia la asociación de mujeres y al local de Andalucía Acoge. Los arrasaron. Atónita, Irene se preguntó qué tendría que ver aquello con el asesinato de Juani.

Fueron días de escribir las crónicas temblando.

Sin «los sucesos de El Ejido», como se los etiquetó suavizándolos, ella no se habría decidido a ir a Marruecos para documentar de dónde y cómo llegaban los inmigrantes a su pueblo. Sin las estancias en Tánger con Emilio, aún tan chiquito, no habría decidido pasar de reportera a investigadora en la frontera sur europea. Sin aquel cambio de vida, ahora no estaría en este furgón rumbo a comisaría.

El furgón frena y se detiene. Los policías salen del coche y cierran las puertas con fuerza. Ríen y se alejan. Pero nadie viene a buscarla. Nadie abre. Como si la abandonaran. Quieren asustarla. Ella sabe cómo se las gastan. Como hacen con los marroquíes o, peor aún, con los subsaharianos. ¡Lo que llegaron a ver Pepe Olmo y ella en el desierto! Se aferra al recuerdo, porque cada agonizante al que tomó de la mano era un ser humano lleno de dignidad. Necesita que aquella última luz de sus pupilas la guíe ahora. Que ahora no le tiemblen las piernas a la primera. Que no la hagan dudar del sentido de luchar.

Abren de improviso. Sí, los gendarmes quieren atemorizarla. Ahora no gritan, son secos. Ella intenta identificar el barrio donde está, pero la

azuzan y no le da tiempo. Siendo cada guardia un hombre distinto, comparten chulería y ranciedad. Los teme. Tiene que temerles. Está en sus manos.

–¿No vas a preguntar por qué te arrestamos? –le espeta dentro de comisaría el mayor de ellos, de ojos turbios, que se sienta frente a un ordenador desfasado.

–Lo sabrá y no necesita preguntar –se ríe el joven, guapo y prepotente.

–Yo no sé nada –intenta sonar firme, pero humilde.

–Estás acusada de tráfico de personas.

–¿Yo? Eso no es verdad.

–La verdad la decidirá el juez. Lo nuestro es interrogar –espeta el veterano–. ¿Es usted Irene Gámez?

Siente los ojos de los cinco encima.

–¡Venga, contesta! –chilla.

Cuando ella asiente, él teclea con dos dedos su respuesta. Luego ensarta una ristra atropellada de preguntas: «¿Desde cuándo vive en Tánger?», «¿A qué se dedica?», «¿Por qué?», «¿Quién le paga?». Cuestiones todas de las que ya conocen las respuestas, porque su actividad es pública; porque tanto en Marruecos como en España da conferencias, escribe en prensa o es entrevistada con frecuencia; cuestiones que, en realidad, no les interesan, al menos hasta llegar a lo que sí desean saber, pero eso no puede explicárselo, porque ni ella lo sabe. Es algo que no le entra en la cabeza ni a quienes la odian ni a sus parientes y amigos más queridos: «Pero ¿por qué los inmigrantes te llaman a ti?».

Todo comenzó poco después de volver con Olmo del Sáhara. Octubre de 2005. Habían conocido a tantos entre la vida y la muerte, sacaron a tantos de las dunas que ella mezcla nombres y caras. Cuando descolgó la primera llamada nocturna una vez de vuelta en Tánger, oyó:

–Irene, soy yo, Omar. Omar, de Guinea. Me diste tu teléfono. Ayúdame otra vez, por favor. Te lo ruego. Somos treinta y dos en la patera. Se está hundiendo rapidísimo.

No sabía qué hacer. Llamar a Salvamento, pero ¿de España o Marruecos? ¿Cuáles eran los teléfonos? Encendió el ordenador sin cortar la llamada, aunque al instante se dio cuenta de que, para avisar a los rescatadores, no tendría más remedio, pues no tenía fijo en casa.

–Omar, cuelgo y llamo a Emergencia Marítima.

–¡Las olas están entrando! ¡Vamos a ahogarnos!

–Haré lo que pueda, enseguida.

Buscó «salvamento marítimo del Estrecho» y empezó a marcar.

–Aquí Irene Gámez, de Tánger –soltó al oír que levantaban el auricular–. Una patera se hunde en el Estrecho.

–¿Localización? –le preguntaron–. ¿Dónde exactamente?

–No sé –contestó–. ¡Pero tengo el móvil de un hombre que va dentro!

Ahí, en el salón, se quedó temblando. Rezó, pese a ser atea, por Omar y todo el pasaje. Y lo sigue haciendo. Reza a las fuerzas de la naturaleza para que no se ensañen, para que cedan. Viento, corrientes, oleaje.

Al día siguiente, Omar le escribió: «Has vuelto a salvarme». Luego la llamó, le dio tantas tantas gracias. Y desapareció.

Debió ser Omar o alguien de esa primera barca quien, cuando su primo o amigo le escribió que había pagado al pasador, que ya pronto embarcaba, le dio su teléfono y el consejo: «Si pasa algo malo en el Estrecho, llama a Irene».

Lo crea o no quien pregunta, así sucedió. Y así sigue sucediendo. Muchos migrantes corroboran la historia cuando los entrevistan: «Sin conocerla de nada, todos sabemos su teléfono y que ayuda a los negros».

Los policías la miran con desprecio mientras ella, a la vez que recuerda, ofrece respuestas que ellos consideran incorrectas o falsas.

–Así que ayuda altruista, ¿eh? –le suelta el mayor–. Tu gobierno lo duda.

–¿Cómo que mi gobierno? –pregunta Irene.

–Ellos nos han puesto sobre tu pista.

–No puede ser –cabecea, incrédula.

El Ministerio del Interior del retrógrado gobierno que ostenta el poder en ese momento en España había impulsado, meses atrás, que la investigara la Audiencia Nacional, pero las pesquisas se cerraron pronto y de modo tajante.

–Yo no soy ninguna traficante. Hace quince años que hago lo mismo: si me llama un inmigrante, paso su localización de GPS a Salvamento Marítimo.

–Y ¿por qué a España?

–Doy un punto GPS, y ya ustedes se aclaran con las aguas territoriales.

–Va de lista. –Se levanta el joven y se sienta en el pico de la mesa, a un palmo de ella, con las piernas muy abiertas–. La amiga de los negros, madre de una niña negra.

–No le consiento... –Se incorpora ella, pero él la empuja y la sienta.

–¡Calla ante la autoridad! ¡Inmoral! Te las das de digna, pero sabemos que te lo montas igual con blancos que con negros, ¡con hombres que con mujeres! ¡Lo cuenta el informe de la policía de España! ¡Hipócrita..., yendo de buenecita! ¡Pura fachada! Y con la misma doble cara, ¡te forras con las mafias!

–No hablaré sin presencia de mi abogado –se le ocurre por fin.

–¿Ah, sí? Podemos retenerte días, ¿qué harán tus hijos?

–Los menores son sagrados –se contiene para no gritar–. La vida privada es sagrada –añade–. No tienen prueba alguna de ningún delito.

Porque yo no delinco. Si alguien me llama, descuelgo el teléfono. Si está naufragando, llamo a Salvamento. Es la pura verdad. La repetiré una y otra vez. Aquí o ante el juez. Cuanto haga falta. No voy a inventar una mentira por más que me presionen ni porque alguien esté deseando escucharla.

Su convicción no desalienta a los agentes, que vuelven a la carga: «¿Por qué todos tienen su número?», «¿Por qué se aconsejan: "Llama a Irene"?», «¿Por qué los inmigrantes no avisan directamente a Salvamento?», «¿Quién se traga que alguien acepte despertarse cada noche de su vida con gritos de gente que naufraga a cambio de nada?».

«A cambio de nada».

«Cada noche de su vida». «Gente que naufraga». Ella los escucha en bucle. La vista empieza a nublársele. Anticipa la lipotimia. Inspira hondo para que el círculo negro menguante, ante sus ojos, no llegue a cerrarse.

–Para, Hussein –escucha como en sueños.

Ella lucha por mantener la conciencia. Al fin, vuelve a verlos.

–Sólo sé lo que he contado –logra añadir.

–¡Pues no lo entiendo! –exclama el joven– ¡Cuéntalo otra vez!

En el cuarto donde están no hay ventana alguna, así que, cuando la llevan por el angosto pasillo a la celda, también interior, no sabe cuánto queda para que amanezca. Allí, sentada en la banqueta sin respaldo contra la pared, se queda traspuesta. Al rato, da un respingo, y tampoco es capaz de adivinar si la cabezada ha durado minutos u horas.

Ninguna palabra precede al forcejeo de llaves en la cerradura y al chirrido del pestillo. El carcelero tampoco la avisa de nada cuando, con una mirada, le ordena que salga. Ahora sí está asustada. Pero entonces, a lo lejos, la ve.

–¡Irene, Irene! –la llama Laura, su compañera del alma.

Está junto a una mujer que no conoce, de aspecto formal, profesional.

–Fátima Dchar, soy su abogada. –Le estrecha la mano.

–Gracias, mil gracias.

Laura la abraza, y ese abrazo la sostiene cuando salen a la calle y descubre sorprendida que es más de mediodía. Emilio y Tsitsi, a los que llama enseguida, están, cuando llega a casa, asomados al balcón para recibirla. Sus preguntas inquietas nunca acaban, y, además, hay muchas llamadas de periodistas. Radios, televisiones y medios digitales españoles ya han informado de su arresto a lo largo de la mañana. Aunque no le apetece enredarse con entrevistas, es consciente de que son el canal para llegar a la gente.

Esa gente, cuando ella habla en los medios, está justo volviendo del trabajo o, un poco después, se prepara la cena mientras escucha su emisora de referencia. Julia, en concreto, va en coche rumbo al turno de

noche en la torre de vigilancia cuando identifica su voz:

–Los hombres y mujeres del Servicio de Salvamento Marítimo conocen –suena en la radio– mejor que nadie en qué consiste lo que yo vengo haciendo todos estos años. Pregúntenles. Pregunten al personal de Salvamento –sigue hablando Gámez– si ellos creen en conciencia que soy una traficante o una voluntaria que ayuda en los rescates.

Julia no da crédito a que la hayan arrestado en Tánger. El subdirector general debía de estar al tanto. Es demasiada casualidad.

–¿Qué haré a partir de ahora? –retoma Irene la pregunta de la presentadora–. Pues lo que vengo haciendo. Porque no es delito; al contrario, lo sería incumplir el deber de socorro que consigna la ley, a sabiendas de que puede morir quien me llama y quienes van con esa persona en la balsa.

La entrevista va a terminar, pero Irene Gámez continúa:

–Me preguntan constantemente, la policía marroquí lo hizo anoche, los periodistas y la gente de la calle: «¿Por qué los inmigrantes no llaman a Salvamento?». Y yo no lo sé seguro, pero tras darle vueltas sólo se me ocurre una hipótesis: temen que Salvamento no mande rescate si nadie más, un tercero independiente, sabe que sus vidas peligran. Es terrible, sí. Yo sé de la integridad de los rescatadores marítimos. Pero no me extrañaría que existiesen presiones por parte de sus mandos políticos. Todos los gobiernos de estos cuarenta años de democracia, los de derecha y también de izquierda, han creado y sostienen, en la frontera sur, un programa de violación sistemática de los derechos humanos. Es un plan coordinado con la Unión Europea. ¿Incluye el plan mandar la menor cantidad de barcos de rescate posible? No lo sé, pero la duda de los inmigrantes es razonable. Y, mientras recurran a mí, yo voy a intentar ayudarlos.

Suena contundente, pero ¿de verdad seguirá adelante?

Julia se pregunta, mientras aparca, qué hará esa mujer cuando dejen de brillar las luces de Tánger. ¿Apagará el móvil? ¿Dudará si no descolgar? Al fin y al cabo, es humana. Madre, según acaba de escuchar.

El eco de Irene acompaña a Julia hacia la torre, pero, una vez dentro, paso a paso, se disipa. Cuando se sienta frente a las pantallas, ya sólo existen los localizadores de los barcos, los grados que marcan su posición, esa increíble cantidad de trayectorias en las que un ojo profano sólo vería rayas de colores, curvas y rectas, que convergen y se alejan, pero de cuya corrección depende evitar cualquier colisión. Los barcos se mueven de forma constante. El trasiego es continuo. El tráfico visible es tan denso como, fuera de los radares, es tupida la malla de navegación clandestina. Ahí, tras el cristal, del lado de la realidad palpable, la gente de mar debe verse mucho más de lo que trasciende. Pocos pesqueros o cargueros

comunican avistamientos de inmigrantes. Ninguno de narcolanchas.

Las horas, en tensión, pasan rápidas. Con los años, Julia ha aprendido a presentir el albor, el momento preferido para alcanzar El Dorado. Justo cuando, en consecuencia, arrecian los naufragios. Ahí extrema la atención.

Hoy, ahora, suena una llamada.

–Vigilancia marítima de Tarifa. Adelante.

–Soy yo –dice Irene Gámez.

Julia sabe quién, e Irene también, aunque ignore su nombre: la única voz de la torre que no es de hombre.

–Patera a la deriva. Doy coordenadas. –Gámez habla como siempre.

Es un momento decisivo para Julia. ¿Qué se espera que haga? ¿Que cuelgue la llamada de auxilio? ¿Que no tramite el rescate?

Banderines, tumulto de fiesta, música de tambores, baile. La plaza de Lavapiés palpita. Ketu ha quedado para celebrar el Día de África. Trae ganas y plomo en las alas. Los quince minutos a pie no bastan para librarse del aura del palacete. La parte de la jornada en que localiza datos, realiza cálculos y extrae referencias de archivos digitales y analógicos es útil y estimulante; pero, cuando levanta la vista de la mesa, cuando abre la puerta y se asoma a algún pasillo, cuando afina el oído y atrapa hilos de conversaciones, queda patente el simulacro. Nadie pretende más que marear papeles. Y es así desde hace décadas. Resulta tan loco y obsceno que debería ser un escándalo. Pero escándalos mayores lo eclipsan a diario.

Estos días, llena portadas la sentencia del Tribunal Supremo, que considera probado que Alianza Nacional, la derecha que gobierna actualmente, se ha estado financiando de forma ilegal durante años. La

insólita sentencia dicta, además, que el mismísimo presidente del país mintió al testificar en el juicio. Y parece que los socialistas buscan apoyos para, mediante una moción de censura, relevar al Gobierno, algo nunca antes logrado. Frente a hechos de este calado, pasa inadvertido el cuantioso despilfarro del proyecto del Estrecho.

Incluso Ketu necesita olvidarlo por un rato. Mira a su alrededor. Gentío diverso, alegre. Ropas coloridas, sandalias, cervezas. La percusión resuena también en los cuerpos. El ritmo traspasa. Las risas se contagian. Ketu busca a sus amigos, a conocidos, a los chicos del piso. Mira también, por mirar, el movimiento acompasado, la gente que trata de hablarse a voces. Entre el jaleo, de pronto, distingue su nombre:

–¡Ketu!

Saluda con la mano al organizador de unas jornadas sobre migración en las que participó hace un mes. El tipo le presenta a unos colegas, y charlan un rato, hasta que Ketu ve por fin a sus compañeros de piso y se disculpa para ir con ellos.

–Ve, claro –le dicen–. Ya nos veremos.

Cuando llega junto a los chavales, se chocan las palmas.

–¡Eh!, ¿cómo no has pasado a quitarte el disfraz de oficinista, hermano?

Le toman el pelo, y él les sigue el juego. Ríen.

–Pues a esa rubia le ha impresionado. Mirad, ¡lo tiene bien fichado!

–¡Es verdad!

–¡Sí!

Braman sin disimular.

–¡Anda ya, si es que nos conocemos! –contesta Ketu–. Venís, ¿no? Pues ahora vuelvo.

Ketu se acerca a la joven, Mere Martínez, de prensa de Cambio Posible.

–Sabía que andarías por aquí –lo recibe ella.

Desde que Ketu vive en Madrid, han quedado un par de veces.

–Mirad, él es... –empieza a presentarlo.

–¿Ketu Simo? Hemos oído hablar mucho de ti, encantado.

–Sin rencor, aunque fue feo que nos rechazaras –ríe el tercero.

Se refiere a lo que pasó justo antes de empezar con las prácticas, tras unas semanas en las que, de pronto, lo entrevistaron en varios periódicos, radios y televisiones y adquirió cierta notoriedad. Entonces, para su sorpresa, el líder del tercer partido más votado del país, el izquierdista y casi recién creado Cambio Posible, lo llamó por teléfono.

–¿Ketu Simo? Soy Mario Alba –dijo así, sin pasar por asistente ninguna–. He estado siguiendo tus intervenciones públicas y me pareces brillante. Necesario para los tiempos que encaramos.

¿Quién no se sentiría halagado? Pero no fue una llamada de cortesía, sino para proponerle que fuera cabeza de lista por Córdoba al Congreso de los Diputados. Ketu no podía creérselo. Apenas llevaba cinco años en España. Pensó en el orgullo que sentiría su familia española, pero también en sus padres y Rashâd: ¿qué dirían de que se metiera en política? Tenía que «madurarlo», respondió, y le chocó sonar ya a político profesional.

–A ver, es un gran honor, y lo agradezco, pero aún no he terminado la carrera. No sé si es el momento. Debo pensarlo un par de días, ¿de acuerdo?

Quedaron en eso. Pero el tema se filtró a la prensa. Ketu duda todavía si lo haría el partido para presionarlo. Parece que no, que una lista provisional acabó dando vueltas y, de un modo u otro, llegó al periódico digital de ultraderecha, que quiso montar un escándalo por la participación de Ketu en debates y programas televisivos, donde fue presentado como migrante no adscrito a ningún partido. Se armó cierto revuelo en redes sociales. Ketu recibió mensajes y llamadas, también de su familia en Duala. Su padre le preguntaba si podría terminar la carrera siendo a la vez diputado; su madre, si estaba seguro de que su camino en la vida era la política. No, no podría, y no, de seguro nada. Por eso había pedido pensarlo. Ser diputado nacional con veinticuatro años no es algo que le pase a cualquiera, y, al ser el candidato número uno por Córdoba, el escaño estaba casi asegurado. Además, en el Congreso podría hacer mucho por los inmigrantes y la comunidad afro. Una ocasión así podría no volver a presentarse... Con todo, dijo que no.

Ahora tiene delante a miembros de ese partido al que rechazó y, aunque Mere es muy cordial e incluso con Alba aún se manda algún *whatsapp*, no le resulta evidente a qué atenerse.

–¡Choca, tío, que he dicho sin rencor! –ríe bromista el amigo de Mere.

–¿Vamos a por bebidas? –propone ella, y les abre camino entre la muchedumbre.

Una vez servidos, vuelven sobre sus pasos, hasta que no es posible moverse más.

–Pásate por la sede cuando quieras y hacemos tormenta de ideas. ¿Te parece? –plantea Mere.

Ahora lo que Ketu quiere es bailar. Pero en el escenario justo preparan un cambio de banda. Entonces, un chaval se acerca a ellos haciendo aspavientos.

–¿Ketu?, ¿Ketu Simo? –lo saluda y se pone a charlar, locuaz–. Soy Moussa Traoré, te he visto en redes. ¡Menudo *crack*, tío! Ojalá tuviera yo tu labia: «¡Si los que se ahogan fueran blancos, el mundo entero iba a temblar!». Bien dicho. ¡Me hiciste llorar! Tenemos que reaccionar de una puta vez. Perdona, ¿ves? Mi lenguaje... El colegio nunca me ha ido...

Desde que llegué de Guinea Bissau a Canarias con seis años, lo mío han sido la gimnasia y el patio. El balón, ya sabes. Se me da... Pero en plan profesional, ¿eh? Estoy en el Castilla.

–¡Anda, el filial del Real Madrid! ¡Enhorabuena! –le dice Ketu.

–Controlas, ¿eh? ¿A qué hermano africano no le apasiona el fútbol?

–A ninguno –ríe Ketu–. Y eso que yo, del piso donde soy mediador cultural, soy el menos futbolero. ¡Lo de los chicos es locura total!

–¡Me lo puedo imaginar! Oye, pues apúntate mi teléfono, dame tu contacto y os invito a un partido.

–¿Qué dices? ¿En serio? ¡Qué pasada! Muchas gracias.

–¡Al revés, tío, el honor es mío! Vas a hacer cosas grandes, hermano. ¡Está escrito en el destino!

El joven le da un abrazo y palmadas fuertes en la espalda justo cuando la música vuelve a sonar, ahora con toques de *funky* y *jazz*. Los compañeros del piso se acercan a Ketu, y él los presenta a Mere y los del partido. Al momento, todos bailan los sones rápidos del nuevo grupo.

–¡Somos One Pac & Fellows! ¡Banda sevillano-senegalesa! –se presenta el cantante– ¡Ahí va *Gadaay*, un tema muy reivindicativo sobre los migrantes!

El joven senegalés, todo elegancia y carisma, hace que la audiencia repita la letra en wólof, aun sin entenderla.

–¿Me traduces? –pide Ketu a Jean-Christof, que es de Dakar.

El chico bisbisea:

Si esto dependiera de nosotros,
nos quedaríamos en África
a estudiar, trabajar y levantar el continente.
Si dependiera sólo de nuestras manos,
no veríamos, de brazos cruzados,
cómo nuestros hijos emigran, muchos para naufragar.
Querido padre o madre: ¿acaso vale la pena?
Despertemos ya por las generaciones venideras.
Hoy por hoy, la juventud desespera,
los jóvenes africanos desesperan.
Su único horizonte es ir a Europa en patera.

Los últimos tres versos son pegadizos. Al final de la estrofa siguiente, la gente se da cuenta de que es el estribillo, y al llegar la tercera ya los ha memorizado toda la plaza:

Hoy la juventud desespera,
los jóvenes africanos desesperan.
Su único horizonte es ir a Europa en patera.

«Ojalá Ayo pudiera escucharlo», piensa Ketu. Pero no le ve sentido siquiera a mandarle un vídeo. Hace semanas que ella despacha rápido sus mensajes, que evita sus llamadas y no se conecta al grupo. Algo le pasa, seguro. En cuanto acabe las prácticas, bajará a verla. Además, le contará que ha informado al activista marroquí Yassin Cherkaoui sobre lo del puente. Cuando habló con él del tema, no daba crédito. Le extrañó que, pese a ser ingeniero, no hubiera oído nunca nada. Pero luego averiguó enseguida cuál es la sede del comité marroquí para el proyecto, y ahora está recabando nombres de miembros actuales o previos por si él conoce a alguno o puede hacerlo a través de contactos. Los dos comparten que sería útil, además de hacerse con la mayor cantidad de información técnica posible, conocer si el proyecto iba tan en serio como parece y, en ese caso, cuándo y por qué descarriló.

Por eso, a la mañana siguiente, ya sin dilación, Ketu se decide a localizar al predecesor de Vicent Sendra en el área de Ingeniería. La firma y nombre de Álvaro Domínguez, así como su imagen, aparecen por todas partes durante la prometedora década que va de mediados de los ochenta a mitad de los noventa. Lo encuentra enseñando maquetas a los reyes de Marruecos y España, pero también con la camisa remangada y sudando en el campo, entre máquinas y operarios. Era un tipo alto y enérgico que representó el proyecto en citas internacionales, pero que súbitamente se desvaneció. Ha encontrado su teléfono en la base de datos, aunque quizá ya no viva ahí, o ni viva siquiera. Le inquieta esa perspectiva, pero también que descuelgue y la llamada le moleste y acabe avisando a alguien del SECEGSA para pedir explicaciones de qué está haciendo exactamente. Aun así, Ketu decide marcar. Parece que no hay nadie. Escucha nervioso los tonos de llamada.

–¿Sí? –contestan de repente.

–¿Álvaro Domínguez? –pregunta en voz baja.

–Soy yo. ¿Quién es?

–Perdone la molestia. Puede que le suene raro... Soy Ketu Simo, becario del SECEGSA. Compilo material para un libro por el veinticinco aniversario, y le llamo por si fuera posible vernos.

El hombre calla. Ketu anticipa su negativa.

–¿El centro te pide que me llames, hijo?

Ahora es Ketu quien guarda silencio.

–¿Hola? ¿Sí? –pregunta el ingeniero.

–Sigo aquí, señor. Lo cierto es que no... Es iniciativa mía.

–Ya –suspira–. ¿Podría saber por qué?

–Estudio Relaciones Internacionales, señor. En Córdoba, aunque soy camerunés. Una larga historia. Supe del proyecto, pedí estas prácticas y me gustaría conocer de verdad...

–Interesante, hijo. Claro que sí, quedemos.

El hombre lo cita al día siguiente a las seis al final de la Castellana.

Ketu llega puntual a la cafetería de la esquina entre las calles Joaquín Bau y Félix Boix y se sienta en una mesa. Observa con cautela a cada señor alto y canoso que se acerca.

–¿Ketu? –Escucha una voz a su espalda.

Se vuelve, y la sorpresa se muestra en su cara en cuanto ve al fornido hombre que él estaba esperando anclado a una silla de ruedas.

–Cosas de la vida –responde el ingeniero ante su reacción–. ¿Conoces la ELA?

–Sí, señor –responde Ketu, apurado–. Lo siento.

Se estrechan la mano. Ketu retira una de las sillas para hacerle hueco.

–Gracias, hijo. ¡Ernesto! –llama el hombre al camarero–. Ponme un descafeinado, por favor. ¿Y a ti?

–Café solo, gracias.

Les cuesta un poco romper el hielo. Domínguez, quizás abrumado por los recuerdos; Ketu, intimidado por el aire profesoral del veterano. Intercambian frases hasta que, al fin, Ketu se atreve a tantear:

–¿Dejó usted el proyecto puente o le...?

–¿Que si me echaron? ¿Proyecto puente? Se me acumulan las cosas que contarte, muchacho, pero antes explícame tú: ¿cómo y por qué estás allí?

–Bueno, ya le adelanté por teléfono que soy estudiante de Relaciones Internacionales. Siendo africano..., digamos que la idea del puente me parece estimulante.

–Vuelves al puente, aunque seguro que sabes que al principio optamos por...

–Un túnel, sí.

–Hoy eso está desfasado... Y lo de estimulante, a poco que lleves en el SECEGSA y con lo listo que pareces, habrás comprobado...

–Yo quiero que el puente se haga. Ésa es la respuesta sincera a por qué estoy allí. Y también aquí.

El ingeniero lo mira con una media sonrisa que Ketu no sabe interpretar.

–Pues fíjate, coincide con la razón por la que yo me fui. Mi voluntad era hacer ese túnel. Hasta 1994, buena parte del equipo trabajó creyendo que se haría. El Eurotúnel del canal de la Mancha fue un espaldarazo.

Nosotros iniciamos la obra, aunque todo estaba en fase experimental. La galería de Tarifa sigue siendo la prueba viviente de que el túnel iba en serio. ¿Quieres saber algo? Una vez al año, yo solía bajar a dar una vuelta. Y ahí sigue el fruto de tanto trabajo. No es más que un agujero en medio del campo, aunque en el organigrama figure como departamento con nombre grandilocuente: Galería experimental de Tarifa. Nosotros la proyectamos, nosotros la construimos y nosotros la abandonamos. El proyecto murió, y yo, a diferencia de otros, me negué a cobrar por ver descomponerse al muerto. Algunos íntimos con quienes compartí mis dudas me dijeron que estaba loco. Otros alabaron mi integridad, como Vicent Sendra.

–Su sucesor...

–No le guardo rencor por ello, aunque él, quizá por apuro, cortó la relación conmigo. Yo tenía entonces cuarenta y pocos. Ahí te sueles plantear qué quieres de verdad, y yo no quería ser un parásito durante veinticinco años. Era un ingeniero muy vocacional, así que me marché a otra empresa, pero no fue bien. Intenté dar clases en la universidad y, aunque no lo conseguí, eso me dio la idea de enseñar. O me descubrió, más bien, que siempre la tuve en la recámara. Aprobé oposiciones, y he sido profesor de secundaria hasta prejubilarme por esto. –Se palmea las rodillas–. Me queda clavada la puyita, por supuesto, de que el puñetero túnel no se haya hecho. Y de que, a estas alturas, yo ya no vaya a verlo. Pero, ¿sabes?, me he esforzado en transmitir a mis alumnos que los ingenios que sus mentes conciban pueden ser hitos si logran realizarlos, o necesarios pasos previos para que, más tarde, alguien llegue a materializarlos. Yo creo en eso, Ketu Simo; sigo creyendo desde este casi casi final de trayecto: creo en nuestra capacidad de buscar y encontrar alternativas. Una y otra vez. En nunca bajar los brazos, como vi a tantos hacerlo en los despachos. ¡Qué contraste ha sido para mí plantarme ante una clase, cada año, con el desafío de entusiasmar a los estudiantes!

–Pero, si siempre hay alternativas, ¿por qué descubrir las estrías en el lecho del Estrecho paró todo el proyecto?

–¡No fue eso, Ketu! –responde con ímpetu–. Fue una decisión política. Nos hundió Schengen. El tratado que creaba el espacio común europeo se firmó en 1985, sí, pero entró en vigor en 1995, y ahí fue cuando se concretó que, para abrir las fronteras entre países miembros de la UE, se blindaría el perímetro. Como en las fortalezas de la Edad Media. He pensado mucho sobre ello, entonces y después. Ésa era la mayor diferencia con el paso de Calais: que el Eurotúnel unía a dos socios europeos, mientras que nuestro túnel tenía que unirnos con Marruecos, es decir, con África. ¡Fue eso! No era un problema técnico, de ingeniería. Habríamos buscado maneras, o cambiado el túnel por el puente, que es la

solución que hoy se prefiere en todo el mundo. Mucho más potente, además, como símbolo. El factor simbólico es siempre importante. La belleza, lo artístico… ¿Imaginas un puente allí? ¡Qué puente! ¡Claro que te lo imaginas! Ya has dicho que quieres hacerlo, y nada llega a ser real sin haber sido soñado antes.

–¿Qué me aconsejaría?

–Umm, la política no es mi campo. Pero es ahí donde hay que moverse. Debes sacar el proyecto de la esfera burocrática donde está, y llevarlo a otra mesa, en otro despacho, donde se decidan las cosas de verdad.

–El contexto geoestratégico del Estrecho está cambiando –apunta Ketu–. La salida del Reino Unido de la Unión Europea afectará a Gibraltar. Eso puede ayudarnos.

–¿Una carambola, te refieres? Quién sabe. Tú eres el experto en Relaciones Internacionales.

–Alumno, señor. Usted es el profesor.

–Confieso que he indagado sobre ti, Ketu Simo, y la veteranía no es la única escuela de vida. ¡Menuda trayectoria la tuya! Me quito el sombrero. Tienes bagaje para afrontar retos de calado. Quizá llegues a desbloquear el puente. Ojalá.

La terraza se va llenando. En el bullicio, su charla es sólo una más.

–¿Te gustaría recorrer la galería?

–¿En Tarifa? ¿Nos acompañaría? –Su plural le hace darse cuenta de en quiénes piensa como su núcleo de confianza.

–Yo ya no puedo, hijo. Pero no te hago falta. Tengo croquis en planos y sobre fotografías. No tiene pérdida, la encontrarás. Ten. –Busca en el bolsillo interior de la chaqueta–. Confío en ti. –Al abrir la mano, le muestra una llave de seguridad–. Has confirmado, ahora en persona, el pálpito que tuve sobre ti al consultar internet. Ten, cógela. No hay alarma. La galería significa mucho para mí por lo que pudo llegar a ser… Pero soy objetivo al decir que merece la pena recorrerla. Da la medida de la obra mejor que ninguna recreación en vídeo, maqueta… Además, si al final lo que se hace es un puente, justo ahí sería lógico colocar el pilar europeo. El africano, depende. Malabata era lo mejor para el túnel por el condicionante de las fallas, pero para sortear el mar por arriba está más cerca Eddalya. Si yo puedo ayudar en algo…

–Gracias por la llave, señor. Por la confianza.

–Ya nos veremos a tu vuelta. Llámame, me cuentas qué te parece y si se te ocurre en qué puedo aportar yo mientras aún… me quede capacidad.

–Ojalá llegue usted a ver el puente –le sale del alma.

–Ojalá tú lo veas, Ketu. No nos engañemos, el mundo está girando en sentido contrario. Yo estudié Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos, y

cualquier día pasará a llamarse Ingeniería de Fosos, Muros y Vallas.

Los dos se quedan callados y se miran fijamente.

–Gracias por aparecer, Ketu Simo –dice el hombre al fin–. Y por venir a buscarme. No he sido consciente hasta esta tarde de con qué ganas esperaba que esto ocurriese, que las nuevas generaciones tomaran el relevo, agitaran el tablero y reiniciaran la partida. Mismas fichas, pero con otros jugadores y una estrategia distinta.

Desde el accidente de moto, Luca vivía un tiempo robado. No por eso se volvió prudente, ni empezó a escalar y a lanzarse al vacío por ser temerario, pero atribuía su posterior afición a los deportes de riesgo a la certeza de tener una segunda oportunidad. Aquel choque estuvo a punto de matarlo a los dieciséis años. Cuando despertó del coma, decidió hacer todo lo que antes, alguna vez, había soñado, incluido acostarse con aquella silenciosa compañera eslovena, Cilka Horvat. Aquel amor fue extraño. Casi solitario.

También volar, al principio, era más un empeño que un auténtico placer. Pero se enganchó a la montaña. Iba a Cortina d’Ampezzo casi cada fin de semana, se integró en el Club Deportivo Dolomitas, y con ellos aprendió todo lo que sabe de ala delta, parapente y vuelo sin motor. A su madre le horrorizaba, pero su padre, por detrás, lo animaba. Le decía que admiraba su osadía. Sus padres son la típica pareja triestina, más triestinos imposible, empleada en las dos célebres multinacionales de la ciudad: ella, contable de la firma cafetera Illy, y él, agente de ventas en Assicurazioni Generalli. Su hermano mayor, Giorgio, estudió Derecho y enseguida acabó en un bufete fiscal de Milán. Luca, si bien era un apasionado de sus aficiones, carecía de una fuerte vocación profesional. El orientador del

instituto le explicó, entre las mil y una opciones, las de la rama sanitaria: fisioterapia, rehabilitación, logopedia, terapia ocupacional. Y a él le llamó la atención asomarse a los abismos mentales.

Mientras estudiaba en la universidad, e incluso en los primeros años de trabajo, el parapente fue una constante. Exploró cada cresta del parque natural Adamello Brenta, esos Alpes italianos que habían sido austriacos, como la misma Trieste. Zona de estaciones de esquí y gran destino turístico, sólo viejos a los que nadie escucha, como su abuelo Enzo, recuerdan ya el éxodo suicida por esas aristas de quienes huían del Austria, la Alemania y la Italia fascistas hacia la Suiza neutral en la Segunda Guerra Mundial. El propio Luca y su generación vivieron luego de cerca otro conflicto caído en el olvido. Cuando tenía seis años, llegó a notar el zambombazo de algún bombardeo de la guerra yugoslava. Recuerda ir al colegio con miedo. Veinte años después del conflicto en los Balcanes, aquel verano de 2015, era otro el drama en Europa que copaba los telediarios: no se hablaba más que de esa «crisis de los refugiados». Los informativos abrían con imágenes de balsas repletas que moteaban las aguas entre Turquía y Grecia, hileras de sirios y afganos cargados con niños que seguían las vías del tren hasta la centroeuropa que suponían el Edén. Luca, como todos, estaba al tanto.

El otoño lucía radiante esa mañana en Bormio. El tiempo era perfecto para volar: cielo despejado, brisa suave y constante, claridad. Allí arriba no pensaba. Aparcaba los dilemas sobre Gina, sobre el ir y venir entre el deseo y los celos. El aire lo sujetaba como a los alimoches y cernícalos junto a los que planeaba. Miraba lejos y, hacia el este, con el monocular divisaba el gran Zebrú y, al poco, incluso el monte Cevedale.

Entonces, los avistó. La atmósfera estaba transparente y, aun desde las alturas, distinguió que eran personas trepando. El monocular disipó cualquier duda: no se trataba de esquiadores de fondo, sino de aquellos inmigrantes a los que llamaban «refugiados». Cruzaban los Alpes a pie como quienes, décadas antes, huían de los nazis. Sintió un escalofrío. De vergüenza y de miedo. El valle era un tajo profundo, cuajado de neveros, y fácilmente podían quedar atrapados. Seguro que no iban bien equipados. Pensó en el calzado. Podían congelárseles los pies. Habría que amputárselos. Los pies o las manos, si tampoco llevaban guantes. Tal vez muriesen de frío. Podía llamar a Protección Civil, llevaba el móvil encima. Pero ¿querrían ellos que lo hiciese o eso los descubriría? No sabía qué hacer. ¿Qué haría cualquiera de buena fe? ¿Qué sería lo correcto? Entre las dudas y la mala conciencia, no hizo nada. Dejó pasar el tiempo.

Pero desde aquel día, ya en la ciudad, sus ojos empezaron a reparar en la mucha gente a la deriva que antes le pasaba inadvertida.

Oyó a alguien hablar de que, en el puerto, en el viejo edificio Silos,

donde la crisis paró la construcción del centro comercial, se guarecían gentes de Afganistán, Paquistán, Irak y Siria. Malvivían justo en las mismas galerías donde, en los años cuarenta, hacinaban a los judíos para subirlos al tren hacia Auschwitz y el exterminio. Y al fin decidió contactar con el movimiento civil Brazos Abiertos y empezó a ofrecer terapia en su local dos tardes por semana. Fue todo aquello lo que le hizo cruzarse con Carmen.

Esta mañana todavía no imagina cuánto se acordará hoy de ella. El sanatorio había adelantado de improviso la formación sobre esquizofrenia, y Gina quiso mantener su viaje con la niña a casa de su madre, en Verona, aunque él no las acompañase.

–¿Te vas ya? –le murmura la mujer al amanecer.

–Sí, pero no te levantes. Flavia sigue dormida. –La besa–. Pasadlo bien, ¿eh? Os voy a echar de menos.

Luego va al cuarto de la niña.

–Besos, pequeña. Te quiero –susurra–. Hablamos por teléfono.

Desde que nació, apenas se han separado. Quedarse solo resultará extraño.

No baja en el ascensor, sino que desciende las tres plantas por las escaleras. Entonces se acuerda del piso de vía Ruggero Timeus. El primero. Y se acuerda de Carmen.

«Eso sigue pendiente», piensa mientras saca la bici del patio interior.

Pedalea deprisa, primero por el parque en calma, y luego a través de calles vibrantes. Durante todo el trayecto al centro de día, en la zona de Friuli, da vueltas al pensamiento de que quizás hoy pudiera, debiera...

«Dar la cara y pasar página», se dice al cruzar la cancela de la clínica Alessandro Barberio.

El bus de los pacientes llega justo tras él, y al estruendo de sus ruedas en la gravilla le sigue el aturdidor parloteo de cuantos bajan ya animados de buena mañana.

Las primeras horas pasan rápidas, en una rutina acostumbrada.

«¿Vamos al bosque?». «¿Ya vamos?». «¿Cuándo vamos?».

Giordano es el más insistente, pero todos conocen ya la hora del paseo con sus actividades al aire libre. Aunque el sanatorio dispone de un perímetro ajardinado, Luca prefiere llevarlos hasta Villa Cosulich, y ellos siempre lo agradecen. Incluso Vita, la más cohibida, cambia de expresión cuando dejan atrás papeles y fichas para internarse bajo las sombras de pinos, fresnos, tilos y álamos. El fin de fiesta es el abrazo apasionado a la secuoya gigante.

–¡Vita, ven! –la llama Silvana.

Pero Vita deambula solitaria.

De vuelta al sanatorio, antes de almorzar, Luca recibe un mensaje de

Gina.

«Estamos llegando. ¿Hablamos cuando acabes el trabajo?».

«Claro», contesta. «Besos a las dos».

Acto seguido, aún con remordimientos, busca en *whatsapp* el contacto de Carmen. Mira su fotografía después de mucho tiempo. Tiene el pelo todo revuelto por el viento. No sonríe, pero está favorecida. Los ojos, su expresión, le hacen sentir el mismo vacío en el estómago que cuando la tenía delante. De repente, siente apuro por Gina. Si ella lo viera por una mirilla... Pero serían celos sin motivo, se dice. Él la eligió a ella, y desaparecer sin despedirse de Carmen fue mezquino.

«Merece un final honesto», piensa durante el almuerzo. «Cariñoso».

Considera llamarla, pero le incomoda verse a sí mismo como una especie de adolescente desobediente, rebelde, así que, en cuanto acaba de comer, se centra de nuevo en el trabajo. Escribe los informes de cada paciente, anota las mejorías advertidas, fobias o lapsus, pavores emergentes.

De pronto, se decide y marca su número. Los tonos se suceden. Dos, tres... Carmen no descuelga.

Él inspira hondo. Prepara la última visita domiciliaria de la semana y, antes de irse, pasa por la sala de convivencia.

–Hasta el lunes –susurra con suavidad.

Dos o tres levantan la mano, y Giordano lo acompaña a la puerta, protocolario como suele. Vita, al menos hoy, lo mira de soslayo.

Luca pedalea a casa de Dávide Ambro, el vanidoso poeta deprimido, ególatra ciclotímico. Los pacientes son enigmas y espejos. Hoy, cuando Luca ha vuelto a insistirle en que acuda al centro de día para «asomarse a la vida», él le ha espetado: «¡Oh, no seas hipócrita! ¡Todos vivimos escondidos! ¿Cuánto yo auténtico expones tú a los demás?». El reproche aún lo acompaña cuando sale del piso. Camina pensativo, con la bici al costado, más allá del Castillo de Miramar. Necesita andar y despejarse antes de llamar a Gina y Flavia.

Cuando, ahí, junto al palacete, respirando profundamente la brisa marina, al fin habla con ellas, las encuentra contentas y relajadas. La gata de la abuela parió hace poco, y la niña está loca con los gatitos. Su voz ilusionada y sus nerviosos chillidos se le quedan prendidos mientras contempla la puesta de sol apoyado en la baranda del paseo. Pero, a la vez, también le asaltan recuerdos que quisiera ahuyentar. Para no obsesionarse, sube a la bicicleta y marcha directo a casa. Recorre el centro en su trayecto habitual hasta su piso en la vía di Cologna, pero, de pronto, gira el manillar hacia Ruggero Timeus. Se detiene frente al número 13 y se queda mirando las ventanas del primero. Allí estuvieron él y Gina. Pero también Carmen. Hay luz. Alguien se mueve, con prisa, tras los cristales.

También él corría a por la cazadora o en busca de las llaves aquella tarde dos años y medio atrás. Se le había echado el tiempo encima. Vio salir del portón a su yo anterior. Ahí iba, en la misma bicicleta, la cartera en bandolera. Llegó a la conferencia sin aliento cuando ésta ya había empezado. La luz del salón de actos estaba apagada, y alguien proyectaba fotografías. Lo primero que le llegó fue la emoción contenida de su voz. Carmen detallaba lo que las imágenes atestiguaban, las circunstancias de naufragios, de saltos a la valla, deportaciones a Marruecos; explicaba esas estampas inconcebibles de mujeres aplastadas por enormes paquetes a la espalda. Antes de que las luces se encendiesen, ella concluyó:

–Esto, aunque cueste creerlo, pasa en la España del siglo xxi.

Cuando la sala se iluminó, vio a una mujer cuyo aspecto divertido contrastaba con lo que denunciaba. Fue una impresión veloz, por el turbante malva sobre su melena corta, ondulada, morena. O por su convicción, la vehemencia, esa forma de hablar que contagiaba vivacidad. Hablaba con los ojos tanto o más que con la boca. Luca no necesitó apuntar nombres como Ceuta o Melilla, Tarifa o Algeciras. Se le grabaron al escucharla.

–Incluso vuestra invitación hoy aquí es paradójica. Estaréis de acuerdo –dijo–. Nos reunimos en torno a la llamada «emergencia humanitaria de los refugiados» cuando las pateras llevan treinta años llegando a España.

Carmen habló de los cayucos que zarpaban de Senegal, Mauritania y Marruecos a Canarias, del negocio de los aviones fletados para deportar a sus países de origen a los recién llegados a Europa. Y también de la ignorancia sobre África.

–Ni sabemos ni vemos, porque no queremos –sentenció tajante–. Tenemos que reaccionar, organizarnos y hacer algo ya.

La gente aplaudió con entusiasmo. Él habría querido escucharla más, pero no dio el paso de preguntar nada cuando se abrió el turno de palabra. La reunión se iba a prolongar en la sala anexa del local social. Ahí mucha gente rodeaba a los ponentes venidos de España, Grecia y Francia. Carmen era el centro de uno de los círculos. Luca la observó largo rato desde la distancia, absorto en su capacidad de comunicar con la mirada. Al fin, se atrevió a acercarse.

–Hola, soy Luca Fois –se presentó–. Gracias por venir y explicarnos.

Quería comentarle lo que él había visto sobrevolando los Alpes, los trastornos que trataba en Brazos Abiertos, describirle la desolación del puerto. Demasiado para el contexto. Todo el mundo hablaba alto, y muchos querían saludarla. «Estarás abrumada», intentó transmitirle él con un gesto, sin palabras. Pero Carmen entendió que él se iba y alzó las cejas en señal de despedida, y Luca acabó por irse a donde estaban algunas amistades.

Una hora después, ella lo sorprendió mirándola. De tanto en tanto, se buscaban y sonreían. Fue ella quien, de forma muda e inequívoca, le propuso marcharse juntos.

Plantado hoy, ahora mismo, ante la puerta del 13 de vía Ruggero Timeus, Luca se ve de nuevo sentado frente a ella en la cocina, porque el salón, interior, era poco más que un recibidor. Se recuerda atento, tratando de decodificar aquel español atropellado. Incluso le había pedido, riendo pero suplicándole, juntando las manos, que no hablara tan deprisa, que repitiera más despacio lo que no había entendido. Ella volvía atrás y exponía de nuevo su lista de mil y una medidas reivindicativas que consideraba que había que poner en marcha.

«Parecía una sindicalista, tan combativa», sonríe Luca. Y dirige su sonrisa a la ventana tras la que pasaron la noche hablando hasta que, al alba, ella le tendió la mano y él le acarició la palma. Despacio. Y, luego, la muñeca, el antebrazo... «Mejor no seguir por ahí». Zarandea el manillar, monta en la bicicleta y vuelve a mezclarse con el tráfico, hasta que, a la altura de la gran sinagoga, enfila a la derecha hacia el arranque de su calle, la vía de Cologna.

Una vez en el piso, entre la quietud y el silencio, se siente él mismo otro Luca, una dimensión suya que hace mucho no atiende. Decide darse una ducha, y sale del agua convencido de que lo mejor es dejar atrás el pasado. Cenar y acostarse rápido, para mañana llegar al seminario puntual y despejado.

–Pero no puedo –se habla al espejo.

No es capaz de dejar pasar la noche sin volver a intentarlo.

–Por última vez –se promete.

Se sirve un Spritz, se sienta cómodo mirando al balcón y, con el sabor ácido y dulce en la garganta, inspira hondo y marca.

Ahora sí, súbitamente, la escucha. «Luca», dice su nombre. Le suena distinta. Nada locuaz, extrañada por la llamada, dolida. Pero está ahí. Y él se siente perdido por haber dejado atrás la brújula de racionalidad.

Descubrir que ella tiene un hijo le sorprende. Le duele, no se engaña. ¿Cuándo y por qué dio por hecho que no sería madre? ¿La vio mayor? ¿Eso importó, siquiera inconscientemente, en su decisión de dejarla?

Mientras espera, como ella le ha pedido, a que acueste al niño para intentar hablar tranquilos, analiza sus sentimientos sirviéndose un vino tinto. A media copa, le pregunta si ya está sola. Ella se conecta y lee el mensaje, pero no contesta. Le insiste con un «por favor», tras el cual ella acepta. Entonces, aunque sabe que no debiera, pulsa la opción de videollamada. Quiere verla. Carmen apenas lo mira. Triste, incómoda. Protegida por el favorecedor flequillo. Con todo, al levantar la vista, sus ojos lo traspasan y le dan como una descarga.

Pero aparece el *gabbiano*, y entonces ella pronuncia ese «Luca, mi amor» que no le está destinado. Eso lo descoloca. Luego la ve a retazos, según mueve ella el teléfono; oye su silencio asustado y pregunta qué pasa sin que ella responda. ¡Todo sucede tan rápido! Carmen grita «¡Luca!», se estira, resbala, el móvil cae y se corta la llamada. Y él revive una y otra vez el instante mientras vuelve a marcar, pero ya no obtiene señal. Está aterrado. ¿Cómo contactar ahora? ¿Cómo averiguar del niño? De Luca. El hijo de Carmen. ¿Y suyo?

Pasa la noche en vilo, al principio sin dejar de rellamar como un desquiciado. Ruega sin parar: «Que el niño esté bien, que no se haya matado». Pero también se pregunta: «¿Soy el padre, Carmen? ¿Por eso insistías en que habláramos?».

El sol no espera. Nunca, por nada. El sol sale. Y, cuando amanece, Luca toma un café negro, solo, cargado y largo. Ha buscado en internet el teléfono de la oficina de Derechos Humanos Andalucía en Algeciras, pero nadie contesta en sábado, como es lógico. Vuelve a ducharse para aplacar los nervios y sale de casa como de un mal sueño.

Mientras pedalea esta mañana, como ayer, por el parque Muzio de Tommasini, le tienta pensar que vive un día repetido, que Gina sigue en la cama y Flavia, dormida. Intacta la vida elegida. Frena y echa el pie al suelo en mitad del parque vacío.

–¿Cómo puedo pensar esto? ¡Sin saber si el niño está vivo o muerto!

Pega una patada al suelo y luego grita al cielo, dirigiéndose a Carmen:

–¿Decidiste por los dos? ¿Lo tuviste sin avisarme? ¡Arregla el puto teléfono de una puta vez! ¡Llámame y cuéntamelo! ¡Y dime si lo he perdido sin conocerlo!

Se tapa la cara, muerto de angustia. Sigue ahí, conmocionado, temblando. Baja las manos hasta la boca y las deja unidas ante los labios. Implora.

Tarda lo suyo en serenarse. Cuando, al rato, sube de nuevo a la bicicleta, recorre, despacio, la ciudad dormida, casi desierta. Lleva el gesto descompuesto.

–¡Luca! –oye al cruzar el lateral de la Piazza della Libertad–. ¡Luca! –Lorena Fornasir lo saluda entre unos jóvenes inmigrantes–. ¿Estás bien, compañero? ¿Qué te pasa?

–Nada, tranquila –le miente.

La veterana activista está curando, como tantos días, los pies de quienes salen de la estación central procedente de los Balcanes. Son pies reblandecidos y blancuzcos, hinchados de líquidos y pus, hechos pura llaga, que atrapan la atención con un magnetismo morboso y a la vez repugnan.

–Siempre adelante, sea lo que sea, Luca. –Ella no lo ha creído, es

imposible engañarla–. Hay que afrontar lo que llega y avanzar. Como ellos, ¿eh?

–Sí, amiga. –Le aprieta el hombro–. Disculpa que me vaya, pero...

–Espera un segundo, Luca –le ruega–. Por prisa que tengas, intenta hablar con el chaval del banco. A ver si te dice algo. Es afgano. Lleva días aquí y está como perdido, trastornado. Tenemos que llevarlo a Servicios Sociales, ayudarlo como sea.

–Voy a ver, claro que sí. –Se vuelve y localiza al muchacho.

La mujer lo sigue de reojo mientras echa agua oxigenada a la planta de un chico y le aplica Connettivina para regenerar la piel sobre las heridas.

El joven del banco está mirando hacia delante, así que debería ver a Luca, pero, en cambio, parece absorto en un lugar muy lejano como si éste fuese transparente. Él lo saluda ya de lejos para no asustarlo, pero el chico sigue sin reaccionar. Duda de que sea sordo. Ahora que está a su altura, ve que está murmurando algo. Es casi inaudible, pero sí, mueve los labios. Luca apoya la bicicleta en el banco y se sienta a su lado.

–Hola, soy Luca. ¿Puedo ayudarte?

El muchacho lo ignora.

–¿Entiendes inglés? –tantea, aunque duda de que el idioma sea el problema. Está en *shock*, rígido, se abraza a sí mismo–. Soy amigo de Lorena –dice Luca–. Me manda ella. –Señala a la mujer, que lo ve y saluda–. ¿Ves? Ella te curó los pies, ¿verdad? Le preocupas.

El chaval baja la cabeza. Al menos ha hecho algo. Cierra fuerte un puño, y Luca ve asomar un billete arrugado. Lleva –lo nota y se inquieta– la bragueta entreabierta.

–Si pudiera entender lo que dices... –piensa en voz alta.

Sin mover la cabeza, los ojos rasgados lo miran y la voz murmura en inglés:

–«Quiero morir, quiero morir. Padre, mátame».

TECHO DE TIERRA

Ketu la llamó días atrás para quedar. Ella tenía previsto pasar el puente en Santa Lucía, pero le contestó que por supuesto y anuló su plan previo. Al fin y al cabo, al campo podía ir cualquier fin de semana, y aquel encuentro con Ketu y Ayo, en cambio, parecía, hasta ahora, imposible de cuadrar.

–Me gustaría que viniera también Yassin, un amigo tangerino –planteó Ketu–. Quiero enseñaros a los tres en qué estoy trabajando.

Carmen no fue consciente de que el «enseñaros» era literal hasta que el viernes, una vez en casa, Ketu desplegó un plano y le señaló el recorrido por el que ella debería guiarlos.

–Pero ¿ahí por qué? ¿Qué vamos a ver?

–Es una sorpresa –respondió Ketu, misterioso–. Aunque puede servirte de pista saber que Yassin es ingeniero.

Pese a las ganas que Ketu tenía de reencontrarse con ambas, Carmen temía un poco el cara a cara con Ayo. Tenía mala conciencia, porque, cuando al fin arregló el móvil, tampoco la llamó enseguida. Lo que ha vivido con Luca padre estos días ha consumido todas sus energías. Primero, tuvo que tranquilizarlo sobre el estado del niño; luego contarle que sí, que también es hijo suyo, y afrontar su enfado la desbordó, por más que lo hubiera previsto. La situación sigue siendo incómoda y el camino se prevé largo y difícil. Por eso Ayo no ha sido su prioridad. Aun así, cuando se acordó, la llamó. Pero ella no contestaba, así que le mandó mensajes. Al cabo de unos días, respondió un lacónico: «Todo resuelto. Tranquila». De ahí que la inquiete volver a verla, porque se la figura dolida. Aunque quizá, simplemente, la pobre, no pueda explayarse en sus mensajes con la insoportable señora agobiándola noche y día.

Carmen le ha dicho a Ketu que quede en que la recogerán en La Línea. Pero se ve que ella se niega y no quiere que insistan. Responde que llegará por sus medios a la glorieta que hay en Algeciras frente a las estaciones de tren y autobús. Es una zona que la Policía peina en busca de sin papeles, por eso a Carmen le parece mala idea, pero Ayo se ha empeñado.

–La noto rara –comenta Ketu cuando cuelgan.

–Está muy presionada –la justifica Carmen.

El día amanece sereno. Carmen, intrigada; Ketu, contento. Después de dejar a Luca en casa de la abuela, van a por Yassin al puerto. La brisa es suave; el mar, una balsa. El ferri surge por la bocana y se hace más grande, al igual que la estela de espuma que dibuja.

–¡Qué ilusión dar este paso! –exclama Ketu.

–¿Sí? –Carmen lo mira intrigada, sin entender qué quiere decir.

–Yassin y yo compartimos un proyecto hace meses. Pero para impulsarlo teníamos que encontrarnos... Y ver lo que voy a enseñaros. –La mira sonriente.

El barco abre la compuerta de bodega y, junto a la hilera de coches, salen, también en fila, los pasajeros tirando de sus maletas. Al poco entran en la terminal de llegadas del puerto y, cuando superan los trámites de la frontera, reaparecen en el muelle. Entre ellos, un joven alto, con una deslumbrante camisa blanca, levanta el brazo.

–¿Es él? –pregunta Carmen.

–Sí –asiente Ketu, que se adelanta a buscarlo.

Los dos se abrazan y bromean. Carmen se les une y lo saluda en francés.

–Hola, yo soy Yassin. Un placer –le responde él en español, sorprendiéndola–. Estudié en el Severo Ochoa de Tánger –aclara–. ¿Dos besos, la mano?

Carmen le da los besos y un abrazo. De camino al coche, Ketu pregunta a Yassin por novedades sobre amigos comunes, y Carmen se entera de cómo se conocieron. En cuanto arrancan, ella cuenta que hace poco entrevistó a un par de represaliados del Rif que ahora están exiliados en España e indaga sobre la situación de los encarcelados en Marruecos. Se hablan mirándose por el retrovisor. Hasta que ella nota que la mirada le resulta atractiva, y la esquiva.

–A ver, contadme ya adónde vamos, ¿no? –les pregunta.

Ellos se miran entre sí, pero no dan el paso de contestarle.

–Venga, hombre.

–Ya queda poco –responde Ketu–. Allí la sorpresa será mayor. Yassin, tú callado –le guiña un ojo.

–¡Mira que eres...! –reacciona Carmen.

–Merecerá la pena, ya verás –dice Yassin.

Ahí sí lo mira, y lo ve sonreír.

En la rotonda donde han quedado con Ayo no pueden parar sin formar un atasco. Intentan localizarla mientras dan la vuelta, pero no hay rastro de ella. Aprovechando un semáforo en rojo, Ketu se baja mientras Carmen y Yassin siguen circulando.

–Ahí va –la identifica Yassin.

Está detrás de una fila de árboles. Desde el coche, ven el encuentro de Ketu y Ayo. Los dos vuelven a paso rápido. Ketu abre y le cede a ella el asiento delantero.

–Hola –la recibe Carmen.

–Hola –responde, parca.

Se miran un segundo.

–¿Todo bien?

–Sí –dice–. Deseando comprobar que lo que cuenta Ketu es verdad.

–¡Con que a ti sí te ha contado! ¡Ketu! –Lo fulmina Carmen por el espejo.

–¡No te piques! ¡Si lo vas a descubrir en nada! –bromea él.

Pero algo en el coche es más tenso, menos relajado, desde que está Ayo.

Salen de nuevo vuelta atrás hacia Tarifa. Pasada una gasolinera, Ketu indica a Carmen que cambie de sentido y coja el carril agrícola. El camino empieza flanqueado de chumberas. Por las ventanillas abiertas, su olor dulzón los acompaña incluso hasta que sólo se ven ya adelfas. Entonces, la

senda se estrecha, tuerce y, al fin, se difumina en una explanada, donde detienen el coche.

Aprovechando que Ketu y Yassin consultan el plano, Carmen susurra:

–Ayo, perdona que no te llamara antes. He tenido un lío enorme con el padre de mi hijo. ¿Se calmaron la señora y su hija? ¿De verdad estás bien?

–Sí, tranquila. Hoy, por favor, no...

–Claro. Pero otro día, mañana...

–Otro día –contesta para zanjar el tema.

En ese momento, Ketu rodea unos acebuches.

–¡Por aquí! –les indica.

La tierra cruje bajo sus pasos. Es un terruño esponjoso donde las pisadas se marcan. Matorral, esparto, lentisco, cardos. Deben de estar cerca, pero no lo encuentran. El viento sopla ahora, a rachas, con fuerza.

–¿Me dais alguna pista de qué buscamos? –pregunta Carmen.

Yassin la mira. Carmen, con el pelo agitado, tiene un aire adolescente.

–Yo diría que eso –señala él colina abajo.

–¿Qué? No veo nada. –Se pone la mano de visera sobre los ojos.

–¡Sí, ahí está! –exclama Ketu, y comienza a bajar la loma a la carrera.

Llegan a una empalizada natural de hierbas altas y cañas. Es el camuflaje perfecto para la senda por la que ahora avanzan y que acaba en una extraña puerta metálica.

–Ahora sí que no comprendo nada... –murmura Carmen.

–Existe... –susurra Ayo.

Los ojos de Carmen van de la una a los otros, tratando de entender.

Ketu saca la mano del bolsillo y les enseña la llave. La mete en la cerradura. Intenta girarla. Cuando lo consigue, abre la puerta completamente y anuncia:

–Bueno, pues aquí está la galería del Estrecho.

El eco que devuelve el hueco le da a su frase una profundidad teatral.

Carmen no acaba de comprender. Yassin entra y avanza. Ayo espera. Odia los sitios cerrados; le traen malos recuerdos: del cura, del pueblo... Pero están aquí para comprobar que lo increíble es verdad. Y es importante para Ketu.

–¿Venís? –Yassin enciende la linterna de su móvil.

–Explicádmelo, por favor –susurra Carmen.

–España empezó a perforar un túnel... –dice Ketu.

–¿Adónde? ¿Hacia Marruecos? –lo interrumpe ella, incrédula.

–No es que se atrevieran a acabarlo –sonríe Yassin, acercándoseles.

–Ni intención tienen de hacerlo –remacha Ketu–. Pero mis prácticas en Madrid, Carmen, son en el organismo responsable de todo esto. De esta galería increíble concebida como inicio del túnel del Estrecho. ¿Qué, cómo te quedas? La pararon tras excavar unos cientos de metros, pero se

conservan los estudios, los cálculos geológicos, los análisis de impacto y viabilidad…

–Ketu, ¿aquí no habrá cámaras de vigilancia? –recela, de pronto, Ayo.

–Ni cámaras ni luz, ni, como habéis visto, alarma. Me he asegurado.

Los destellos de los móviles bailan sobre la superficie lisa, perfecta, de la galería proyectada para contener vías férreas o carreteras.

–Es alucinante… –Carmen se acerca a las paredes, las toca.

–No más alucinante que mantener un palacete en Madrid con personal, gastos y nula intención de llevar nada a cabo. Eso también deberíais verlo.

–Y tú allí ¿qué haces? ¿Intentas reimpulsarlo?

–Mi idea, Carmen, es reapropiarnos del proyecto desde África. Que lo relancemos los africanos.

Carmen se para y los mira. Intenta atar cabos.

–Pero ¿para qué? –calla un instante–. En el canal de la Mancha está el Eurotúnel, y eso no implica la libre circulación de emigrantes de Francia a Inglaterra.

–Bueno –explica Ketu–, aquí todo sería diferente. Nosotros usaríamos el proyecto para renegociar el equilibrio entre Europa y África. El mayor reto no es la dificultad de la obra, sino ser capaces de convertirla en herramienta política.

–¿Cómo?

–Europa empezó este túnel porque necesitaba nuestros recursos. Y los sigue necesitando. La cuestión es dar nosotros la vuelta al asunto e impulsar la construcción del puente con condiciones diferentes: para nuestros intereses.

–¿Puente? ¿No era un túnel?

–Lo era –responde Yassin–. Ahora, tras ciertos avances técnicos, la opción del puente sería más interesante.

–¿Un puente sobre todo el Estrecho? –pregunta, cada vez más escéptica.

Ellos asienten. Callan mientras caminan, y resuenan sus pisadas amplificadas. El sitio es inquietante, aunque saben que no hay nadie, que no puede haberlo.

–No sé qué pensar –confiesa Carmen.

–Un puente nos beneficiaría a todos –dice Yassin–. Los puentes desarrollan las orillas que conectan. Está probado. Nos uniría físicamente, y también en lo emocional y vital.

–Tiene tantas posibilidades… –afirma Ketu–. Hay que plantearlo en foros africanos claves. Ya os digo, Ayo y Yassin, que estoy tratando de entrevistarme con el círculo de Biram Babel.

–¿Con él y con Thiane Seba? –Los ojos de Ayo se agrandan en la oscuridad.

–Ojalá. Mi hermano conoció a su equipo y mantiene el contacto. Veremos. Yo... –Ketu agarra a Carmen del brazo. Todos se paran y quedan como en círculo– confío mucho en ti, Carmen. En tu instinto. Te lo dije cuando nos conocimos. Por eso quería que lo vieras, quiero que estés desde el principio. Porque vamos a necesitar aliados de este lado.

–¿Qué os puedo decir? ¿Qué os digo? –Se frota la frente–. Estoy hecha un lío. No puedo creer que estemos aquí dentro. –Da una vuelta, mirando las paredes y el techo–. No puedo creer que hayan hecho esto con nuestros impuestos. Ni para qué. ¡Alucino! Y de repente me pintáis el panorama del puente, me lo imagino, e imagino que a la gente ya no le diera miedo cruzar a Marruecos, que nos conociéramos más y que en paralelo consiguierais, no sé cómo, renegociar la relación norte-sur. Sería magnífico. Pero, antes de llegar a eso, la ultraderecha se revolvería. No tardarían un segundo en azuzar el miedo a «la invasión de moros y negros». Y si, pese a ellos, se empieza la obra, una obra faraónica en el Estrecho, desde el punto de vista medioambiental... Uf, tiemblo al pensar en los residuos, en el riesgo de destrucción de un lugar que amo tanto...

De nuevo se quedan en silencio. Y siguen avanzando.

–Es verdad que es complejo –admite Ketu.

–Tenemos decenas de estudios de impacto –argumenta Yassin–. Y se harán muchos más, todos los necesarios. En el mundo existen cientos de infraestructuras en parajes únicos. Ésta no sería la primera.

–Te lo explicaremos todo luego en casa –promete Ketu–, con más orden, con calma. Estar aquí es para palpar la verdad. Para cargarnos de fe en que se puede hacer.

Han llegado al final de la galería.

Ayo trata de lidiar con la claustrofobia, que cada vez la agobia más.

–El puente... es... esperanza –dice, pese a la sequedad de su garganta– Es... –intenta seguir, pero le cuesta y le da rabia porque quiere compartir lo que piensa–. Es esperanza de igualdad.

En ese punto final, la pared ya no es repellada, sino pura entraña rocosa. Tal como la dejó horadada, el último día, la tuneladora.

–Construir el puente sería... –Ayo palmea la dura superficie– la vía frente al callejón sin salida. Aunque la mayoría, incluso de africanos, pasen del tema. Aunque nos llamen locos.

–Habrá que ser listos –plantea Ketu– y convencer a muchos.

–Llevamos tanto tiempo atrapados... –dice ahora Ayo, y su voz parece surgir del centro de la Tierra–. Si no hacemos nada, la vida pasa –respira con la boca abierta. Mira a Carmen–. ¿Podéis entenderlo los que no sois negros? Nacer y morir, ¡aquí!, ¡dentro!

El eco reverbera, y ella golpetea de nuevo la dura roca.

¿Quién que tuviera herramientas no haría saltar las piedras?

–Una de las cosas que he descubierto, Carmen, es el punto de inflexión de 1995.

Sentados en el salón, ante los restos del almuerzo, los tres escuchan a Ketu. Él evita hablar alto porque el pequeño Luca, que no se quería acostar, que se escondía bajo la mesa y saltaba en el sofá, ha acabado trepando a los brazos de su madre, se le ha dormido encima, y si Carmen no se levanta y lo lleva al cuarto es sólo por miedo a despertarlo.

–Ese año 95, para muchos anodino –retoma Ketu–, se convocó en Barcelona la Conferencia Euromediterránea. No sé si lo recordarás. ¿Su objetivo? Extender el marco de prosperidad y democracia de la Unión Europea a la orilla sur mediterránea. Es decir, a África.

Carmen asiente. El pequeño se remueve, y ella agita sus piernas y chasquea la lengua con un ritmo que lo calma.

–Fueron años históricos: la caída del Muro de Berlín en el 89, la desaparición de la URSS en 1991. Ese año, Madrid organizó la Cumbre de Paz entre Israel y Palestina. En el 92, fueron la Expo de Sevilla y los Juegos de Barcelona. España parecía capaz de todo. En este contexto, en 1995, los países del sur de Europa, España, Francia, Italia, Grecia y Portugal, convocan la Cumbre Euromediterránea de Barcelona. Buscan contrarrestar la entrada de países del Este en la Unión Europea que se avecinaba. Temían que el paso de doce a veintiocho miembros desequilibrara la balanza en favor de Alemania. Por eso se les ocurrió sumar al club del progreso a Oriente Próximo y la orilla norteafricana.

Ketu calla un momento y bebe agua. Ayo, en el sofá, se reclina, relajada. Yassin tiene a Carmen a contraluz. No esperaba que fuera madre, y la mira como asimilándolo.

–Entonces van y asesinan a Isaac Rabin –prosigue al cabo Ketu–. Con él de presidente de Israel, Simon Pérez de primer ministro y Yassir Arafat

de líder palestino, la paz imposible entre árabes y judíos se estaba alcanzando. Por eso lo mataron. Fue justo días antes de la conferencia de Barcelona. Y no me preguntes cómo, pero ese año 95 que podía haberlo cambiado todo al final ha pasado a la historia por la entrada en vigor del tratado de Schengen. O sea, por la decisión de Europa de suprimir fronteras interiores e instaurar la libre circulación de europeos por el continente, sí, pero a costa de blindarse hacia fuera como la más infranqueable torre de la Edad Media.

»De ahí viene, Carmen, toda la locura que denuncias: la militarización del perímetro fronterizo, el impulso de la industria mal llamada de seguridad, la construcción de alambradas con concertinas hechas en Málaga, las cámaras de vigilancia, los drones, los muros de los que, hipocresías aparte, los europeos sois pioneros mundiales, el despliegue policial, del ejército y del siniestro Frontex que, bajo el disfraz de guardia costera, es un escuadrón de interposición, con un presupuesto, además, que se infla más y más sin que se sepa adónde va. Y de ahí también la externalización del control migratorio pagando millones de euros a países terceros sin garantías democráticas, como Turquía o Marruecos.

»Así estamos. Pero todos, en la calle y en los despachos, sabemos que este camino es equivocado y temerario. Quizás en Dinamarca no lo vean, pero los españoles vivís en primera línea que la inmigración no sólo no baja, sino que aumenta. Peor aún, que la precariedad se extiende, como una mancha de aceite, y vuestros hijos y sobrinos, Carmen, emigran ya a Irlanda o Alemania porque aquí hay mucho paro y los sueldos son malos. El sector de la construcción, puntal de vuestra economía, después de la crisis del 2008 no se ha recobrado. Vivís volcados en el turismo. Pero aferrarse a un solo sector y tan volátil es un riesgo demasiado alto. España debe apostar por la investigación, la ciencia, la innovación. Y también debéis innovar en relaciones internacionales y política exterior.

La brisa atlántica mueve la cortina. Yassin se levanta, por indicación muda de Carmen, para encajar la puerta de la terraza.

–Centrándonos en el puente, Carmen, piensa en esto –propone Ketu cuando Yassin se vuelve a sentar–: canalizar el flujo comercial entre África y Europa por Gibraltar daría un vuelco al poder mercantil español en Europa. Pasaríais de ser un vagón más a pugnar por el puesto de locomotora. En el tráfico de mercancías, disputaríais la primera plaza a la zona del canal de la Mancha-mar del Norte que ahora mismo posee gracias al Eurotúnel, los puertos de Rotterdam en Holanda, Le Havre en Francia, Amberes en Bélgica, Hamburgo en Alemania y, en la orilla opuesta, el británico Felixtower. España podría impulsar su liderazgo comercial al este por el Mediterráneo, hacia el canal de Suez y Asia, y al oeste por el Atlántico, a la América a la que históricamente estáis tan

vinculados.

»A los africanos, nos interesa emerger dentro del panorama global dominado por EE UU, China y Rusia, y hacerlo con autoridad. Abrir un eje terrestre desde Suecia, que por cierto está unida a Dinamarca justo a través de un puente, hasta la punta más al sur de Sudáfrica es una opción sin igual. Pero el puente del Estrecho, tal como nosotros lo vemos, no sería sólo una obra civil, la mayor de la historia, sino el umbral de un nuevo tiempo. Sería el punto para renegociar las relaciones Europa-África, para dejar atrás la actual hipocresía malsana de «cooperación-pero explotación». Y, sobre todo, para pactar de igual a igual.

Carmen reflexiona sobre sus palabras. Luca le pesa ya mucho con el abandono del sueño profundo y se levanta despacio para acostarlo. No tarda en volver frotándose los entumecidos brazos. Propone hacer café y, cuando el aroma impregna el salón, mientras Yassin le ayuda a repartir las tazas, al fin expone sus dudas:

–A ver, Ketu… –Se sienta–. Sabes que yo fui a buscarte a Córdoba justo en busca de alternativas, para ver qué se os ocurría. Y entiendo, Ayo, perfectamente, lo que has dicho antes, en la galería, sobre la esperanza, tan necesaria, que se nos acaba. Pero, siendo realistas, si repasamos la situación actual del continente africano desde esta orilla norte –lanza una mirada tras la ventana– hacia abajo, nos encontramos con el enfrentamiento entre Marruecos y Argelia a cuenta del Sáhara occidental, con Libia y Mali como polvorines a cada cual más inquietante, con la dictadura militar egipcia…

–Carmen, perdona –la frena Yassin–, no vas a descubrirnos nuestro continente.

–Lo sé, no quería ofenderos. –Lo mira sin saber a qué atenerse, porque lo conoce mucho menos que a Keru.

–Ni yo a ti, discúlpame. He sido muy cortante –le responde–. Sé, sabemos que hablas de buena fe. Y es verdad que el puente es algo tan insólito que, de primeras, choca. Por eso no creo que podamos buscar una adhesión, un apoyo inmediato.

–En sentido estricto –interviene Ketu–, la prioridad no es ni siquiera convenceros a los europeos. ¡Me imagino perfectamente las reticencias no ya de los gobiernos racistas de Polonia o Hungría, sino de esa Francia que nunca conseguimos quitarnos de encima! La prioridad es convencer a África de que hemos dado con la llave maestra de acceso al futuro que llevamos toda la historia buscando. Los africanos debemos unirnos entre nosotros urgentemente para hacernos respetar.

–Pero, por supuesto –dice Ayo mirando a Carmen y luego al resto–, si unimos a África en torno al puente…

–Cuando la unamos –le sonríe Ketu.

–Sí –ríe ella también–, cuando la unamos, la idea es que la relación entre nuestros continentes, entre nuestra gente de las dos orillas, sea lo más parecida posible a este encuentro nuestro...

–De amigos –dice Carmen.

Todos se miran con cierta gravedad, conscientes de la utopía.

–Sin dominio –dice Yassin.

Mueven las cabezas, asintiendo. Yassin clava la vista en Carmen, aunque tras ella se filtre la potente claridad de la tarde. Y Carmen no le rehúye ya esa mirada, decidida, penetrante, que tan cerca y a la luz se ve ámbar.

Habría querido quedarse más. Pero no podía. Durante la sobremesa, se sintió bien, como en familia. Cuando insistieron en acercarla al piso, volvió a dudar de si explicarles, pero no quiere ser una carga. ¿Cómo podría ayudarla Carmen? Si cría a su hijo sola, con un solo sueldo y por un trabajo donde conoce a decenas de migrantes angustiados. Cada uno debe apañárselas solo. «Debo apañármelas», se repite como un mantra. «¿Cómo voy a promover ningún cambio social si no puedo salir adelante por mí misma?». El caso es que está en la calle. «No queremos problemas», le ha dicho la hija de la señora, mientras la madre la miraba triunfal desde su butaca. Ayo se vio sin poder volver a la parroquia. Le preguntarían por qué la echaron, y tendría que mentir. Nadie dejaría a sus niños o ancianos al cuidado de una mujer extorsionada por una red criminal.

En los días que durmió entre coches, en el *parking* del mercado, oyó comentar a unos repartidores que a los productores de flor cortada les hacían falta manos. «El mes de los muertos, temporada alta en los

cementerios», habían hecho el chiste entre risas. Averiguó más o menos por qué zona debían estar quienes necesitaban braceros y recorrió carriles de tierra entre araucarias y chumberas hasta encontrar la finca.

–Sólo este mes, ¿eh? –le dijo el encargado del invernadero–. Días sueltos.

El pago, veinticinco euros por jornada.

–De siete a seis de la tarde –precisó–. El día sin labor no se paga.

–¿Cómo sabré si hay labor? –preguntó ella, desconcertada.

–Te pasas a las siete y vemos. ¿O no te cuadra?

–Sí, señor, gracias –respondió, aunque en verdad dudaba.

Quizá lo mejor sería ir a los invernaderos de Almería. Aunque allí, por lo que decían, apenas aceptaban a las mujeres. En Huelva, sí. Para cosechar las fresas se prefieren sus manos, pequeñas y precisas. Pero esa campaña es en primavera, quedaban seis meses y, además, tras el acuerdo entre gobiernos, las jornaleras de la fresa vienen con contrato desde Marruecos.

–Hay un corral –añadió el encargado–. Si das de comer a las gallinas, limpias su porquería y me traes la puesta diaria –señaló una caseta–, te echo un jergón en el viejo cobertizo de las chivas.

Ella asintió.

–Tiene grifo –añadió el tipo.

Ayo vio, de lejos, a una pareja que llevaba un bidón desde la casa grande a las cuadras, donde otro manejaba una maquina amarilla de esas con pala dentada para abrir zanjas. El encargado siguió su mirada.

–Allí no se te ha perdido nada. No vayas.

Ayo no pensó nunca en serio quedarse donde las cabras. No por el olor o la estrechez, sino por el riesgo que suponía pasar las noches allí sola, donde nadie escucharía nada si algo le pasaba. Y ese «algo» también era lo que pudiera hacerle él, el encargado.

Las gentes que andaban por la parcela eran empleados, no los dueños, que, quizá, sólo aparecieran en verano. Los trabajadores, al acabar, se iban. Ninguno se ofreció nunca a acercarla a La Línea. Evitaban las confianzas. Sólo le enseñaron cómo cortar las flores con el mismo largo, unirlas en haces por docenas y disponerlas en tandas, unas sobre otras, sin aplastarlas; con cuidado de no dañar los pétalos y hojas, de no tronchar los tallos. Tardó un par de días en aceptar la covacha, y acabó haciéndolo porque en La Línea, oculta entre los coches, también dormía asustada y, encima, tenía que cruzar todo el campo de madrugada para llegar a la parcela al amanecer.

–Lárgate. Hoy no hay tarea –le espetó el capataz alguna mañana, ocupado en atender el establo con la media docena de caballos.

Entonces volvía a la ciudad. Y, tras mucho vagar, acababa por pensar si

su salida estaría en Madrid, Barcelona o un lugar así, más grande, donde pasar inadvertida y encontrar una nueva oportunidad.

Ayer, tras sacar las gallinas y recoger los huevos, con sigilo, para no despertar al encargado, asumió el riesgo de faltar al invernadero con tal de no fallar a Ketu. Así que, ahora, mientras el hombre viene y se para a hablar con los otros, que desmontan de sus motos, teme qué le va a decir, si la echará entre gruñidos. Pero sólo le suelta, despectivo:

–Venga, entra.

En el interior, viciado por el dióxido acumulado de noche bajo el plástico, resuenan las tijeras. Hoy están solas ella y la otra mujer frente a las hileras de rosas y crisantemos, porque los hombres se encargan de otras plantas en la nave contigua. A medida que el sol asciende por el cielo, el aire de la nave se oxigena. Pero el calor aprieta.

«Qué agobio, qué bochorno», siente más que piensa.

Suda. Nota mojados el nacimiento del pelo, las sienes y el cuello. También las axilas, las corvas y las pantorrillas. Se deshidrata. Ahí nadie ofrece agua.

De noche, en el jergón, en cambio, se hiela bajo la fina manta mientras el viento se cuela por el respiradero sin cristal y la humedad se filtra por la tierra. Sueña con el claqueteo de las tijeras. Son sus dientes que castañean.

Pasa jornadas sin hablar con nadie, y allí no tiene enchufe para recargar el móvil. Calcula que, antes del primero de noviembre, la otra mujer podrá sola con lo que quede y le dirán que se largue. Ya no queda apenas nada. Tiene que tomar una decisión.

Esta mañana, hay un especial movimiento en la finca. Para empezar, ve dos todoterrenos aparcados junto al invernadero, y luego, allí, al fondo, otra vez la máquina amarilla y los operarios junto al encargado en un corro.

–¡Tú, dentro! –le grita él de lejos, así que Ayo empuja la puerta abierta y, sin compañera siquiera, empieza a manejar las tijeras.

Las ondulaciones del plástico, el polvo de años pegado hacen que el exterior se vea emborronado. En primer plano, las flores, que pasan por sus dedos a medida que va cortando. Oye a la cuadrilla bufar. Antes acarreaban algo. Un saco. Tal vez para los caballos. Estaban cerca del establo, y por los portazos adivina que la visita, quizás un proveedor, se va. Pero sólo oye arrancar un motor y de reojo comprueba que, en efecto, el tipo del otro cuatro por cuatro sigue ahí, acodado, como negociando algo con el encargado.

–¡Tú! –la llama éste, y ve que se guarda un sobre en el bolsillo–. Deja las tijeras y ven.

La alusión a la tijera invita a no desprenderse de ella. Pero él la observa fijamente. «Tú» es como siempre la ha llamado.

–Ven, te digo –le ordena, y esta rabia suya es nueva.

Aun así, más que su gesto serio la asusta la sonrisa del desconocido. Joven, bajo y delgado, pero de piel cuarteada, parece un niño envejecido.

–¿Ésta? –se carcajea, y casi pierde el chicle–. ¡Qué ideas se te ocurren! –bromea con un acento quizás inglés–. Tiene años útiles aún. No está tan mal...

Ayo echa a correr.

–¡Cógela, idiota! –escucha gritar al extranjero.

Nota tras ella las zancadas de una sombra.

–¡Déjame, déjame! –implora, acelerando la carrera.

El perseguidor resopla. Está cada vez más cerca, y al fin la agarra por la ropa, le da un tirón del pelo y la obliga a detenerse. Él recobra el aliento.

–¿Adónde mierda crees que vas? –jadea, y la empuja hacia el invernadero.

–Por favor, no. No, por favor –suplica sin esperanza–. Se lo ruego, señor.

Mira de forma alternativa a los dos, figurándose lo peor.

Es difícil imaginar que el invernadero, el establo, la cortijada formada por la mansión, la casa del capataz y los corrales sean sólo una tapadera; el escudo que aleja toda sospecha de la verdadera industria que mantiene en la opulencia a cuatro familias, dos inglesas, una rumana y otra nigeriana. La fábrica subterránea, de un modo u otro, da trabajo a una docena de empleados; sin contar las seis esclavas, cinco, tras el hallazgo de la muerta esta mañana. Bajo tierra, sí. Por la trampilla por la que justo ahora meten a Ayo, pese a sus aullidos desesperados.

Subir a ese avión ha sido un sueño durante años. En la fila de embarque,

sin embargo, a Ketu le tienta salir corriendo, cruzar toda la terminal y escapar ahora que aún está a tiempo. Se ve deportado. Como tantos africanos pillados a traición en un trámite: metidos esposados y a empellones, por más que forcejeen, en vuelos de expulsión; maltratados entre algunos blancos solidarios que graban la escena, denuncian la barbarie en redes o incluso se niegan a sentarse y despegar, pero junto a una mayoría indiferente que sólo desea que nada empañe su derecho a la calma y la puntualidad. Incluso si logra volar como un pasajero en vez de como prisionero, ¿lo dejarán luego volver de Camerún a España? Es demasiado arriesgado. ¿Podría atravesar de nuevo al Sáhara? ¿Cruzar a nado a Ceuta? Diría que no, no lo cree, la verdad. Piensa en ello mientras avanza paso a paso por el *finger*. Inspira hondo. Volarán vía Francia. «Como todo, siempre, en África», se dice.

Es el primer avión de su vida. Con escala en París. Va en ventanilla, y también en el segundo, cuando despega del aeropuerto de Orly. A la hora y media, sobrevuelan Marsella, ciudad volcada sobre un Mediterráneo que desaparece rápido. Ahí emerge África. Según ve en pantalla, entran a Argelia por una ciudad llamada Annaba. Siente extrañeza, cierta incomodidad. Ha aprendido mucho de África desde que emigró. Ya en Europa, ha leído las obras de autores clave que desconocía cuando vivía en Duala: Cheikh Anta Diop o Felwine Sarr, senegaleses, o incluso a su compatriota Achile Mbembe. Pero le falta patearse el continente como descubrió que hizo el reportero polaco Ryszard Kapuscinski en *Ébano*. Para sacar adelante el puente, para tejer las alianzas necesarias, hay que recorrer el terreno y conocer a mucha gente, pero África es inmensa, piensa, mientras visualiza el mapa, esa extensión de treinta millones de kilómetros cuadrados, capaz de contener a EE UU, Europa y China juntos.

El paisaje lo atrapa cuando empiezan a sobrevolar el Sáhara. Es inevitable recordar. ¿Conoce alguien aquí en cabina el pavor que ellos sintieron en ese mar de dunas? Mira las olas ocres abajo, y más que rezar intenta conectar con Ibrahim. Ellos contemplaban las rayas blancas en el cielo con envidia, y ahora la estela del avión será vista por otros chicos, que tal vez tardarán, como le pasó a él, tres años en hacer el camino que hoy desanda en quince horas. O que tal vez morirán sin lograrlo.

Valora la suerte de poder abrazar de nuevo a su madre. Anticipa ese instante de sentir su contacto y recuperar el olor que tanto ha intentado revivir en vano. Imagina el reencuentro con su padre y hermanos, las miradas y sonrisas de Zizou y Rashâd. A medida que se acercan a Duala, lo reconcomen la prisa y la ansiedad.

Cuando aterrizan, le parece que el avión tarda demasiado en abrir las puertas, desesperado por la gente apelotonada en el pasillo. Luego, aprieta

el paso para llegar a la cinta de equipajes entre los primeros.

–¿Ketu Simo? –oye a su lado.

Desconcertado, ve a dos oficiales uniformados.

–Acompáñenos.

Se le ocurre que la familia ha tenido un accidente. Pero enseguida teme un problema con sus papeles. Intenta controlar los nervios, transmitir confianza. Uno de los policías lo mira amenazador; el otro, casi sonriente. No obstante, la sala de interrogatorios a la que entran no tiene ninguna gracia.

–Siéntese –ordena el primero.

El otro, de pie junto a la puerta, le pregunta casi amable:

–¿Qué tal por España?

–¿Qué hace allí? ¿A qué se dedica? –aclara el primero.

–Estudio en la universidad. Relaciones Internacionales –responde Ketu.

–Ya, bueno, y ¿cuál es la naturaleza de su actividad política?

–¿Cómo? –Se revuelve en la silla–. Yo no me dedico a la política.

–¿No da conferencias y entrevistas televisivas? –retoma el más ceñudo.

–Son actos sobre inmigración –le sale un gallo, y se ruboriza, humillado, porque les demuestra que se siente intimidado.

–Sabemos –dice el que antes sonreía, ahora ya serio– que iba a presentarse a las elecciones de España.

–Por un partido de ultraizquierda –remacha el compañero.

Ketu se muerde la lengua.

–No me presenté. También lo sabrán. Fue un malentendido.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué vuelve aquí?

–Para estar con mi familia, reencontrarme con mis amigos...

–¿Sin programa paralelo?

–¿A qué se refieren?

–Actividades subversivas, con rebeldes radicales.

–Ya se lo he dicho: parientes y amigos.

Los policías se miran. Dejan que el silencio se alargue para incomodarlo. Ketu duda si haber evitado contestar un no tajante les parecerá una insolencia.

–Todo compatriota brillante enorgullece al país –lo sorprende el hosco.

–¿Se plantearía colaborar con la oficialidad estatal? –sonríe el otro.

Esto no lo esperaba. Debe contestar rápido.

–Servir en lo que pueda –empieza–, a Camerún y a África, sería un privilegio. Me preparo para ello. Pero es demasiado pronto. Debo concluir mis estudios para que mi ayuda tenga algún valor.

Escrutan su cara, su temple.

–No lo descarta, entonces –insiste el de mirada más torva.

–¿Por qué habría de hacerlo? –se finge ingenuo.

–No sería razonable, cierto. Bueno, pues es todo por ahora –concluye, y se levanta.

–Seguiremos la pista a su talento –dice el más hipócrita, de nuevo amenazador.

Ketu tiembla, pero intenta que no se note mientras camina hacia la cinta de equipajes, donde ya sólo queda dando vueltas su maleta.

–¡Ketu!, ¡Ketu! –reconoce a distancia la voz de su madre.

Se vuelve y, tras la puerta automática, ve que la mujer agita sus brazos, ondeando las holgadas mangas de estampado verde y naranja.

–¡Ketu! –repite ella, asustada por su tardanza, justo cuando las hojas automáticas vuelven a cerrarse.

Ketu corre hacia ellos y, cegado por la emoción, los ve a todos mezclados en una única forma. Abre los brazos a su madre y se funde con ella. Mientras apoya la oreja en su pecho, escucha los latidos de su corazón tan cerca, e inspira su aroma y la tibieza de su cuerpo, le parece que el suelo se ha vuelto mullido, como de arena. El abrazo soñado.

–Lo siento, mamá. Siento haberte hecho sufrir –le dice, y ella lo aprieta.

–Mi niño –murmura ella sin dejar de besarlo–. Hijo de mi alma, ya estás conmigo.

Se ha formado un círculo respetuoso en torno a ellos. Sólo cuando madre e hijo se despegan estalla la algarabía. El padre toma el relevo, pero todos lo llaman, lo tocan, quieren escuchar lo que tiene que contar.

Es complicado romper el encuentro y dividirse en los coches siquiera un momento. La motocicleta de Zizou petardea casi pegada a la ventanilla de Ketu, como si fuera su escolta.

–¡Lo conseguiste! –le grita incrédulo–. ¡Lo lograste y has vuelto!

Cuando se detienen frente a la casa, le parece estar viendo al niño ingenuo que era antes de afrontar peligros que no le cabían en la cabeza. Su padre mueve los labios, y él sabe qué está murmurando: «Gracias, Alá, por devolvérnoslo. Gracias por haberlo cuidado».

Ketu avisa a Sophie, que está en Córdoba, de que ha llegado, y enseguida ejerce de protagonista del banquete de bienvenida. Los vuelos lo han dejado un poco mareado, pero es tanta la alegría que disfruta la larga charla que acaba engarzando con la cena. Sólo mucho después del ocaso la casa se vacía de visitas y sus padres lo acompañan a la habitación. La han conservado intacta: sus libros, sus pósteres, el escritorio con el flexo y el vaso de bolis, alguno mordisqueado.

–Gracias. –Se vuelve a mirarlos.

–Al revés –le contesta el padre–. Perdónanos, hijo, por no haberte podido proteger. Por no haberte dado aquí la vida que merecías.

–Que mereces –dice su madre– y que has logrado allí tan lejos, tú solo.

Esa extraña noche, su viaje parece inventado y a la vez, como es real, le hace sentir pleno, realizado. No hay necesidad de más. «Pero ellos se sienten culpables. Encima, se culpabilizan, como seguro hacen los padres de Ibrahim y tantos otros», piensa con rabia.

Se despierta al escuchar la voz de Rashâd y rápidamente baja a desayunar con él. Se atropellan en la charla mientras comparten *beignets* caseros.

–Los has echado de menos, ¿eh? –bromea su hermano.

Ketu asiente y aprovecha cuando sus padres no están delante para referirle lo del aeropuerto.

–¡Serán...! –se indigna Rashâd–. ¡Así estamos y así nos va!

–Baja la voz, no quiero asustar a...

–Tienes razón. Mejor que no se enteren.

–¿Afecta esto a lo de ver a gente de Despertar?

–¿Quieres anularlo?

–¡No! Si tengo que proponerles algo..., pero no quiero exponerlos.

–Escucha: todo el que aspira a cambios está expuesto y vigilado.

–¿Tú también?

–Bueno, debo ser prudente si quiero conservar mi trabajo. Pero la entrevista que hice a Babel me decidió a mantener el contacto con ellos. Sé que ya lo hemos hablado, Ketu, y que lo has visto en redes, pero ojalá aquel día lo hubieras vivido conmigo. El tipo sacando el billete, quemándolo. Al segundo, se caían los teléfonos, los de las cadenas y los nuestros directos, con amenazas de los jefes, a su vez presionados desde lo más alto. Se lio una tremenda. Pero vi en sus ojos que son capaces de promover la gran transformación, esa sustancial, continental, que llevamos toda la vida esperando... Saben cómo hacerlo, conectan con la gente común, logran movilizarla. Son auténticos, Ketu, no sólo fachada, y están convencidos de lo que están haciendo. Y además parecen tener estrategia. Supieron pillarnos por sorpresa en el estudio para propagar su símbolo. Lo simbólico es clave para ellos. Sabían de antemano que Babel acabaría detenido. Eso, luego, me lo han confirmado. Lo tenían previsto: el arresto y el encarcelamiento eran el colofón que buscaban. Porque el objetivo era llegar a juicio. En Dakar conseguí los contactos de Arouna Yinde y Thiane Seba y me reuní con ellos tras la detención. Les dije que, pese a lo que había pasado, buscaría la manera de dar alguna cobertura a su caso, y creo que ellos creyeron en que no iba a quedarme de brazos cruzados. No pude conseguir la entrevista en prisión, pero la cadena consintió que reportara el juicio. Así que volví a Senegal. Flotaba en el ambiente que la condena sería un escarmiento ejemplar.

–¡Pero los tíos se buscaron a ese abogado!

–¡Sí! ¡Aún revivo el juicio y no me lo creo! ¡En serio! Por más que colegas periodistas senegaleses nos dijeran que el tipo era un referente histórico en la defensa de activistas de derechos humanos, por más que esperásemos un alegato de los que hacen época contra la vergüenza de que Francia tutele nuestras economías, etcétera..., todos, desde el más modesto reportero hasta el mismísimo tribunal, nos quedamos de piedra con su jugada legal de decir que no se podía condenar a Biram Babel porque el código penal sanciona «la quema de billetes de curso oficial», mientras que él sólo había quemado «un billete».

–¡Qué grande!

–¡Gigante! Cuando lo dijo, en la sala se escaparon algunas risas. No mías, porque yo, la verdad, no supe reaccionar. Me preguntaba si aquello funcionaría. Pero la sentencia demostró luego que fue una jugada maestra. La tercera de Despertar en poco tiempo: primero consiguieron abolir la esclavitud en Mauritania, luego quemaron el mayor símbolo del dominio neocolonial, y por último demostraron que, incluso al sistema legal creado al servicio del colono y sus delegados autóctonos, se le pueden buscar las vueltas.

–Todo esto encaja de maravilla con lo que quiero plantearles.

–¿De qué se trata?

–Pues verás...

Y esa mañana Ketu explica el proyecto del puente, por primera vez, a Rashâd, aunque vuelven al tema varias veces los días siguientes, días que pasan más rápido de lo que Ketu desearía. Las horas vuelan cuando la familia entera, tíos y primos, quiere agasajarte y oír hablar de España; cuando los amigos de la escuela y del equipo de fútbol te reclaman para echar un partido o dar una vuelta; cuando la familia y amigos cordobeses te piden que, por videollamadas, les enseñes tu casa, tu barrio o los sitios emblemáticos de Duala. A Ketu le resulta sorprendente que lo que antes era el aburrido día a día, de pronto se vive como algo extraordinario: ir al centro o a la zona comercial, pasar ante el gigante de hierro de la glorieta Nueva Libertad, volver a pisar el instituto para buscar a ese hermano menor que antes era sólo un niño, comer cualquier platillo en un puesto callejero, ver a tu hermana Elber convertida en madre y llevar al parque a tu sobrino, recoger luego a Zizou y no dar crédito a que esa belleza que pasa entre vosotros a la carrera sea su pequeña hermana con trenzas.

Le gusta también pasear a solas. Rashâd le aconsejó que se acercara a las márgenes del Wouri, la zona que más ha cambiado estos últimos años en Duala, justo por la construcción del segundo puente al barrio de Bonabéri. Y aquí está ahora, frente a las aguas terrizas del gran río, ése cuajado de camarones por el que los portugueses dieron el nombre al país. Y, sin pensarlo, pide a la divinidad esencial presente en todo –porque,

aunque sea musulmán, el animismo empapa el alma africana– que los espíritus lo bendigan y le den alas para replicar la conexión del viejo puente de los años cincuenta, este que sigue siendo el tercero africano más largo o la del nuevo hecho a sólo ocho metros, pero, en el caso que él proyecta, a una escala colosal, milagrosa, sobre la brecha entre África y Europa.

Un ruido lo saca de sus pensamientos. Los cláxones atruenan desde la riada de camionetas, coches, ciclomotores y bicicletas en los que vienen y van vendedores ambulantes, mecánicos, personal del puerto, oficinistas, artesanos, buscavidas y demás gente corriente en continuo trasiego sobre ambos puentes.

Cuando días después se encuentra con Rashâd, éste le propone llevarlo en coche al Wouri, pero Ketu responde que ya ha visto los puentes.

–Pero no irías en barco, ¿verdad? –sonríe con enigmática complicidad.

–No, claro –contesta Ketu, sospechando algo.

–Pues refresca tus argumentos para exponerlos mientras navegamos, ¿te parece?

–¡Claro!

–Te recojo mañana a las cinco.

–¡Qué bien! Muchas gracias. ¿Quién viene?

–No lo sabremos hasta el final.

–Gracias, en serio. Que venga quien ellos quieran. Yo estaré listo.

Rashâd le ha hablado largo y tendido del equipo local de Despertar, y Ketu los ha agregado a sus redes sociales, por lo que ya conoce sus caras y sus nombres. Últimamente, Despertar está centrado en contrarrestar el movimiento francés para cambiar el nombre de la moneda colonial de CFA a ECO, el mismo que ya promovía hace treinta años Nigeria como moneda continental realmente independiente de injerencias europeas. El equipo camerunés de Despertar, como el de cada país, está volcado en desenmascarar la estrategia de Francia. Ketu estudia sus vídeos y manifiestos mientras piensa en cómo plantearles de forma atractiva el proyecto del puente. Intenta hablar con Ayo, como días atrás, para ponerla al tanto, pero ella tiene siempre el móvil apagado. Al final tampoco avisa a Yassin, para no alimentar expectativas que a última hora aún se puedan frustrar. Así que esa tarde prepara la exposición del proyecto como si fuera a defenderlo en un despacho ministerial o ante un gabinete, técnico o académico, y a última hora sale con la familia a una celebración en la mezquita. Toda la comunidad, no sólo los parientes, se ha volcado con él desde su regreso y, aunque no es su intención, eso aumenta la responsabilidad que Ketu siente.

Al día siguiente, cuando sube al coche de Rashâd, éste intenta aligerar el peso sobre sus hombros.

–Tranquilo, hermano, es sólo un primer encuentro.

–Lo sé. –Se esfuerza Ketu en sonreír–. ¿Los has puesto en antecedentes? ¿Han mostrado interés?

–Yo me he limitado a decirles que tienes argumentos lo suficientemente importantes como para exponerlos tú mismo.

–De acuerdo –inspira Ketu, y asoma la cabeza por la ventanilla abierta.

Motores renqueantes, pitadas estridentes, puestos de venta callejeros, ajetreo, madres cargadas, niños, caminos atestados, bloques altos y destartalados hasta que, tras una curva, llega la calma rural. Manzanas de viviendas ocres como la tierra que luego verdea cerca de la rivera. La humedad cálida del Wouri llega hasta ellos antes de atisbar el margen y los cinco dedos que forman el estuario, como si el Atlántico entrara en África convertido en una mano. Pasan el cementerio Bonamouang, dejan atrás la rivera Yadiban y aparcan en un callejón minúsculo a la altura de la Bonewake.

–Ponte esto. –Rashâd le pasa una gorra y él se encaja otra.

Es una zona solitaria, apenas se cruzan con nadie. Ketu prefiere no preguntar nada. Sólo caminan. Ya van junto al canal más estrecho del Wouri, donde barcas atadas a postes flotantes jalonan la orilla. A la vuelta de un meandro, una barcaza a motor parece crecer a medida que se les acerca.

–Son ellos –anuncia Rashâd.

«¿Quiénes?», piensa Ketu mirando a las tres figuras con gorro de paja.

La barcaza aminora la marcha, y, cuando pasa a su lado, uno de los tipos les ofrece la mano y embarcan de un salto. Ketu tarda unos segundos en estabilizarse. Luego, mira adelante. Uno de los hombres lleva barba, el otro, sólo bigote, como su hermano, y el tercero... Ahora que se fija es una mujer. Va a saludarlos, pero ella habla a su compañero:

–¿Te parece entrar por aquel meandro?

La barca tuerce por donde ella señala.

–Ahora, ya –se vuelve la mujer sonriente–. Soy Thiane Seba. Bienvenido.

–A bordo y a Despertar Panafricano –dice desde el timón Biram Babel.

Ketu, atónito, siente una oleada de euforia.

–Gracias. Yo...

Mira al tercero y, por supuesto, reconoce a Arouna Yinde.

–¿Qué? ¿No te gustan los disfraces? –le espeta Babel, desafiante–. Mejor evitar a tus amigos del aeropuerto, ¿no?

–Sí, claro. Es sólo que esperaba conocer primero a compañeros cameruneses...

–Rashâd insiste en tu gran visión estratégica y tu capacidad –apunta Thiane.

–Ya conocerás, por supuesto, a los de aquí. Son extraordinarios –habla, al fin a Arouna Yinde, hasta ahora callado.

–Bueno, Ketu, ¿nos cuentas? –plantea ella, directa.

–¿Aquí?

–Pararemos pronto.

Ketu piensa en Ayo, en el vídeo de Despertar que ella le descubrió en Ceuta y en su último día juntos en la galería subterránea.

–Como dijo Martin Luther King...

–¿«Tienes un sueño»? –le corta Babel con tono paródico–. Aquí somos más de Malcom X.

–Pero dais importancia a los símbolos –reacciona Ketu, rápido–. Hacéis bien, son importantes –imposta condescendencia para probar a Babel que no piensa arrugarse–. La historia no avanza en un curso lineal, sino que retrocede o salta en ciertos puntos. Algo cambia el rumbo. Y ese algo es provocado.

–¿Adónde nos lleva eso? –pregunta Babel.

–Unos y otros conocemos el mar de fondo que hay en África. El ansia de ser dueños, al fin, de nuestro destino. Vosotros catalizáis mejor que nadie esa frustración que no cesa. Una frustración continental, secular, que hoy nos une a la gente aquí y en la diáspora. Muchos inmigrantes como yo participamos en redes de activismo vía internet. Os seguimos con admiración por lo que habéis logrado, por vuestro desafío al neocolonialismo y por vuestra capacidad de orquestar acciones simultáneas en todos los países, pues hacéis realidad el sueño de una sola África. Y, como algunos de nosotros pensamos en qué podemos aportar, traigo una idea. Un proyecto factible que, si lográramos realizarlo, puede dar el vuelco definitivo: un puente en el estrecho de Gibraltar.

Babel gira brusco el timón.

–Momento para parar –exclama, mientras los demás se reequilibran.

Están en la cara norte del islote más alejado en la barrera de tres, de espaldas a Duala. Uno de los bosques flotantes.

–¿Un puente a Europa? ¿Por qué va a ser tan determinante unirnos a los europeos? –truena Babel, al tiempo que salta a tierra–. Estamos siempre igual. ¡La solución de África no está fuera, sino dentro!

–Conozco tu punto de vista –responde Ketu, tranquilo, porque en verdad había previsto su primera objeción–. He leído tus libros –calla un instante, mientras desembarca tras el resto– y comparto mucha de la perspectiva y autocrítica. Pero un puente en el Estrecho es potencialmente revolucionario en muchos aspectos.

Todos lo escuchan atentos mientras comienzan a internarse lentamente en la isla.

–Para empezar –retoma Ketu–, es tan tentador para el sistema

neoliberal que, si África no se adelanta en impulsarlo, será Europa quien lo imponga. A su conveniencia y con sus reglas. Se abre ahora una etapa propicia, por la brecha que la salida de Reino Unido está creando en la Unión Europea. El peñón de Gibraltar es británico, y un África unida podría jugar a negociar a dos bandas, con Gran Bretaña y con Europa, vía España. Esto también sería interesante, porque reconfiguraría el tablero de negociaciones en el que ahora Francia nos sigue abrumando. Lo del África unida que he dicho antes no es baladí: hay que marcar un objetivo concreto, pequeño si se quiere, pero alcanzable. Eso sería importante. Claro que el objetivo final es la justicia, la equidad, pero ¿cuánto tardaremos en verla? ¿La alcanzarán nuestros hijos, nuestros nietos...? Un puente, en cambio, se empieza y se acaba. –Vuelve la vista hacia el nuevo puente Bonabéri–. La clave del de Gibraltar no vendría sólo de su ingeniería, sino de la política. Porque debería implicar el acuerdo de cruzar.

–¿A qué te refieres? –pregunta Thiane Seba–. Sentémonos. –Señala unas piedras dispuestas en semicírculo.

–A un pacto de igual a igual con Europa sobre la libre circulación de personas, paralelo a los acuerdos de comercio. Eso sería lo revolucionario. Y lo complicado, lógicamente. De ahí que no se pueda plantear de partida. Pero hay que tenerlo claro: el puente puede ilusionar, verse como oportunidad tanto en Europa como en África, por razones y actores diferentes. A los europeos, les sonará bien la música del abaratamiento de costes en transportes, de facilidad y velocidad de acceso a las materias primas. En África, habría que aprovechar el impulso para articular toda una columna vertebral ferroviaria.

–Siempre rumbo al norte... –Babel niega con la cabeza.

–Eso gustará a los mandatarios africanos.

–Menudos títeres –resopla Babel.

–También a China –prosigue Ketu–, que, como sabéis, ahora recupera los proyectos de carreteras y trenes que se planificaron en los sesenta. En ese trazado destaca la conexión este-oeste, Yibuti-Dakar, que se beneficiaría de un eje perpendicular norte-sur. El proyecto tiene que ser africano desde la semilla y en cada paso. Ideado, diseñado y calculado por africanos, en el aspecto técnico y diplomático. Descubrí un plan de conexión por el estrecho de Gibraltar que, hace cuarenta años, empezaron a proyectar España y Marruecos, y he logrado trabajar en la sede de Madrid, con acceso a informes, estudios, cálculos y contactos que nos pueden evitar ingente cantidad de trabajo y tiempo. Yassin Cherkaoui, un puntero ingeniero marroquí, tan comprometido con la lucha prodemocracia como panafricanista, analiza lo que he encontrado, lo contrasta y reactualiza, porque ese proyecto, por falta de liderazgo y

visión, languideció hace años. En nuestra opinión, ahora se abren tres vías: la primera, venir a África a plantearos el proyecto y decidir cómo proceder: si nación a nación o de forma simultánea, si sólo a través del activismo o recurriendo, de alguna forma, a la Unión Africana; la segunda y paralela, dar los pasos para completar el proyecto técnico y la estrategia diplomática, y la tercera, abrir el juego a través de aquellos a quienes decidamos implicar: Europa, Gran Bretaña, China... Empezar la partida en el tablero internacional.

Al callar, Ketu oye el rumor del agua que choca con las márgenes del islote, se hace consciente del aire entre las hojas, ahí en las altas copas.

–Quisiera entusiasmarme con tu entusiasmo –acaba por decir Babel–, pero ¿en qué beneficiará ese puente al hermano de un suburbio centroafricano o de una aldea congoleña?

–Yo entré a España con hermanos del Congo, Nigeria, Ghana, Senegal... A nado, Biram.

–Caes en el mismo error que todos esos rescatadores del Mediterráneo, muchacho: los ahogados son un drama, pero el desafío de África no se arregla con que los africanos lleguen vivos al otro lado, sino con que no tengan que salir.

–Siempre que no quieran. Yo quise emigrar, y para mí ha sido bueno. Muchos africanos también lo desean. Tú has podido y puedes viajar porque...

–¡Me vas a llamar europeo!

–Tienes pasaporte francés, hermano. La verdad no debe enfadarte. La documentación francesa te permite ir a donde quieras. En tus libros hablas de que visitar Haití fue transformador para ti, de tus visitas estratégicas a Venezuela, Rusia, Irán...

–¿Acaso esos viajes te parecen mal, como a los reaccionarios?

–No te ataco, Biram. Yo, como tú, sólo quiero un África libre, autoconsciente, próspera y sostenible; no un África autárquica, encerrada en sí misma. Así como estamos, somos la mina y granja del colono. Comerciemos, como hacen ellos. El comercio lo inventamos nosotros. África es comercio. El tema es poner las reglas: cuáles queremos y con qué estrategia las lograremos. Atacar a los rescatadores del Mediterráneo, Biram...

–Ellos son parte del problema. Salvan a hermanos para que, una vez en tierra, los exploten otros blancos.

–Ese argumento lo esgrimen los que acabas de llamar «reaccionarios»: que los voluntarios pertenecen al engranaje del tráfico de personas. No es verdad, Biram. Ellos salvan vidas, nada más. Eso no quita que seamos críticos con el papel de las ONG de desarrollo, pues, con el pretexto de ayudar a África, cronifican nuestra dependencia y se han convertido en

una industria humanitaria creadora de empleo para blancos. Hay mucho que transformar. Pero los defensores occidentales de derechos humanos serán nuestros aliados. En realidad, necesitamos su apoyo. Como el de nuestros hermanos más destacados en la diáspora, los líderes en deportes, en el cine, la música... Hay referentes muy fuertes en los Estados Unidos.

–¡Y un racismo sistémico asesino!

–Por supuesto, Biram. Pero, si la Unión de Estados Africanos hiciera realidad un puente con Europa y negociara con los antiguos colonos condiciones de igual trato y dignidad para los ciudadanos, para la producción agrícola-pesquera y los recursos energéticos, el racismo sufriría el mayor golpe de la historia en el mundo entero.

Rashâd, Thiane y Arouna lo miran expectantes. A Ketu le desconcierta esa excesiva dependencia de Babel.

–No digo –sigue Ketu– que el puente sea el único camino. Pero tampoco abolir la esclavitud en Mauritania es la receta que da de comer a todos los hermanos de África y, sin embargo, ha supuesto un logro clave de Despertar Panafricano. El Estrecho es el embudo por el que nuestra gente sueña pasar, y por eso mismo hay que cambiar la relación de fuerzas. Tienen que poder ir y venir. Tenemos que conseguir que las empresas o inversores que buscan nuestras materias primas creen buenos empleos y buenos sueldos para los africanos, en África. Y a todo esto podemos llegar a partir de una obra de ingeniería con el sello del talento puntero africano. Que el mundo hable, de una vez por todas y en adelante, de nuestra asombrosa capacidad y liderazgo y deje de pintar el cuadro de las eternas guerras, del hambre y la miseria.

Ketu mira a su hermano, y luego a Thiane y Arouna, extrañado de su silencio.

–¿Por qué no decís nada vosotros? África tiene voz y habla. Haceos escuchar.

La risa abierta de Thiane irrumpe de repente, contagiando a todos.

–¿Lo mandaste fuera para que no te hiciera sombra, Rashâd?

–Me da mil vueltas, os lo dije –responde su hermano.

La camaradería que hay entre ellos sorprende a Ketu tras la tensión anterior.

–Desde luego, eres un as debatiendo, Ketu –concede Biram–, y está claro que has anticipado las objeciones y preparado buenas réplicas. Lo que no quiere decir que tu puente me convenza... No quiero castillos de arena. Como imaginas, estamos en muchos frentes: urgencias distintas según los países, más la jugada de Francia con el ECO. Hay que elegir en qué centrarnos. Pero valoraremos tu idea.

–Haznos llegar un dosier detallado –lo insta Thiane Seba.

–Con la doble vertiente de ingeniería y estrategia política –añade

Yinde.

–¿Podrías, antes de que nos vayamos... –se levanta Babel y estira las piernas–, contarnos sobre nuestros hermanos y hermanas en España? ¿Cómo está allí la situación? ¿Os parece si lo hablamos mientras caminamos?

Así, al tiempo que recorren la isla, Ketu evoca el mar de plástico de Almería y las chabolas de los campos freseros de Huelva. Palabras e imágenes van y vienen, acercándolos a una península ibérica desconocida para ellos.

Ketu querría haber sido más convincente, haber conseguido un apoyo inmediato. Pero ve razonable que necesiten tiempo y detalles. Sabe que la paciencia es clave. Que, aunque logre convencerlos, necesitará en cada paso un ten con ten de determinación y temple.

Ya en la orilla, junto a la barca, Arouna Yinde se agacha para desatar la maroma. Biram, Thiane y Rashâd se han quedado algo rezagados.

–Es evocador, tu puente –lo sorprende Yinde–. Un pulso a Europa.

–Sí. Hay que reequilibrar las fuerzas.

Yinde se levanta y le estrecha la mano, mirándolo con franqueza.

–Mándanos los documentos. Nos abres un camino. Ten por seguro que lo estudiaremos.

¿Dónde está Ayo? Sigue sin noticias de ella ahora que ha regresado a Madrid, y le tortura un miedo confuso, aunque justificado por lo que le puede estar pasando. Al miedo se le mezcla la mala conciencia por no haberla mencionado en su reunión con Despertar y por no bajar a Andalucía a su vuelta para buscarla por calles y plazas hasta encontrarla. Pero Carmen ha prometido recorrer a fondo La Línea en cuanto vuelva

de Tánger, donde está ahora pasando unos días con su amiga Irene Gámez, Irene la de Salvamento, a quien espera poder presentarle pronto. Ambos quieren pensar que lo de Ayo pasará. Cuando se vive en la clandestinidad, no siempre es fácil estar localizable. Ketu intenta convencerse, mientras, acabada la beca del SECEGSA, ha logrado que le preconcedan otra y en breve empieza la ronda de entrevistas personales. Si hace un buen papel, pueden mandarlo a una de las cuatro instituciones europeas: al Europarlamento, al Consejo de Europa, a la Comisión o al Servicio Europeo de Acción Exterior. Está convencido de que es fundamental conocer desde dentro a la otra parte para desafiar el orden establecido. Entretanto, aún en el piso, con los chicos, debe ponerse las pilas, porque, aunque se han organizado en su ausencia lo mejor que han podido, acumulan gestiones y líos que resolver.

El plan de hoy les ilusiona más que ningún otro. Oye sus risas y bromas tras la puerta que, cada poco, uno u otro aporrea para que salga enseguida. «Ya voy, ya voy», les responde él, acostumbrado a ser quien los apresura para las citas legales y administrativas. Ketu sabe que se merecen la alegría de esta tarde. Pero no deja de pensar que desearía haber hablado con Ayo para contarle, como le ha explicado a Yassin, el encuentro en el Wouri con la cúpula de Despertar y cómo al aterrizar en Barajas se encontró con un mensaje de Arouna Yinde proponiéndole unirse a su aplicación, una plataforma cien por cien africana que han bautizado «Ubuntu», en homenaje al principio filosófico de origen zulú y xhosa que significa «yo soy porque somos». Ahí, en Ubuntu, esperan que exponga el proyecto puente a un grupo de expertos en ingeniería civil, derecho y diplomacia.

–¡Tío, vamos, que no llegamos! –lo apremian los chavales, inquietos.

Llevan toda la razón. Moussa Traoré, el joven futbolista que conoció en La Latina, se ha marcado un gran detalle regalándoles las entradas. No puede frustrarlos llegando tarde a ese partido, nada menos que contra el Barça B. Pero no está con ánimos. El fútbol, la beca y hasta el puente le parecen frivolidades insoportables porque Ayo no aparece, y cualquier crueldad de las que imagina puede ser ahora mismo realidad.

En el mar, ahí tras la ventana, al que se asoma cuando levanta la vista de la pantalla, Yassin ve cómo se superponen y se anclan los elementos del puente. Bajo el agua están los pilotes y las pilas y, uniéndolas, tanto por la base como por la cima, las fundaciones y los martillos. Sobre ellos se desliza el liso tablero para los vehículos: la doble vía de tren al centro, y, a izquierda y derecha, los dos carriles por sentido para los coches. En el medio, se alzan dos torres, y desde ellas se trenzan los cables gracias a los cuales el puente es un híbrido atirantado y colgante. Todo queda unido a tierra, en los costados, por aletones y bastiones. Y es ahí, en esos extremos, donde Ketu y él fantasean con que haya tramos de pasarela peatonal. Un detalle sacrificable, pero maravilloso. Lo importante de verdad es actualizar técnicamente el puente que España y Marruecos descartaron hace veinte años, un vano viable de tres mil quinientos cincuenta metros.

Yassin parpadea y pierde por un momento los trazos invisibles del puente. «Hoy en día ya puede hacerse», se dice. «Podríamos conseguirlo».

Dos obras han revolucionado el panorama. La más conocida es el serpenteante puente-túnel chino entre Hong Kong, Zhuhai y Macao de 2016, con sus cincuenta y cinco kilómetros: treinta de primer puente colgante que llega hasta una isla artificial, siete de túnel submarino y dieciocho de puente final. Pero mejor referente aún es el del estrecho de Messina, entre Calabria y Sicilia, cuya construcción acaba de ponerse en marcha. Ahí el vano principal es sólo de 200 metros menos de lo que hace falta para unir Europa y África. «Doscientos».

Mira el reloj y apaga el ordenador. Youssef está a punto de recogerlo, debería ir bajando. Han quedado para ir a la manifestación para exigir la liberación de Farida Rajah. Farida es excompañera de instituto, amiga. Y periodista. Del único periódico que merece la pena todavía. Acaban de encarcelarla por supuestamente abortar «a un hijo del pecado, prohibido», sólo porque no está casada con su pareja, el sociólogo sudanés Tayeb Aboulela.

Cuando llega al portal, Youssef ya se acerca deprisa, cámara al cuello. Se chocan las manos. Ya en la esquina de la avenida Aicha Moussafer con el jardín Bni Makada hay una aglomeración importante. Un poco más allá, frente al cine Tariq, punto de encuentro de la protesta, localizan la pancarta que inicia la marcha, sujeta por los padres y el novio de Farida junto a compañeros periodistas, por la avenida Moulay Slimane. «¡Farida Rajah, voz fundamental!», claman. Y también: «¡Libertad para Farida Rajah!». Ella ha publicado en *L'Avenir* escalofriantes reportajes de matrimonios forzados; ha entrevistado a rifeños del Hirak antes de ser encarcelados, a adolescentes la noche previa a lanzarse en patera. Pero lo que la autoridad no ha aceptado es que recientemente destapara el

escándalo del agua, ese secreto a voces: que si los treinta y seis millones de marroquíes, ricos o mendigos, no pueden beber agua corriente es porque la mano derecha del rey Mohamed VI, su amigo del alma, es el dueño de la industria de agua embotellada. Encarcelándola intentan acallarla, sí, pero sobre todo adiestrar al pueblo. Que todos, periodistas y lectores, sepan que incomodar a la corona y su corte chupasangre no sale gratis.

Youssef zigzaguea entre los manifestantes sin dejar de fotografiar. Mientras salen a la plaza Tafilalet por un lateral, Yassin lo acompaña hasta el edificio en cuya última planta está la redacción del diario. Ahí, junto al portal, hay una especie de pedestal de piedra al que Youssef pretende encaramarse para ganar perspectiva, y Yassin lo ayuda a trepar por una inestable torre de cajas.

Ella los ve. Ese fotógrafo que hace equilibrios en la improvisada escalera llama su atención. Luego, enseguida, se fija en quien lo está agarrando para que no caiga, y sonríe al reconocer a Yassin. Descarta llamarlo a gritos o hacer aspavientos para saludarlo, incluso acercarse discretamente. Justo porque le apetece, porque querría hacerlo, pero desde que tiene a Luca evita la más mínima opción de intimar con nadie.

Irene la mira tras girar en redondo contemplando la plaza. «Esto es insólito en Tánger», constata, y le pasa el brazo sobre los hombros, reconfortándola, porque sabe que Carmen ha venido a buscar su apoyo de amiga y de madre de dos hijos, dos veces separada, en estos momentos en que la reaparición de Luca padre la abruma. Las dos amigas apoyan un instante las cabezas la una en la otra. Irene traduce las consignas que la gente corea, y Carmen se endereza y las repite tratando de imitar su fonética. Así, con el puño en alto y los ojos húmedos, la ve Yassin. «¿Es ella?», se pregunta. «¿Qué hace aquí?». Y, aunque él también quisiera acercarse, lo descarta igualmente, no por Estrella, de quien lleva tiempo distanciado, sino porque Carmen es madre. «Y una mujer intensa, compleja», piensa sin dejar de mirarla. Quiere y a la vez no quiere que ella lo vea. Como deseando conectar con sus profundos ojos negros sin sentir el peso de la responsabilidad, como por casualidad.

Hasta que al final sus miradas se cruzan. Ambos dudan un segundo si disimular, pero no se llevan a engaño. Así que sonríen y levantan la mano.

–¿Quién es? –pregunta Irene.

–Un amigo de Ketu –responde Carmen.

Yassin le dice algo al fotógrafo; le propone acercarse.

Tardan un rato en encontrarse. No es fácil abrirse paso entre tanta gente. Se saludan, pero al momento una mujer empieza a leer el manifiesto y guardan silencio. El megáfono se acopla, pita y carraspea, así que avanzan unos pasos para escuchar mejor. Las frases en francés y árabe reclaman la liberación de Farida y el fin del acoso a los periodistas, así

como un Marruecos con derechos, de progreso. La plaza Tafilalet rompe en aplausos. Youssef va y vuelve tomando imágenes. Pero el perímetro está acotado por la policía, así que todos sienten la amenaza implícita y, en cuanto el acto acaba, el cerco se estrecha para forzar a que la gente, asustada, se disperse. Aun de lejos, Yassin saluda a Tayeb Aboulela, el novio de Farida, que se lleva la mano al pecho en gesto de agradecimiento.

Intentan salir de la plaza de forma ordenada para evitar cualquier tumulto que dé excusa a los agentes para cargar o arrestar. Es el momento de separarse. «¿O tomamos algo?», pregunta Youssef. Carmen duda, porque Luca y Tsitsi se han quedado a cargo de Emilio y su novia, pero decide al fin llamarlos por teléfono. Se sientan en una esquina aledaña, en una mesa con taburetes altos, y piden para picar algo de cordero, tomate y olivas.

–Si la generación de nuestros padres no se hubiera achantado –se lamenta Yassin en tono bajo–, podríamos haber tenido una transición democrática en los años setenta al estilo de la vuestra.

–Su padre –explica Youssef– fue encarcelado.

–¿Sí? –se interesa Carmen.

–Hassan II pudo haber sido nuestro Juan Carlos después de Franco...

–En vez de eso –surra Youssef–, instauró los años del plomo, represaliando a jóvenes como el doctor Farid Cherkaoui que sólo pedían libertad y modernidad.

–Mi padre estuvo tres años. Algunos sufrieron condenas más largas.

–Y decenas de miles murieron en centros de arresto clandestinos.

–Lo más fuerte –sigue Yassin– es que en nuestra casa jamás se ha hablado de nada. Yo he tenido que descubrir por mi cuenta –baja aún más la voz– que mi padre compartió celda con Abraham Serfati, un enorme referente democrático. Quizás el mayor: comunista, judío pro Palestina, una vez que Mandela salió de prisión, en 1990, se convirtió en el veterano de los presos africanos.

–Encerrado por demócrata diecisiete años –exhala Youssef.

–Y, sin embargo, la gente que compartió cárcel con él, mi propio padre, retomó su vida como si no importase qué pasara con esos marroquíes ejemplares.

–Porque el régimen no quería que fueran ejemplo para nadie.

–Por eso, ahora, nuestra generación tiene que empezar casi de cero.

–A ver si somos capaces... –suspira Youssef.

Ahí la conversación se bifurca. Youssef pregunta a Irene por qué vive en Tánger, y, mientras ella le habla de su activismo y descubren que tienen amigos comunes, Yassin y Carmen bisbisean discretamente sobre los contactos que Ketu ha hecho en Duala y de la preocupación por no dar con Ayo.

–Ojalá estemos exagerando –dice Carmen– y no le esté pasando nada. Ojalá todo quede en un susto y ya está.

–Sí, ojalá –dice él, sin saber qué más añadir–: Con lo bien que estuvimos en tu piso el otro día...

Los dos se miran y asienten. Calibran sus palabras, las sopesan a la luz de este nuevo instante. Indecisos todavía sobre lo que, para ellos, sinceramente, significan.

Ha ido a buscar a Ayo. Ahora a ver qué cuenta a Ketu. La verdad, ¿qué, si no? Que con la señora no está, que ya no trabajaba allí cuando fueron a la galería subterránea. La chica que ha abierto ahora, venezolana o colombiana, lleva tres meses en la casa.

–No sé si la echaron o se fue... –le estaba diciendo cuando la señora gritó:

–¿Quién es? ¿Con quién hablas? ¿Qué tramas?

La frutera del mercado confirma que Ayo dejó de ir un buen día sin despedirse antes. Ha apuntado el teléfono de Carmen y prometido avisarla si averigua algo.

Antes de llamar a Ketu, Carmen consulta al abogado de la asociación, Juan Jiménez, qué puede hacerse en un caso así. Pero él le dice lo que ella sabe de antemano: que la vía lógica, oficial, es denunciar la desaparición a la policía; fuera de eso, lo que queda es el azaroso mundo de los detectives privados.

Nada más contárselo, Ketu quiso plantarse en La Línea y buscarla incluso casa por casa. Carmen le ha propuesto, como paso previo a ir a la policía, rondar ella misma por La Línea, Algeciras y Tarifa enseñando sus fotografías y repartiéndolas entre asociaciones de inmigrantes y vecinales.

–¿Crees que ella estaría de acuerdo? –le ha preguntado, indecisa.

–No lo sé, pero hazlo, por favor –ha respondido Ketu.

La semana acaba por ser especialmente dolorosa. De Ayo no recaban pistas, pero, además, un menor marroquí muere en un centro tutelar, asfixiado, cuando cinco adultos enormes lo inmovilizan boca abajo sobre un colchón y se le echan encima. Un trabajador social ha filtrado a la prensa el vídeo de la cámara de seguridad: aunque el chaval deja de moverse enseguida, ellos ni se levantan ni le mueven la cabeza pasa sacarle la nariz y la boca de la almohada que lo ahoga. Carmen ha sido designada para acompañar a la madre del muchacho a la morgue, al juzgado y en las entrevistas que varios periodistas han pedido a través de Derechos Humanos Andalucía, porque es la asociación quien ha denunciado el caso. Quiere creer que se hará justicia, pero está casi segura de que, si bien todo el mundo se rasga las vestiduras con el asesinato de un tal George Floyd en EE UU, aquí reinará la impunidad.

La secuencia del asesinato del chico la invade durante varias noches antes de quedarse dormida. E incluso vuelve a recordarla ahora que conduce, con su amiga Ana de copiloto y Luca y los hijos de ella atrás, rumbo a la casa rural de Santa Lucía en busca de desconexión y paz al menos el fin de semana. Entreabre la ventanilla para airearse. El viento sopla del litoral, por la izquierda. Huele a campo de mar, a tierra con salitre. En lomas cercanas se tractorea. En otras fincas pastan vacas retintas.

Necesita tocar la tierra. Anticipa el silencio de la finca con el crujir de ramas e insectos y el borboteo del agua en las acequias. Porque sigue aturdiéndola también el eco de Luca echándole en cara esos dos primeros años del niño que ella le ha «robado». No quiere verse atrapada en una espiral de reproches. No quiere que el pequeño Luca tan risueño, al que mira de tanto en tanto por el retrovisor, deje de serlo.

La ruta costera se interna poco a poco en la campiña. Y enseguida los niños empiezan a repetir: «¿Cuánto queda? ¿Queda mucho?».

A los pies de Vejer de la Frontera, en la zona de la Muela, entre los viales que confluyen y se ramifican, tras esa arboleda concreta, se abre una recóndita hondonada, verde y fresca. Se trata de los Molinos de Santa Lucía. En efecto, hay restos de un molino tradicional, junto a unos saltos de agua y hasta vestigios de un milenario acueducto que, con cierta base, se atribuye a los romanos.

–¡Pastor, Pastor! –llaman los niños al viejo mastín cuando entran en la senda.

–¡Pastor! –repite Luca, emocionado, cuando ven al fin la cancela.

De lejos, el perro oye el motor y viene al encuentro. Y Miguel va tras él. En cuanto abren las puertas, los niños saltan del coche y corretean por

la explanada con los perros, y Miguel ayuda Carmen y Marta a llevar el equipaje a las cabañas.

–¿Me voy con Luca mientras a ver las gallinas? –se ofrece el anfitrión.

–Un segundo y me apunto con vosotros.

Se oyen carcajadas, gritos. Los hijos de Ana están ya con los otros niños.

–¡Vamos, mamá! –Luca echa a correr.

Ella y Miguel aligeran tras él. Van callados. Carmen inspira hondo el aroma a romero y yerbaluisa.

–¿No cuentas *na*, con lo *perdíos* que estamos? –le pregunta Miguel.

Su voz la transporta a la facultad, cuando era un chaval alto y flaco de pelo largo que se metía en todas las movidas, lúdicas o comprometidas. Físicamente ha cambiado, pero mantiene el aura juvenil y el compromiso ecologista a pesar de los palos de la vida y el hostigamiento de poderosos terratenientes.

–¿Me cuentas o qué? –insiste.

–Luca sabe lo de Luca –contesta ella.

–¿Y eso? ¿Lo has llamado? –se asombra él.

–No. Me llamó por sorpresa, y no veas la que se montó. Casi acaba en tragedia: una gaviota se posó en la terraza, el niño por cogerla casi se mata, yo grité su nombre, él lo oyó por el móvil... Total, que en un par de semanas viene a conocerlo, y yo ya estoy temblando...

Rodeando el estanque, siguen los pasos del chiquillo hacia poniente a medida que el sol va bajando. Poco después, el último rayo brilla con intensidad, y la luz desaparece. Entonces deciden volverse.

–¿Y tú? ¿Novedades? –pregunta ella.

–Pocas. Con mis idas y venidas con Aurora, que me achaca sentir demasiada nostalgia por Cheryl, que no supere su muerte. A ver, complicado. Y aquí, recibiendo más o menos a los de siempre. Hoy hay una mujer que viene por primera vez. Amiga, por cierto, de Ismael, el de Salvamento.

–¿Mi colega Ismael?

–Sí, pero ella no es de la zona. No sé si la conocerás. Es gallega.

–No me suena. Ahora la veré. ¿Estás navegando mucho con él? –pregunta al llegar frente a la cabaña.

–Sí, estuvimos buceando hace nada. El lecho del Estrecho está fatal. Las praderas de posidonias, devastadas, manchas de vertidos y todo invadido de alga asiática. Una catástrofe.

Miguel era profesor asociado de la facultad de Biología cuando se compró la vieja granja. Entonces restauró y montó la casa rural con Cheryl, y decidió huir del ecosistema de departamentos universitarios, con su dinámica patológica de peloteos y agravios, para entregarse al

ecologismo en la ONG Naturaleza en Acción y vivir, modestamente, de sus rebaños, de su huerto y de los ingresos de la casa-retiro.

Después de un rato de calma cada cual en su cabaña, la gran cocina-comedor reluce en la noche convocando a la comunidad. Tras la puerta acristalada, alrededor de las mesas corridas, Carmen, Luca y los niños se reencuentran con Aurora, Marga y sus pequeñas, con Ángel y Doménica, que señalan a su hijo, allí con otros chicos, y con Juan y José Manuel. Miguel les presenta a una familia. Y ya sólo queda ella, la nueva, que se sorprende de la situación tanto como Carmen.

–¡Así que tú eres la amiga de Ismael! –la saluda.

–Sí –asiente Julia.

–Ella es... –va a presentársela a Ana.

–Julia Castro –se adelanta.

–Mi vecina de terraza –sonríe Carmen–. Julia, ella es mi amiga Ana.

*

La noche transcurre ligera y relajada. En general, en Santa Lucía, el tiempo se dilata. Las rutas por el campo, la siembra o recogida de fruta, según la época, los ratos de yoga y meditación mientras los niños juegan con las cabras, ovejas y perros revitalizan. Incluso después de la cena, una vez que el pequeño Luca duerme plácidamente, Carmen saca hueco para leer en el porche a la luz del farol. O, al contrario, como hace esta noche de sábado, prefiere no encenderlo y limitarse a contemplar la naturaleza. El cielo despejado deja ver un aluvión de estrellas y, allí al fondo, tras los frutales, incluso el fulgor de la vía láctea. Ana se le unió un rato, pero ya se ha marchado a descansar, y ahora es Miguel quien se sienta a su lado. Por un momento, escuchan en silencio el bisbiseo de los insectos.

–Miguel, hay un tema...

–¿Sí? –pregunta él con voz suave.

–Quisiera saber tu opinión de un proyecto. –Lo mira a los ojos–. ¿Qué te parecería un puente sobre el Estrecho?

–¿Y eso? –Arruga el entrecejo–. ¿A mí? Me horroriza.

–¿Así de tajante?

–Claro. ¿Por qué lo planteas? Hace años hubo un tarado...

–¿Sí? ¿Quién?

–Uno que dio el pelotazo en Marbella construyendo urbanizaciones de lujo y que, sin contentarse con eso, tuvo una iluminación con el Estrecho. Quería urbanizarlo. ¡Urbanizar el Estrecho! –Su gesto es de gritar, pero está susurrando–. Como te lo cuento. Quería una presa-puente que el tío vendía, encima, como un proyecto ecologista.

–No tiene nada que ver con lo mío, pero me interesa. Cuéntamelo.

–A mí me interesa «lo tuyo»... –dice él–, pero de acuerdo. Éste era un tal Gabriel Marín, e impulsaba el relleno de doce kilómetros del Estrecho, oye bien: ¡rellenarlos con tierra! Quería dejar sólo dos kilómetros libres para el paso de agua, con una profundidad, además, de sólo trescientos metros. Pretendía colocar ahí unas compuertas con las que, según él, regularía la subida del nivel del mar por el deshielo, fruto del calentamiento global. Su argumento, supuestamente ecologista, era que con esa presa-puente salvaría del hundimiento a Venecia, Barcelona, Valencia, Génova, Trieste, Nápoles... Todo para enmascarar un proyecto inmobiliario. Porque lo que quería el tipo en realidad era urbanizar los doce kilómetros ganados al mar.

–Construir sobre el Estrecho...

–Una milla de oro con rascacielos de lujo y centros comerciales. Guardo sus folletos, te los puedo enseñar. El personaje se creía un visionario y buscaba asociarse con una constructora de las fuertes para materializar una proeza de ingeniería que le quedaba grande y luego forrarse vendiendo los pisos de lujo. Y sacando tajada de la concesión de la autopista. Todo a costa de arrasar la vida marina.

–Eso sería un espanto.

Se quedan en silencio.

–¿Pero?

–No hay ningún «pero», sino que... Delante de cualquier río, frente al mar, incluso frente al vacío, se siente impulso de cruzar.

Callan de nuevo. Carmen duda, pero retoma la conversación:

–Hablo de un puente que acabaría con el horror de las pateras.

–¿En serio, Carmen? –Él entorna los ojos–. Ya sabes que los inmigrantes hoy en día podrían venir en ferri tranquilamente, como nosotros, por sesenta euros en cuarenta minutos. La barrera para ellos son los documentos.

–Ahí quería llegar.

–¿Adónde?

–¿Y si este puente que te digo implicara una relación justa entre Europa y África?

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Porque alguien ganara un pulso en un despacho.

Miguel intenta leerle la mirada.

–Pero tú estás hablando de algo concreto, de algo que está en marcha. Ahora sí que me intrigas de verdad.

–Alguien increíble trabaja en ello... ¿Conoces el SECEGSA?

–Por el loco aquel que te digo, pero no creo yo que ellos...

–Hay africanos que desde dentro se han hecho con sus informes técnicos y los están desarrollando... A ver, Miguel, yo misma no lo tengo

claro. De ahí que quiera hablarlo contigo, repensarlo. Por instinto, me resisto a cualquier intervención drástica en ese lugar tan... Pero hay mil doscientos millones de personas, el triple que nosotros, ahí enfrente, y necesitan una transformación profundísima.

–Tú me conoces, Carmen, yo quiero ese cambio.

–Ya, pero tú y yo asumimos que no lo veremos.

–Porque es muy complejo.

Cuando callan, en la quietud oyen, mezcladas, la respiración de Luca dentro de la cabaña y la brisa suave que mueve las hojas de la arboleda.

–El puente sí podemos verlo –suena susurrada la voz de Carmen.

Miguel inspira hondo y exhala, como liberando un peso:

–Ojo con lo que deseas –contesta–. Imagina esa obra, faraónica; imagina el capitalismo desatado echando toneladas de hormigón y acero sobre delfines y ballenas, la cantidad de especies que dañaríamos, irrecuperables, a cambio de una igualdad que a África no se la traerá un puente.

–¿Qué se la traerá? –replica Carmen, rápida.

–No lo sé. –Baja él los hombros.

–¡Oh, sí lo sabes! Dilo. Venga, dímelo.

–La lucha, Carmen –concede–. Luchar.

–Eso que los activistas llamamos lucha, Miguel, manifestarnos, protestar, no nos está haciendo avanzar. Reconozcámoslo. Viene el colapso, también en lo medioambiental. Tú mismo me acabas de decir que al bucear...

–Sí, está todo arrasado. Y cualquier día, además, con las reparaciones secretas de submarinos nucleares británicos y estadounidenses en el Peñón, tendremos aquí un Chernóbil.

–Y las muertes de inmigrantes, Miguel, no han dejado de crecer los últimos treinta años. Eso también lo sabes. Y, mientras, el fascismo, como siempre, alienta la otra lucha, la violenta, porque eso es lo que les sale bien a ellos, con dinero y armas, sin escrúpulo ni humanidad. Buscan enfrentar a pueblos con pueblos, igual que alimentan los conflictos internos. He conocido a alguien, Miguel, a Ketu Simo, que intenta cambiar los cimientos de lo que conocemos. Cambiar el orden, sí. Y sin destruir, sino construyendo.

–Estoy seguro de que es alguien valioso y muy interesante. Me gustará conocerlo y que hablemos. Pero yo lo del puente no... Para empezar, es que no creo que ni España ni Europa admitan siquiera un debate de igual a igual.

–¿Ni sentarse a hablar, te refieres?

–¿No es eso también lo que tú te temes?

En la noche sin luna, sólo ellos parecen despiertos.

–Podemos equivocarnos, Miguel. Rondamos los cuarenta, la edad media europea. Los africanos tienen, de media, dieciocho. En medio siglo, la mitad de los niños del mundo nacerán y vivirán en África. Ésa es una fuerza extraordinaria que nadie debería pasar por alto.

Los dedos callosos tapan la boca de Ayo. Ella se retuerce. Intenta gritar «¡Suéltame!», pero sólo emite un gemido, porque el capataz la aprieta más fuerte mientras con la otra mano le oprime el cuello.

–¡Tira ya!

Le da un rodillazo para que entre al montacargas.

Lo activa con un mando. Se detiene enseguida. Entonces bajan dos tramos de escalones. Ahí ya deja de amordazarla, es innecesario. Además, van hacia un atronador ruido metálico; suena a cuchillas que chirrían, a cadenas. Ayo se horroriza al pensar en qué le van a hacer. De repente, el pasillo se ensancha. El olor es muy potente. Ayo no entiende nada.

Entran en una sala en la que una mujer mete hojas secas en una máquina que, del otro lado, escupe hebras a un saco. En un cuarto anexo, según se vislumbra por el hueco sin puerta, otra chica engarza en un cilindro una bobina de papel estrecho. Una tercera, más allá, recoge tiras continuas de cartón rojo, azul y verde, además de celofán.

–¿Y Aminatu? –pregunta una de ellas al capataz.

–¿Quieres acabar igual? –gruñe él–. Ésta la sustituye.

El hombre tira del brazo de Ayo para que rodee la máquina central. Le sujeta la cara.

–Tú, déjate de pánico y escucha lo que tienes que hacer.

Le explica las funciones de botones, palancas, compuertas. Por dónde se mete el tabaco, dónde se colocan papel y filtros, cómo se renueva la

cola.

–Mira, ¿ves? –La para y vuelve a encenderla–. Ahora prueba tú. ¡Concéntrate! –se indigna–. Tú estarás siempre en esta máquina. Luego llevas las bateas de cigarros a ésa, la de cajetillas.

Ayo lo escucha, mira a su alrededor, pero sigue sin comprender qué significa todo eso. Olvida los pasos que él le acaba de explicar, pero eso no es lo peor.

–¿Cuánto tiempo? –balbucea ella en medio del estruendo.

–¿Qué?

–¿Cuánto...?

–¿Qué cuánto os quedáis? –la entiende al fin–. De aquí no salís. Pero el turno es de doce horas. Ellas te explicarán. –Señala el reloj que preside la habitación.

Cuando el hombre se marcha, todas lo siguen de reojo. El montacargas suena, pero aún esperan quietas. A los dos o tres minutos, la primera, la mayor y más delgada, sale hacia la entrada para comprobar que no está. Cuando vuelve, Ayo se da cuenta de que está tuerta.

–Aminatu... –se lamenta la mujer.

–Muere y traen a otra –dice la más próxima a ella–. Muere y traen más –repite.

–¿Qué será de nosotras? –Se tapa el rostro la primera.

–Pero ¿qué es esto? –les pregunta Ayo.

–Ya lo ves. –La segunda abarca la estancia con la mano–. Estamos atrapadas. Hay dos compañeras más. –Apunta a una puerta cerrada–. Yo debería acostarme, pero Aminatu... Duerme tú –dice de pronto a Ayo.

–¿Yo? No tengo sueño. ¿Cómo voy a...?

–Pero te toca el turno siguiente... ¿Cuál es tu nombre?

–Ayo, Ayo Sanogo.

–Yo soy Aoua Traoré..., y ellas Fatou y Nwando. Cada turno somos tres. ¿Podrías manejar ya la máquina? –Ayo niega–. Claro que no. Bueno, ya luego veremos qué hacemos. Ahora fíjate en los pasos que yo doy hasta memorizarlos.

Ritmos continuos se solapan. Son las tripas de las máquinas. Ayo intenta que los ruidos no la distraigan, pero el martilleo le taladra el cerebro. Es mareante. Sin darse cuenta, comienza a inspirar acelerada. Tiene fija la atención en las manos de Aoua, pero la vista empieza a nublársele. Inspira más, ahora ya intencionadamente.

«Pero ¿de dónde llega el aire?», se pregunta.

No hay ventanas, ningún hueco al exterior.

«No hay aire», piensa. «Estamos bajo tierra».

Tarde para no sugestionarse.

–¡Nwando! ¡Fatou!

Ayo oye los gritos y comprende que se ha desmayado. No está del todo inconsciente. Escucha las voces, consigue abrir los ojos, ve, empieza a moverse.

–Tiene que comer algo –dice la mayor.

–Llévala tú, Fatou –ordena Aoua mientras ayuda a levantarla.

Al otro lado de la puerta no hay un dormitorio, sino una cocina con otras dos puertas. Fatou cierra tras ella para amortiguar el ruido y la sienta a la mesa.

–Ten. –Le acerca pan de molde con aceite y azúcar–. Come. –Sirve medio vaso de leche–. Es normal... –susurra y le acaricia la cabeza–. Te acostumbrarás, ya verás. Te ayudaremos.

Antes de volver a «la fábrica», como Fatou llama a las salas con máquinas, le explica que, según sus cuentas, llevan cuatro meses de encierro, pero que Aoua y Aminatu ya vienen de «otra fábrica» de los mismos dueños.

–Por eso ellas manejan la máquina más complicada. Manejaban... A Aminatu le dolía el pecho... Hace semanas. Les ha dado igual... –piensa en voz alta–. Aire hay –adivina la angustia de Ayo–. Lo meten de fuera de alguna manera. Suena otro motor, otro cacharro. –Señala las rejillas de ventilación–. Nos necesitan vivas –calla un momento–. A nosotras o a cualquiera.

Guarda silencio de nuevo y la mira intrigada.

–¿Por qué te traen justo a ti?

–Yo... –Ayo no sabe, está abrumada–. Trabajaba arriba.

–¿El club está encima? –pregunta Fatou, incrédula–. A nosotras nos trajeron en furgoneta. No nos conocíamos. Ni siquiera Aminatu y Aoua, que son las dos de Mali. Venían de distintos clubes. Nos cambiaron por otras más jóvenes. Los clientes las prefieren... –engarza como algo obvio–. Ya has visto el ojo de Nwando... Y Flora, la que duerme con Zeinab, tiene una pierna... Da igual. No les valemos para eso, pero aquí aún pueden sacarnos rentabilidad.

Ayo no puede creérselo. Ella, que desoyó la oferta de una vecina emigrada porque su generoso préstamo le escamaba, que viajó sola y pese a lo sufrido en la ruta evitó caer en la trata, que ahora se estaba escondiendo de la usurera que la quería prostituir, ha acabado al fin donde las putas descartadas.

«¿Por puro azar?», se plantea. «¿Por pura mala suerte?».

–Yo no...

–¿No qué? –La mira Fatou, toda ojos.

Ayo prefiere no pensar, callarse. En cambio, de pronto le urge saber todo lo que sucede ahí abajo. Fatou dice que no hay más que esa puerta, la del cuarto en el que duermen las compañeras y aquella otra, la del baño.

Ayo la abre, enciende la luz y entra como buscando algo. No se ve ninguna trampilla ni huella de posible puerta. Fatou adivina sus pensamientos.

–No hay salida, hemos mirado por todos lados.

Fatou apaga la luz de la cocina y vuelven donde las máquinas. Ayo sigue explorando mientras su compañera se pone a trabajar

«No puede ser», se repite una y otra vez.

Se siente como el Koffi del cuento *El cántaro*, aquel que huyendo de su madrastra caía cada vez ante bestias más terribles hasta que, al fin, su resistencia se veía recompensada.

«No te rindas», se dice. «Piensa en un plan y vive preparada. Algo pasará».

Tras hora y media atenta junto a Aoua, Ayo se atreve a manejar la máquina, y media hora más tarde demuestra que es capaz sin ayuda. Entonces, la maliense la deja sola para intentar dormir hasta su verdadero turno, el de las siete de la tarde. Ayo, concentrada en reponer las bobinas de papel, en meter por un lado la picadura de tabaco, por otro, los filtros y rellenar de pegamento el compartimento, casi no hace caso a los rugidos y golpeteos que, no obstante, siguen a un ritmo y frecuencia constantes.

Salen, salen y salen cientos de cigarrillos, que se acumulan en bandejas verticales. Es incapaz de calcular cuántos caben. También las bandejas se suman, unas tras otras, a toda velocidad, y debe estar atenta a la tapa transparente para hacer el recambio antes de que queden completas. Saca, saca, saca bateas y las entrega a Fatou, que las mete en su máquina, con la que distribuye, de veinte en veinte, los cigarros en sus paquetes, a medida que los va formando y los compacta para, al final, envolverlos en el precinto plástico. Son paquetes indistinguibles de cualquiera auténtico, piensa Ayo. Claro que ella nunca los ha comprado. No puede distraerse, vuelve a su puesto: recarga la picadura, quita y repone bobinas, conecta, desconecta y reconecta y el machacante sonido evidencia que la producción va lanzada.

¿Cuántos paquetes salen? ¿Cuánto vale todo eso? ¿Cuántas fábricas así hay en España, en Europa, en cualquier parte? ¿Cuántos enterrados como ellas? De pronto, piensa en Ketu. También en su madre, en la aldea. ¿Qué dirían si la vieran? El olor a tabaco la aturde, y percibe de nuevo que todo empieza a borrársele.

«Tranquila, tranquila», se ordena.

Se centra en lo que hace mientras las manecillas del reloj siguen adelante.

A la una en punto, paran a comer. No es decisión de ellas. Lo tienen todo escrito en el papel pegado a la pared. Hay media hora para preparar lo que sea y tomarlo antes de volver a encender las máquinas. Hacen tres

comidas al día, cada cuatro horas exactas. Arroz o pasta con atún, lentejas, garbanzos y guisantes, fiambre de pollo. Ahí es cuando Nwando le cuenta que ella es de Nigeria, y las del otro turno, Flora y Zeinab, de Níger y Guinea Conakry. Fatou resulta ser marfileña, como Ayo, aunque de un pueblo que ni había oído nombrar.

–Tú estás bonita todavía. –Nwando mira a Ayo como a un viejo reflejo suyo de hace años–. ¿Por qué te han traído? No lo entiendo.

–¿En el club te peleaste con alguien? ¿Intentaste escapar? –indaga Fatou.

La pregunta se reitera cuando conoce a las demás compañeras. Las seis coinciden dos veces al día, en el cambio de turno, cuando unas desayunan y otras cenan.

En los días que siguen, Ayo se culpa de no haber sospechado sobre el infierno bajo el suelo. Parece increíble que a la finca no ascienda una sola vibración de todo aquel estruendo, pero ella es testigo de que ningún ruido sospechoso altera la paz campestre. En cambio, allí no hay la menor calma, ni de día ni de noche.

Durante una semana, semana y media, mantienen la rutina y acumulan en el suelo tandas y tandas de cartones de cajetillas. Primero, en la sala donde Nwando o Zeinab, según el turno, pican el tabaco, y, luego, ya pasillo adelante hacia la salida, hasta casi bloquearla. A las dos semanas bajan, al fin, el capataz y dos operarios y empiezan a subir los cigarros. Ella conoce a los hombres, son los del invernadero. Evitan mirarla a la cara, igual que cuando trabajaba con ellos. Ayo supone que todos sabían que acabaría aquí. O mal, fuera como fuese. Se maldice por no haber notado un aura maligna, por no haber sido más lista. Con todo, no puede evitar, en cuanto se aleja el capataz, acercarse a uno de ellos y suplicar:

–Por favor, sáquenos de aquí. Por favor.

El hombre parece sordo; no reacciona y sigue colocando los paquetes en las carretillas. Tardan alrededor de una hora en trasladar la producción de esos quince días, y entonces empiezan a bajar más sacos de tabaco, repuestos de material y reservas para la despensa. Ésa es toda la novedad para las enterradas: una visita de sus carceleros cada dos semanas.

Cuando, por última vez hoy, se pone en marcha el montacargas, el contador de la producción arranca de cero. ¿Cuántas veces más lo hará? ¿Es posible llegar así a vieja? ¿Sin morir o perder la cabeza? Ni siquiera les dejan a mano un tentador bote de lejía o amoniaco. La mínima higiene, tanto propia como de la cocina, dormitorio y baño, la consiguen con la misma pastilla de basto jabón verde.

Es llamativo, cae Ayo, que ellas nunca hablen de cómo eran sus vidas en África ni de por qué decidieron dejar atrás su hogar. Lo comprende, pese a todo. Tampoco ella quiere regodearse en lo distinto que es esto a lo

que ella imaginaba antes de partir.

Una mañana, en el desayuno, cuando ninguna de las seis habla porque las tres salientes de turno están agotadas y las otras tres se sienten sin fuerzas para empezar la jornada, Ayo se aferra al recuerdo de Ketu, a su fe en él, y evoca en voz alta, como algo soñado, que unos hermanos africanos están construyendo un puente hacia este lado, y que no es un puente sin más, uno corriente, sino uno que va a interesar tanto a los blancos que logrará traer cambios, acuerdos para emigrar con derechos, de manera que lo que ellas están sufriendo no le volverá a pasar a nadie más.

–¿En serio?

Ayo describe el puente, en buena medida inventándoselo. Disfruta viendo las caras de las otras, ajenas a su encierro por un instante, extasiadas.

–Hablas como una *griot* –la contempla con admiración el ojo bueno de Nwando.

La mujer se levanta y la besa en la sien. Todas asienten, y Ayo se alegra de haberlas distraído un rato.

Cuando la larga jornada acaba y de nuevo se reencuentran en la cena, cuando desayunan las recién despiertas, Aoua confiesa, aún con la voz tomada, que ha soñado que allí, en la fábrica, bajo una máquina, descubrían un túnel hacia el puente de Ayo. Y por allí escapaban y al fin vivían libres, sin ser explotadas.

–¿Te lo imaginas? –sonríe ilusionada Flora.

Ayo casi se arrepiente, porque teme que el contraste con la realidad perjudique a las compañeras. Que las hunda en la desolación.

Pero ella misma, cuando se acuesta, desea soñar con que el túnel de Aoua conecta con la galería de Tarifa, y así vuelve a aquel día, con Ketu, Yassin y Carmen, cuando todavía estaba a tiempo de contarles que la señora la había echado y trabajaba en un invernadero; a tiempo de indicarles por dónde queda la finca para que así, ahora, pudieran salvarla.

Esos ruidos son nuevos, piensa Ayo entre ensoñaciones. No es el traqueteo de las máquinas al que ya está acostumbrada. Son voces. Una voz. De hombre. De repente, la zarandean y la sacan del duermevela. ¿Ya ha pasado la noche?

–¡Levanta! –le ordena un acento extranjero.

¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho? Fatou se asoma en la litera alta. Nwando se levanta y se atreve a preguntar:

–¿Adónde la lleva? ¿Por qué?

El hombre la apunta con el arma.

–No le hagas nada –implora Nwando.

Pero él agarra del pelo a Ayo, como la cazó el capataz en su carrera, y

la pone en pie. La saca hasta la cocina, por la fábrica –mientras las otras miran horrorizadas–, y la mete en el montacargas. Todo es tan violento que ni por un segundo Ayo confía en que vayan a liberarla. Va hacia algo peor. Sabe a qué, aunque desea conjurarlo. Se dice que otra vez no, que no volverá a pasar, pero, una vez al aire libre, bajo la helada madrugada, tiene la total certeza de qué va ocurrir, ahí mismo, al raso, sobre los rasposos y polvorientos terruños. Aunque será más allá, entiende, cuando lleguen a la casa a la que él la encamina a rastras.

«¿Por qué? ¿Por qué?».

Golpean su conciencia el asco y la vergüenza.

Lo que de lejos ella siempre imaginó como la mansión de los dueños de todo aquello, no es más que el secadero del tabaco. No hay muebles, no está habitado. Sólo cordeles atados a las altas vigas, con las largas hojas muertas y esa peste a podrido, ahorcados vegetales pendulares, y abajo, los sacos. Sacos y sacos. Cubren todo el suelo, sin dejar hueco.

Avanzan entre crujidos. El tipo la manosea y la cubre de babas; balbucea gruñidos y palabras en su incomprensible lengua. Otra vez esa fiebre sudorosa que ha sufrido ya en sus carnes, que la reduce a un fardo, a algo a lo que hacer daño con tal de seguir empujando, apretando, estrujando con ira, con ansia. No mira al animal, blanco en la oscuridad, sólo las hojas secas que se cimbrean arriba, como si también sufrieran el terremoto de odio que sacude sus caderas.

La buscaron por cielo y tierra, Ketu y ella. Él, desesperado, al fin viajó a La Línea. Pero había infinidad de pisos, fincas e invernaderos donde Ayo podía estar. No querían pensar en los prostíbulos, cámaras frigoríficas o zanjas, aunque eran conscientes de esas posibilidades. Pegaron carteles,

repartieron pasquines. Después de hablar de nuevo con la latinoamericana que ahora cuidaba de la anciana y de pasar otra vez por la frutería del mercado, no quedaba más salida. Los dos lo sabían.

–Vayamos a la policía –dijo Ketu.

No se hacían ilusiones, pero tampoco esperaban que los agentes quisieran disuadirlos de formalizar la denuncia, como justo ahora está pasando.

–Una ilegal, mayor de edad. Se habrá ido a Francia, como tantas –suelta el agente de turno.

–Seguro que no –lo rebate Ketu–. Se habría despedido.

–No despedirse no es delito –replica el policía en tono chulesco.

–¿Ésta es su actitud habitual? –reacciona Ketu.

–¿A qué se refiere? –Planta él las manos en la mesa.

–Calma. Nosotros vamos a denunciar –reconduce la situación Carmen.

–Sí. A Ayo la tienen retenida. Hay que buscarla, protegerla. Tiene derechos. No es una negra que da igual, una ilegal y ya está, sino una persona atrapada, forzada, quizás han abusado...

El policía lo deja explayarse, impertérrito.

–¿Va a adjuntar su foto? ¿Apuntará, siquiera, sus características? –lo reta Ketu.

El hombre acepta teclear la descripción por librarse de ellos.

–Metro sesenta y cinco, delgada, piel no muy oscura, ojos castaños, media melena rizada.

La mirada del policía es elocuente. Esos datos son comunes y corrientes. Entonces Carmen recuerda algo:

–Tiene una cicatriz.

–¿Sí? –se sorprende Ketu.

–En el antebrazo izquierdo. Arriba. Antes de llegar al hombro.

–Eso es nuevo. No tenía heridas en el brazo... –Él recuerda haberla visto en tirantes.

–Cuando la conocí en La Línea, un hombre y una mujer la zarandeaban, le reclamaban dinero.

–¿Cómo? ¿Y por qué nunca me lo has dicho?

–Ella me hizo prometérselo. No te quería agobiar.

–Pero Carmen...

–Quizás ellos no le hicieran la marca ni sean quienes la retengan...

Aunque tal vez sea cierto, enterarse de eso ahí ante el policía es un mazazo para Ketu. En cuanto salen a la calle, siente el impulso de desahogarse.

–No entiendo nada. ¿Por qué me lo ocultaste? ¡Qué preocupar ni preocupar! ¿Sabes qué le pueden estar haciendo? No paro de pensar

dónde, cómo, quiénes la tienen. ¿Qué estará sufriendo? ¿Cuánto resistirá?

–Lo sé, lo sé, lo siento... –Carmen busca su mirada esquiva–. Tienes razón. Me siento fatal. Pero no puedo volver atrás. Y ya una vez dado este paso –agita la denuncia–, ¿qué más podemos hacer?

El papel tiembla en su mano.

–No lo sabemos –piensa Ketu en voz alta.

El atestado contiene sus nombres y teléfonos. «Para llamarlos», ha dicho el agente, «si se averigua algo».

–No la van a buscar –gruñe Ketu–. ¿Y si nunca la encontramos?

No está preparado para perderla. «Esto no puede estar pasando», se dice. Aprieta los puños. Piensa en cómo luchar, qué puertas aporrear o derribar. No se resigna a que se la trague la bruma, como a Mahmud el mar y a Yassin las dunas.

Durante mucho tiempo pensó que no volvería a ver a Luca. Hoy, cuando él está a punto de volver, no puede ser un día corriente. Ha fingido hacer vida normal, en el trabajo y en casa, pero tiene toda la atención puesta en el móvil. Ahora que el niño se ha despertado de la siesta, ha activado también la vibración, pues van a bajar al parque que le gusta tanto, a pie de playa.

–¡Más alto, mamá! –grita en el columpio–. ¡Más! –Levanta las piernas.

Carmen imagina el itinerario de vuelos de Luca, la escena previa en que él se lo contó todo a su mujer para justificar el viaje. Al instante, se pone nerviosa e intenta pensar en otra cosa, pero entonces, de pronto, además, piensa en Ayo y en lo que pueda estarle pasando.

–¿Dejamos subir a la nena? –pregunta al niño, y él salta y corre al tobogán.

Le suena el móvil. Son las seis y media.

–Hola, ¿dónde estáis? –le pregunta Luca.

–A cinco minutos de casa. ¿Ya has llegado? Espera, no tardamos.

–Mándame vuestra ubicación mejor y voy a buscaros.

Lo nota nervioso. Y él sabe que se ha atropellado al hablar. Verse de nuevo en estas calles a las que no contaba volver, pero de las que tantas veces se ha acordado, a punto de asumir su nueva paternidad, lo abruma. Conforme avanza, reconoce los rincones, y los recuerdos le vuelven al inspirar este aroma marino tan diferente al de Trieste. Atento al punto azul que marca el móvil, siente la inmensa responsabilidad de reconducirlo todo de la mejor manera. De conseguir una empatía inmediata con el niño. Le da pavor no estar a la altura, que no lo esté Carmen y que ambos se amarguen la existencia en el futuro. La suya y la del crío. Ya está cerca, en cuanto doble la esquina habrá llegado. Se prepara. Da el último paso. Hay demasiados niños y madres. Busca sin encontrarlos. Es ella quien lo ve y levanta el brazo. Carmen. Le sale sonreír, aunque no quisiera. Porque ella debió avisarlo, porque lo que ha hecho es muy grave. Pero es como si el tiempo se plegara, como si la última vez, en el aeropuerto, él hubiera obedecido el impulso que entonces reprimió, hubiera vuelto y construido a conciencia esa familia que ahora forman. Ella sonríe también. Todo es posible de nuevo.

–Carmen...

–No me puedo creer...

–¿Creer tú? –hace él el típico gesto italiano, con los tres dedos juntos, de ese *ma come*, que viene a decir: «¿Pero en serio me lo estás diciendo a mí?».

–Lo sé, ya lo sé.

Carmen lo ve rastrear entre los chiquillos que suben y bajan, giran, dan volteretas, echan carreras, pegan balonazos. Hasta que se reconoce en el hijo.

–Sí, os parecéis muchísimo –le adivina ella.

Él anticipa la futura reacción de sus padres cuando lo vean, de Gina, de Flavia, que ha salido más bien a la otra familia.

–¿Podrías no decirle aún...? –le pide Carmen–. Yo no sabía si tú...

–Iremos paso a paso –le asegura–. ¿Vienes conmigo? Para no asustarlo.

Luca está ahora entretenido con un ábaco, moviendo los aros.

–¡Mira, mamá! ¡Y esto! –Salta de pronto hacia esa rueda que es el circuito para una pieza tipo moneda.

–¿Te ayudo? –se ofrece Luca.

El niño mira a su madre.

–Di que sí, Luca –lo anima–. Se llama como tú. –El niño sigue indeciso–. Es un amigo –añade ella, y eso despeja el camino.

Después de casi una hora allí, cuando cae la tarde, deciden volver al piso. Una vez en el portal, Luca los apremia a subir mientras él se acerca al coche a recoger su maleta. También aprovecha para llamar a Gina y Flavia.

Carmen comienza a duchar al niño, pero ha dejado la puerta del baño entreabierta para oír el porterillo. El timbre suena justo cuando están acabando. Se da prisa en poner el pijama al pequeño y abre en cuanto oye el tamborileo de nudillos en la madera. Lleva a Luca en brazos, aún con el pelo mojado.

–Ya está –dice Luca.

A qué se refiere no queda claro, pero Carmen lo pasa por alto y le pide que ponga la mesa mientras ella prepara para el niño una sopa de fideos con pollo desmigado, papas y zanahorias. Luca chico lleva a Luca padre al cuarto para enseñarle sus juguetes preferidos. La atmósfera cálida y familiar está salpicada de amargura. De nostalgia retroactiva. Incluso de rencor. Porque a ella sigue sin entrarle en la cabeza que él desapareciese. Y a él le resulta inexplicable que no le avisara de que estaba embarazada.

Hoy, además del habitual cuento de Carmen, el pequeño se ha ganado una típica nana italiana. Cuando cae dormido, ellos vuelven en silencio al salón. Carmen amontona los platos sucios en el fregadero, sintiendo apretados la garganta y el pecho.

–Menuda escena doméstica, ¿eh? –Le dice él a su espalda. Ella se vuelve–. Nos veo y me pregunto: ¿cómo llegamos a esto?

Carmen se guarda lo que piensa: «Porque nos amamos. El método falló. No llamaste. Y yo tomé la decisión».

Inspira hondo y, en vez desplomarse a su lado en el sofá, toma una silla y se sienta enfrente. Sigue observándolo, tranquila, aún convenciéndose de que ahora está aquí con ellos. Ve en él huellas de preocupación y de insomnio que no existían antes. Se siente responsable.

–Luca, yo dejé de llamarte por dignidad –le explica–. Y decidí tenerlo porque... nos amamos.

Ella juraría que la mirada de él es explícita, pero ya se equivocó hace años. No va a volver a malinterpretarlo.

–Yo sabía –añade entonces– que no tenerlo sería el mayor error de mi vida.

–Pero, si me lo hubieras dicho –le dice él–, yo habría venido.

–Ya, obligado.

En el silencio se oyen fuera los silbidos del viento.

–Te entiendo y no te entiendo, Carmen.

–A mí me pasa lo mismo contigo. –Se refriega la cara, suspira, se recoge el pelo con las manos en una especie de coleta y lo suelta después–. ¿Y ahora qué hacemos?

–Pues ¿qué vamos a hacer? Lo mejor para los niños. Para Luca y Flavia. Yo hablaré con Gina...

–¿Todavía no se lo has dicho? –le pregunta, estupefacta. De pronto, cree entender y se siente aún más dolida–: ¡Ah, no te fiabas de mí hasta que lo vieras! ¿Me crees capaz de mentir en algo así?

–Eh, eh. Soy yo, el de siempre, ¿te acuerdas? No te montes películas. Quería hablar contigo primero de qué vamos a hacer y cómo, decidirlo nosotros juntos. –La mira en su silla, ahí a distancia–. ¿Tienes que estar tan lejos? ¿Tan a la defensiva?

Carmen se acerca un poco.

–Qué error fue no llamarnos, no hablar –dice él con un quiebro en la voz–. Qué estupidez. Lo siento. En serio. El embarazo y parto sola... tuvieron que ser durísimos para ti.

Carmen le cuenta lo que es capaz sin llorar. A él le parece salir de un coma en que se le ha estado escapando la vida. No quieren que la noche acabe, no quieren acostarse, así que pasan la madrugada en vela, a base de cafés y algunos cigarros, poniéndose al corriente de estos últimos dos años. Al filo del amanecer, Carmen nombra incluso a Ketu, la desaparición de Ayo y, sin mencionar el puente, apunta al miedo y la esperanza que en su relato se entretejen alrededor de África.

Ninguna noche vuelve a sentirse libre de pánico desde el primer asalto. Tras horas al ritmo infernal de las máquinas, en ese entierro en vida, ni siquiera le queda el descansar tranquila. El loco puede volver. Intuye que volverá. Y vuelve. No hay preparación mental o emocional para eso; no hay opción de clavarle nada, de golpearlo con algo y escapar. La asalta cuando le da la gana, y no son asaltos de un loco, sino violaciones de un

criminal. Su tono despótico y el desprecio con que la penetra permanecen pegados a ella, en ella, incluso cuando la devuelve a empellones al montacargas y se larga. Sigue torturándola durante el turno que hace con la mirada perdida y de vuelta a la cama, donde implora, ella que nunca ha sido religiosa, a espíritus, a ancestros, a la deidad universal de la fuerza vital, que un milagro fulmine al demonio, que algo suceda, que alguien dé, de una vez, con ellas. Pero sabe que nadie va a encontrarlas. Ni siquiera Ketu encontraría la finca, menos aquel escondrijo subterráneo. Reaparecen, en la vigilia y el sueño, los jadeos, el aliento, eso que ni mira cuando él la obliga a chuparlo hasta que el chorreón le rebosa los labios. Chilla entonces, y despierta a sus compañeras.

–Era una pesadilla. –La abraza Fatou.

–Maldito sea –murmura entre dientes Nwando.

Ayo sufre migrañas, vomita, sangra y le molestan las mamas. Piensa que es por la pastilla que él le da cuando acaba. Pero, como cree que sirve para no concebir, le compensa tomarla. Sólo sería el siguiente horror.

Nunca se ha vuelto a marear como el primer día, cuando el capataz la encerró. Presta atención, porque su madre se mareaba en los embarazos. No debe marearse, pero hoy le falta aire. Tal vez se esté sugestionando. Trata de no pensar en ello y carga la tolva de hebras, las compacta con la plancha hasta hacer hueco y llena de nuevo el recipiente. Cambia una bobina, confirma los filtros. El cajetín de la cola está bien servido. La máquina escupe cigarrillos sin descanso al compás del traqueteo. Pero el mareo va a más. En verdad, le cuesta respirar.

–¿No notáis que...? –arranca Fatou, y Ayo ata cabos.

Las tres, al mirarse entre sí, se percatan. Falta ese ronquido debajo del ruido. Se ha apagado el generador de oxígeno. ¿Se han olvidado de ellas? ¿Quieren matarlas? Están condenadas. Van a morir asfixiadas. Pronto, además, si no arreglan el motor o las sacan de allí. Tienen que avisar.

Van a despertar a Aoua, Flora y Zeinab, que se levantan de un salto aún sin creerse lo que les están contando. Suben las escaleras y chillan desde el montacargas, pero están muy por debajo de la puerta, no hay forma de trepar hueco arriba. Ayo se para a pensar que, quizá, toda la fábrica esté insonorizada. En caso contrario, el estruendo de las máquinas se acabaría filtrando y, sin embargo, en la finca todo es silencio, ella lo sabe. No van a oírlas. Falta aún una semana para que bajen los hombres. Para entonces, será tarde. Sólo encontrarán cadáveres.

–¡Apaguemos las máquinas! –grita Ayo.

–¿Qué haces? ¿Estás loca? –intenta detenerla Aoua.

–Así quizás oigan nuestros gritos –dice Flora, y desenchufa la suya.

–No nos oirán –dice Ayo–. Pero lo único que nos falta es aguantar su estruendo en medio de esto.

–Cuando abran y vean todo parado nos matarán –se lamenta Aoua.

–No abrirán.

–¿Por qué dices eso, Ayo?

–La máquina del aire es la única que no vemos, la única que está arriba. Aquí es la que oímos más bajo porque...

–Es allí fuera donde suena –completa Fatou.

–La han apagado ellos –concluye Nwando–. ¡Desgraciados!

–Eso es que temen que alguien la oiga y sospeche. Vecinos, policías... –conjetura Aoua–. ¡Volvamos a gritar! ¡Al montacargas!

–¡Sí! ¡Más fuerte! –propone Flora.

–No nos oirán. Esto está bien aislado –murmura Ayo.

Pero las demás chillan ya:

–¡Socorro!

–¡Aquí abajo!

–¡Estamos encerradas! ¡Sacadnos!

–Si gritáis –avisa Ayo–, consumís más aire. Se acabará antes.

La advertencia las acalla. Sus caras, sus pupilas dilatadas revelan el pavor a lo que puede pasar. ¿Quién caerá la primera? ¿Cuánto durará su agonía? ¿Qué harán las demás? ¿Cómo aguantarán las que vayan quedando?

Ayo apoya la espalda en la pared y se resbala hasta quedarse sentada, quieta y callada. Las demás acaban por imitarla, pero al poco rato Fatou, Flora y Aoua vuelven a vociferar.

No hay ningún cambio. El generador sigue apagado y, como han desconectado las máquinas, oyen cada segundo pasar en el reloj de pared.

Beber es inevitable, pero comer no tiene sentido. Aun así, cuando Nwando se levanta, Ayo entiende que va a preparar algo y la acompaña. Traen cuencos de arroz y, allí, hombro con hombro, se llevan las cucharas a la boca, mastican y tragan. Ayo piensa que quizá sea su última comida, y que quizá debería serlo. Si un cuerpo debilitado lucha menos contra la asfixia, tal vez les convenga ayunar. Es siniestro pensar en ello, pero mejor usar la razón para padecer lo mínimo. Aun así, no se decide a compartir eso con sus compañeras, de momento.

Tras unas cinco primeras horas lentas, la tarde se hace eterna. No miran el reloj, pero escuchan el tictac. Nada más. No hay nada más. Llegan a medianoche como quien escala una montaña, pero gateando o a rastras, con llantos, con gritos, histéricos o de última esperanza; cenar es implanteable, como hacer cualquier otra cosa que no sea abandonarse. Recostadas, más que sentadas, boquean como peces en un charco que se evapora. Nadie habla. Quizá todas, como Ayo, repasan el camino que les ha traído a esta muerte inconcebible.

«¿Por qué?», se pregunta.

El anhelo, sí, el anhelo es el culpable. Esa misteriosa fuerza dentro de ella, desde niña, desde que es capaz de recordar, que le impedía conformarse.

«¿Habría sido tan terrible plegarse?».

Oh, sí, ser su madre también es terrible, ella lo sabe bien. Su madre... Quiere abrazarla, perdonarla, que la ame como en el fondo ella la ha amado siempre. Y oírle confesar que también ella anheló una vez, quizá de muy de pequeña, aunque luego fuera una mujer dócil. Ayo preferiría haber sido capaz de resignarse a que los hombres la tocasen. Total, en su huida, han sido muchos los que la han lastimado. En el pueblo, sólo habría sido uno: el marido. Pero tuvo que sentir anhelo. Del mundo prometido que en realidad ha resultado ser esto.

«¿Era esto?», duda. «No, Ketu, no te lo creas», le responde, imaginándose que él acaba por enterarse o que, al no saber más de ella, asume que ha muerto–. «Esto no era. Tú y yo lo sabemos. Muchos más lo saben. No tiene por qué ser esto. Y, si de momento es, es porque se permite que sea. El loco, el asqueroso, el demonio no haría lo que hace sin el silencio del capataz y los otros. Ellos cobran y callan porque nos ven como un tipo más de animal al que pueden varear o sacrificar. Igual que los políticos, los gobiernos, el poder blanco. Pero no bajes los brazos, Ketu. Tú estás en lo cierto. Ve a por ellos, negocia, convéncelos. Hazlo por mí, por nosotras, porque no haya otras. ¡Cámbialo!».

Flora le seca las lágrimas, y entonces Ayo se da cuenta de que está llorando.

Sabía que, tras el reencuentro con Luca, volver a Santa Lucía le sentaría bien. Ahora que el domingo amanece, se siente apaciguada y repuesta,

aunque el niño la haya despertado tan temprano. Fuera aún apenas clarea, pero él insiste en desayunar. Echa un vistazo tras el visillo. No parece haber nadie más despierto, ningún movimiento. En todo caso, Miguel va temprano al pueblo. Ya debe haber pan.

En la cocina, mientras el niño se encarama a la silla, ella localiza, en la encimera, la bolsa con las teleras tostadas y blancas y, justo al lado, un ejemplar del *Europa Sur*, doblado. Corta rebanadas, las pone a tostar mientras calienta la leche y busca la miel y el aceite.

El pensamiento se le va ahora a Julia. De nuevo, este fin de semana, han vuelto a coincidir allí. Anoche, cuando Marta indagaba en cómo se conocieron ella e Ismael, les respondió que por el trabajo. Carmen había dado por hecho que trabajaría en el puerto, pero ella dijo que no, que «en la torre de control». Podía haber dicho de «vigilancia» o «salvamento» en vez de «control». Eso le chocó. Y Carmen enseguida cayó en que, cuando casi chocaron literalmente, iba por un carril que lleva a la torre vigía. De pronto, se figura ese segundo en que su amiga Irene avisa de los naufragios y Julia es quien descuelga al otro lado.

Inconscientemente, sus ojos pasean sobre las letras de la portada del diario. Las recorren una y otra vez hasta que, al fin, entiende lo que lee: «Desarticulada la primera fábrica subterránea de tabaco de Europa».

Sin desdoblarlo siquiera, sigue leyendo ahí mismo, de pie:

> La Guardia Civil ha desmantelado, en el término de La Línea, la primera fábrica ilegal de tabaco localizada en Europa. Se ha detenido a veinte personas, decomisado diecisiete toneladas y media de picadura de tabaco, ciento cincuenta y tres mil cajetillas listas para la venta –más de tres millones de cigarros–, ciento cuarenta y cuatro kilos de marihuana y veinte de hachís, y han conseguido liberar a seis subsaharianas que estaban a punto de asfixiarse.

Sin darse cuenta, se sienta al lado de Luca y busca la página donde aparece la noticia completa. «¿Cómo que a punto de asfixiarse?», se pregunta.

> La operación empezó por impulso de Europol, que llevaba años detrás de dos condenados por manufactura ilegal de tabaco: el rumano R. A. y el inglés Michael Hobbes, cuyo rastro ha acabado en un sótano de cien metros cuadrados,

> bajo una cuadra de caballos, sin ventanas ni ventilación salvo un generador de aire alimentado por gasoil, donde las seis mujeres operaban tres máquinas en turnos de doce horas.

«¿Desde cuándo? ¿Cómo las captaban?». La noticia no lo aclara, pero desgrana otros detalles:

> La fábrica producía tres mil quinientos cigarrillos a la hora, quinientos mil a la semana, lo que daba un beneficio de millón y medio de euros semanales, setenta y dos millones al año. Los falsos LM, de las variedades clásico, *light* y mentolado, se vendían en Reino Unido a cuatro euros por cajetilla, cuando el original cuesta catorce, lo que da a las fuerzas de seguridad la certeza de que el cliente, pese a la perfección de la copia, sabe que compra un producto falso y apoya, así, la industria del tabaco ilegal.

La información consigna que cuarenta y siete fábricas clandestinas han sido localizadas este año. Pero la novedad de ésta es su perfecto camuflaje: un zulo bajo tierra.

> Los agentes de la Unidad Central Operativa, UCO, tenían a Michael Hobbes bajo vigilancia y sospecharon de sus idas y venidas nocturnas al picadero de caballos. Al iniciar el registro, detectaron un invernadero de cultivo de tabaco y un gran secadero, pero tardaron en encontrar la planta de procesado.

«Por eso casi se ahogan...», entiende Carmen ahora.

> Alguien entre los detenidos desenchufó el generador que proveía de oxígeno a la fábrica, que está totalmente insonorizada, y por más que las mujeres gritaban los agentes no las oían. Finalmente, la presencia de una retroexcavadora y un contenedor portuario resultó sospechosa y, al desplazar

el contenedor con la pala, apareció la trampilla que condujo hasta las retenidas, dos de ellas ya desmayadas.

Carmen levanta la vista de la página. «No cabe más», se dice. Pero el párrafo siguiente la saca de su error.

> El testimonio de las mujeres apunta a una tercera rama de la organización, un socio nigeriano, E. N., que supuestamente proveía a Hobbes y R. A. de la mano de obra entre prostitutas descartadas de sus burdeles. De hecho, una de las seis mujeres y otra, que, relatan, falleció en cautiverio, proceden de otra fábrica subterránea que llevaría más tiempo en marcha y cuya localización no han podido precisar.

«¿En serio? Pero ¿a cuántas tienen así bajo tierra? ¿Y qué pasará ahora con esas otras enterradas quién sabe dónde?».

En ese momento irrumpen en la cocina Marta y sus niños. Ríen, alegres, besan y achuchan a Luca. Carmen cierra el periódico como para protegerlos de la sordidez. Pero entonces se fija en la foto de portada. Siente que el suelo se abomba y se reblandece al tiempo que la habitación empieza a dar vueltas.

–¿Qué te pasa, Carmen? –oye muy lejos–. ¿Estás mareada?

Los rostros de las rescatadas salen difuminados para proteger su identidad, pero en primer plano se ve el hombro con la marca: la cicatriz de Ayo.

–Niña, que me asustas, ¿qué pasa? –insiste Ana.

Carmen no es capaz de hablar. «¿Cómo es posible?», se dice. «¿De verdad? ¿Desde cuándo? Yo habría podido evitar... Si la hubiera llamado...».

–Oye... –La zarandea Ana.

–Ya, ya –reacciona al fin–. Le ha pasado algo a una amiga. Debería ayudarla, irme.

–Pues ve donde haga falta. Yo me encargo de Luca.

–No puedo. ¿Cómo volveríais a Tarifa?

–Sin problema. Nos llevarán Miguel o tu vecina. En serio, ve.

A golpe de llamadas, Carmen averigua que las mujeres están en San Roque, en un dispositivo para víctimas de violencia de género y de trata cercano al cuartel de la Guardia Civil. Habla con Juan Jiménez, el abogado de Derechos Humanos Andalucía, y quedan en verse allí. Ahora

sólo falta avisar a Ketu, pero antes debe vencer el vértigo que le da marcar su número.

–¿Carmen? –Él descuelga inmediatamente–. ¿Llamas por Ayo?

–Sí.

–¿Está bien? ¿Te han avisado?

–Bien, creo. No, pero ha salido en el periódico.

–¿Cómo?

–Sé muy poco. Voy hacia donde está. He avisado a un abogado.

–¿Por qué? ¿La han detenido? ¿Qué pasa?

–La tenían en una fábrica ilegal de tabaco.

Ketu no dice nada. Carmen supone que se ha empezado a imaginar los detalles truculentos.

–Carmen, ¿qué le han hecho? ¿Cómo se la ve? Mándame esa foto.

–Las caras están pixeladas. He reconocido su cicatriz en el brazo.

–¿Dónde está? Salgo de Córdoba para allá ahora mismo.

–Está en San Roque, pero espero poder sacarla y... llevármela a casa.

–Gracias, amiga. Yo voy ya. Si os movéis, avísame, ¿sí?

Mientras conduce, le es imposible no especular con el horror vivido por Ayo. Una vez con Juan Jiménez, toca volcarse en lo práctico. Como no existen protocolos para casos así, él entiende que aplicarán el genérico de trata. Les habrán hecho un reconocimiento médico, y ahora la rueda asistencial empezará a girar: les ofrecerán atención psicológica y jurídica, podrán pedir protección estatal en calidad de víctimas.

–Yo quiero acogerla en casa, Juan.

–¿Seguro? Cuando uno se sale del dispositivo...

–Lo sé, no puede volver. La decisión es suya, pero, si yo estuviera en su lugar, preferiría vivir con una amiga que... Estoy dispuesta a afrontarlo todo el tiempo que haga falta.

–Y yo a representarla legalmente y buscarle asesoramiento psicológico y laboral. Lo que no sé es si hoy mismo nos dejarán que se vaya, ¿de acuerdo? El primer objetivo es verla, hablar con ella, que sepa que estamos a su lado.

En el cuartel de la Guardia Civil, Jiménez lleva la iniciativa. Muestra sus documentos, detalla que son de la DHA y explica que desean ver a Ayo Sanogo, a quien les une un vínculo de amistad, además de su intención de ser su abogado. El joven agente que custodia la puerta parece desconcertado. Llama al mando de guardia, que, aunque a la defensiva, los hace pasar al despacho. Juan explica que Carmen Barea y Ketu Simo, en camino, como personas más próximas a Ayo Sanogo en España, interpusieron denuncia de desaparición en el cuartel de La Línea y dejaron sus teléfonos, pero nadie los ha avisado. Se hace cargo de las circunstancias, no lo dice como reproche, pero sí para dar prueba del

vínculo afectivo que tienen con la víctima y de su preocupación, de la que hay constancia oficial. Entre varios tira y afloja, añade que una víctima no puede considerarse retenida, que tiene derecho al amparo de la red afectiva que proporcionan familia o, en su defecto, amigos. Sanogo, argumenta, carece de parientes en España, por lo que Carmen Barea y Ketu Simo son «sus más sólidos pilares emocionales». El mando los mira en silencio. Al fin, se dirige a Carmen.

–Su amiga está en una situación delicada. Más que el resto, me refiero. Ha sufrido un... llamémoslo encarnizamiento. Yo no puedo revelar más. Si, al final –mira ahora a Juan–, se confirma su asistencia letrada, tendrá, por supuesto, acceso al atestado. Si me permiten, voy a llamar al centro para preguntar si la interna acepta verlos y, en ese caso, por nosotros, no habrá impedimento.

Carmen y Juan, de vuelta al vestíbulo, se confirman con sólo mirarse que han entendido lo que el mando ha evitado explicar.

De repente, el teléfono suena, y el joven guardia responde:

–Sí, señor, ahora mismo –cuelga–. ¡Oigan! Se autoriza la visita.

El centro de las Hermanas de la Cruz Blanca está tan cerca que van andando. Al llegar a la puerta, Carmen manda a Ketu la ubicación exacta.

–Quizá deberíamos esperarlo –tantea a Jiménez.

–Yo no me arriesgaría a que alguien cambie de idea.

Así que entran en el zaguán, hacen sonar la campana y, al poco, el ruido de pasos precede a la silueta de una monja tras los cristales esmerilados.

–Pasen, nos han avisado. –La religiosa los guía hasta una sala junto al patio–. Siéntense. Ahora bajará.

Carmen se asoma al umbral, expectante. Entra. Sale otra vez y mira a la escalera. Vuelve. Así varias veces.

Ayo, desde el corredor de arriba, la mira a su vez sin ser vista. Quiere y no quiere bajar. Le horroriza que perciban en ella los reflejos del infierno que siente en alma y cuerpo. Pero Carmen y ese hombre, el abogado, pueden ayudarla. Necesita su ayuda. Las seis la necesitan, y de todas sólo ella tiene la suerte de que alguien se interese y venga a buscarla.

Baja lenta, insegura. Delgada y frágil. Sus miradas se cruzan. «Ketu no debe saberlo», piensa. «Mejor que no lo sepa».

Carmen le tiende la mano, y Ayo la toma. Unas monjas cruzan el patio con ropa de cama.

Entonces suena la puerta. Una hermana abre, oyen su voz. Los ojos de Ketu se mueven directos hacia Ayo, y al instante se acerca. Pero ella se siente muy lejos, y hasta cuando él la abraza es como si no la tocara. Etérea, fría, muerta.

La luz es muy blanca y el sol, gélido aún a media mañana, así que Ketu se sube las solapas del chaquetón y se frota las palmas para entrar en calor. Ayo, a su lado, sigue insensibilizada por la metralla invisible. Él baja a verla cada fin de semana, pero ella permanece la mayor parte del tiempo callada. Ha declarado ante la policía y el abogado con detalle todo lo necesario, pero incluso ante la psicóloga se ve incapaz de reabrir determinadas compuertas. Hasta ayer por la mañana, no había profundizado con nadie.

–Antes de que llegue Yassin –lo mira por fin, ya de camino al puerto–, quiero decirte que... allí abajo... pensé en el puente. Soñé con él. Hablamos de ello.

No se había acordado hasta que habló con Luca, el padre del niño. Quiere compartirlo con Ketu. Pero eso y ya está, que no vea más ni huela la peste de hojas ni note el torturador martilleo en su cerebro. Piensa otra vez en las mujeres de la otra fábrica, ésas a las que no encuentran. Imagina su lenta agonía, y vuelve la asfixia a pleno aire libre, pese a la brisa.

–Pero yo no tengo fuerzas para ayudar en nada –consigue verbalizar.

–Recuperarás la energía –la consuela él–. Paso a paso. Sin prisa.

Ayo se calla que allí, encerrada, deseaba que Ketu pudiera levantar el puente solo, como un ser divino o prodigioso. Sabe que es injusto, pero todavía necesita rezar para que él lo haga, que, con su terca voluntad, con su excepcional capacidad, consiga articular a las gentes para que el cambio sea posible. No obstante, ahora que están frente al mar para recoger a Yassin en el puerto, lo ve, recortado sobre el Estrecho, demasiado pequeño.

Luca sabe que el almuerzo hoy en casa de Carmen es importante para ellos y no quiere estorbar. Va a salir con el niño de pícnic a los pinares. Se cruza, en el descansillo, con Miguel Laso, que alza al chiquillo en brazos

para darle un beso mientras se le presenta con un apretón de manos. Ya en el coche, el runrún del motor, la calidez del interior y los rayos de sol a través del cristal no tardan en adormecer al pequeño. Ve por el retrovisor que primero trata de resistirse inútilmente al sueño, hasta que se rinde al sopor. Sonríe, con la certeza de que, por más que Gina intentara disuadirlo, ha hecho bien en venir, bien en quedarse toda la semana y en alojarse en casa de Carmen para estrechar el vínculo cuanto antes y que el niño capte que puede fiarse de él. Entiende los temores de Gina, pero en toda la semana no se ha dado el menor peligro. Salvo, a decir verdad, anteanoche, cuando lo sobresaltó un escalofriante lamento. Un alarido que no podía ser del niño. Al asomarse al pasillo, en la penumbra, vio todas las puertas cerradas. Pero el lamento seguía. Un lamento incomparable a nada que hubiera oído antes. Una rendija clara se dibujó al final de la oscuridad, en el cuarto de Carmen. Ella se deslizó fuera y volvió a cerrar la puerta para que el niño no se despertase.

–¿Luca? –le susurró–. Es Ayo. Tiene pesadillas.

Ella empuñó la manija para asomarse. Ayo no estaba agitada, no lloraba, pero gemía, incesante, su lamento sin consuelo.

–Suele calmarse sola, pero me da un sentimiento... –dijo Carmen en su oído–. ¿Qué hago?

Él cabeceó y le susurró:

–Nada, es mejor no despertarla.

Se quedaron en el umbral, como padres que velan a una hija traumatizada. Estaba tan cerca de Carmen que casi le rozó la mano. Ella, quizá para evitarlo, cruzó los brazos. Al poco, la voz de Ayo cambió; ahora hablaba en sueños. No la entendían, pero ya no sufría. «Ya está, ya pasó», anunció Carmen con una mirada. Entornaron la puerta, pero siguieron un instante así, cara a cara, a milímetros, en el pasillo azul. Al borde de algo. Entonces ella se volvió a su dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Él permaneció quieto un rato, y luego se tumbó en el sofá. Ya no podía dormir, ni pensar tampoco. No pensaba. Sólo deseaba que el tiempo se detuviera y él se atreviera y nada en el mundo tuviera consecuencias.

Al oír esta mañana la llave cerrando el portón y las risas del crío por las escaleras, se arrepintió de no haberse despertado a tiempo de llevarlo a la guardería. Pero quizá todo pasara por algo o tal vez ya que pasó a él se le ocurrió intentar ayudar a Ayo. No con terapia, porque le faltaban datos y tiempo de observación, pero sí orientándola. Cuando ella apareció en el salón, él le ofreció una taza de café. Y entonces él le contó esa situación delicada en la que ejercía de padre de Luca al poco de descubrir que lo es, y le explicó lo que ella ya sabía, que estaba casado y tenía otra hija, que vivía lejos, en un Trieste que describió a pinceladas. Y luego, al final, le

reveló en qué trabajaba.

–¿Psicólogo? –preguntó Ayo.

–Algo parecido.

Eso le permitió apuntar que, con frecuencia, la gente desconfía de la psicología y la psiquiatría. Ayo lo miraba sólo de tanto en tanto.

–Una opción complementaria para sacar lo que nos pesa dentro es... –tanteó él– escribirlo o, más rápido –añadió al notar su incomodidad–, grabarlo en el teléfono. Cada vez que algo, imágenes, sonidos, olores, nos asalta, soltarlo ahí. Todo lo malo. Y también las ideas luminosas, reconfortantes.

En ese momento, Ayo recordó los instantes en que ella levantaba el puente hecho de palabras y las demás lo evocaban y cruzaban, y eso, aunque brevemente, las aliviaba.

Y ahora Ayo vuelve a pensar en eso mientras Yassin Cherkaui, quien sí sabe de verdad cómo levantar tal puente, se acerca a ellos con la gravedad marcada en el rostro. Ve que duda si abrazarla, así que ella, aun sin ganas, se adelanta por aparentar normalidad. Incluso anima a Ketu a contarle todas sus novedades para desviar su atención de ella y de su maldita experiencia. Escucha, desde la distancia, cómo Ketu explica que le han concedido unas prácticas en la Comisión Europea en Bruselas y, cuando Yassin aún está felicitándolo, le adelanta que Biram, Thiane y Arouna han propuesto que, antes de marcharse, ellos dos, Ketu y Yassin, se reúnan, en Ciudad del Cabo, con un puntero equipo de ingeniería civil sudafricano.

En la casa, Carmen y Miguel ven a Julia salir a su terraza. La llaman y saludan con voces y gestos, y ella responde con discreción. Carmen recela un poco de su actitud siempre distante, como también de su trabajo, pero es consciente de que puede estar dejándose llevar por prejuicios o quizá culpándola de algo tan involuntario como la timidez. Lo cierto es que Julia, el día de lo de Ayo, le hizo un gran favor trayendo a Luca, Ana y los niños desde Santa Lucía. Y a Ismael y Miguel les cae bien. Así que la llama y la invita a pasar a tomar el café por la tarde.

Aún acodados en la baranda de la terraza, ven doblar la esquina a Ketu, Ayo y Yassin, que agita la mano y sonríe. En el rellano, Carmen y él se saludan un tanto rezagados. Él la ve favorecida, quizá por el pelo más largo, recogido con el fular. Y ella se sorprende al notar la intensa alegría que le produce volver a verlo.

–Vamos a la terraza –exclama Carmen–. La comida está lista.

La mesa está dispuesta con un mantel colorido: una fuente de ensalada, un bol de aceitunas, un plato de queso y la amplia cazuela de barro donde bulle todavía, exhalando aroma a pimienta, clavo y nuez moscada, el guiso de atún encebollado.

–Menudo banquete –aplaude Ketu con entusiasmo.

–La reunión lo merece –responde Carmen–. Eso, y el tema que nos reúne: el puente.

Se sientan y se pasan el pan, las servilletas, el agua o vino. Y así, en la claridad fresca del invierno, en un ambiente de plena confianza, debaten de necesidad y urgencia, de imposibilidad y desequilibrio de fuerzas, de visión y demografía, de poder, intereses, juventud e inocencia, veteranía, experiencia y escarmiento.

–Ojalá logréis articular el cambio que promovéis –afirma Miguel Laso en un momento dado–. Yo lo veo dificilísimo, casi imposible, no os engaño. Pero también es verdad que, en España, que es lo que conozco, tampoco existe esa mayoría movilizada que hace falta para acercar la justicia social o evitar el colapso medioambiental, y no por eso los activistas de los más diversos campos bajamos los brazos. Si encontrarais otro banderín de enganche para vuestra causa distinto al puente, yo sería un incondicional. Pero un puente, no. En el Estrecho, no, por Dios. Sería lo que faltaba para acelerar el desastre natural ya en marcha.

Yassin le habla del plan de prevención de impacto, pero nada convence a Miguel, y Ketu, que pretende más conocer directamente las reticencias de un respetado ecologista que enfrentarse con él o hacerle cambiar de idea, se limita a escuchar su punto de vista.

–Bueno... –Carmen busca a Ketu con la mirada una vez terminado el almuerzo–, ¿nos damos un respiro y pasamos al café?

Yassin ha localizado desde el principio, entre los tiestos de geranio, la maceta de hierbabuena. Él ha traído para el postre pasteles de miel y dátiles, y, ahora que ayuda a recoger los platos, pasa una mano sobre la planta, respira su aroma y se ofrece, si hay té, a preparar uno al estilo marroquí.

Mientras Ayo saca la tetera y ponen a hervir el agua, Carmen envía un mensaje a Julia. Al mismo tiempo, suenan las llaves en la cerradura y la puerta se entreabre: Luca entra con el niño en brazos, pues, de vuelta, otra vez se ha dormido. Lo acuesta y se dispone a marcharse de nuevo, pero Carmen le dice que puede quedarse.

–Él es Luca padre –lo presenta cuando salen juntos a la terraza–. Quédate –le insiste–, está por llegar una vecina. Hay té y café, ¿qué prefieres?

Justo en este momento llega Julia. Se sienta al lado de Miguel, pero, como él por lo bajo sigue hablando del puente con Ketu, comienzan a hablar tímidamente ella y Ayo. Carmen, entre Yassin y Luca, intenta integrarlos mencionando a Irene, a la que conocen ambos, pero Yassin se siente algo intimidado y Luca contempla un tanto embobado esa escena de la vida de Carmen que hasta ahora sólo había imaginado.

Al cabo de un rato, cuando el niño ya está merendando con ellos,

Carmen acerca una guitarra. Y Yassin empieza a tocar melodías bereberes a la vez que canta casi como recitando. Son temas tan envolventes que los demás acaban uniendo sus voces, imitando los sonidos o entonando con los labios cerrados. Carmen da unas suaves palmas. Sólo Yassin entiende las letras. Pero todos captan la esencia. Suenan a conjuro de amistad frente a la adversidad.

ALAS DESPLEGADAS

La Escuela de Ingeniería de Ciudad del Cabo es un edificio neoclásico incrustado en la roca como cortada a cuchillo de la Table Mountain. Ketu se siente mínimo en la pradera al pie de la escalinata por la que los universitarios suben y bajan a un ritmo febril.

El doctorando Thembisa Mkatali los guía, a él, a Yassin y a los dos ingenieros de la Universidad de Pretoria que se alojan con ellos:

Nonhlanhla Madonsela y John Heywood. Tras recorrer algunos serpenteantes pasillos, llegan al departamento de Ingeniería Civil. Allí, Arouna Yinde los recibe con su cordial seriedad y les presenta a Noluvo Fakude, la doctora y jefa del departamento, y a Farida Nolutshungu y Lita Chebet, colegas de la cercana universidad de Stellenbosch, a cincuenta kilómetros al este. Esta reunión es el primer acto organizado por Despertar desde que asumió el proyecto del puente. Ketu detecta a su alrededor una atmósfera electrizante, aunque tal vez sea fruto sólo de sus nervios.

Arouna comienza explicando que Noluvo Fakude, histórica militante del Congreso Nacional Africano y actual opositora al corrupto presidente Zuma, será quien coordine estas jornadas, y enseguida le cede la palabra. Fakude, una mujer menuda, de vestimenta clásica y llamativo pelo corto teñido de rubio, les anuncia que colegas de las universidades de Witwatersand en Johannesburgo y Kawazulu-Natal de Durban están en camino. Todos, no obstante, ya han estudiado el proyecto que les envió Despertar y están deseando que ahora Ketu Simo y Yassin Cherkaui les ofrezcan más detalles.

Los dos asienten con una sonrisa insegura por tener que expresarse en inglés, pero, en cuanto conectan el portátil a la pantalla digital, parecen calmarse. Relevándose el uno al otro, hacen hincapié en los escollos, tanto técnicos como diplomáticos, y explican cómo hoy el proyecto oficial hispano-marroquí, al que tanto futuro ven, está abandonado. Yassin pasa a desplegar su actualización de datos, cálculos, parámetros. Y Ketu entra en las justificaciones de orden sociopolítico, que, en su opinión, hacen del puente una herramienta clave contra la inmigración sin derechos y para el progreso y emancipación africanos.

Noluvo Fakude achina los ojos tras sus redondas gafitas doradas mientras se masajea el mentón en un gesto de absoluta concentración.

–Ese puente en semejante enclave es... un desafío tremendo –sentencia.

Ketu teme oírle decir la palabra «imposible». Atiende a las mínimas contracciones en el entrecejo de la mujer.

–Pero puede hacerse –dice ella al fin–. Y los ingenieros africanos estamos preparados.

–Por supuesto –asiente la pretoriana Nonhlanhla Madonsela.

–También estoy de acuerdo, sí –afirma Lita Chebet–, pero la cuestión es...

–Además –la interrumpe Noluvo–, nos resarciría de humillaciones como la del recién abierto puente mozambiqueño entre Maputo y Catembe.

–¿Sabéis de qué hablamos? –les pregunta John Heywood, el único blanco.

Yassin, Ketu y Arouna niegan con la cabeza.

–Es el puente colgante más grande de África. Acaban de inaugurarlo.

–Y lo han construido ingenierías europeas –dice Farida Nolutshungu–. De Alemania, Inglaterra, Grecia y Rusia.

–Cuando aquí sobra capacitación técnica... –asevera Fakude.

–Al decir «aquí» no nos referimos sólo a Sudáfrica –tercia Madonsela–. De hecho, para el posible proyecto en Gibraltar, pensamos montar un grupo con colegas de El Cairo y Mansoura en Egipto y keniatas de Nairobi.

–El problema de estas grandes obras es la financiación. En Mozambique, ha sido china y europea, y entonces, claro... –se lamenta la doctora Noluvo.

–Disculpad, pero... –los interrumpe Lita Chebet– intentaba apuntar algo. Veamos, una obra tan compleja, épica incluso, por el desafío a los elementos que implica, al viento, a las corrientes, al oleaje y, para colmo, al sustrato de distintas densidades, exige que la infraestructura sea absolutamente necesaria. Y yo planteo: ¿este puente está totalmente justificado? ¿Cuántos africanos cruzan al año a Europa en barcazas de madera o plástico?

Ketu y Yassin habían previsto la pregunta.

–La respuesta a esta cuestión siempre sorprende –contesta Ketu–, porque, aunque en Europa se hable de «avalancha», la cifra es microscópica frente a los mil doscientos millones de africanos que somos o los quinientos millones de habitantes europeos. En esas balsas o pateras, cruzan, al año, a España, unas sesenta mil personas, y casi doscientas mil si contamos las que arriban a Grecia e Italia.

El asombro se refleja en cada cara.

–Sí, lo sé, poquísimos –admite Ketu–, pero el puente no busca sólo garantizar una emigración digna para esas personas, sino que pretende combatir algo que justo aquí, en Sudáfrica, entenderéis mejor que nadie: el *apartheid* mundial, que se perpetúa, que naturalizamos, perpetrado por parte del mundo blanco contra los africanos.

Cierto recelo asoma a las miradas. El concepto «apartheid» aquí no se banaliza ni se usa en vano, es sagrado.

–Sí –se reafirma Ketu–, existe un descarado *apartheid* internacional y europeo que aísla, segrega y confina a los africanos por el mero hecho de serlo, convirtiendo África en un gueto del que no se puede salir, pero que tampoco puede progresar a causa del trato discriminatorio que recibe. El racismo nos coloca en inferioridad perpetua respecto del resto del planeta. En España, por ejemplo, el noventa por ciento de los quinientos mil inmigrantes anuales son latinoamericanos que llegan en avión con visado turístico de tres meses y luego no vuelven a sus países. Sólo un cuatro por

ciento llega en pateras. ¿Quiénes? Los africanos. ¿Y por qué? Porque a nosotros nos exigen unos visados que los europeos no necesitan para entrar en África, y, además, cuando los solicitamos, nos cobran por trámites que son un engaño, porque está decidido de antemano prohibirnos entrar, aunque tengamos dinero para vuelos, aunque se sea un referente en cualquier campo. Se nos empuja a las vías de inmigración insegura.

La respuesta de Ketu deja a la sala en silencio. Reflexionan, serios. A una indicación de la doctora Fakude, el joven Thembisa acerca termos de café y té. Pronto se abordan consideraciones de tipo técnico. Cada uno plantea en qué está especializado su departamento o facultad y qué, por tanto, podrían aportar. Finalmente, Noluvo Fakude explica que ha previsto con Arouna Yinde un programa paralelo para que, mientras el equipo de ingenieros avanza, él y Ketu se entrevisten con líderes del activismo sudafricano, histórico y actual.

–A ninguno se nos escapa –argumenta– que, además de pensar en materiales y soluciones constructivas, el puente necesitará una acción panafricanista coordinada.

Arouna y Ketu se marchan tras un almuerzo común en el comedor universitario. Una vez salen a la extensa pradera que da entrada a la universidad, junto a mesas y bancos de madera donde grupos de estudiantes comen, ríen y charlan, Ketu contempla el paisaje bajo la monumental montaña, y se descubre pensando en el simbolismo de la solidez y el dinamismo de la nueva África, desconocida, ignorada. En que al propio continente aún le falta la fe en sí mismo que merece tener.

–Corre, que llega el autobús. –Arouna lo saca de sus pensamientos.

–Pero ¿adónde vamos? –pregunta Ketu al subir al bus.

–A Bo-Kaap. Yo me alojo en casa de una compañera en ese barrio. ¿Lo conoces? –Al ver su negativa, prosigue–: Bo-Kaap era la zona de antiguos esclavos malayos traídos, a mediados del xvii, por los colonos holandeses.

Ketu ojea por la ventana el urbanismo cambiante desde el área de rascacielos al centro ciudad. Arouna decide bajar antes de llegar a destino para recorrer a pie esa Long Street gemela de la Bourbon Street de Nueva Orleans.

Al entrar en unas bocacalles más tranquillas, Ketu menciona, inquieto:

–Arouna, ¿cómo se paga nuestro viaje?

Él responde con ironía sin aminorar el paso:

–Descuida, para dos vuelos tenemos presupuesto.

–Ya, bueno, en serio –replica Ketu.

–Despertar es socio de varias cooperativas, y en Benín, en Cotonú, tenemos bajo nuestra sede central un mercado de alimentos, textil y artesanía. Así nos financiamos. Da para viajes como éste o los de Biram y

Thiane, que ahora te contaré. Cosa distinta será cómo afrontar la campaña del puente. Necesitamos la ayuda, como tú has apuntado, de africanos y afrodescendientes destacados. E incluso de nuestros empresarios «filántropos». –Escribe con sus dedos en el aire la señal de las comillas.

Ketu no sabe cómo han llegado hasta ese cruce donde, de pronto, se siente impactado por las coloridas casas turquesas, verdes, rosas y naranjas.

–Esto es Bo-Kaap –anuncia Arouna.

Sus ojos vuelan entre las fachadas brillantes, de dinteles y barandillas blancos que acentúan el contraste. Algunos descendientes de malayos, ataviados con sus túnicas y kufis blancos, entran y salen de las tiendas a la sombra de lo que identifica como una mezquita.

–Sí –le confirma Arouna–. Es un barrio musulmán, aunque la ciudad y el país sean sobre todo protestantes.

Arouna abre la puerta de una casa azul y avanzan por el pasillo hasta un último cuarto muy iluminado que da a un patio.

–¿Quieres beber algo?

Ketu lo sigue hasta la cocina, acepta la lata de Pearteser y paladea el primer buche. Es un refrescante zumo espumoso de pera.

–Verás, te pongo al día –le comunica Arouna cuando se sientan ya en el despacho–. Biram, pese a tenerlo prohibido, acaba de volver a Senegal. Nuestro equipo allí y los hermanos de ¡Basta ya!, ¡Francia, lárgate! y el FRAPP necesitan respaldo. –Enciende el ordenador y acerca unas sillas–. Macky Sall quiere perpetuarse como presidente, y para ello acaba de encarcelar con falsos cargos al alcalde de Dakar, Khalifa Sall, que emergía como alternativa. Estamos intentando convencer a Ousmane Sonko de que lidere la oposición.

–¿Sonko, el de *El expolio del petróleo y gas en Senegal*?

–Justo. Él duda, claro, después de todo lo que ha sufrido al desenmascarar la corrupción de Macky Sall. Sabrás que le quitaron su puesto de funcionario... Pero Senegal lo necesita –suspira–. Y Thiane, mientras, ha volado a Etiopía para reunirse con el círculo de la presidenta Sahle-Work Zewde, porque las esperanzas en el Gobierno de Abiy Ahmed, el que firmó la paz con Eritrea, se marchitan. Mira... –Pincha sobre un archivo–. Somos un complejo mosaico.

Ketu ve un mapa africano con los países agrupados en ocho áreas de color. Entiende al momento que corresponden al norte, el cuerno de África, la parte occidental, central, oriental, el sudeste, el sur y las islas. Los nombres de los países están en rojo, verde o ámbar, dependiendo, tal como le explica Arouna, de cuál sea su situación político-social. Algunos están en mayúscula: son los diez más pobres del mundo. Otros se han subrayados en morado, y ésos concentran más cantidad de los puntos y

estrellas que aparecen por todos lados.

–El resalte en morado supone –indica Arouna– que, con independencia de la estabilidad o deterioro del país, contamos con una buena red activista que incluye a entidades, que marcamos con las estrellas, y referentes personales, con puntos.

Arouna pasea el cursor sobre los símbolos, y entonces aparecen cuadros con fotos y biografías como la de Victoire Ingabire, ruandesa crítica con la dictadura de Paul Kagame, madre de tres hijos, encarcelada diez años por presidir las Fuerzas Democráticas Unificadas, justo ahora de vuelta al activismo tras recobrar la libertad. Ketu empieza entonces a comprender la dimensión de ese archivo interactivo. Es un tesoro que podría ser peligroso en manos de los represores. La cantidad de colores, símbolos y referencias desorienta, y Ketu se vuelca sobre la pantalla. Arouna lo guía en un recorrido de norte a sur. Le indica que no necesita apuntar nada, pues acabará conociéndoselo todo mejor que las líneas de su mano. Arrancan en el Magreb de la Argelia movilizada contra Buteflika y de un Marruecos con malestar popular creciente contra el rey y su Majzén, analizando qué asociaciones o activistas pueden ser más receptivos al puente y más convincentes hacia sus bases u otros colectivos semejantes. En el cuerno de África, destaca la activa y bien articulada sociedad civil del estado no reconocido de Somalilandia. En la zona tres, del África Occidental, apunta a la conexión directa de Despertar con el Gobierno de Liberia del exfutbolista George Weah, heredada de la que ya tenían con su antecesora, la primera presidenta electa en África, Ellen Johnson-Sirleaf. En esa misma área se detienen, por supuesto, en la locomotora económica que es Nigeria, en Camerún, que Ketu conoce en primera persona, en las revueltas militares contra los dictadores pro Francia como la última de Burkina Faso. Más al sur, Yinde despliega el abanico de colectivos profesionales y artísticos que, en Angola, ha depuesto a la nefasta pareja de Eduardo dos Santos y su hija Isabel. En conjunto, este recorrido por la disidencia en toda África evidencia la brecha entre dictadores con castas opresoras que ocupan el poder desde casi las independencias en los sesenta y las sociedades civiles jóvenes, llenas de vitalidad, cada vez más preparadas y mejor conectadas, entre sí y con el mundo. En Zambia, por ejemplo, la disidencia no es contra el Gobierno, sino junto con él, contra el neocolonialismo chino. Yinde activa vídeos de manifestaciones multitudinarias en Lusaka donde comparan a Xi Jinping con Hitler y se exige lo que nunca se ve en Europa: que China sea democrática.

–En países –dice Arouna– como Eswatini y Lesoto, Botswana o Namibia, pero también en islas como las Seychelles, Mauricio o Cabo Verde, en según qué parámetros, estamos a la altura de cualquier estándar

de gobernanza. No ya porque lo digamos nosotros, en Despertar, sino porque es algo avalado por índices como el Freedom House de Washington o el prestigioso Osman.

–¿El índice Osman?

–¿No conoces a Hosh Osman? –se extraña Yinde–. Sin él, nadie hablaría por móvil en África. Es nuestro rico filántropo por excelencia. El «Bill Gates africano», según los periódicos blancos. Un ingeniero sudanés que ha llegado a multimillonario, equivalente a los potentados nigerianos Alhassan Duany con su *holding* de alimentación, transportes y construcción, o el financiero Victor Onyenkuru. Los tres impulsan fundaciones para talentos y emprendedores del continente. Son ultracapitalistas, en nuestras antípodas ideológicas, pero tarde o temprano tendremos que acabar sondeándolos.

Un rumor de voces se abre paso desde la entrada.

–¿Arouna? –pregunta una mujer entre la risa de otra.

–Sí, aquí –contesta él.

Dos perfiles semejantes se recortan en el umbral.

–Ah, hola. Así que eres el famoso Ketu Simo, ¿eh? –lo saluda la que parece algo mayor–. Encantada. Yo soy Lebogang y ella, mi hija Kopano –aumenta la sorpresa de Ketu dada la escasa diferencia de edad.

Esa noche, los cuatro van al encuentro de los ingenieros, y eso mismo harán las jornadas siguientes, siempre a la misma hora. La ingeniera Noluvo se ausenta a veces de las reuniones técnicas para acompañar a Ketu y Arouna a las citas que les ha cerrado con gentes de sindicatos y colectivos movilizados. Cuando, a la caída de la tarde, se reencuentran para cenar, sus caras engañan a quien no está al tanto de lo que se traen entre manos. Porque sí, están cansados y tienen los ojos cargados y las ojeras marcadas. Sí, los números bailan en los cerebros de Yassin y sus colegas, confudiéndolos y mareándolos. Y también Ketu y Arouna están exhaustos, las cabezas embotadas de tanto hablar del puente, de explicar el éxodo por el Estrecho gibraltareño y recopilar impresiones, objeciones y sugerencias. Pero también es verdad que los ingenieros parecen tan excitados con las dificultades técnicas como niños ante un juego de habilidad extrema, que Ketu disfruta la oportunidad de aprender de este país, ejemplo mundial de cómo hacer una utopía realidad, y que Arouna y la propia Noluvo, que conoció a Mandela, que fue coprotagonista de la transición democrática, comparten la vivificante sensación de asistir, de la mano de ese joven Ketu tan lleno de curiosidad y tan dotado para entusiasmar, al nacimiento de algo grande. Incluso muy grande. Y, desde luego, emocionante.

Las veladas son el momento de relajarse. Kopano, que ha confirmado a Ketu que su madre y Arouna son pareja, es una chica sin particular

compromiso activista. Estudia Económicas sin privarse de salir por los animados bares de El Cabo por los que esa penúltima noche, junto con Thembisa, los acaba llevando.

Después de bailar hasta quedarse sin aliento en la pista del Scary Canary, Ketu y Yassin asumen que necesitan parar y salir a tomar aire fresco. Se abren paso hasta la animada terraza dispuesta en una balconada y se acomodan a un extremo de la baranda. Yassin, como buen musulmán no practicante y a diferencia de Ketu, apura su tercera cerveza y le tira de la lengua.

–¿Tienes algo con Kopano? Puedes decírmelo. No voy a delataros –ríe.

–¿Qué? –niega Ketu, riendo también–. Es como una hija para Arouna. Prohibido mezclar amor y activismo –suspira, como si hiciera un gran sacrificio.

–Ya, bueno –se pone Yassin serio–, la atracción no se controla.

–¿Te refieres a ti y a...? –Ketu piensa en aquella tarde en que él tocó la guitarra en casa de Carmen.

–Shhh. –Se lleva el dedo a los labios.

–Eh, que aquí no puede oírnos nadie.

Lo divierte verlo achispado. Aunque, fijándose bien, hay en sus ojos un fondo amargo.

–No pasará nada, tranquilo –dice Yassin–. Ya viste al padre del niño.

–Pero no están juntos –replica Ketu–. Él está casado. Son sólo amigos.

Justo en este momento se une a ellos un Thembisa sudoroso y alegre.

–Chicos, me voy, que mañana toca madrugar. ¿Os quedáis?

Los dos, aunque por razones distintas, entienden que lo más prudente es ir con él y dejar atrás a Kopano, el Scary Canary y su instante de complicidad.

Cuando, al fin, se acuestan en el cuarto que comparten como hermanos, el eco de la fiesta aún resuena en sus cabezas como las olas en las caracolas.

La estridente alarma del teléfono sobresalta a un Ketu desorientado que estira la mano para silenciarla. Pero ve que su móvil no ha sonado, está apagado. Todavía con los ojos pegados, advierte que sigue siendo plena noche. Piensa ya que alguien se ha confundido cuando escucha una voz:

–Ketu, Yassin... Shh, shh –les chista Themisa–. Levantaos.

Yassin apenas se mueve, le cuesta reaccionar.

–Venga, ánimo –insiste Thembisa–. Merecerá la pena. Confiad en mí.

Un tanto intrigados, se visten y, ya en la calle, suben al taxi que está esperándolos. Cruzan la ciudad hasta llegar al puerto.

–Pero ¿qué...? –empieza a preguntar Yassin a Ketu.

Ketu tiene un pálpito y, cuando ve en el muelle a Arouna y Noluvo, su

sospecha se acrecienta. Los cinco avanzan hacia el embarcadero. A lo lejos avistan a un piloto junto a una fueraborda. Ketu cruza los dedos deseando acertar.

–Doce kilómetros –murmura Ketu cuando salen a mar abierto–. Casi como el Estrecho.

–¿Vamos a Robben Island? –tantea Yassin, incrédulo.

Las sonrisas de los otros tres se lo confirman. Ketu nota en el pecho un respeto reverencial, que se ahonda a medida que atisban y ven agrandarse la isla. Al pisar su suelo siente la conexión con la historia.

–De día, con las hordas de turistas –explica Noluvo mientras caminan hacia la cárcel–, la visita a la celda de Mandela se desvirtúa. Yo quería, queríamos –mira a Thembisa– daros la oportunidad de acercaros lo más posible a lo que fue para ese hombre, nuestro gran referente de liberación, el encierro que lo forjó.

En la garita de la prisión, reconvertida ahora en monumento, Noluvo entrega las credenciales, y el vigilante, tras revisar los documentos, les abre las puertas. Un celador con linterna sale a su encuentro. Así, a paso lento y sin hablar, como temiendo despertar a presos que ya no están pero cuyas presencias reverberan, cruzan el patio y recorren el pabellón hasta situarse frente al cubículo de puerta enrejada, con barrotes blancos como la ventana. Es una estancia pintada de beige en el tercio más alto, el resto de verde claro. Es la celda siete asignada al preso 466/64. Una manta y un cojín sobre el suelo hacen las veces de lecho, y un par de taburetes sirven de silla y de mesa. Dieciocho años ahí, día y noche, noche y día, pudiendo caminar sólo tres pasos entre una pared y otra.

–Entra, Ketu. –Noluvo se atreve a empujar la puerta.

Él duda, tan nervioso como si dentro fuera a ver a Mandela resucitado, a estrecharle la mano y escucharlo. Al fin, cruza el umbral, y entonces los demás se alejan. Ketu mira a su alrededor sin despegar los labios. Mentalmente, sin embargo, mantiene una conversación: «Lo hiciste», dice. «Convenciste a los blancos de que les convenía ceder. Aquí lo planificaste».

Se fija en la minúscula ventana, en el angosto cielo que deja ver.

«Inspírame, Madiba», le ruega. «Ayúdanos a extender tu conquista de igualdad. Dame inteligencia para montar las piezas de nuestra estrategia, para sacarla adelante. Dame astucia para conseguir los contactos que sellen el pacto. Dame...». Ahí tiembla, se quiebra. «Dame valor y fuerza cuando lleguen el peligro, las amenazas..., el verdadero miedo».

Calla.

Yassin se ha acercado sin hacer ruido y observa a Ketu, sin que él se dé cuenta, al Ketu vehemente, luchador, carismático. A sus ojos, ahí recogido, el hombre se crece, toma el testigo, recibe un legado.

Antes de instalarse en Bruselas, donde está ahora, Ketu volvió a España. Quería ver a Ayo, contárselo todo y, sobre todo, comprobar si, poco a poco, se iba recuperando. La vio físicamente mejor, menos delgada, aunque aún taciturna, por más que disimulara. La perspectiva del juicio, con el reencuentro de sus carceleros y el recuerdo del suplicio, le impedían pasar página. Pero le habló de cómo, si el tribunal hacía justicia, si, como su abogado daba por cierto, condenaba a los acusados no sólo a la cárcel sino también a indemnizarlas, ella y sus compañeras barajaban abrir un negocio: una casa de comidas africanas. Ahí, por un segundo, sus ojos brillaron con el brío luchador de antaño.

Ketu lo recuerda al mirar su nueva imagen ante el espejo. No acaba de acostumbrarse a las gafas, aunque ha elegido las más sencillas y discretas que ha encontrado. Tampoco ayuda el formal traje con esa corbata cuyo nudo se le resiste. Mira el reloj. No puede llegar tarde. El distrito de Matongé está a veinte minutos de la Comisión. Aún no da crédito a que cada mañana entra en el icónico edificio Berlaymont, que hasta ahora sólo veía en los telediarios, por esa puerta flanqueada por las veintisiete banderas europeas que ondean sincronizadas.

Sus jornadas aquí se suceden acompañando a colegas de más rango a reuniones donde él toma notas como un secretario aventajado. Al menos hoy no ha tenido que escuchar esos latiguillos del «blindaje de fronteras», la «lucha contra la inmigración y el terrorismo» o los «contratos aéreos de devolución» con los que levanta la cabeza, asqueado, aunque nadie parezca notarlo. Hace poco, un mediodía en la cantina Convivial, donde más que comer juntos coinciden a la hora de almorzar, dejó caer que él había entrado a Europa a nado. Al momento, todos lo miraron con estupefacción. Hasta que uno del equipo soltó, aliviado: «Pues si has llegado aquí, al menos, algo, el sistema ha funcionado». Ketu no preveía

que por detalles como ése vivir en la capital europea pudiera ser también una prueba de resistencia; no se había imaginado que, después de todo, la vida en esa capital-joya bruñida con el sudor y la sangre de los congoleños explotados por Leopoldo II fuera a costarle a él, como privilegiado becario de un prestigioso organismo, dolor y lágrimas de frustración. No le basta ampararse en el barrio africano donde vive, con su aroma a *moambé* de pollo y *saka saka*, entre reconocibles ritmos de percusión provenientes de bares y pisos, para sentirse a resguardo. Necesita y busca a verdaderos amigos, más allá de su simpático y noctámbulo compañero de piso. Y, poco a poco, intima con Mamadou Diallo, Samba Abdou y Fatou Mahamat, que lo integran en los círculos panafricanistas bruselenses del estigmatizado barrio de Molenbeek, y también con Reda El Omari y Saloua Ben Aïssa, de la asociación Orgullo de Raíz del también desdeñado barrio de Cureghem, donde viven obreros con raíces en el Magreb.

A través de ellos, pero también del eurodiputado de Cambio Posible Mikel Urteaga, retoma en Bruselas la actividad de conferenciante que ya desarrollaba en España. Su elocuencia resuelta, su buena planta y el heroico pasado de superviviente del Sáhara le abren puertas a simposios alternativos y minoritarios y también a otros oficiales, académicos e institucionales. En ellos, Ketu desenmascara a las más famosas figuras de la Ilustración, desempolva citas racistas, critica los estragos del neocolonialismo, denuncia la incongruencia de que el importe anual de ayuda a la cooperación para África sea de ciento setenta mil millones de dólares, mientras que la fuga de capitales de multinacionales occidentales es cinco veces mayor. Y, entretanto, además, empieza a anunciar la necesidad urgente de un nuevo pacto, un New Deal, entre África y la comunidad internacional.

Esa idea llama la atención de Mireia Cusí, buena amiga del eurodiputado Mikel Urteaga, ya amigo suyo.

–Ojo, que ella es socialista –bromeó él al presentársela.

–¡A mucha honra! –replicó la joven política–. ¡Socialista y catalana!

Cusí quiere saber más de ese New Deal y, cuando Urteaga se ausenta para atender una llamada, le da a entender que, si esa idea madura, si como él apunta África concreta algún tipo de nuevo acuerdo con Europa, ella podría ayudarlo a hacer llegar la propuesta a cierto alto cargo «curioso y heterodoxo» del partido socialista.

Ketu se queda intrigado, pero sabe bien que las dudas y cautela son básicas en Bruselas. Pronto incluso alguna entidad financiera y bancaria le ofrece participar en foros con títulos como «Soñando la nueva África» o «El África de las oportunidades». Lo reciben y presentan siempre con elogios, pero es como si, en el fondo, guardaran la esperanza de que, a su

llamada, él se limitara a pedir solidaridad o aquel «0,7 por ciento del PIB para ayudas al desarrollo del Tercer Mundo» que se reclamaba en los noventa. No dejan de sorprenderle las caras de asombro de quienes lo han invitado cuando le escuchan hablar. Se diría que admiran, incluso envidian, su ímpetu; ahora bien, no les entra en la cabeza que de verdad defienda, en serio, la igualdad. La igualdad es una entelequia, intentan explicarles con esos ojos de peces muertos en el mostrador del mercado. Como nunca existirá, alguien inteligente como él debe entender que los poderosos blancos jamás la consentirán. A lo máximo que cabe aspirar –redoblan su esfuerzo comunicativo esas miradas cuando él acaba de hablar y la platea lo despide con palmas lentas, sordas, de circunstancia– es a labrarse éxitos individuales. Él, una cineasta nigeriana, un escritor sudafricano, un empresario sudanés. Flores escogidas que triunfan en el seco páramo. Le dan la oportunidad de destacar al invitarlo a foros como esos en que se empeña en sacar los pies del plato. Pero la línea entre la atractiva osadía y la estúpida temeridad es finísima.

Al final de uno de esos encuentros, se acerca a saludarlo Étienne Diop, un colega al que vagamente conoce de la delegación francesa en la Comisión.

–No sabía que dieras conferencias. Enhorabuena –le dice–, los has dejado impactados. Y eso que no saben quién es ese Biram Babel al que con tanta admiración has citado –añade con ambigüedad.

–¿Para ti es...? –evita él sobrentender nada.

–Un kamikaze –sentencia Diop, tajante–. Un dinamitador de puentes.

La expresión impacta a Ketu. Quisiera gritar: «¿Qué dices? No estoy para nada de acuerdo», pero se oye adoptar el sutil y sinuoso tono del otro:

–¿Te parece?

–Es evidente –responde Diop–. Hablémoslo con unas cervezas, si quieres.

–Yo no bebo –aclara Ketu–. Pero vamos, claro que sí.

Étienne Diop es un francés, hijo de francés, que desmiente esa teoría de la africanidad de todo negro que con tanta convicción enuncia Biram, pues habla de África con distante tercera persona del singular.

–Si África aspira a parecerse a Europa en sus estándares de vida, no debe enfrentarse a ella, sino aprender y cooperar –declara–. Experimentos revolucionarios como los que promueve Babel o con los aliados equivocados, como sus amigos de Rusia, Irán o Venezuela, serán obstáculos para una relación fructífera con Europa. Son vías sin salida donde se perderá tiempo, energía y dinero.

Pero, a la vez, Diop actúa como si a él y Ketu les uniera una camaradería inevitable.

–Mientras más como tú y como yo seamos en los centros de decisión europeos, mejor, ¿no? –llega a decirle en un momento dado.

Eso intriga a Ketu. Alude, sin nombrarla, a una condición de infiltrado, de impostor, de espía, que es justo lo que el propio Ketu siente cuando cada día entra, trajeado y con gafas, en el edificio Berlaymont. ¿Es Étienne Diop otro tipo de servidor de los intereses africanos? ¿Uno menos obvio, más eficaz que él y Despertar?

Una tarde, Diop, tras relatarle el éxito de su familia a través de la historia de su padre, alto cargo ministerial francés desde los noventa, y su madre, galerista, de su hermano y hermana, también con nombres cristianos, asimilados, él cirujano, ella que, tras empezar Arte Dramático y no acabar Bellas Artes, exporta bisutería, tejidos y muebles de la India, da el paso de aconsejarle:

–Sinceramente, Ketu, tu activismo no beneficia a tu carrera. Al contrario, es un lastre que debes dejar atrás.

Ketu no asiente, pero tampoco dice nada. Por contra, agudiza su atención siempre que asiste a negociaciones donde Diop participa. Fija su vista en él, tanto si habla como si calla, con la ilusión de dar con su fórmula maestra para influir en trascendentes decisiones políticas. Sólo que por más que busca no encuentra que arañe mejora alguna. La última esperanza se disipa cuando se filtra a la prensa que el nuevo equipo de veintisiete comisarios, por primera vez presidido por una mujer, por primera vez paritario, seguirá siendo cien por cien blanco. Entonces surge en los escalafones inferiores de la Comisión la idea de escribir una carta interna solicitando que se rectifique y se nombre un equipo con una diversidad más acorde a la realidad europea. Pero, enseguida, Étienne Diop encabeza a quienes maniobran para frenar la iniciativa. Y sobre la marcha éstos serán debidamente recompensados por ello. Una decepción para Ketu, pues le confirma que no hay una vía más suave, más fácil para alcanzar logros que arrancarlos. Lo que no quita, no obstante, que Diop le haya dejado una huella de la que, cuando menos lo espere, brotará una idea quizás útil para el puente.

Conserva, Yassin, en una neblina de sueño, las imágenes de cuando su padre lo dejaba acompañarlo en sus visitas a Algeciras. Eran viajes puntuales, de privilegio, que él ahora entiende vinculados a la sumisión al régimen, a su silencio sobre los años en prisión y las razones de su encarcelamiento. Siempre que sube al ferri, como hoy, contempla desde cubierta la salida del puerto y vuelve a verse a sí mismo, de niño, observando atónito ese Tánger menguante al final de las estelas blancas. Rayas como de merengue batido por las hélices sobre el agua. Inspira hondo para captar la brisa de mar bajo los jirones de nicotina, porque en la actual flota de ferris la cubierta es apenas un balcón donde los fumadores sacian su adicción. Respira. Y vuelve a mirar. La superficie ondulante. Los reflejos. La franja aguamarina que los separa uniéndolos. ¿Podría esa cresta ser el lomo de una orca? ¿Aquel plástico, restos de una balsa *toy* desgarrada? Todo, incluso lo cierto, parece un espejismo en ese fluctuante celeste unido al cielo despejado.

Se pregunta qué le aguarda en Tarifa. Prefiere no elucubrar. De hecho, va para dejar de hacerlo, para sacar algo en claro. En realidad, lo estaba deseando, y él puede pagarse el visado e insistir cuando se lo deniegan y volverlo a pagar y mover más hilos para conseguirlo. Se toca la barba y piensa que tal vez debería habérsela recortado. Se sabe inseguro, y eso le molesta, porque ve en ello cierto complejo frente a ese tal Luca italiano. Complejo de hombre del sur, aunque sea frente a otro sureño, sólo que de un sur más septentrional, occidental, católico, «desarrollado».

Una vez en la otra orilla, se apoya en el respaldo de un banco del parque infantil que hay junto a la muralla y escribe un mensaje a Carmen. Le cuenta que anda por Tarifa, sin inventar motivos, y que, si ella tiene tiempo, le gustaría comer o tomar juntos un café.

Al instante, le suena el móvil:

–Pero, Yassin, ¿qué haces aquí? ¿Cómo avisas sobre la marcha?

Él ríe. Su voz le divierte. No es cuestión de acento, sino de ritmo. Parece el fuego de una candela, vivo y alegre.

–Ya ves, he preferido probar... –le contesta sonriente–. Pero, si te viene mal o no puedes, lo entiendo. No pasa nada, ¿eh?

–Si apetecerme me apetece, la cuestión es cómo organizarme. –Parece sin aliento, entiende que va por la calle–. Dame un rato y te digo qué opción veo, ¿de acuerdo?

–Sin compromiso, Carmen –repite–, sólo si puedes.

Se adentra por un arco de herradura en la medina de callejuelas encaladas tan parecida a la de Asilah. Pasea sin rumbo ni plan hasta que Carmen le manda el nombre de un bar para almorzar. Poco antes de la hora fijada, él localiza la plaza y, como los veladores ya están dispuestos, se sienta a esperarla reprochándose no haberse atrevido a decirle que, si

fuera posible, querría verla sin el niño ni Ayo, a solas.

Quizás eso fuera evidente o también ella lo prefiera, porque el caso es que cuando la distingue al fondo de la plaza, ahora ya repleta de gente, viene sin nadie, ligera como una pluma en el aire.

–¡Vaya sorpresa! –lo saluda sin parecer en verdad sorprendida.

Lo abraza con naturalidad. No pregunta qué hace en la ciudad, como tampoco le explica que ella ha dejado al niño con su madre mientras Ayo está con sus compañeras en un curso de manipuladoras de alimentos.

–¿Cómo os fue en Sudáfrica? –le pregunta, eso sí–. ¿Qué tal va todo?

Comen y beben saboreando la rareza de estar solos, mirándose, mostrándose y viéndose favorecidos cada cual en el espejo del otro. El sol brilla fuerte. A veces, Carmen, de forma inconsciente, cierra los ojos y gira la cara hacia sus rayos.

–Carmen...

–¿Sí? –Parpadea, deslumbrada.

–Nada, se me ha ido... –se retrae él por no quebrar el instante.

Prolonga el silencio luego, cuando se alejan de la multitud, rumbo a la playa en calma. Pisan la arena descalzos, con los zapatos en la mano. Ahí, frente al viento, cada cual acalla los reproches que se hace: él, el de estar actuando como un adolescente, anhelando besarla conlleve lo que conlleve; ella, el de estar dejándose llevar como si, ahora, dadas sus circunstancias, no debiera sopesarlo todo más.

–Carmen... –vuelve a decir él, y se detiene.

–Yassin... –Ella lo mira sin filtros.

–Yo sé –empieza, dudando si tocarla–, me hago una idea... –Le coge la mano–. Quiero decir que no es como si el niño no existiera. No lo tomo a la ligera. Y, aun así, al empezar, uno nunca sabe, no puede saber...

–Nadie sabe nunca nada. Ésa es la verdad. –Carmen mueve la cabeza para quitarse el pelo que el viento le ha echado en la cara.

–Algunas cosas sí sabemos, ¿no? Tú, di. No quiero asumir lo que no es.

–Yo sé... –busca las palabras– que me alegra que vengas... Y que, sin Luca, ya estaríamos en casa –bromea a medias.

Ríen, aunque ella esquiva su intento de abrazarla.

–Pero también sé que no quiero más hijos ni hacer sufrir a nadie. Lo tengo claro. Creo que debes saberlo, y yo no quiero ocultártelo.

–Entiendo –le dice él, pasándole un dedo por los labios–. Yo sé que quiero estar contigo. Y quiero ir paso a paso.

–Bien. –Ella entreabre la boca, y el índice de él roza sus dientes.

Carmen toma la iniciativa y se acerca. Cuando, al fin, descubren el sabor mutuo, ambos se sienten vivos y más fuertes que el viento, el mar y el presente.

Thiane llevaba meses insistiendo en que Ketu se reuniera en Jartum con ella. Lo que la impulsó a viajar a Sudán fue oír hablar de esa «revuelta de las madres de Atbara». Se habían echado a la calle desafiando incluso la *sharia*, con sus castigos de latigazos, porque ya no podían pagar ni el pan. La leche y la carne hacía mucho que eran prohibitivos tras las decisiones del Gobierno y el Fondo Monetario Internacional. Pero ahora también el pan se volvía un lujo inalcanzable, y sus hijos morirían de hambre.

A Thiane, esa rebelión que prendió muchas más le hizo pensar en los inicios de las primaveras árabes de 2011. Aquella vez Sudán se quedó al margen porque justo afrontaba la escisión de Sudán del Sur patrocinada por EE UU y la guerra civil que acabó dejando el norte sin petróleo, empobrecido desde entonces hasta el día de hoy. Pero ya la gente no aguanta más. No soportan la corrupción galopante del dictador Omar Al Bashir ni de la corte que conforma su familia. Les subleva que el noventa por ciento del presupuesto se destine a blindar su seguridad. Y, por más que éste ha tratado de reprimir las protestas, arrestando a miles, matado a cientos para evitar ser derrocado por el encarecimiento del pan igual que le pasó al presidente Nimeiry en los años ochenta, el mar de fondo sigue creciendo. Corrientes de disidencia se abren paso entre las asociaciones de médicos, abogados, periodistas, colectivos de trabajadores agrarios, entidades vecinales y movimientos universitarios, y juntos han creado la llamada Central de Profesionales del Sudán. Thiane preconiza un antes y un después en esta dictadura de treinta años. «Nuestro proyecto del puente tiene que salir de los despachos», ha argumentado. «Debe venir al encuentro de la gente». Ketu tiene la impresión de que, aunque no lo diga, quiere también probar su temple más allá de oficinas, discursos y papeles. Ella lo que sostiene es que, si Sudán logra democratizarse, sus nuevos dirigentes saldrán de entre los actuales líderes de las protestas y serán

jóvenes, idealistas, con experiencia en cambiar la realidad y abiertos a cambios aún mayores, continentales, como los que ellos persiguen con el puente.

La vehemencia de Thiane acaba por imponerse. Ketu encuentra una fecha en que ausentarse de Bruselas y, con pericia y engaños, logra que lo dejen entrar en Sudán, pese a las actuales restricciones, alegando que va a visitar los yacimientos de Naga, Al Sufra y Meroe para ofrecérselos a mayoristas turísticos europeos interesados en abrir rutas exóticas.

Los nervios por la inestabilidad que va a vivir allá donde va hacen mella en él durante todo el vuelo, desde que despega en la nublada Bruselas hasta que vislumbra, aún de lejos, esa Jartum envuelta en la gasa naranja de polvo del Sáhara oriental; ese que en los mapas figura como desierto de Bayuda. Jartum es una ciudad mítica, aunque, como todo Sudán, eclipsada por el esplendor histórico del cercano Egipto. Ketu pega la cara a la ventanilla y contempla la confluencia curva del Nilo azul de Etiopía y el ugandés Nilo blanco que da a la capital sudanesa el sobrenombre de «la trompa del elefante».

A ras de suelo, ya en compañía de Thiane, las evocaciones inspiradoras y los sugerentes velos del paisaje dan paso a una realidad lacerante. Tras apenas pasar por el piso de los Habani en el distrito de Al-Amarat, Thiane lo conduce al hospital donde trabajan sus anfitriones, los doctores Tayeb y Nima Habani. Ellos le muestran a pacientes heridos, tullidos, amputados, que, según cuentan, son quienes los han decidido a poner fin, como pareja, a su «vida previa de inacción e indiferencia».

–¿Cómo puede el Gobierno –se pregunta la doctora Habani ante un anciano sin piernas– hacer esto al pueblo por pedir menos corrupción, un reparto algo mayor de los recursos del país? ¿Cómo manda a sus esbirros a tirotearnos –muestra en la pared los orificios de bala– para que no podamos curarlos?

La indignación también es patente en la asamblea clandestina a la que asisten más tarde. En un local oscuro y atestado, con el aire viciado, escuchan al abogado Salah Elbagir, que expone las líneas maestras de una próxima protesta, y a la ingeniera agrícola Amal Ahmed, que les explica cómo preparar mascarillas antigás, empapándolas en vinagre o recubriéndolas de un engrudo hecho con levadura. Antes de dispersarse, Thiane y otros compañeros de Despertar en Jartum, presentan a Ketu a los ponentes.

–Como ves, planeamos la manifestación definitiva –dice Elbagir.

–Un paro nacional total –precisa Ahmed con la mirada encendida.

Ketu asiente, atento a lo que le cuentan y, a la vez, temiendo que los ruidos tras la puerta precedan a una inminente redada de fatales consecuencias.

–Nos reconforta mucho sentir el apoyo de hermanos africanos –asegura el abogado–. Así que gracias por estar aquí respaldándonos.

–Salah, sois ejemplo, sois faro. Teníamos que estar –declara Thiane.

–Sí, venimos a aprender –corrobora Ketu.

–Thiane nos ha avanzado algo de vuestro proyecto. –Amal mira intensamente a Ketu.

–Sí, y nos encantaría que nos dieras más información, Ketu –asegura Salah–. Y así podernos sumar, por supuesto, llegado el momento.

Los días en Sudán se suceden más cargados de encuentros y vivencias de lo que podía suponer. Imágenes, palabras y experiencias merodean por su cabeza cuando, al final de cada jornada, se tumba en la cama plegable del piso de los Habani, exhausto e insomne. Amal, la muy atractiva Amal, les ha enseñado el barrio de Omdurman, donde se hacinan jóvenes emigrados del campo que ahora malviven en la capital; luego, en una furgoneta, ella misma y su compañero Jamal Lo Liyong, agrónomo, los han adentrado en los áridos caminos con acacias secas entre Al Bageir, Algalgala o Al Hilaiya, por pueblos donde recaban el respaldo campesino a la insurrección. Los paisanos lamentan que la tierra ya no dé sorgo, ni maíz, ni nada; las madres lloran a hijos perdidos en su ruta de Libia a Italia y en el mar Rojo hacia la península arábiga. En una de las aldeas, levantada junto a un yacimiento con restos de templos de arenisca roja, entre columnas derruidas y junto a la alucinante efigie de una cría de elefante, Amal, cargada de una espiritualidad milenaria, arengó a la población a ritmo de salmos. La gente pronto empezó a batir suaves palmas, y las mujeres, en particular, ulularon cada vez que oían la palabra *thawra*, «revolución».

Un amanecer, al fin, llega la hora de la verdad. Incluso desde bien temprano se constata que la ciudad se ha echado a la calle. Tayeb y Nima Habani abrazan a su madre y suegra, la señora Dalia, y se despiden de lejos, emocionados, de los niños, que aún duermen en el cuarto.

En las escaleras del edificio, se topan con muchos vecinos, hombres y mujeres, que se miran serios, conscientes del riesgo, pero orgullosos de su valentía y dignidad. En la calle son muchos más; las aceras y el asfalto están repletos. Ketu se inquieta por un momento; es la presión de estar a su altura, sobre todo de esas señoras y jóvenes, educadas bajo una interpretación opresora del Corán y, pese a todo, listas para reclamar derechos y libertades. Y se extraña de que el aparato del Estado no haya averiguado nada. Sigue la mirada de la multitud hacia los tejados, en busca de francotiradores preparados para disparar. Se siente expuesto. Y por un momento piensa en su madre, en Sophie y en Ayo, pues ellas ignoran dónde está.

Marchan lentos pero decididos hacia el Parlamento. En medio del

puente del Nilo blanco, de pronto, silba algo, como un petardo. La gente se remueve. Al poco, otro. Son disparos. Aprietan el paso, aunque con la suficiente serenidad como para no correr en desbandada y aplastarse. Así llegan frente a la escalinata de la cámara parlamentaria, ésta sí rodeada de policías armados por los cuatro costados. Ketu y Thiane, que en el puente perdieron de vista a los Habani, otean entre la turbamulta buscándolos, y entonces se dan cuenta de que un grupo de manifestantes se acerca a la guardia armada. Entre ellos está Salah, y, junto a él, Amal, aunque ella va casi irreconocible con una túnica y velo blancos de aspecto ceremonial. El hombre que lidera el grupo blande un papel. Los policías empuñan sus metralletas. Ketu y Thiane se tensan mientras observan el forcejeo entre quienes insisten en entregar el manifiesto y los guardias, que se niegan a aceptarlo. Éstos levantan las armas. La gente empieza a clamar: «¡Libertad, democracia!»; «¡Tenemos hambre, queremos pan!»; «¡Tanta pobreza no se aguanta más!».

De repente, de entre el grupo de Salah, uno levanta un megáfono:

–El Parlamento rechaza al pueblo al que debería representar. ¡Que conozcan nuestro mensaje! ¡Queremos que Al Bashir se vaya!

La osadía entusiasma a la multitud, que vitorea: «¡Fuera Al Bashir!», «¡Fuera Al Bashir!».

–Somos pacíficos –retoma el portavoz–. Queremos democracia, y por eso hemos venido hasta el Parlamento. Pero, si las instituciones están huecas, si son prisioneras del dictador, interpelamos a nuestro ejército, ¡al ejército de Sudán!

Ketu y Thiane se miran estupefactos, sin entender ese paso.

–Sois nuestro ejército, hermanos –continúa el joven–. Os debéis al pueblo, y no a quien os usa como su guardia de seguridad. ¡Vayamos a reclamar la alianza del ejército con el pueblo a las puertas del Cuartel General militar!

Gritos, palmas, y una gran confianza en los rostros sorprenden a Ketu, que considera la maniobra arriesgada. Mientras los manifestantes vuelven al puente, Thiane y él tratan de acercarse a Salah o Amal.

–¿Va todo según queréis? –le pregunta Ketu, inquieto, cuando consiguen llegar junto a él.

–Sí, hermano. Todo sigue el plan trazado.

–Pero el ejército... Sus tiroteos contra la gente...

–Sin minimizar las cosas que han hecho, las peores atrocidades son de la secreta. En todo caso, tenemos que negociar. No tendremos democracia hasta mínimo en dos años, pero hoy debemos lograr que el ejército eche a Al Bashir.

–¿Cómo los convenceréis? –pregunta Ketu.

–El peligro es... –empieza Thiane a la vez.

–Con la presión en la calle y moviendo hilos de puertas para dentro.

–¿Tenéis acceso al ejército? –se asombra Ketu.

–Más aún –baja Salah la voz–: algunos son de los nuestros.

–El riesgo –retoma Thiane– es cambiar a un dictador por otro.

–Lo sabemos. Pero los militares ahora conocen la fuerza del pueblo. Tendrán que decidir si prefieren otra guerra civil, sólo dos años después de la de Sudán del Sur y diez tras el conflicto en Darfur, o pactar un gobierno de transición mixto, civil y militar, que nos conduzca al fin a unas benditas elecciones.

Van por calles desconocidas, en las que no se fijan. De pronto, estallan ráfagas, llueven balas, y la gente huye aterrada. A su alrededor, Ketu ve a gente que cae herida o que se atropella entre sí. Sangre en algunos, y también en el suelo cuando, junto a Thiane, se arrastra a los bajos de un coche. Oyen gritos de dolor. La gente se guarece en los portales. Cada vez caen más. «¿Qué hacer? ¿Qué hacemos?», duda Ketu mientras protege a Thiane con su cuerpo.

Aguantan ahí un poco, y luego cambian de acera, corren tras la marea humana, torciendo esquinas, cruzando plazas, sin saber hacia dónde ir. El polvo de sus pisadas enturbia el aire, cuesta ver y respirar, pero siguen adelante, sudando, jadeantes, con el pulso latiéndoles en las sienes, el pecho a reventar, punzadas en el vientre. Entre silbidos de tiros, detonaciones y alaridos, desembocan en un inmenso descampado frente al cuartel, completamente rodeado de carros blindados. Van a masacrarlos. Esa certeza irrumpe en la mente de Ketu. Dispararán y les pasarán por encima. ¿Por qué entrar en la boca del lobo? La gente, apelotonada y quieta, consulta los móviles, para confirmar en las redes sociales que la consigna es congregarse allí y esperar a ser más, muchos más. Esos más llegan desde todos los puntos, sin parar, como una marea. Al fin, de nuevo con el megáfono, los cabecillas repiten la exigencia de que el dictador se vaya y lanzan al ejército consignas de unión al pueblo.

–Soy Mahmoud Abouleila –toma el testigo otro joven–, hijo del capitán general Abouleila y portavoz de familias militares, de quienes traigo una carta.

En el sepulcral silencio vuelan miradas de gratitud y respeto.

–Soldados y altos mandos de Sudán –grita–, ¡no abráis fuego! ¡Escuchad a la gente humilde y corriente! Vosotros sabéis, como el resto, que lo que asfixia a los sudaneses ya no es la falta de futuro, ¡es que no hay presente! Y la situación es insufrible también en el ejército. La nación no aguanta más. No somos enemigos. Todos somos sudaneses, y nos necesitamos mutuamente. ¡Echemos a los corruptos y corrijamos el rumbo!

«¡Fuera Al Bashir!», «¡Fuera Al Bashir!», se corea con euforia

nerviosa.

Entonces, de repente, una voz surca la plaza. Ketu y Thiane la reconocen: es Amal. Se dan la vuelta, y ahí está, de pie, encima de un coche blanco. Va vestida toda de blanco, desde el filo de la túnica junto a sus pies al sutil velo que le rodea la cabeza. Ella, desde esa posición metro y medio sobre el suelo, apunta, reivindicativa, con el índice al cielo. La luz del ocaso la baña entera de oro y se refleja en sus pendientes, dos lunas llenas que brillan como soles. Amal clama: «¡Thawra!», y pide cuentas investida de una misteriosa autoridad. Sacra, ancestral. Toda la plaza la mira extasiada. Ketu se siente absorto en su magnetismo. Ella, una sola mujer, encarna de modo casi mágico el espíritu de Sudán y de la joven África. Y él no da crédito a estar presente allí, a conocerla; sólo desearía que todo el mundo desapareciera y poder quedarse a solas con ella. Porque Yassin, ahora lo entiende, estaba en lo cierto: uno, por más que quiera, no decide sus impulsos ni domina el curso de la vida.

Su modesto árabe, que le ha bastado estos días para comunicarse, le permite entender la mayor parte del cántico de Amal. Escucha, cautivado, esa plegaria que surge y se eleva. Una especie de rezo que la trasciende y provoca una poderosa sensación de unión entre la gente. Ketu capta frases y términos aún con el hueco de otras palabras, como esa que memoriza tras escucharla repetidas veces: «Kandaka».

–Los nietos de las kandakas llevamos vidas humilladas. ¡Thawra! Ahora nos rebelamos por el futuro en nuestras manos. ¡Thawra!

La multitud se acerca a Amal, rodea el coche al que está subida y la escucha conteniendo el aliento.

–Nos amenazan con balas, también el silencio mata.

–¡Thawra! –algunos se atreven a repetir entre susurros.
–Viviendo acobardados nos han robado treinta años.
–¡Thawra! –se oye más alto. Y empiezan a acompañarla dando palmas.
–El pueblo sufre y pasa hambre, mientras que Al Bashir vive en la opulencia.
–¡Thawra! –gritan con rabia.
–Que no aplasten la dignidad de la estirpe de kandakas.
–¡Thawra!
–Kandakas de hoy, ¡resucitemos nuestro legado espiritual!
–¡Thawra! –claman, esta vez sonrientes.
–El tesoro que vamos a conquistar: democracia, pan y paz.
–¡Thawra! ¡Thawra! ¡Thawra!
Están enfervorecidos. Los destellos azules y verdes de los móviles brillan cada vez más a medida que anochece. «¡Kandaka! ¡Kandaka!», aclaman a Amal. «¡Kandakas! ¡Kandakas!», aplauden los hombres a las mujeres. Ketu observa a esa Amal transfigurada, asumiendo cuánto lo atrae.
–¿Qué significa «kandakas»? –pregunta a un joven cercano.
–Son nuestras reinas guerreras. Las reinas del Imperio nubio.
Ketu ve justo el apelativo. Ella emana una autoridad brutal. Acaba de protagonizar un instante histórico, similar al de los alemanes que martillearon el muro de Berlín o al del joven chino que desafió a los tanques en Tiannanmen. Aunque queda aún por saber si aquí hoy todo acabará en tragedia o en libertad.
La gente, enfervorecida, ayuda a Amal a bajar del coche. Thiane y él esperan pacientes a que el gentío se disperse.
–Estáis aquí. –Ella alarga su mano hacia Ketu cuando lo localiza a unos pasos.
–Sí –le sonríe Thiane.
–Ha sido... Has generado una unión tan potente... –Ketu intenta expresar su conmoción.
–Gracias –sonríe ella, satisfecha–. Necesitamos ese orgullo de origen, creer que todo es posible...
Antes de que termine la frase, la marea humana que abarrota la plaza se abre y deja paso a un reportero y un cámara blancos que vienen flechados hacia ella.
–¿Podría atendernos un momento, por favor? –le preguntan.
Ketu y Thiane se alejan cuando inician la entrevista, y esta última telefonea a los Habani, que han vuelto al hospital para atender a los masacrados. Luego, aún con el móvil en la mano, llama a su amigo:
–¡Ketu, mira!
Un vídeo de Amal se ha hecho viral en redes sociales con las etiquetas

#ReinaNubia #RevoluciónSudán, y ha sido reproducido, visto, compartido y comentado por usuarios de todo el mundo.

–Es que ha sido espectacular –murmura Thiane, justo lo que Ketu está pensando.

En la plaza reina un ímpetu casi festivo. Al oscurecerse el cielo, se encienden candelas. Con jarapas, tablones y cordeles, usando los árboles como pilares, se montan especies de jaimas para guarecerse. Thiane y Ketu, junto con algunos camaradas de Despertar Sudán, van por una callejuela hasta la ventana por donde dos señoras despachan brochetas *shoya*. De vuelta, Thiane se sienta y departe con unos estudiantes. Ketu, incapaz de estar quieto, pasea como una sombra entre los grupos teñidos del naranja de los fuegos, preguntándose si acaso nadie siente ese miedo que a él lo aturde.

A lo lejos, ve que Amal se ha cambiado el atuendo y vuelve a vestir ropa informal: camiseta gris y pantalón negro. La mira, como llamándola, hasta que ella siente su mirada y levanta hacia él los ojos. Amal sonríe, quieta donde está, y aguarda a que llegue a su lado.

–Hola –le dice Ketu–. Ya no llevas...

–¿La *thawb*? La he guardado. –Señala su mochila–. Es herencia de mi madre, de sus protestas en los ochenta, casi una reliquia.

–¿Te han dicho ya que hay vídeos tuyos dando la vuelta al mundo?

–¿En serio? –Niega con la cabeza, sin dar crédito.

–No debería sorprenderte. Nos has dejado... impactados.

–¿Sí? –Lo mira de soslayo y echa a andar despacio.

Avanzan unos pasos callados, hasta que Ketu vuelve a hablar:

–Tu voz, tu valentía, el cántico... No podíamos dejar de mirarte.

–Yo sólo quiero que sea útil –se detiene y lo mira– para acercar la libertad. Quiero remover conciencias, como tú en esos vídeos tuyos que he visto.

–¿Has buscado vídeos míos? –Él sonríe, halagado.

–Sí. Me has inspirado. Tu idea del puente, tú... eres extraordinario.

–¿Yo? Para nada. Si me leyeras la mente, quizá te decepcionarías.

–¿Por qué? –sonríe como con pesar–. ¿Te gustaría que la revolución se esfumara, que no hiciera falta tanta batalla y pudiéramos pasear sin más?

–Así que las kandakas... sois adivinas.

–Sólo he descrito lo que yo misma querría.

Su insólita claridad lo desarma. Ella da un paso más.

–Todo es factible, si hacemos que lo sea.

–¿De verdad? –susurra él.

–Yo quiero conocerte más. Conocerte...

–¿Te refieres a hoy? ¿Ahora? –explora él, atónito.

Le parece de pronto verse desde fuera, que esos dos no son ellos sino

otros.

–Pero ¿y luego qué pasará? –verbaliza sus dudas.

Ella se muerde el labio inferior.

–Quizá disparen, quizá ganemos.

Sus ojos húmedos desafían al mundo. El contexto de peligro, la conciencia de lo efímero hacen que el deseo de apurar cada instante sea más palpitante.

–Ven –le ofrece su mano, y él la acepta.

Los dos se alejan de esos viejos himnos generacionales que la gente corea sobre el crepitar de las hogueras. Lejos del humo, todo se ve nítido. Por la calle lateral, hacia las afueras, las estrellas parecen más bajas sobre los tejados. Avanzan más rápido, y, nerviosos, sus respiraciones se aceleran. Aún agarrados de la mano, echan a correr intentando no hacer ruido. Ahogan las risas. Al volver una esquina, paran, se acarician. Ya lejos, en la oscuridad, llegan los besos, cuando las voces son un rumor y jurarían que todo es falso fuera de ellos. Entran en una casa que ella abre como si fuera un portal fuera del tiempo; en ese lugar, solitario y extraño, como abandonado, llegan a un destino inesperado y, a la vez, visitado en sueños tan íntimos que es como si lo estuvieran recordando. Ellos no buscan ya palabras, pero ahondan el uno en la otra y gimen y exhalan, mezclando sus alientos con la madrugada, que, minuto a minuto, avanza, deliciosa e implacable.

Antes del alba, más sigilosos que ella, se levantan, se recomponen entre miradas de complicidad y vuelven a la plaza, donde con el desconcierto nadie repara en nadie ni pide cuentas. Pese al bienestar que sienten, poco a poco, la tensión ambiente los cerca. Por momentos, se separan, se reúnen y vuelven a alejarse. A medida que el sol se eleva en el cielo, se multiplican los rumores sobre qué está pasando y lo que va a pasar en breve. Versiones contradictorias de progresos, puntos muertos, peligros inminentes. El temor emponzoña el ambiente. El megáfono vuelve a amplificar consignas. Hasta que se oyen nuevos gritos, más disparos.

–¡Un comando! ¡Un comando! –alertan.

La gente, en vez de dispersarse, corre hacia el cuartel coreando:

–¡Ejército, defiéndenos, somos tu pueblo!

Los blindados arrancan. Pero no embisten a la gente, sino que van por vías laterales. Entre las voces y carreras no se oyen ya más ráfagas.

–Tranquilos –dice Amal, acercándose a ellos–. Se oponen a los antidisturbios del Gobierno.

–¿Seguro? ¿Cómo lo sabes? –pregunta Thiane.

–La Central de Profesionales negocia con los capitanes generales.

La tensión es máxima. Y dura horas. Los móviles se consultan sin descanso ni novedad. Nadie quiere llegar a otra noche de incertidumbre.

Hay reuniones por sectores y asambleas de los portavoces, al habla con los que negocian con el ejército.

–Seguimos con escollos –resopla Salah–. Pero no nos rendiremos.

En ese momento, recibe una llamada y se aleja. Cuando cuelga, Ketu sigue su mirada hacia otros, que asienten. Le dan el megáfono, y Salah anuncia:

–¡Quieren parar la revolución! ¡Vayamos al palacio presidencial!

Los gritos de «¡Sí!» y «¡Adelante!» resuenan mientras la gente se pone en marcha tras la cabecera, pero Ketu fija su atención en los soldados, impávidos. Su cabeza vuela a la negociación de la Central de Profesionales con los militares y, sin poder evitarlo, ve como en un espejo, la imagen que él proyecta sobre el puente entre África y la Unión Europea. Salah no está sentado en la mesa con los capitanes generales, está ahí en la calle. «¿Se sentaría la presidenta de la Comisión Europea con Biram?», se plantea de pronto. «No», se responde, recordando lo que tantas veces, con disgusto, ha oído perorar a Étienne Diop. Su servilismo le sigue asqueando, pero hoy, ahora, en este contexto, no deja de encontrar cierta razón en parte de su razonamiento. Y, si las dudas lo hubieran asaltado en Ciudad del Cabo, al menos podría haberlo hablado con Arouna sentado ante la mesa de un despacho, y no expuesto a tiroteos y enfrentamientos.

El miedo crece conforme se acercan a la residencia de Al Bashir. La guardia presidencial que la custodia no es ya ese ejército al que se pide protección, sino el cuerpo más leal al dictador, cuyo destino está unido a lo que a él le pase. Son el enemigo. Y los reciben apuntándoles.

Thiane y Ketu no van, como Amal y Salah, en segunda o tercera fila, sino mucho más atrás. Y Ketu tiembla al imaginar la carnicería si de pronto abrieran fuego. Con los disparos y la terrible estampida, morirían por cientos. Lo piensa a la vez que se dice que Thiane insistió en que viviera esta revolución para aprender cosas útiles para impulsar el puente. Y, sin embargo, ahora hombro con hombro con ella, no se atreve a confiarle las ideas que se le ocurren.

–Thiane... –da el paso.

–Dime. –Y, como él calla, le insiste–. ¿Qué?

–¿Crees que Biram se sentaría a negociar con los militares?

–No entiendo. Él no tutela esto. Los sudaneses son soberanos.

–Ya. Digo si él fuera sudanés, si fuera de la Central de Profesionales del Sudán. ¿Sería él el enlace?

–La capacidad de Biram está fuera de duda. –Lo mira extrañada.

–Ya, pero ¿lo dejarían sentarse?

–¿Desde cuándo se pide permiso a la contraparte?

–Nunca –reconoce Ketu–. Sería perder autoridad antes de empezar, cierto, pero... Es mal momento –se arrepiente–, ya hablaremos.

–No, sigue. Di qué tienes en la cabeza –le espeta ella con recelo.

–Nada raro ni malintencionado, como tu tono me da a entender. Sólo que, cuando se negocia con voluntad de acuerdo, se eligen representantes... asumibles.

–¡No puedo creer lo que oigo! ¡Y sí, pésimo momento!

–Thiane...

–¡Hablas del puente! ¡Apuntas a Biram como escollo! ¡Segundos antes de que quizá nos maten!

–Abro ojos y mente, como tú querías que hiciera. Mira lo que está pasando aquí y ahora. Mientras tú y yo nos peleamos, el tiempo pasa sin disparos. ¡Es por algo, Thiane! Por gente habilidosa sentada alrededor de una mesa. No digo que Biram no esté en la partida. Lo que me planteo es cuál debe ser su mejor puesto por estrategia.

–Ah... –suelta–. ¡Maldita ambición! ¡Mierda!

–¿Qué dices?

–¡Que no quieres estar aquí en la calle, sino en los despachos! ¡Lo estarás, Ketu, si no jodemos el invento! ¡Pero no estarás solo! ¡Nadie puede hacer algo tan enorme por sí mismo! ¡Es un trabajo de equipo!

–¡Lo sé! Si me escucharas, verías que tiene sentido. Hay que llevar distintas líneas, como aquí: reivindicación, lucha y un plano más diplomático.

–¿Para que parezca que se ha ganado algo y que luego sea falso?

–¡Al contrario! Para que la otra parte pueda pensar que nos manipula y darle al final la sorpresa de que nuestra conquista implica mucho más que la construcción de un puente, de que es un cambio radical de sistema.

–Siempre hemos aspirado a eso –le contesta ella muy seria–. La traición no se contempla. No quitaremos a Biram de en medio.

–¿Quién habla de...? No quieres entender...

–Yo no alentaré otra traición como la de Compaoré contra Sankara.

–¡Eso no te lo consiento, Thiane! –Le da la espalda, indignado con la alusión al episodio posiblemente más infame entre revolucionarios africanos.

Ketu intenta abrirse paso. Pero justo ahora estallan algunos artefactos. La gente se tira en masa al suelo. Ketu toma a Thiane de la mano a tiempo de evitar que la estampida los separe. Las detonaciones provienen de la retaguardia. Son tanques. Y parece que a favor del pueblo, porque circula la consigna de no irse lejos. Enseguida, la marea humana busca refugio en los cercanos jardines del Museo de la República. A Ketu le suena el móvil, pero tarda en reaccionar.

–Estoy bien –oye la voz de Amal al otro lado–. ¿Y vosotros? ¡Menos mal! Escucha, Ketu: ¡Al Bashir se va! ¡Se va! ¡Los militares vienen a echarlo! ¡Lo logramos!

La reacción de la gente a su alrededor prueba que la noticia vuela. Thiane se cubre la cara con las manos. No puede creerlo.

–Alguna vez hay que ganar, hay que ganar –la oye susurrar.

Le pesa haberla enfadado y decepcionado hace un instante.

–Thiane, sabes que yo jamás...

–Lo sé. –Lo abraza–. Lo sé, Ketu, perdóname. No he debido... Lo de Sankara... Lo siento tantísimo. –Llora en sus brazos–. Siento no poder borrarlo, evitarte escucharlo. No deben comprarte, ¿entiendes? Prométemelo. Prométetelo a ti mismo. Lo intentarán. Lo hacen siempre. Es fácil. A cambio de una buena vida, de nunca más volver a sentir este miedo. Y nos queda tanta angustia..., tantas amenazas. Tienes que estar con el pueblo. Tu visión es poderosa, no puedes traicionarla. ¡Hoy cae Al Bashir! ¡Y caerán todos los dictadores aliados de Europa! ¡Nos liberaremos! ¡Unidos, lo lograremos!

–Te lo prometo, hermana –responde Ketu, agarrándola por los hombros.

La euforia de una revolución victoriosa, la plenitud de celebrar con Amal, la alegría de los amigos sudaneses se apoderan de Ketu y lo llevan en volandas través de las siguientes intensas jornadas.

El triunfo, no obstante, es frágil. El ejército se resiste a formar con civiles un gobierno de transición hasta las elecciones. Y a Ketu le asusta que sigan la estrategia de los militares egipcios que frustraron el Gobierno democrático de Morsi tras la caída de Mubarak; le inquieta volver a Europa dejando aquí un futuro tan incierto. Y separándose de Amal. Durante días, fantasea alternativas, aun sabiendo que al final va a regresar a Bruselas.

Queda en él para siempre, eso sí, la celebración con los pies en el Nilo junto a los Habani, sus hijos y cientos de familias más, gozando del atardecer ocre intenso con sabor a libertad. También la sangre y el pavor previos, los tiros, y los muertos y heridos. Aquel instante catártico: Amal, de blanco, sobre el coche, con sus pendientes dorados, cantando. La noche juntos. El momento del adiós, las promesas de reencuentro, el tacto de las manos, ese último roce de los dedos, de los labios, la última mirada ya en el control del aeropuerto. Todo vuelve a Ketu, en bucle, en la escala de El Cairo.

La espera va para largo. Sentado ante la cristalera, sus ojos vagan por la pista donde los aviones aterrizan y despegan quién sabe con qué planes de vuelo.

–Déjame adivinar –dice un hombre de pie junto a él–. Ha sido toda una experiencia, ¿eh?

Aún a contraluz lo reconoce.

–¡Biram! ¿Cómo es que...?

Se abrazan.

–Pues porque tienes dudas, ideas, propuestas de estrategia, ¿no?

–Sí. Thiane te lo ha contado, ¿no? Bien, sí, debíamos hablarlo. Pero ¿cómo has podido..., así, sobre la marcha...? ¿Dónde estabas?

Es la primera vez que los dos están a solas cara a cara. Nadie repara en ellos. Se escuchan y preguntan. Toman notas, uno en un pequeño cuaderno, otro, en el teléfono. Biram se pellizca el ceño, como contrariado. O concentrado. Ketu desarrolla su planteamiento, ahora con ayuda de un esquema que traza en la libreta. Nada hace presagiar que ésa será la última vez que se vean.

Como si no fuera ya difícil gestionar la incertidumbre de si Arouna y Thiane encajarán bien lo que Biram va a decirles, como si no costara volver desde el Jartum revolucionario a Bruselas y sobrellevar la añoranza de Amal, hoy, nada más llegar a la Comisión y encender el ordenador, la alerta que tiene activada sobre noticias del Estrecho le descubre algo perturbador: «Se cumplen noventa años del proyecto Atlántropa», reza el titular. Luego, el texto detalla que se trataba de un plan concebido en los años treinta por el arquitecto alemán Herman Sörgel para que «Europa se anexionara África». No lo había oído jamás, y le cuesta creerlo, pero el redactor explica que «la idea era unir África a Europa construyendo tres represas y desecando gran parte del Mediterráneo, para ganar los treinta millones de kilómetros cuadrados africanos, la mayor reserva mineral y energética del planeta».

«¿Este plan existió? ¿En serio?», se pregunta mientras teclea en el buscador «Herman Sörgel» y «Atlántropa». Para su estupor, internet le devuelve el dibujo de la cuenca mediterránea como una boca a la que le

hubieran cosido los labios, con las comisuras y el centro unidos por tres presas paralelas: una en el estrecho turco de Dardanelos; otra, entre Sicilia y Túnez, y la última y mayor, en Gibraltar. Una boca que se hubiera bebido casi todo el mar, que ya apenas sorbiera el último trago, porque se pretendía extraer grandes caudales marinos y desalarlos para regar el Sáhara y «adaptar así el clima africano a las necesidades de los europeos que se asentarían en el territorio anexionado».

Ketu sigue leyendo, cada vez más confuso, cómo pretendían también cambiar el curso del río Congo, el más caudaloso de África, el segundo, tras el Amazonas, del mundo, hasta convertirlo en un mar interior, un mar dulce, que anegara el territorio de todo el Congo, una extensión igual a Francia, España, Suecia, Alemania y Finlandia juntas. Se marea al imaginar a la población huyendo o borrada del mapa con sus aldeas y ciudades, rebaños y cabañas, valles y cumbres. Los noventa millones de congoleños actuales siendo un pueblo sin país, errante.

Atlántropa no fue, según constata enseguida, la idea de un loco solitario y sin apoyos. El proyecto recibió el respaldo de varios líderes alemanes durante la República de Weimar. Y, de hecho, tanto el visionario arquitecto que concibió el engendro como cuantos lo apoyaron alegaban razones pacifistas, nada menos, para impulsarlo. Temerosos de que la enorme recesión imperante en Europa abocara a la Segunda Guerra Mundial tan poco después de la Primera, concibieron esas obras faraónicas que crearían empleo para enormes masas de obreros y generarían lucrativos beneficios para los empresarios y Estados del viejo continente.

Si los nazis, una vez en el poder, no impulsaron enseguida este proyecto expansionista fue porque priorizaron extenderse por el este. Prefirieron, frente a los retos hidráulicos de Atlántropa, impulsar la industria del genocidio a base de cámaras de gas. Pero, a criterio de historiadores solventes, de haber ganado la guerra, de haber culminado el holocausto, habrían desempolvado los planos del bienintencionado Sörgel y arrasado África hasta borrar incluso su nombre.

Ketu se quita las gafas pese a que ahí, en la oficina, siempre se obliga a llevarlas. Se frota los ojos y los deja cerrados hasta que un colega le pregunta si está indispuesto. Él lo niega y se recoloca las gafas, aunque en verdad sí le angustia ignorar el pasado y subestimar el mal del que la especie humana es capaz.

Recuerda ahora al amigo ecologista de Carmen, sus objeciones sobre el puente por más que intentaron convencerlo. «¿Tendrá él razón y estaré yo equivocado?», duda. «¿Hundiríamos del todo África en vez de levantarla? ¿Me estaré dejando llevar sólo por la vanidad? ¿Por qué cuesta tanto rectificar?».

*

–Ketu, me desconciertas –le dice Thiane cuando él le confiesa sus dudas–. Ni el puente ni ningún proyecto es en sí bueno o malo. Desde el principio, hemos sabido que todo depende de a qué logremos asociarlo.

–Exacto –refuerza sus palabras Arouna–. Es inquietante que, de pronto, esa vieja historia haga tambalear unas convicciones que eran tan sólidas.

Ketu lamenta flaquear, sobre todo ahora que al fin han llamado para decirle que asumen la estrategia de separar los caminos del puente y Despertar para vencer los recelos que puedan tener ciertos gobernantes y élites empresariales.

–Yo sigo creyendo en el puente... –responde–, pero con más dudas. Y, sobre todo, no quiero decidir solo justo ahora que se trata de abrir una nueva etapa, una de ruptura, donde barajáis incluso iros de Benín. Me da inseguridad cuántas cosas estaremos pasando por alto, qué errores podemos cometer, cuántos goles van a colarnos...

–Nadie es infalible, ni siquiera Biram –le contesta Arouna calibrando el peso que Ketu debe de sentir por sustituir a un referente tan importante.

–Bueno, démonos un plazo, ¿de acuerdo? –plantea Thiane–. Vamos a estudiar esa aberración de Atlántropa, nos lo pensamos y volvemos a hablar.

Nadie dice nada, pero Ketu asume que ellos lo comentarán todo con Biram, igual que él piensa sondear a Ayo, Yassin y Amal. Ella se ha convertido de la noche a la mañana en una fulgurante estrella del activismo internacional, hasta el punto de ser invitada a exponer la situación de la transición sudanesa ante la asamblea general de Naciones Unidas, como en su día Malala Yousafzai hablara del terrorismo fanático del que fue víctima en Pakistán y Greta Thunberg alertara del riesgo de destrucción medioambiental.

Cuando Ketu habla con ellos, los tres relativizan las sombras que el precedente de Atlántropa pueda proyectar sobre el puente.

–Quizá –le dice Amal por videollamada– te asusta la responsabilidad. A mí también me agobia tener que hablar en Nueva York para que respalden a nuestra joven democracia porque la verdad pende de un hilo. Pero ¿sabes qué?

–Dime –contesta mientras, en secreto, se pregunta cuándo volverán a estar juntos.

–Que no depende sólo de mí, ni de ti. Tú siempre lo has dicho: nuestras conquistas vendrán de un movimiento colectivo. Y, si los africanos lo hacemos, será como nosotros queramos, no como nadie

quiera imponernos. Piénsalo.

En función de los días, uno y otra se relevan en flaquear e infundirse ánimos. Cuando al fin llega la gran cita que ella tiene ante el célebre hemiciclo verde de Naciones Unidas, Ketu constata, mientras sigue su intervención en directo, que Amal se crece ante los retos.

«¿Estás viendo a Amal?», le pregunta Thiane por mensaje.

«Sí, estoy aquí», le contesta, «orgulloso de la talentosa joven África».

Thiane se toma tiempo en contestar. Borra y reescribe durante un rato.

«¿La que usará un puente de palanca y moverá la Tierra a otra órbita?», aprovecha ella para sondear.

«Ésa. Exacto, amiga», le envía Ketu sonriendo.

Mientras Ketu, Thiane y Arouna abordan cuestiones organizativas derivadas de la separación del puente y Despertar, como el uso de una aplicación propia distinta a Ubuntu o la apertura de una sede física en Kinshasa o Acra, Amal pone a Ketu al corriente de un contacto potencialmente interesante que ha hecho tras su intervención en la ONU, en el Centro Africano de Nueva York.

–Es su directora, Hania Osman, una sudanesa de nuestra edad, hija del magnate Hosh Osman. El famoso Osman...

–¿El de los teléfonos y el índice Osman?

–¡Entre un sinfín de cosas más, sí!

–¿Y bien?

–Pues, tras hablar de Sudán, comentamos que África tiene que dar un verdadero salto adelante, ya, y entonces desperté su curiosidad sobre el puente... Y, claro, quiere saber más.

–¿En serio?

–Sí. Aun viniendo de esa élite de la que viene, parece tener los pies en el suelo y ser abierta de mente. Estoy casi segura de conseguir que podáis tener una reunión con ellos.

–¡Amal, es fantástico!

–Sí, bueno, ojalá se concrete... Y tengo otra buena noticia.

–¿Otra más? ¿Cuál?

–Me han... Me da apuro decirlo y es, por supuesto, en representación de los demócratas sudaneses, pero me han concedido el Premio Sájarov del Parlamento Europeo.

–¿Cómo?

–Que me otorgan...

–Te he escuchado, lo estoy procesando. Pero, Amal..., ¡enhorabuena! Y, además, ¿no se entrega en Bruselas?

–¡Exacto! ¡Ellos no saben –ríe emocionada– el regalo que nos hacen!

–¿Así que vendrás? ¿Cuándo? ¡No puedo creerlo!

La euforia les infunde ánimos hasta el reencuentro y, cuando llega la

fecha, sienten una alegría desbordante.

Amal evita proyectar su destino juntos, pero a Ketu se le hace raro no hablar de futuro en pareja y una mañana, aún en la cama, acaba por tantear qué va a ser de ellos.

–No nos mintamos, ¿de acuerdo? –le contesta ella con dulzura, abrazada a su pecho–. No vamos a casarnos ni a tener hijos ahora. Ninguno queremos eso. No hay nada malo en no quererlo. Luchemos por nuestros sueños. Somos jóvenes, luego seguro que habrá tiempo.

Con perseverancia, entre desconfianzas y negativas, a través de llamadas y reuniones, el puente va abriéndose paso, poco a poco, en las agendas africanas cada vez más relevantes: profesores universitarios, empresarios innovadores, influyentes inversores y hasta políticos y gobernantes. El primer alto cargo que manifiesta interés es el subsecretario de Estado de Desarrollo del nuevo Gobierno de la República Democrática del Congo, un ilusionante ejecutivo que acaba de poner fin a veinte años de autocracia de los Kabila, padre e hijo, tras los treinta de dictadura de Mobutu Sese Seko.

Mientras esto sucede, en España, Carmen y Ayo plantean a Yassin organizar un encuentro en Tarifa y Tánger, en años alternos, con el fin de atar lazos entre gente de una orilla a la otra.

–Inmigrantes, por supuesto, pero también rescatadores, activistas, guardias de frontera... –especifica Carmen.

–Colectivos que coinciden y se ven pero no se comunican –aclara Ayo.

–La idea es preparar el terreno...

–Para que acojan bien el proyecto del puente cuando lo destapemos –entiende Yassin.

En efecto, ése es el objetivo del que se acaba llamando I Congreso Unión del Estrecho, una cita en la que se vuelcan durante los meses siguientes.

Desde que conoció a Julia, Carmen ha querido que Irene y ella hablen de las llamadas de rescate según las viven ambas. Y también quiere abordar con Ismael y sus compañeros de Salvamar por qué son menos empáticos con los inmigrantes que esos rescatadores voluntarios de las ONG que patrullan el Mediterráneo; por qué, a diferencia de éstos, no hablan con los rescatados, no los consuelan ni los abrazan.

Convencer a Ismael y su tripulación para que participen en la mesa redonda les cuesta semanas de insistencia, pero al fin aceptan. Julia, en cambio, sólo se compromete a asistir a alguna jornada como oyente.

La sesión que reúne a rescatadores e inmigrantes es, como cabía prever, de las más interesantes. Los chavales sin papeles reprochan que los rescatadores lleven esos trajes de protección, como si ellos contagiaran el ébola, y denuncian un trato casi policial, deshumanizado.

–Cuando nosotros no hacemos nada malo, no somos delincuentes –critica con pesar el senegalés Khafor.

–Ya, pero la asistencia no es cosa nuestra –se justifica Ismael–. Eso lo hace Cruz Roja en puerto. Lo nuestro es rescatar rápido para seguir rescatando.

–No nos miráis, ni en el barco ni ahora –replica el mauritano Moctar.

Ismael levanta la vista de sus rodillas.

–Cierto. Deberíamos. Lo siento. Pero, en veinte años de rescate, incluso evitándolo, ve uno cosas que no soporta y se traumatiza. Yo, aunque parezca una tontería, no toco una bolsa de basura, porque, en cuanto la rozo, me viene el olor a descomposición de los cadáveres que metemos en las fundas de plástico.

La congoja le impide seguir por un momento. Se aprieta las manos.

–Deberíamos hacerlo mejor –concede al cabo–, pero no puedo prometer siquiera intentarlo. Porque, si me pongo a mirar, a hablar, a conocer a cuantos subo al barco, no lo aguantaría. Me deprimiría y dejaría el trabajo.

Un respetuoso silencio acoge la sinceridad de las palabras de Ismael. Khafor, a su derecha, le aprieta el hombro, pero vuelve a replicar:

–Entonces, hermano, si vosotros también sufrís la locura de lo que está pasando, unámonos para cambiarlo juntos. Por favor, ayudadnos.

Un escalofrío recorre la sala. Julia, atenta, mira a Ayo.

Hay sesiones más técnicas, otras más prácticas y algunas polémicas, como cuando activistas y periodistas se enzarzan a cuenta del sentido o mero morbo de publicar fotos de inmigrantes menores de edad. Los encendidos debates se alargan y, cuando cierra el auditorio universitario, acaban trasladándose a este o aquel bar donde los participantes van a cenar.

Esta noche, han elegido un local tranquilo a pie de playa.

–Qué buenos testimonios, Carmen –dice Yassin cuando se sientan al extremo de la larga mesa sobre la arena–. A ver el año que viene, en Tánger...

Las luces titilan al otro lado del mar. Las olas suenan cadenciosas, y la brisa se agradece, porque refresca.

–Todo será aún mejor, ya verás. –Se descalza, relajada–. De los vínculos que se entretejan ahora pueden salir grandes cosas.

Los veintitantos charlan en grupos o por parejas. Irene discute algo a Ismael con su convicción habitual, respaldada esta vez por el joven senegalés. Ayo y Julia los observan sin llegar a escuchar bien lo que se dicen.

–Al menos –susurra Ayo a Julia–, las dos os habéis puesto cara.

Ésta capta el tono de reproche.

–Sí, me ha gustado conocerla –responde–. Pero debatir en público nos lo habría puesto todo mucho más complicado todavía.

Ayo quisiera dejarlo ahí, ir a hablar con otra gente. Julia la pone nerviosa. Sus ojos verdes y su forma de mirarla la atraen, su voz la remueve. «Pero ¿por qué trabaja en la torre?», se pregunta. «¿Cómo lo soporta?».

–¿Alguna vez te han ordenado...? –empieza, y al momento se frena.

–¿Sí? –la anima Julia a terminar la frase.

–¿Te han dicho que retrases un rescate o que ni siquiera lo mandes?

Ella ya intuía que Ayo la juzga; sabía que llegaría una conversación así y, por respeto, no tiene la menor intención de escudarse en mentiras.

–Nunca nadie lo dice así –responde mirándola a los ojos–. El tema es si dejar que nuestras salvamares salgan de aguas españolas y busquen a los náufragos en las internacionales, o incluso en las marroquíes. Ahí es donde está el tira y afloja.

–Y tú, ¿cuánto insistes en que vayan? –la desafía.

Julia traga. Lamenta de antemano ir a decepcionarla, no ser más joven y más guapa y haberla conocido en mejores circunstancias. «Pero no la voy a engañar», se repite. «No, después de todo por lo que ha pasado».

–Pues yo... hago lo que puedo sin jugarme el puesto.

–Genial –resopla Ayo.

Los ojos de Julia se pierden en un indeterminado fondo.

–Siento no ser heroica, pero soy sincera.

–Ya –responde seca, trasluciendo que eso no basta.

Julia le mantiene la mirada, se resiste a avergonzarse.

–Yo sé que vosotros no decidís –admite Ayo– y que salváis vidas –añade–, pero... –se le acelera el pulso, consciente de que va a desvelarse– imagina que intercambiáramos nuestras existencias. Piensa que el ser discreta sobre quién eres verdaderamente, qué quieres y a quién amas no sirviera para que en tu país te dejen vivir en paz.

Ayo lee en el sutil gesto de Julia que, como imaginaba, sabe a qué se refiere.

–Imagina –retoma– que tu familia decidiera por ti y te obligara a casarte con un viejo; a acostarte con él una y otra vez y a darle diez, doce hijos, todos los que tu cuerpo pueda. Para luego criarlos, atrapados contigo, en esa vida no elegida ni por ellos ni por ti, una vida miserable sin opción de mejora. Imagina que tú fueras quien huyera de esa pesadilla, y yo quien trabajara en la torre y te dijera: «Hago lo que puedo sin jugarme el puesto». ¿Podrías conformarte con eso?

Julia mueve lentamente la cabeza, niega en silencio. Quisiera que Ayo la entendiera sin tener que hablar. Nunca ha sido locuaz, más bien tímida, reservada. Pero entiende el valor de la palabra.

–No, no me bastaría –calla e inspira profundamente–. Me llenaría de rabia –trata de intentar comprender los sentimientos de Ayo–. Querría que añadieras que no duermes, que no vives de pura mala conciencia al saber que hay gente que se hunde delante de ti porque las decisiones justas no se toman. Ni se tomarán.

Ayo la ve dolorida en su forma de apretar los labios.

–Sé que juzgarte está mal, Julia... –titubea.

–No te preocupes –contesta ella–. Di todo lo que pienses. Para mí es importante... –posa la mano en su antebrazo– no serte imperdonable.

Una sensación de irrealidad, un escalofrío devuelve a Ayo, después de tanto tiempo, al pueblo, al recodo donde iba con su mejor amiga. Confunde el rumor de este mar con el del río y las risas. Parece mentira que, después de todo, y todo es tanto, aquella Ayo subsista.

–Yo... Mejor no... –Se remueve–. Por cosas que...

–Perdona –Julia separa la mano–, no te sientas...

–Al contrario, sentir esto es... Sólo que...

Julia se dice que es mejor dejarlo estar, pero a la vez teme que esa intimidad se volatilice.

–¿Podríamos hablar más otro día? ¿Pasear, quizá?

–Puede. Veremos –asiente Ayo.

Quien más quien menos en la mesa quisiera alargar el encuentro, que no se disuelva tan rápido. Irene, Ismael y Khafor ríen ahora por algo, mientras Carmen y Yassin hablan con complicidad. Cuando traen la cuenta, algunos proponen volver paseando por la playa. Casi todos aceptan.

La línea de huellas va bajando hasta la orilla. El aire marino es intenso, embriaga. El Estrecho se ha embravecido mientras bebían, charlaban y cenaban.

–Cuando vengas a Tánger... –Yassin hace planes, y Carmen deja que esta noche las expectativas vuelen libres.

Ahí, a cierta distancia, arremolinado en la arena, distingue un pareo o una de esas telas que la gente compra en verano a los *paisas* para tumbarse y tomar el sol.

–Anda que... Si esto se lo traga el mar... –Lo levanta con dos dedos. Y, al tocarlo, tiene una intuición. Se vuelve hacia las olas y, al segundo, el agua regurgita al ahogado–. ¡Dios!

Arrastra al hombre, se hinca de rodillas, le da la vuelta, le hace el boca a boca e intenta que suelte agua girándole la cara. Así varias veces, pero nada.

–¡Llamad al 112! –chilla Carmen, y al momento Julia avisa con su móvil.

–¿Y eso de allí? –señala Yassin otro bulto más adelante.

–¡Hay más! ¡Son más! –grita Irene angustiada mientras corren por la orilla.

En efecto, hay un reguero de cuerpos esparcidos a lo lejos. Quienes saben de primeros auxilios les retiran la arena de boca y nariz e intentan, repetida, insistentemente, reanimarlos. Pero no sirve de nada. Son muertos, cadáveres, que riegan la orilla.

–¿Éste tampoco? ¿No? –Carmen recorre los grupos desesperada.

Incapaz de reaccionar, desde su burbuja de silencio, Ayo mira la terrorífica escena. Son cuatro, seis, once cuerpos los que van apareciendo. Contempla a los que se mueven como ralentizados; abren exageradamente los ojos, las manos y las bocas mientras voltean inútilmente los fardos, zarandeándolos en vano. Yassin toma un bulto pequeño, un niño muerto, en brazos; demudado, avanza con él como con una ofrenda sacrificial.

–¡Ahhhhhh! –El aullido de Carmen rasga hasta el embotamiento de Ayo–. ¡Ni uno vive! ¡Ni uno! ¡Dios, no! ¡Nooooo! ¡Puta mierda! ¡Puta mierda ya! ¡Hijos de putaaaaa! ¡Cabrooones!

Agita sus puños en dirección al pueblo, a Madrid, al norte, al cielo.

–¡No dejáis de matar! ¡No dejáis de matar! ¡Venid y mirad esto! ¡Venid y mirad! ¡Y luego, si podéis, si sois capaces, si conseguís perdonaros por lo que estáis haciendo, atreveos a seguir viviendo! ¡Tened el valor de no suicidaros, de no quitaros de en medio! ¡Escoria, monstruos miserables! ¿Cómo es que esto sigue? ¿Por qué no logramos pararos? ¡Culpa nuestra también, culpa nuestra!

Empieza a golpearse la cabeza con los puños. Yassin deja al chiquillo en los brazos de Julia, que se obliga a no temblar, y se acerca a ella.

–¡Carmen! ¡Carmen! –intenta Yassin abrazarla, contenerla.

Estruendosas sirenas se acercan.

–¡Déjame! –se revuelve ella–. ¡Yo estoy bien! ¡A mí no me pasa nada! ¡Yo soy una privilegiada, no la víctima de nada! ¡No soy la ahogada, la machacada...!

Ahí, de pronto, piensa en Ayo. La busca en pleno ataque de nervios, y al fin la encuentra inmóvil y sola entre la agitación de luces y sombras. Corre hacia ella.

–¡Ayo!

La aferra e intenta hacerla reaccionar.

–Esto va a acabar, se va a acabar –le dice, acariciándole la cabeza–. Haremos que acabe, te lo prometo. Lo vamos a conseguir, créeme, di que sí.

Ayo se sacude como atravesada por un rayo. Las dos se abrazan, se aprietan. Y, entre lágrimas, caen en la arena.

Para extender la idea del puente, planifican una gira por facultades y asociaciones africanas; siguen la exitosa fórmula de Despertar, con la idea de movilizar a la juventud del continente y aparecer en los medios. Ketu sabe que no es como Biram, y tiene claro que debe volcarse en el proyecto; así, cuando consiguen la financiación necesaria, decide dejar Bruselas y establecerse en Kinshasa junto a Arouna y Thiane.

Serán Rashâd y otros colegas periodistas quienes monten la estrategia de comunicación. Subrayan la importancia de exponer en detalle las capacidades africanas, de incidir en la urgencia de renegociar relaciones justas norte-sur. Gracias a sus dotes oratorias, Ketu se labra pronto un destacado perfil público. Le harán muchas entrevistas; pero un acto sobresale: el del auditorio de la universidad ghanesa de Acra. Su intervención es tan apabullante que la audencia, en pie, se lanza a corear: «¡Puente Gibraltar, puente Dignidad!». Los periódicos, radios y televisiones llegan a compararlo con Malcolm X y su histórico discurso, en el mismo lugar, en 1964.

Por una vez, Ketu es tan consciente del buen papel que ha hecho que, cuando despierta a la mañana siguiente, no le extraña encontrarse con una avalancha de llamadas perdidas y mensajes por leer. Sólo que, al primer vistazo, constata que muchos son reenvíos de un enlace de vídeo. Sobrecogido, Ketu oye decir a un Biram indignado:

–Salgo al paso de esa insensatez del puente entre África y Europa.

Pausa el vídeo, toma aire y lo reinicia, dispuesto a encajar lo que venga.

–Comparezco –retoma Biram– para evitar equívocos, porque los impulsores de ese absurdo proyecto eran miembros de Despertar y usan el bien ganado crédito de nuestro movimiento para promocionarse... ¡Y justo los echamos por esa ocurrencia del puente!

«¿Por qué haces esto, Biram?», se pregunta Ketu, boquiabierto.

–¡El puente, os lo advierto, es una nueva estrategia de los blancos para seguir expoliándonos! ¡Nuestros antiguos camaradas son unos ingenuos y se dejan manipular! Despertar Panafricano nació para desenmascarar las maniobras blancas con las que pretenden someternos, ¡y seguiremos luchando mientras nos quede aliento! Conectarnos con Europa por un costosísimo puente no es ningún remedio mágico. Al contrario, la solución es romper amarras. Porque, si Europa consiente un puente con África, ¡que nadie os engañe –mira tan furioso a cámara que Ketu lo siente ahí, acusándolo–, será para expoliarnos más, de forma más fácil y barata! ¡No para desmontar sus alambradas, abrirnos sus fronteras y tratarnos, al fin, como hermanos! Dejemos de engañarnos con que los blancos cambiarán. Los africanos debemos levantarnos contra aquellos de nuestros gobernantes que nos tiranizan mientras se muestran sumisos con Europa. Debemos dar el poder a representantes honrados que planten

cara a los europeos y acaben con su dominio monetario, financiero, minero, petrolero, pesquero, comercial... ¡Ojalá el rico empresariado africano nos apoyara en esto! Pero ellos sólo miran por su asqueroso dinero y amasan sus fortunas gracias a un vínculo privilegiado con los blancos. Un vínculo que les conviene estrechar, ¡incluso con ese puente del estrecho de Gibraltar! ¡No contéis con Despertar para los engaños de siempre! ¡No manchéis el movimiento que hemos levantado a base de años, esfuerzo, proyectos honestos, arrestos, multas, cárcel y destierro!

Ketu permanece unos instantes conmocionado, derrotado. Cuando al fin reacciona, llama a Arouna y Thiane, que están también desolados. Por más que intentan recabar información, de forma directa e indirecta, sobre el porqué de ese ataque de Biram, chocan con un muro de silencio. La estampida de colaboradores desconcertados es continua, y viven semanas sombrías en las que parece que, aunque no dejan de achicar agua, el proyecto va a hundirse sin remedio.

Hasta que, de pronto, se encadenan varios acontecimientos largamente perseguidos: el primero, la reunión en Lagos que Amal lleva tanto tiempo intentando cerrar con Hania Osman y su íntima amiga, Zainab Duany, hija del magnate de la construcción y la alimentación Alhassan Duany; después, el apoyo público del presidente liberiano George Weah; acto seguido, la creación de una comisión de capitales estatales propuente formada por Pretoria, Jartum, Kinshasa, Acra y Monrovia. Es un inesperado vuelco de los acontecimientos y, paso a paso, a mejor ritmo que antaño, más voluntades se van sumando en visitas a Lusaka, en Zambia y Bangui en República Centroafricana. Tras incontables reuniones, oficiales y secretas, a un nivel cada vez más alto, incluso en la sede de la Unión Africana en Adís Abeba, los países más contrarios al puente acaban por ser minoritarios. Al principio por la mínima, después ya con rotundidad. Desde sus distintos intereses nacionales, con diverso grado de entusiasmo y con una credibilidad variable según se trate de unos u otros mandatarios, los expertos en multilateralidad africana aseguran al fin que no recuerdan ningún consenso tan amplio como el que ahora se teje en torno al puente.

Mientras se perfila el acuerdo oficial y la fórmula para plantearlo a Europa, Ketu se encarga de tantear discretamente al Gobierno de España por dos vías. En primer lugar, a través del vicepresidente segundo, Mario Alba, de quien tiene el contacto desde que intentó ficharlo como diputado por Córdoba. Alba, que accede a recibirlo en su despacho en Madrid, queda impactado por la osadía y ambición de Ketu. Pero, aun con las mejores palabras, alega que los socialistas no aprobarán «semejante desafío de lo conocido», pues vetan «cosas mucho más sencillas, como acabar con las devoluciones en caliente a las que es adicto el ministro de

Interior Gómez-Irrusti». Ketu preveía esa reacción, es lógica, pero debía hablar con él antes de llamar a Mireia Cusí e intentar que los socialistas promuevan el puente en el Consejo de Ministros. Pues, si lo logra, Cambio Posible no se sentirá ninguneado y lo apoyará.

Mireia hace tiempo que dejó Bruselas para ejercer de mano derecha de Jaume Fornés, líder socialista catalán. Se alegra mucho de oírlo, pero no se decide a tramitarle la entrevista con Fornés.

–Si no te convence, tranquila –le dice Ketu–. La propuesta oficial se está perfilando en la UA y llegará directa de Adís Abeba a Bruselas. Yo quería poneros sobre aviso, porque preferimos un liderazgo de España que de la intervencionista Francia, pero, si tú o tu jefe no lo veis... –lanza la idea.

Mireia comprueba los datos que Ketu le envía sobre ese organismo español que a ella no le suena, el SECEGSA, y comenta luego con Fornés, quien en los noventa impulsó la barcelonesa Cumbre Euromediterránea, el mucho crédito que le merece su contacto camerunés. Al cabo de semana y media, la cita queda cerrada. Por alguna razón que no le precisan, será en Sevilla, con la asistencia de un tal Fernando Vélez, economista e ingeniero, que dirige el Hight Research Center de la Comisión Europea en esa ciudad. Ketu, por su parte, avisa de que él irá acompañado del ingeniero Yassin Cherkaoui.

Llegado el día, en vez de recibirlos en la sede de la entidad que preside Vélez o en alguna dependencia oficial, lo hacen en el anodino módulo 14 de la novena planta de un impersonal edificio de oficinas en un barrio de la periferia. Mireia los recibe sonriente y les presenta a Fornés y Vélez; el primero, cercano y risueño, como en esos mítines y entrevistas donde se presta hasta a bailar; el segundo, hierático y glacial.

–Bienvenidos. Sentaos –los acoge Fornés como en casa–. Os confieso que venimos por lo insólito del planteamiento...

–Y por la nómina de promotores de un puente que es tan difícil que se concrete –enfría Vélez las expectativas.

Ketu se recoloca las gafas con energía, decidido a ser tomado en serio, e invita a Yassin a exponer qué equipo multinacional de ingenieros firma el proyecto. Luego aclara que, tras esta primera toma de contacto, si resultara conveniente, una delegación de la Unión Africana estaría dispuesta a celebrar una reunión bilateral con el equivalente nombrado por el Gobierno de España.

–África detallaría qué cláusulas, compromisos y contrapartidas conlleva el puente, igual que va a hacerlo con Gran Bretaña por la posible variante de que éste parta del peñón de Gibraltar.

–Eso, francamente... –resopla Vélez.

–Lo digo porque se está explorando esa posibilidad –contesta Ketu–,

pero no quisiera que nos enredáramos con Gibraltar, que sé que es un tema espinoso para vuestra diplomacia. Pero debería quedar en nada si España asume la oportunidad histórica que se le presenta: la de ser clave en la nueva etapa que ahora comienza.

Tras evocar juntos la Conferencia Euromediterránea cuyo fracaso Fornés y Ketu coinciden en lamentar, éste apunta:

–Hay dos desafíos actuales que serían fundamentales para España.

–Tú dirás –responde Fornés, apoyando la barbilla en los puños.

–El primero es la epidemia de terrorismo fanático que arrasa el Sahel, esa franja bajo el desierto del Sáhara que atraviesa, de oeste a este, toda África. Francia, como sabéis, aunque esto no trascienda entre la gente de a pie, acaba de sacar corriendo de allí a sus tropas tras fracasar en la acción militar europea contra el ISIS, DAESH y Boko Haram. Pero es que ahora, además, se están expandiendo por la zona los siniestros mercenarios rusos de ese llamado Grupo Wagner, célebre por sus atrocidades en las guerras de Ucrania, Siria, Libia y en el saqueo de oro y diamantes de la República Centroafricana. Bueno, pues bien –hace Ketu ese gesto ya tan suyo de reajustarse las gafas–, los españoles deberíais dejar de cerrar los ojos e implicaros en la deriva demencial de la zona. Porque a España el Sahel le queda mucho más cerca que a Francia, y no podríais esquivar la onda expansiva que ese estallido puede suponer. Os cogería en primera línea.

Vélez y Fornés intercambian miradas.

–Hay un segundo hecho que pasa inadvertido –retoma Ketu–, aunque está a punto de arruinar a vuestros tres grandes puertos: Barcelona, Valencia y Algeciras.

A Fornes, Vélez y Mireia les cuesta disimular la intriga.

–Por primera vez en la historia, este año, a causa del deshielo del Ártico por el desastre climático, un carguero ruso ha completado la ruta báltica en pleno invierno. Rusia, China y EE UU ya se relamen ante esta nueva tarta hecha de reservas de petróleo y gas bajo el mar. Pero esta ruta báltica es un desafío para Europa, sobre todo para la mediterránea, y sin duda para España. ¿Va a resignarse la Unión Europea a quedarse fuera del eje comercial horizontal chino-ruso-estadounidense? ¿O verá la importancia de oponer a ese eje otro vertical: el euroafricano?

Ketu siente sobre él todas las miradas y deja que el silencio se alargue antes de continuar:

–El eje Ártico será dramático, porque acelerará la catástrofe medioambiental, ya que puede desmembrar cada vez más la masa helada del polo, lo que subirá el nivel de los océanos y afectará a islas y costas. En cambio, una columna vertebral que uniera desde Finlandia a Sudáfrica podría ser la poderosa palanca que el mundo necesita para cambiar, para

mejorar. ¿Asumirá España su esencia, el ser umbral entre continentes? ¿Se atreverá a coliderar con África el paso a un tiempo nuevo? Más aún –recorre, por turno, las miradas de Fornés, Vélez y Mireia–, ¿sería sensato no atreverse cuando el puente impulsaría a España como potencia europea y mundial?

Tanto el impetuoso Fornés como el contenido Vélez sienten esa energía de Ketu de la que Mireia les ha advertido.

–¿Acaso tiene España –añade Ketu– un plan estratégico mejor, más atractivo, con más potencial generador de riqueza para evitar que los propios jóvenes españoles sigan emigrando a Alemania o a Irlanda, que plantar cara a la pugna EE UU-Rusia, o a la ambiciosa nueva ruta de la seda china, que impulsar el proyecto de puente del estrecho de Gibraltar?

Al escucharlo, todo parece posible. Más aún, razonable y deseable. Hasta urgente. Sólo que ese puente, la obra de ingeniería y, sobre todo, el cambio de paradigma que él apenas esboza, pero ellos, buenos entendedores, ya intuyen, es inconcebible, no encaja en la geopolítica que se maneja hoy en día.

Sin embargo, la reunión se despide con buen clima y siembra en Fornés el interés por rastrear la situación de los puertos españoles. Pronto averigua que tanto Valencia y Algeciras como, sobre todo, Barcelona sufren por el avance del puerto griego del Pireo y por la irrupción en el tablero del marroquí Tánger-Med; éste, que no existía hace veinte años, se ha disparado porque, mientras que Marruecos lo apoya como motor estratégico, Algeciras sigue conectado al resto de España y Europa por una vía férrea del siglo xix aún sin electrificar. Y, poco a poco, se da cuenta de que, tras décadas en la desgastante pugna entre los nacionalismos catalán y español, el posible puente lo oxigena. Y por eso celebra como una gran noticia el mensaje que le reenvían Ketu y Mireia de la Unión Africana para Presidencia del Gobierno solicitando «abordar propuestas de infraestructuras africano-europeas con sólido interés para España». Fornés jamás lo confesaría, pero el encuentro con Ketu le ha hecho preguntarse si sería una fuerza de voluntad llameante como la suya la que viera Isabel la Católica en los ojos de Colón y la convenciera. No puede evitar plantearse si quizá su destino, si todo lo aprendido como histórico «fontanero» del partido, cobrará un sentido profundo, trascendente, al favorecer ese puente. «A mis sesenta», piensa, «quizás aquí tenga la posibilidad de dejar huella». Un puente de estas características crearía indudablemente riqueza, reorganizaría el equilibrio de poder europeo y podría ser un revulsivo frente a ese fascismo que crece en Europa con sus soflamas antiinmigrantes, antimujeres y antihomosexuales; como él mismo que, si al fin puede mostrarse como tal, si no tiene que ocultarlo, es gracias a decisiones políticas que en su día también desafiaron los

límites preestablecidos hasta lograr derribarlos.

Una compleja red de motivaciones personales y políticas explica lo que sucederá al poco tiempo, si bien nadie lo entiende. Así, en la remodelación de Gobierno del presidente Sanchís forzada por la dimisión de Mario Alba para afrontar la crisis madrileña de Cambio Posible, Jaume Fornés, que siempre ha sonado como ministrable de Administraciones Territoriales, acaba siendo nombrado ministro de Infraestructuras y Transportes.

Desde su acceso al cargo, Fornés familiariza al presidente con el SECEGSA y hace hincapié en la utilidad de contemplar obras como los gaseoductos que cruzan bajo el Estrecho garantizando así un suministro energético desde el Magreb. Ello no implica que, cuando Sanchís lo autoriza a tantear qué infraestructuras proponen los africanos en esa reunión que la UA ha solicitado, y Fornés vuelve con la propuesta del puente, el presidente, confrontado a mil urgencias, la considere con seriedad.

Sin embargo, al poco, ecos de negociaciones africano-británicas sobre el puente de Gibraltar alertan a varios gabinetes y cancillerías de la Unión Europea. Entonces, el presidente de Francia, Étienne Moreau, llama a Sanchís. Y también lo hace el canciller alemán, Rainer Schulz. Pronto se interesan por el asunto su homólogo portugués, el italiano, belga, austriaco, irlandés... Ahora sí: Sanchís convoca de urgencia a Fornés. No puede más que agradecer a su ministro su olfato y sentido de la anticipación. Ese puente desafía los cimientos de la política, pero cierto es que la vieja política se tambalea y amenaza con arrastrar a Europa al caos. Y, entre tanto, España tendrá ya cierto trecho avanzado con los africanos en explorar un orden nuevo. Lo bastante quizá para, esta vez, no quedarse atrás.

EL PULSO

El ventilador de techo gira con rapidez. Sus aspas silban al mover el aire y disparan una sucesión de luces y sombras fluctuantes. Pero, a pesar de todo, reina el bochorno, un calor pegajoso que impone cierta sensación de irrealidad. Ocurre tanto en la habitación de hotel donde Ketu revive lo sucedido horas atrás como en el salón en penumbra donde Carmen y Ayo esperan para ir a la manifestación. La firma del acuerdo será en dos días.

Aquí, en Sevilla. Lograr el consenso africano ya fue una suerte de milagro: algunos Estados aprueban el puente por razones distintas y hasta opuestas; otros, más que quererlo, consienten. Cada cual mira por sus intereses, pero al fin se han unido todos y juntos han negociado frente a Europa; han cedido con dolor y frustración en puntos clave para lograr, gracias a ello, contrapartidas importantes. Tumbado bajo el ventilador, sin atender a su movimiento, Ketu reflexiona y anticipa posibles consecuencias. «Quizá», se dice, «debimos exigir que la cumbre fuera en África». No le dieron importancia, pero visto ahora es posible que los europeos hayan interpretado su buena voluntad como un rasgo de debilidad.

Ayo se balancea en la mecedora. Contempla, absorta, como hipnotizada, las rayas claras y grises que la persiana dibuja en la pared. Sus ojos se entrecierran. Ni Fatou, la más informada de sus compañeras, ha querido acompañarlas a Sevilla. «¿Para qué?», le discutía, «si ya está todo pactado, sólo queda que firmen». Julia sí pidió permiso en el trabajo, pero no se lo dieron. «Tened cuidado, ¿eh?», le acarició la cara antes de darle un último beso.

El calor aún es intenso cuando Aída, la amiga de Carmen que las acoge en su piso, recomienda ir saliendo para participar en la cadena humana que cruzará el Guadalquivir a través de dos puentes como símbolo del abrazo de Europa y África. Ya en la calle se encuentran con partidarios del puente que llevan globos y pancartas. Los hay españoles y gente del mundo entero. Aunque también se cruzan con quienes los critican y abuchean; algunos van vestidos de arriba abajo de verde cacería, y otros, en cambio son ecologistas.

Esquivando los tumultos, logran llegar al icónico puente de Triana, donde todo está a punto de comenzar. En la acera de enfrente, los ecologistas lanzan consignas sobre la protección del Estrecho. Cerca, en la esquina contraria, los vestidos de caqui, algunos con las cabezas rapadas, gritan proclamas racistas. «Por eso tenemos que estar aquí», se dice Ayo acordándose de Fatou. «Para demostrar que el puente, pese a todo, tiene un respaldo social mayoritario».

En la acera izquierda, de cara a un sol que empieza a descender, se toman de la mano. Con la otra se enlaza Carmen a una joven madre que lleva a un niñito dormido en un fular junto a su pecho, y Ayo con un señor probablemente jubilado. La claridad naranja las deslumbra. Por eso Ayo no está segura cuando le susurra a Carmen: «Mira ahí. ¿Es él?». Carmen entrecierra los ojos y luego asiente. Por más que lleven tiempo distanciados, precisamente por el puente, no esperaba encontrarse ahí con Miguel Laso.

«¿En serio?», le pregunta de lejos moviendo los labios. «¿En serio,

Miguel?».

Él niega con la cabeza, como contestando: «No nos dejáis otra opción. No es culpa nuestra».

Las consignas de ecologistas y partidarios del puente se entrecruzan:

–¡Salvemos el Estrecho!

–¡Hay que salvar a los inmigrantes ya!

–¡El puente sobre el mar es un crimen medioambiental!

–¡Hermanos africanos, con el puente os abrazamos!

De pronto, otras voces se imponen al griterío. Ellas se dan la vuelta, y al momento ven que el grupo paramilitar tiene los brazos en alto. Los fotoperiodistas y cámaras corren ya hacia ellos. Es una escena propia de los años cuarenta que asusta presenciar, y Carmen se siente inmediatamente agarrotada. «Que el miedo no te paralice», se dice.

–¡Puente Gibraltar, puente dignidad! –grita entonces.

Los demás, Ayo la primera, repiten sus palabras, y el clamor se extiende y se engarza con otras proclamas a favor del puente.

Durante al menos una hora, se mantiene la protesta. Luego, en cuanto se dispersa la manifestación, se forman los corrillos de conocidos.

–Ha ido bien, pese a todo –opina Aída.

–Ya, pero lo de los ecologistas me tiene quemada –resopla Carmen–. Y los fachas éstos asustan, no me digas.

Van las tres con otras amistades sin rumbo preciso, buscando un bar donde tapear. Ayo y Carmen tenían previsto haberse pasado por el hotel Al-Andalus, donde se alojan Ketu y Yassin, pero algo ha debido pasar, porque las han emplazado a hablar por teléfono más tarde.

Avanzada la noche, ya en el piso, unos y otras se cuentan, ellos con restricciones que ellas no sospechan. «En dos días se habrá abierto un tiempo nuevo», augura Carmen. «Y ahí sí que al fin nos juntaremos y lo celebraremos», evoca antes de colgar.

También Ketu pensaba así esta mañana, pese a sus prudentes cautelas. El pálpito era inmejorable y la emoción máxima cuando la delegación africana de segunda línea, esos asesores de entre treinta y cuarenta años, como su amigo Salah del equipo sudanés, subieron a los lujosos autobuses de cristales tintados para hacer de dobles de los presidentes septuagenarios en el ensayo general de la firma pensado para cuadrar los detalles de protocolo. Ketu aguzó los sentidos y respiró hondo. Se fijó en la leve sonrisa de Yassin, en la mirada profunda de Arouna, en la concentración de Thiane. Precedidos por una escolta, los autobuses recorrieron, en paralelo al río, la larga distancia entre el hotel y la Fundación Tres Culturas del Mediterráneo de la isla de la Cartuja. Llegaron al mismo tiempo que los representantes europeos, alojados en el muy próximo hotel Renacimiento. La bajada de los vehículos, los saludos

y posados se fueron sucediendo y repitiendo cuantas veces fue necesario. Acto seguido, accedieron al espectacular interior de azulejos artesanales, maderas nobles y suelos de mármol y, mientras quienes representaban a los mandatarios ocupaban sus puestos en la inmensa mesa ovalada, todo el resto del equipo y los asesores técnicos, como Fernando Vélez, se sentaban en los sitios previstos a prudencial distancia. Y, sin dejar de controlar los tiempos, todos escucharon con atención los discursos que, desde atriles paralelos, leyeron los dobles de la presidenta de la Unión Europea y del de la Unión Africana.

Ketu estaba ansioso por abrir la carpeta de piel y ver al fin la letra del pacto listo para la firma. Cuando llegó el momento, sus ojos inquietos se debatían entre asegurarse de no pasar nada por alto y leer deprisa el texto acordado: que el puente lo construiría un equipo mixto de expertos afroeuropeos y que de su explotación se encargaría también un consorcio mixto al cincuenta por ciento; los costes, los pagos, las fórmulas de financiación, las contraprestaciones económicas, entre ellas, la recuperación progresiva por los países africanos del control de sus recursos pesqueros, agrícolas, energéticos, financieros y monetarios, en unas franjas de plazos que se detallaban en la cláusula final titulada «Duración y revisión del acuerdo». Llegó al fin al punto más controvertido, ese en que más había costado ceder pero al que finalmente transigieron: que Europa avanzara la mayor parte del coste de la construcción, para complementar la inversión de sus Estados y de sus mecenas multimillonarios sin que África pudiera recurrir a inversores terceros como China, Rusia, potencias del Golfo o EE UU. Ketu había aconsejado negarse, porque suponía contraer una nueva deuda con Europa, aunque fuera a un tipo mínimo y aunque los africanos contaran con la posterior explotación del puente como rica fuente de ingresos, sobre todo por los peajes a camiones, tráileres y vehículos comerciales. Sí habían logrado, en cambio, que el accionariado de todos los conglomerados sobre recursos estratégicos africanos quedara al cincuenta por ciento más uno en manos africanas, y, además, algo tan elemental como inédito: que las compañías tributaran en el país africano donde se diera el recurso agrícola, minero, energético o cinegético, con el tipo impositivo que el Estado soberano determinara. En materia de industria y creación de empleo sólo se había acordado que el cuarenta por ciento de las materias primas africanas compradas por europeos fueran transformadas en fábricas en la propia África. Algo un tanto injusto, pero que suponía un avance.

Ahora, ya se acercaban al alma del documento, al punto del que todo arrancó, el que en su momento hizo que Ketu echara más carne en el asador. Se había quedado exhausto, pero satisfecho: la libertad de entrada

de los africanos en territorio europeo por vía terrestre, marítima o aérea, por un plazo máximo de tres meses, prorrogables en los supuestos de contrato o permiso de estudios con autorización previa del Ministerio del Interior del país correspondiente. Ketu suspiró al comprobar que incluso ese peliagudo punto estaba ahí. Ya estaba todo.

Casi. Pues, al pasar la página, se le heló la sangre. Fue como si el tiempo se ralentizara. Ve las miradas de reojo, ahora incrédulas, de furia contenida, como prefiriendo pensar que quizás una susceptibilidad extrema les nubla la vista antes que creer lo que están leyendo. Porque es más injurioso que si los europeos hubieran escrito, en negrita y subrayado, que todo lo negociado es una tomadura de pelo. En ese apartado «Duración y revisión del acuerdo» al que tanto y tan importante se ha confiado, donde debía establecerse que los acuerdos políticos, económicos y de libre movimiento asociados a la construcción del puente entrarían en vigor cuando éste se inaugurase, en un plazo máximo de diez años, aparece un cien. Un siglo. Cuando ya todos los presentes lleven tiempo muertos.

Hay carraspeos, murmullos de los africanos, que se remueven en sus sillas mientras la delegación contraria permanece impasible. Ketu busca la mirada de Vélez, pero sus ojos parecen mirarlo sin ver. «¡Qué desfachatez!», se indigna. Eso no pueden aceptarlo. ¿Qué pretenden? ¿Abrir fisuras? ¿Ponerlos a prueba? Al instante, le viene a la mente esa previsión por la que, días atrás, habían seleccionado una posible sala de reunión en el edificio que sus servicios de inteligencia barrieron de posibles micros espías. «Debemos ir inmediatamente, llamar a los gobiernos, comunicarles qué está ocurriendo». Todos miran ahora a quien encarna al presidente de turno de la Unión Africana, y éste, como si en verdad fuera su jefe de Estado, el ugandés Robert Kyagulanyi, manifestó:

–Exigimos un receso, dado el cambio de fecha de entrada en vigor.

El instante de separar las sillas de la mesa mientras los europeos seguían sentados impertérritos fue humillante.

–¿Será posible que nos sigan viendo como a monos trajeados? –le susurró Salah al pasar a su lado.

Costaba creerlo, pero así parecía. Y revolvía la sangre.

Agraviados, mientras la seguridad africana volvía a comprobar la ausencia de equipos de escucha y pese a la urgencia de la situación, acordaron saltarse el guion, el tiempo mínimo para que sus jefes y gobiernos no pudieran reprochárselo, para analizar ellos mismos, los responsables del proyecto todos estos años, lo sucedido.

La principal conclusión fue que Europa se creía capaz de imponer sus intereses sobre el puente, como tantas otras veces. Y que eso sólo podía hacerlo dudando de la nueva e insólita unidad africana. No les tomaban

en serio. Era eso. No creían que tuvieran alternativa. ¿Acaso el puente no les interesaba? ¿No les venía bien potenciar el comercio con Europa, aunque las condiciones migratorias, monetarias y financieras, de explotación de recursos, de cuotas pesqueras se mantuvieran como hasta ahora? El aumento de los negocios, el turismo que vendría impulsado, eso ya en sí era un espaldarazo al «África atrasada». ¿Bloquearían los Estados africanos ese avance «sólo por sentirse humillados»?

Durante sus años en la Comisión, Ketu había presenciado todo tipo de marrullerías en unas negociaciones infinitas que acababan de madrugada con claudicaciones por agotamiento. Pero tal cosa no se atrevían a hacérsela entre ellos. Era inconcebible. Por eso observó con atención las reacciones, temiendo detectar alguna connivencia, pero, aunque los representantes de los países menos entusiastas del puente, ahora, lógicamente, no eran tampoco los más frustrados, todos se revolvían ante la falta de respeto. Las llamadas a los gobiernos sentenciaron que o se acababa el ensayo en curso con el documento acordado, sin cambios, o se marcharían y los presidentes anularían sus viajes.

De vuelta al plenario, ante la postura unánime, quien hacía de presidenta de la Unión Europea tomó la palabra:

–Lamentamos el malestar que haya podido suscitar una modificación que responde a criterios meramente pragmáticos, a la imposibilidad de garantizar, de facto, un plazo tan corto como el de diez años para cambios de tanto calado. ¿No sería más frustrante firmar algo y luego no poder llevarlo a cabo?

Ni la suave voz de la falsa Benedikte von der Heide ni mucho menos esas palabras sin legitimidad hicieron mella en la legación africana. Se hizo el silencio. Era una situación vergonzosa. Ketu deseó que todos los ojos de África pudieran ver cómo pretendían someterlos de nuevo. Se ajustó las gafas. Nadie más se movía, parecían estatuas.

–Bueno… –dijo al fin la doble de Von der Heide.

Ketu anticipó que iba a decir: «Entonces, levantémonos», y el pulso se le desbocó. Pero se equivocó.

–Volvamos, pues, a donde estábamos.

Cuatro solícitos ujieres retiraron las carpetas de piel y regresaron, al instante, con unas carpetas idénticas que, como comprobaron enseguida, contenían el verdadero pacto.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué quería decir la mirada que ahora sí le clavó Fernando Vélez? ¿Que el peligro había pasado o que siguiera atento a nuevas triquiñuelas? ¿Se atreverían a una farsa así el día de la firma, cuando quienes se sentaran en la mesa fueran los presidentes auténticos?

En el autobús, de vuelta al hotel, estaban tan preocupados que nadie celebró que sólo quedara el último paso para sellar el pacto. Porque ¿de

verdad Europa quería firmarlo? El documento estipulaba altas sanciones por incumplimiento. ¿Lo aprobarían con intención de infringirlo una vez que llegara el plazo?

La madrugada se alarga. En el hotel, todo son reuniones, nuevas llamadas a las sedes presidenciales, videoconferencias. Se sopesa aplazar la firma hasta aclarar, al más alto nivel, el incidente. Nadie quiere que los líderes africanos se encuentren con una trampa. Tras muchos contactos y análisis diplomáticos, la decisión es mantener la agenda. Así que los vuelos despegan, uno tras otro, y, transcurridas las horas, los aviones oficiales empiezan a aterrizar en el aeropuerto sevillano de San Pablo. Las imágenes se suceden en los informativos y especiales de las televisiones en todo el mundo. Aunque nada del accidentado ensayo se haya filtrado, el ambiente en la ciudad y, en general, en España es una mezcla de expectación y tensión. Fuentes del Gobierno subrayaban la importancia histórica de la cita, que se prevé supere a hitos como la reciente Cumbre Mundial del Clima en Barcelona e incluso a la conferencia de Paz para Oriente Próximo en el Madrid de los noventa. Pero la oposición de derechas, Alianza Nacional, y sobre todo el ultraderechista partido Patria, tercero en respaldo electoral, claman contra la «peligrosa ocurrencia» de un pacto que, dicen, «dejará indefensa la frontera».

A apenas unas horas de la firma, los partidarios del puente organizan pasacalles, manifestaciones, batucadas de bienvenida a los países africanos, mientras que los detractores contraprograman sentadas y cortes de avenidas para intentar atrapar a los coches oficiales en un caos de tráfico. Al norte y sur de la ciudad, en sus respectivos hoteles, las delegaciones europeas y africanas siguen al minuto la evolución de los acontecimientos.

Más aún el Gobierno de España, responsable ante cualquier conato de enfrentamiento. Tanto el presidente Antonio Sanchís como la nueva líder de Cambio Posible, la vicepresidenta Amanda Castro, desean que el acuerdo se firme. Están seguros de su potencial, e incluso en las semanas previas a la firma las constructoras han propulsado los índices de la bolsa, animadas por las perspectivas de futuro.

A media mañana, Ayo trastea con su portátil. De fondo le llegan sonidos de la televisión y la radio, encendidas en el salón y la cocina.

–¡El avión de Costa de Marfil, Ayo! –la avisa Aída, y ella se asoma para ver cómo su presidente, Alassane Ouattara, baja sonriente las escalerillas.

Carmen, que trae unos cafés, cree leerle la mente.

–El puente es el primer paso, Ayo.

Ella asiente, pero, tras haber escuchado hace un segundo, a solas y con cascos, el vídeo que Ketu les ha mandado a ella y a Amal, no puede evitar pensar: «A ver qué papel juega éste».

Suena el móvil de Carmen. Es Luca, desde Italia, y ella se va a la cocina para hablar más tranquila.

–Hola, ¿qué tal por Sevilla? Acabo de hablar con tu madre y con Luca.

–Estupendo, aquí todo bien.

–¿Bien? ¿En serio?

–Sí, aunque... hay una energía rara.

–¿De qué tipo? ¿Es peligroso el ambiente?

–No hay peligro, no. ¿Te ha alarmado mi madre? Las madres exageran, ya sabes.

–No, lo digo porque aquí en las noticias se ve a unos ultras...

–Que asustan, sí. Están exaltados. Pero es por pura impotencia.

Los dos se quedan callados. Carmen da un sorbo al café, se quema.

–Es un momento histórico –dice ella. «Para contar a los nietos», piensa.

–Ya, pero ten cuidado. Mucho cuidado, ¿eh?

–Claro, Luca, pero no podemos dejar la calle a los racistas, a los bárbaros, y que hagan del mundo un lugar salvaje para los niños, para todos...

–Lo sé. Sólo te pido que estés atenta y, si en algún momento...

–En la distancia todo alarma más siempre. Tú, tranquilo. El puente se firmará. Se firmará, lo celebraremos, y nosotros lo habremos visto nacer desde el principio –enumera ella, también para animarse.

La mañana transcurre entre el nutrido recuento en los medios de los presidentes africanos y europeos que llegan, saludan y circulan. En las tertulias televisivas, comentan que la opción inicial de organizar la firma del pacto en el Alcázar bajo la imponente Giralda y alojar a los líderes

europeos en el histórico hotel Alfonso XIII se descartó por razones de seguridad. «¿Prudentes? ¿Exageradas?», se debate acaloradamente. El zumbido de helicópteros sobre la ciudad no crea, aunque lo pretenda, una atmósfera tranquilizadora. Para colmo, el líder de Patria, Carlos Peñascal, irrumpe a mediodía con una comparecencia organizada en la mismísima plaza del Ayuntamiento. Cuando le dan paso, los locutores subrayan que han recibido aviso sobre la marcha. Y, ciertamente, pronto se confirma que ese acto no estaba comunicado, como es preceptivo, a Delegación del Gobierno.

–¡Españoles! –Peñascal sigue el modelo oratorio del dictador Franco–. ¡Asistimos a la mayor infamia en la historia de la España y la Europa cristianas! –arenga a sus partidarios–. ¡Quieren abrir las fronteras!

La multitud chilla, en trance:

–¡España! ¡España!

Carlos Peñascal indica con las manos que lo dejen seguir hablando.

–¡Quieren entregar nuestra tierra a moros y negros!

–¡Noooooo! –reacciona la masa, enfervorecida.

Agentes de policía bajan de furgones cercanos.

–Sí, amigos, y luego también a los judíos, ¡porque su plan es reinstaurar Al-Ándalus! ¡Deshacer torticeramente, en despachos de élites traidoras, la reconquista que nuestros ancestros lograron con sangre y lucha!

–¡Noooooo! –repiten voces mezcladas de hombres y mujeres.

–¡No lo consentiremos, claro que no! ¡Lucharemos como nuestros antepasados! ¡Abajo el puente diabólico! ¡Por nuestra patria! ¡Por España! ¡Una, grande, libre! ¡Y separada de África!

La gente aplaude con fervor, con ansia.

–¡Cuanto más separada, mejor! ¡Con alambradas electrificadas, con zanjas, con explosivos! ¡Con misiles, si hace falta!

–¡Negros, no! ¡Moros, no! ¡España sólo para los españoles!

Ayo, Carmen y Aída son tres de los millones de espectadores que a esa hora contemplan, asombrados, cómo los siempre radicales de Peñascal dan un paso más, uno quizá sin retorno en su discurso de odio. Amenazan, ya de forma explícita, a cualquier no blanco. ¿En qué lugar deja eso a su secretario general de origen guineano, al que tanto han exhibido para negar su racismo? Se están quitando la careta. Ante esto, deberán actuar enseguida la fiscalía y la justicia. La policía ya empieza a disolver la protesta.

–¿Pero vosotros de qué lado estáis? –interpela Peñascal a los agentes–. ¿No sois fuerzas de seguridad de España? ¿No veis que van a vender el país a los moros del hachís, a los terroristas yihadistas, a los putos negros, manteros, maleantes, violadores? ¡Compartimos bando! ¡Nuestro destino

es el mismo!

El gentío se encara y se revuelve contra los policías.

–¡Amigos, calma! –clama Peñascal–. ¡Agentes, nos vamos! ¡Aquí todos somos patriotas! ¡Españoles, calma! ¡Ya se les caerá la venda y verán que el peligro no somos nosotros, sino los traidores que les dan las órdenes! ¡Ya nos apoyarán! ¡Repetiremos la historia! ¡Nosotros siempre ganamos! ¡A nuestra manera!

El acto fascista de Peñascal y Patria abre los informativos de mediodía. Los colectivos que hace semanas tenían planeada para esta tarde una marcha propuente se sienten intimidados. Dudan si desconvocarla, pero justo ahora es más necesaria que nunca. Hay que plantar cara a las amenazas y repudiar la xenofobia. Aunque, eso sí, cambian el recorrido: será más corto, entre las amplias plazas de La Alameda y Las Setas.

Son muchos los asistentes a la marcha. Carmen, Ayo y sus amigos están bastante lejos de la cabecera, pocos pasos por detrás de la segunda de las batucadas. Están rodeados por grupos, parejas, manifestantes que llegan por su cuenta en bicicleta y descabalgan para unirse a la riada, pero llama la atención, por comparación con la cadena humana de la tarde anterior, la ausencia de niños, de familias completas y de gente mayor.

Entre las consignas, hay una que resuena con fuerza: «¡Que no, que no, que no tenemos miedo!». Y todos saben que justo lo dicen para vencerlo.

Carmen mira hacia delante y a los lados sin detectar movimientos extraños. Confía en que, si se prevén protestas de signo contrario, las autoridades velen porque no se crucen ni converjan para evitar incidentes. Han hecho ya más de la mitad del recorrido sin sobresaltos, y la multitud

abarrota la calzada y aceras de la espaciosa calle Imagen. En las esquinas hay muchos policías y furgones; el sol luce aún alto, y el recuerdo de Peñascal arengando a sus huestes se difumina. El clima es tan festivo como reivindicativo.

–Mañana se firma, Ayo –susurra a su amiga, haciéndola sonreír.

Una vez ante las escalinatas donde está dispuesta la megafonía, Aída sube junto con los demás lectores del manifiesto, mientras Carmen y Ayo buscan un buen lugar desde donde poder grabarlos. El magnífico actor Manuel Vigía, siempre tan comprometido, se adelanta unos pasos, y toda la plaza se calla para escucharlo.

–¡Frente al fascismo, fraternidad! –arranca.

Su voz profunda y su convicción estremecen. Resuenan los aplausos. La gente corea, grita, silba.

–¡Frente al odio…! –Alza el dibujo de un puente hecho por un niño, quizá su hijo, y los presentes responden:

–¡Puentes, puentes, puentes!

Habla de día histórico, de decisión democrática a casi cien bandas, por el acuerdo de los cincuenta y cinco países africanos y los casi treinta europeos. En total, ochenta Estados soberanos, repúblicas, monarquías… –«y dictaduras», completa Ayo mentalmente–, con gobiernos muy distintos, incluso antitéticos, que libremente han decidido sellar el acuerdo del puente.

–¡Para inaugurar una relación África-Europa que al fin sea igualitaria!

La plaza vibra, entusiasmada.

–¡Puente Gibraltad! ¡Puente Dignidad! –corean.

–¡Algo tan difícil –remata Manuel Vigía–, tan ambicioso y necesario, no van a echarlo por tierra quienes, como no convencen, amenazan con usar la fuerza!

Los vítores y aplausos se intensifican.

Ahora toma el relevo Aída. Le es imposible proyectar la voz como lo hace Vigía, pero al menos suena segura y clara:

–¡España, Andalucía o Sevilla no son tierra de odio, racismo y rechazo! ¡Al contrario! ¡Os recibimos, hermanas y hermanos africanos, con los brazos abiertos! ¡Celebramos el nuevo tiempo llamado a acabar con las muertes en el Mediterráneo, el Atlántico y el Sáhara! ¡Es hora ya de colaborar con respeto!

Tras dar testimonio de las tragedias de estas décadas y la precariedad de los inmigrantes forzados a la clandestinidad, Aída cede la palabra a André Ilunga, párroco congoleño responsable de una gran labor social en la barriada de Los Pajaritos-Amate.

–Tras el mitin racista de esta mañana, bien se ve la buena falta que hace el puente. Blancos y negros, musulmanes, cristianos, ateos, gente de toda

raza y religión nos reconocemos hermanos en cuanto nos tratamos. Por eso hay que estrechar lazos, acortar distancias, disipar miedos. Debemos unirnos frente a las amenazas y, en vez de añorar las viejas luchas medievales, ¡luchemos por proyectos ilusionantes para aumentar y compartir el bienestar! ¡Para avanzar!

Carmen y Ayo han ido enviando pequeños vídeos a Ketu y Yassin, y ahora se miran, felices por ese apoyo al puente que parece, ahora ya, imparable. En cuanto el acto acaba, lo celebran con alegría en una terraza cercana. Ayo hace un aparte para llamar a Julia. Carmen prefiere esperar a llegar al piso para hablar con su hijo con tranquilidad; total, no van a tardar en marcharse. Están deseando acostarse para que amanezca pronto el día señalado.

La plazoleta parece un decorado con sus bares de diseño, tabernas añejas y hoteles coquetos. Cuando se despiden de Aída y los demás, Carmen y Ayo se adentran por la recoleta calle Regina con sus bazares de marroquinería, sus tiendas de galletas artesanas y sus boutiques *vintage*. Se sienten libres ya del miedo, y, bajo los farolillos de colores, arropadas por las risas que brotan de los bares con letreros de neón. Desembocan frente a una iglesia por cuya iluminada ventana se ve, muy cerca y sentado, a un insólito Cristo con larga melena de pelo natural. Entonces, por la calle de la izquierda, irrumpe un vocerío y resuenan carreras que se acercan hacia ellas.

–¡Hijoputas, comunistas!

La estampida se les viene encima.

–¡Socorro! ¡Ayuda! –gritan los que huyen.

–¡Cabrones, es vuestra hora!

Los rostros descompuestos las avisan:

–¡Corred! ¡Corred, que os matan!

No lo asimilan, aunque ellos las señalan. Tardan en reaccionar. Y, cuando al fin se lanzan a correr, notan sus movimientos lentos, como pasa en las pesadillas. Y tras ellas llega una horda de gente.

–¡A por la negra! –oyen, incrédulas.

La sangre les late fuerte en las sienes.

–¡Putas bolleras!

«¿Qué nos van a hacer? ¿Qué?», tiemblan. Y de repente lo ven claro, la revelación las atraviesa: si las atrapan, las matarán a golpes. Corren aún más. En la distancia, la acera está abarrotada con los clientes de una bodega.

–¡Auxilio! ¡Ayuda! –gritan ellas.

«¿Qué pasa?», «¿Esto qué es?», pregunta la gente, desconcertada.

Por detrás estallan golpes, resbalones, bofetadas, cristales que se rompen en el suelo. Y, al momento, más chillidos y ruidos de pelea en las

calles aledañas. Carmen piensa en la llave del piso que guarda en el bolsillo de la mochila. «Por favor, que me dé tiempo a cogerla, que abra rápido, que no nos sigan ya». Se alejan por las bocacalles, seguidas por los ecos de nuevos altercados. Jadean y les aterra el ruido de sus propios pasos. Al doblar en el mercado de la calle Feria, se detienen un momento y se pegan a la pared de un callejón para llegar como sombras frente al portal. Cruza Carmen sola. Abre, atraviesa Ayo, cierran, pero siguen corriendo escaleras arriba hasta que entran en el piso y cierran la puerta.

–Pero ¿qué mierda es esto? –suelta Carmen, jadeante, sudorosa.

Ayo sigue apoyada en la puerta, y ella, frenética, va a buscar la radio.

Un locutor, en el silencio del estudio, informa de altercados por el centro de la ciudad y zonas como la Ronda y la Macarena, y luego da paso a un reportero que habla sin resuello, con la algarada en segundo plano:

–La gente huye despavorida, los atacantes parecen coordinados.

El móvil de Carmen suena. Es su madre. Se seca el sudor y descuelga justo en el momento en que también llaman a Ayo.

–Mamá, estamos bien, en el piso. ¿Ves?

–En casa, Ketu –escucha Carmen decir a Ayo mientras se aleja hacia el cuarto.

–Lo estoy oyendo en la radio, mamá. Sí, unos bárbaros, pero ya los estará deteniendo la policía. –Espera que no se note que aún tiembla–. ¿Ayo? Aquí. Ayo –abre la puerta–, mi madre.

–Buenas, doña Charo. Usted no se preocupe por nada.

–¡Cuidaos mucho las dos! –ruega la mujer–. Os lo pido por favor.

–Que sí, que sí, mamá, descuida. –Carmen vuelve al salón–. Pásame a Luca, anda. Hola, chiqui –dice, emocionada–. ¿Qué tal el día? Cuéntame.

El niño habla, pero la nota alterada.

–¿Qué te pasa, mami?

–¿A mí? ¿Qué me va a pasar? ¡Que me encanta escucharte! –justifica su mirada acuosa ante la pantalla–. ¡Qué ganas de abrazarte, mi amor! ¡Que no voy a soltarte!, eso pasa. Y vas a decirme: «Para, para, mamá», y no voy a parar: más besos, cosquillas... En cuanto te pille, verás.

–¡Vale! –dice él, divertido–. ¿Y me traerás un regalito?

–Conque eso es lo que quieres, un regalo, ¿eh?

–Y los besos y cosquillas también –se ríe–. Verte.

–¡Menos mal! –exagera ella su alivio–. Mañana por la noche o al otro por la mañana como tarde vuelvo a casa. ¡Lo estoy deseando...! –suspira.

–¡Vuelve antes, Carmen! –irrumpe su madre–. Esta noche, no. Ahora quedaos ahí, por Dios. Pero volved mañana temprano, hija. No se vaya a liar...

–Mamá, por favor te lo pido, no asustes al niño. Y deja que le dé un besito. Luca –lo llama–, Luca, duerme bien, ¿eh? Dulces sueños, mi niño.

–Un beso fuerte, mami.
–Beso fuerte, peque. –Pegan los labios cada uno a su pantalla.
–Adiós, hija mía. Duerme tú también, descansa.
–Sí, mamá. Hasta mañana.

Cuando cuelga, tiene muchas llamadas perdidas y mensajes. Aída le cuenta en un audio que se ha refugiado con el padre Ilunga en el primer portal que les abrieron, que hay mucha gente escondida y que los fascistas siguen atacando y ya hay imágenes en televisión. Carmen la enciende y le manda otro audio pidiéndole que no se mueva hasta que amanezca, cuando la policía lo tenga todo bajo control. Luego ve, emocionada, que Miguel Laso le ha escrito, preocupado: «¿Estáis bien, Carmen?». Le contesta enseguida: «Sí, a resguardo. ¿Y tú?». Querría extenderse más, pero debe llamar a Yassin.

–Yassin, perdona, estaba hablando con mi madre y el niño...
–¿Estáis bien? –pregunta él, angustiado.
–De milagro, pero sí. Ahora te cuento, ¿y vosotros?
–¿Cómo que de milagro? ¿Qué ha pasado?
–¿Vosotros estáis bien? Dime.
–Sí, aquí han reforzado el perímetro de seguridad. Pero las imágenes...
–Es horrible, sí. No te quiero asustar, porque por suerte nos hemos librado, pero todo lo que te cuente es poco.
–¿Qué ha pasado? ¿Os han hecho algo?
–Salieron de la nada unos salvajes y empezaron a amenazarnos. Nos persiguieron. Si nos hubieran cogido, te juro que no lo contamos.
–Carmen...
–Te lo juro.
–Joder... ¿Y Luca y tu madre están bien?
–Sí. ¿Por qué? ¿Está pasando en más sitios?
–No sé, no sabemos. Estamos todos en *shock*.
–¿Afectará a la cumbre, a la firma...?
–Por ahora sigue en pie, aunque ya veremos...
–Ceder al chantaje sería...
–Se prepara una declaración conjunta para leerla justo al empezar.
–De aquí a mañana es mucho tiempo. Puede haber muchos heridos o...

Se quedan callados.

–Querría estar ahí contigo –dice él–. Estoy por salir y...
–Ni hablar. Es peligroso, y nosotras aquí ya no corremos riesgo. Pero, además, vosotros tenéis que centraros en evitar que consigan lo que pretenden. Tú lo sabes bien.

Vuelven a guardar silencio.

–Carmen...
–¿Sí?

–Tú eres lo más importante, ¿de acuerdo?
–Hombre, para ti quizá –sonríe.
–Quizá, no, seguro. No quiero perderte –declara muy serio.
–Ehhh, eso no va a pasar –lo apacigua con calidez–. No pueden asustarnos hasta el punto de paralizarnos. Mañana, en cuanto puedas...
–En cuanto acabe el acto, te llamo.
–Cuando puedas. Yo estaré atenta al teléfono. Y por fin nos abrazaremos fuerte, nos besaremos, desahogaremos los nervios llorando, riendo o como nos salga en ese momento...
–*Habibi*, te quiero. –Se le quiebra la voz.
–Y yo a ti, cariño. –Lamenta no tenerlo con ella para refugiarse en su pecho–. No te preocupes, ¿vale? Estate tranquilo.
Los dos, al colgar, anticipan el peso de las veinticuatro horas siguientes. Pero Ayo ha visto que ha dejado de hablar y se acerca a ella:
–Yassin bien, imagino. Ketu, también. –Se apoya en el marco de la puerta–. Julia me ha contado que Tarifa está tranquila –añade–, pero que, si tu madre y Luca necesitan lo que sea o tienen miedo, la avisas e irá con ellos.
–Dale las gracias. Saber que ella está allí, la verdad, me alivia.
Se miran. Ayo, de pie; Carmen, sentada.
–Si te quieres acostar... –dice Carmen–. Yo ahora mismo no puedo...
Ayo rodea la butaca y se sienta a su lado en el sofá. Por momentos suben y bajan el volumen del transistor y del televisor. Hasta que comparecen de urgencia el presidente Sanchís y la presidenta europea Benedikte von der Heide. Entonces se incorporan como por un resorte. Sanchís denuncia los «intolerables ataques, el atropello a la convivencia y al Estado de derecho» que suscitan, dice, «el rechazo internacional». Manifiesta su «total confianza en las fuerzas del orden y en la acción de la justicia» y declara, rotundo:
–La violencia de hoy en Sevilla, lejos de frustrar el puente con África, nos reafirma en la convicción de que es vital para la mutua prosperidad.
Von der Heide toma el relevo. Parece conmovida.
–El racismo no representa a los demócratas europeos –afirma. Y, tras una pausa, añade–: Nos avergüenza. Y lo repudiamos.
Los dos líderes se miran y concluyen:
–Mañana firmaremos el acuerdo del puente.
–Nada ni nadie cambiará el rumbo trazado.
De nuevo, la televisión pone imágenes en bucle de los altercados. La radio, por su parte, refiere nuevos incidentes en otros barrios. Asomadas al balcón, perciben ruidos perturbadores. Entretanto, el coro de comentaristas analiza con frívola suficiencia desde la atalaya de Madrid lo que ocurre en Sevilla. Predicen que quedará en nada, hablan de la solidez

democrática de España, del amparo del orden internacional, de que mañana la firma del histórico acuerdo entre Europa y África volverá «anecdóticos los desafortunados incidentes de esta noche». Pero esta noche, se dicen Carmen y Ayo, sublevadas, Sevilla no sufre tristes incidentes, sino ataques fascistas. Causas, consecuencias, dimes y diretes todos los que se quiera, pero lo que está pasando en este preciso momento es que grupos organizados persiguen y se echan encima de ciudadanos aterrorizados. Si esos tertulianos hubieran sentido a su espalda el bufido de la bestia, no verían el panorama tan despejado.

En todo caso, sea por el tono monocorde de los comentaristas, por el final tranquilizador que ellos anticipan, porque ahora, rato después de la persecución y el pánico, la adrenalina se ha disipado, ceden al cansancio, y sus cuerpos resbalan milímetro a milímetro hasta acabar apuntalados uno en otro, recostados. La vista se nubla, los párpados caen un segundo y se reabren con sobresalto, luchan, pero al final ceden, claudican y, atentas aún al rumor de las voces, se adormecen.

Ketu abre los ojos antes de que suene la alarma. La atmósfera es aún azul, pero más clara que cuando se tumbó bien avanzada la madrugada. Mira el móvil. No ha descansado ni tres horas; le resultaba imposible coger el sueño, pero se obligó a quedarse siquiera tranquilo, tumbado. Ya había agotado todos los posibles análisis en sucesivas rondas de contactos, tanto internos como con los europeos. Ya había hablado con Ayo y se había confiado a Amal en una larga llamada. Así que se recostó y trató de pensar sólo en el peso de su cuerpo sobre el colchón, en el frescor de la sábana bajera en contraste con la atmósfera cálida. Esa sensación o cierta sugestión lo devolvieron a la noche del desierto en que para él todo había

empezado con aquella extraña premonición. El viento acariciador, los ojos cerrados, el silencio total… Sólo echaba en falta la respiración de Mahmud e Ibrahim a izquierda y derecha. Así se quedó algo traspuesto.

Ahora lo primero es ducharse y despejarse. Luego, como para retrasar la cita con las noticias, se prepara un expreso. Sólo cuando traga el último sorbo amargo conecta el canal 24 horas. Ya el primer plano le impacta: la Giralda aparece manchada de rojo por los cuatro costados. Como si sangrara. «Pintadas vandálicas…», aclara el locutor, «amenazas», añade, y justo entonces se muestran las exclamaciones pintarrajeadas en la base: «¡MUERTE AL NEGRO!», «¡PUTOS MOROS!». La noticia está por todas partes, y el saldo de la noche ha sido de setenta y dos heridos; de ellos, nueve muy graves y tres críticos. Según explican, entre las decenas de comandos que sembraban el caos, uno reventó la puerta del minarete, subió hasta el campanario y vertió bidones de pintura sobre la torre almohade.

Las condenas caen en tromba, incluso de destacados miembros de Alianza Nacional.

–¿Qué locura es ésta? –clama la exalcaldesa de Sevilla y presidenta de honor del partido, Dolores Becerra–. La violencia es intolerable. Debe cesar de forma inmediata.

Sólo Carlos Peñascal y los suyos se niegan a repudiarla. De hecho, ha convocado una rueda de prensa a la puerta del Castillo de San Jorge.

–¡Muchos se rasgan las vestiduras esta mañana ante lo que es legítima defensa frente a la verdadera violencia! –brama–: ¡La violencia de bajar el puente levadizo para que nos invadan los aborígenes africanos!

Ketu lo escucha mientras contesta mensajes y llamadas.

–¡Españoles! –alza aún más la voz Peñascal–. ¡No caigáis en la trampa del régimen de lo políticamente correcto que llama «violentos» a los defensores de la patria! ¡No dejemos que impidan nuestra legítima resistencia contra la dictadura progre y el destructivo globalismo! ¡Salgamos hoy a defender a España en una marcha desde esta histórica sede y prisión de la Santa Inquisición, donde tantos traidores fueron ajusticiados!

Ketu no da crédito a lo que escucha.

–¡Arranquemos desde aquí y lleguemos lo más cerca posible de los enemigos infieles y los vendepatrias! –Peñascal mira desafiante a cámara–. ¡La firmeza de nuestros principios vencerá cualquier barrera! –amenaza–. ¡Lo queráis o no, nuestro clamor llegará al corazón del complot!

Aplausos y vivas de quienes lo rodean ahogan las preguntas que la prensa lanza. Peñascal da media vuelta y se marcha.

La inquietud por el reducido número de detenidos y por lo que cabe esperar de los primeros ministros de Hungría y Polonia, estrechos socios

de Peñascal, despista a Ketu varias veces mientras saca de las perchas las tres piezas del *dashiki* negro pespunteado en bronce que ha elegido para vestirse con orgulloso estilo africano. Comprueba su reflejo en el espejo, se estira una arruga del pantalón, se recoloca las gafas. Sale de la habitación y contempla el bullir de asistentes por galerías y pasillos: primeros ministros y presidentes que cierran puertas, circulan y se concentran con sus delegaciones.

Llegada la hora, suben a los autobuses en estricto orden. Durante el recorrido, además de la escolta que les abre paso y cubre cola y flancos, constatan por las ventanas que hay un férreo despliegue policial.

En la otra punta de la ciudad, más agentes guían y protegen a los activistas a favor del puente hacia el punto de la avenida de Torneo desde donde van a seguir la cumbre que se celebra en la Fundación Tres Culturas, situada en la isla fluvial de la Cartuja. A mitad del recorrido, Carmen, Ayo y Aída, que a primera hora había vuelto al piso, observan la manifestación ecologista tras otro cordón policial.

–¡Carmen! –la llama Miguel Laso.

«Amigo», le responde ella sin emitir sonido. Él se lleva la mano al pecho y sonríe con un punto amargo.

El acceso a la isla de la Cartuja está restringido, en exclusiva, a las delegaciones oficiales y a la legión de periodistas internacionales acreditados. Los camiones y furgonetas de las unidades móviles llevan días aparcados en los espacios habilitados. Cámaras, fotógrafos, reporteros y técnicos, que desde jornadas anteriores entran en directo con la sede de la cumbre de fondo, hoy se mueven nerviosos, porque a «la atmósfera de las grandes citas» se suman los incidentes de las últimas horas.

El Pacto del Puente, que ya suscitaba atención planetaria, abre ahora, tras los ataques, los informativos del mundo entero. Luca, en su piso de Trieste, está desde primera hora pegado al canal de información continua de la Radiotelevisión Pública italiana. Anoche, aunque Carmen le confirmó que estaba sana y salva, se acostó tarde viendo las secuencias de violencia callejera. Con tantos heridos, con ese monumento vandalizado para lanzar amenazas y ese político inflamando a sus hordas, siente más miedo todavía por Carmen, pero no la llama para no agobiarla. Quizá, duda, debería apagar la televisión y fingir que es un día corriente. Pero se sabe incapaz. Así que, por primera vez en su vida, llama a la clínica y miente diciendo que tiene fiebre.

Ahí llegan los primeros coches oficiales. La locutora anticipa que son de la delegación de España, como país anfitrión. En cuanto el rey y el presidente español ocupan sus puestos, los mandatarios comparecen ante ellos, de uno en uno, desde ambos costados de la fachada; les saludan,

posan, se marchan; coinciden de a tres, dos africanos y un europeo, frente a la imponente puerta principal, vuelven a posar con gesto contenido y entran. Todo ante la hilera de banderas. La presentadora detalla que, conforme los últimos mandatarios vayan entrando, se dará una declaración conjunta de condena al racismo y la violencia leída por los presidentes de la Unión Africana y Europea, Robert Kyagulanyi y Benedikte von der Heide, junto al español Antonio Sanchís. Luca se pega a la pantalla. Por un segundo, hasta cree entrever a Ketu.

–¿Vienes a desayunar? –le pregunta Gina desde la cocina.

–No, gracias. –Él le enseña la taza que tiene entre las manos sin apenas mirarla.

–¡Hola! –Aparece Flavia, recién despierta, y lo abraza–. ¿Me llevas tú al cole, papi? –pregunta, feliz de poder ir con él en su bici.

–No, mi amor. –La besa abstraído–. Hoy tengo que ver esto. –Mira suplicante a Gina.

–No lo distraigas, Flavia. No puede perderse detalle –lanza ella con sarcasmo.

Luca se concentra en la declaración institucional.

–La intransigencia no ganará –empieza Von der Heide–. Ya ha perdido. Aunque golpee y provoque el dolor que hoy sufrimos, esta cumbre prueba que la intolerancia es una mancha en la historia a la que hoy pasamos página.

Robert Kyagulanyi toma el relevo y asegura:

–Los violentos no se impondrán. El destino del ser humano es un proyecto compartido. Esta verdad es, al fin, defendida por la inmensa mayoría. Gracias a ello, hoy va a materializarse un proyecto como el del puente África-Europa.

Luego, Antonio Sanchís conmina a toda la ciudadanía a manifestar su alegría o malestar ante el histórico acuerdo «con plena libertad, pero también, por supuesto, con escrupuloso respeto a la ley y la no violencia».

Parece que la declaración acaba. Pero Sanchís añade:

–Hoy es un día de esperanza. Que nada ni nadie lo empañe.

El presidente español mira a Von der Heide y Kyagulanyi, que asienten y, a un gesto de su mano, lo preceden para entrar en la sede.

La locutora devuelve ahora la conexión al plató de Roma, donde media docena de periodistas y politólogos se enzarzan sobre lo estimulante o, por el contrario, inútil y provocador que es construir un puente y cambiar la política comercial, de transporte y migración. En una imagen incrustada en la esquina inferior derecha de la pantalla, se ve la mesa ovalada donde están los presidentes y jefes de Estado. Se avisa de que la conexión se interrumpirá brevemente y que cuando se recupere emitirán el acto formal de la firma.

Luca se levanta y busca el portátil para mirar las redes sociales de Carmen y de Derechos Humanos Andalucía. Hay muchas imágenes, incluso vídeos en directo. Cuando rastrea noticias en los periódicos digitales españoles, le alerta esa banda roja que pone «ÚLTIMA HORA». La noticia de alcance, justo a continuación, se titula: «Ultras abordan Salvamento Marítimo de Las Palmas». No entiende bien la acepción de «abordar», pero los escuetos tres párrafos le dejan claro enseguida que un grupo de ultraderechistas ha entrado donde se coordinan los rescates en esa isla canaria y mantiene retenido al personal. En otra pestaña, busca la emisora de radio que Carmen suele escuchar. Activa la retransmisión y se queda estupefacto.

–Parece ser que, de forma sincronizada, grupos de encapuchados han irrumpido en dos torres de vigilancia de Salvamento Marítimo, tanto en la de Las Palmas en Gran Canarias como en la andaluza de Almería. Esperen –se interrumpe el locutor– dos torres, no, tres... No, una más, cuatro en total, porque se unen las de Monte Camorro en Tarifa y la de Algeciras. Se confirma, confirmado, cuatro comandos del grupo fascista Bastión Español se han hecho con el control de los cuatro centros de vigilancia marítima, recordamos: la torre de Las Palmas en Gran Canarias, la de Levante en Almería, Monte Camorro en Tarifa y la del Espolón en Algeciras. Los asaltantes reivindican sus acciones como «necesarias para que los gobiernos traidores renuncien a abrir España a la invasión africana». Sus mensajes incluyen imágenes de los trabajadores maniatados a los que han hecho rehenes y cuyas vidas, dicen, «dependen de que se cancele el acuerdo del puente».

Luca se tapa la cara. Se echa los rizos hacia atrás, se sujeta la nuca. No sabe qué hacer con las manos. Tampoco qué hacer en general. «¡Es Tarifa, joder! ¡Están a metros del colegio del niño! ¿Cómo puede pasar algo así? ¿Cuántos rehenes hay: cincuenta? ¿Van a cargárselos?». Agitado y casi en pánico, llama a Carmen, pero comunica. Imagina que estará hablando con su madre para que recoja al niño del cole, o no, que no, que justo ahora no salgan a la calle. Él no sabría qué aconsejar.

Carmen está al teléfono, pero intentando localizar a Ismael. A su lado, Ayo, aterrada, niega con la cabeza. Carmen vuelve a marcar y de nuevo espera hasta que, al fin, descuelgan.

–¡Ismael, Julia está dentro! ¡Es su turno! ¿Qué sabes? –Se aparta con Ayo del grueso de manifestantes.

Él les dice que Madrid los ha llamado al puerto un poco antes que a los medios, para que estuvieran atentos por si también venían a por ellos. Tienen orden de embarcar y escapar por mar si hace falta. El tráfico a Tánger se ha parado, han desalojado a quienes esperaban al ferri y a los marineros que trajinaban y reparaban sus redes por los muelles.

–El refuerzo de guardias civiles ha sido brutal, ¿no oyes los coches patrulla? Hay más que cuando las operaciones antidroga gordas –explica–. Hay miedo. Confusión y mucho miedo. Como si temieran más cosas...

De pronto, un estruendo.

–¡*Quilla*, *quilla*, algo ha *explotao*!

Ella también lo ha oído. Hasta Ayo. Ismael jadea mientras se mueve, quizá, por la cubierta de su patrullera.

–¡Un barco! ¡Aquí cerca! ¡Te dejo, Carmen!

Ayo la mira queriendo y a la vez temiendo saber.

El estruendo de cristales rotos, los gritos amenazadores y disparos se han oído cuando el comando ya estaba dentro de la torre de vigilancia. Al segundo, los asaltantes irrumpían en la sala de control, chillando y destrozándolo todo. Julia sintió un escalofrío de terror antes incluso de entender todavía qué pasaba.

–¡Al suelo! –chillan–. ¡Soltad los teléfonos!

Te tapas la cabeza, te agachas.

–¡Poneos en la pared! –ordenan, y te arrastras.

Comprendes que es un secuestro, ves que os apuntan.

–¡Se acabó salvar a esa escoria de una puta vez! –escupe uno, que debe llevar barba, porque en la parte baja de la cara y el cuello le abulta el pasamontañas.

–¿Cómo no lo hemos hecho antes? –le pregunta otro en broma–. ¡Mira que es fácil!

Cierto que en el camino no hay ninguna barrera, ni tampoco una vez ya en los últimos metros una típica garita con su vigilante de seguridad. Ahora bien, eso sí, piensa Julia, inquieta, tampoco hay vía de escape: el

acceso es una ratonera con su única vía de entrada y salida y el acantilado sobre el mar. De modo que o estos bárbaros vienen a lo kamikaze o cuentan para huir con cómplices dentro de las mismísimas fuerzas de seguridad. «Esto es por el puente, para boicotearlo», se dice pensando en Ayo. A patadas, vuelcan las mesas, destrozan las pantallas de ordenador, arrancan los teléfonos y los lanzan a las cristaleras.

–Les ruego, por favor... –balbucea Joaquín Tamayo, al que han traído a empellones de su despacho.

–¿Qué mierdas ruegas tú? –Lo apunta con su arma el de las barbas que hace de jefe– ¡Director de mierda, de la torre de mierda! ¡Colaborador de la invasión!

–¡Merecéis morir! –chilla un tercero, eufórico y como encocado–. ¡Por llenar el país de asquerosos!

–Nosotros sólo... –va a alegar Vicente Martín.

–¡Al que me conteste, lo mato! ¡Al que razone, lo mato! ¡No hay explicación: tendríais que haberos negado!

Julia, mareada por sus pulsaciones, pliega las piernas y se pega a la pared tratando de desaparecer.

–¡Quietos como estatuas! ¡Ni un ruido quiero!

El súbito silencio escalofría. Clama hasta qué punto son vulnerables.

–¡Así, obedientes! –se complace el que va de bromista.

El jefe ordena a sus subalternos que los aten a todos de pies y manos, y tres de los asaltantes se acercan a los secuestrados empuñando bridas de plástico. Son unos veinte, y la plantilla en este primer turno de hoy, sólo nueve. De todos, la recepcionista y Julia, las únicas mujeres.

–Tú, qué, muy valiente, ¿no? –El que va a atarla le afea que no lloriquee.

Resuelto a someterla, le aprieta la brida más allá del tope huesudo de sus muñecas. Entonces da un nuevo tirón, y el afilado borde se le hinca en la carne. Ahí se le saltan las lágrimas; las muñecas le sangran y la aturde un dolor insoportable.

El que está al mando teclea en el móvil.

–Aquí Tarifa. Todo bien: torre controlada –transmite cuando al otro lado le contestan–. Sí, os mandamos enseguida fotos y vídeos para que los mováis en redes. ¡Están cagados, los capullos! ¿A que sí, a que estáis cagados? –los humilla.

El guasón se acerca grabando con su móvil y les repite:

–Contestad, ¿estáis cagados? –Les estampa las pantallas en la cara para registrar con detalle la cadena de síes.

Enseguida vuelve a imponerse la conversación telefónica del barbudo:

–¡Vosotros presionad al Gobierno hasta que explote la puta cumbre! Y, si se resisten y necesitáis que subamos la intensidad, avisáis y punto. Sí.

Claro. Por supuesto. Aquí se llega hasta donde haya que llegar –insiste antes de colgar.

Julia no deja de pensar en Ayo, como a relámpagos. Tiene miedo de morir y de que la maten, miedo a estos salvajes y a que los salvajes con quienes hablan estén en Madrid, en Sevilla, que sean muchos y bien dispersos. Ayo es... Conocerla, estar juntas... No puede acabarse. Necesita seguir con ella, entre otras cosas para protegerla de este peligro, mayor aún que cualquier otro de los que ya ha sufrido, de estos bestias que quieren gobernar desde el terror, institucionalizarlo. Esto es lo que retratan tantas películas y libros, hiela la sangre asumirlo; es la brutalidad del 23-F, que no se iba a repetir porque habíamos aprendido, que era un falso espantajo sólo temido por exagerados. Sin embargo, aquí está, frente a ella, vivo y coleando, el neofascismo, el neofranquismo de quienes añoran al fascismo y a Franco.

–¡Tú, mamón! –espeta uno a Pablo Yáñez, sobresaltando a todos–. ¿Qué haces, gilipollas? ¡Para!

–Yo, nada, nada –tiembla Yáñez, acobardado, sin poder evitarlo.

–¿Cómo que nada, imbécil, si no paras un segundo?

–Nada. Sólo que... –sigue temblando a su pesar.

–¿Te paro de un balazo? –pregunta, y le apoya el arma en la frente.

–Yo... –bisbisea bajísimo– necesito ir al baño.

–¿Mear? ¡Si ya se te sale! ¡Cerdo cobarde! ¿Cómo no avisas antes? ¡Ven, puto guarro!

A patadas y empujones lo saca de la sala. Las risotadas a costa de su miedo, del miedo de todos los retenidos, son sal hiriente sobre las amenazas. Desde el baño, se oyen portazos, porrazos, gritos y un lloro desolado.

–Por favor, que tiene hijos, tenemos... –se atreve a suplicar Óscar Muñoz.

El barbudo se acerca a él justo cuando el bromista, ya de vuelta con Pablo, a quien agarra por la nuca, lo asoma al umbral y expone su rostro, hinchado y con moratones.

–¿Qué argumento es ése? –grita el jefe a milímetros de Muñoz–. ¡Hijos tienen también los putos moros y los negros! ¡Hasta los perros follan y paren!

Y arranca a Pablo de las manos del otro y lo hinca en el suelo de un golpe tremendo. Él gime y llora.

–¡De esto van estos secuestros! –Lo patea–. ¡Y toda nuestra rebelión! ¡De supervivencia! ¡De quién sigue y quién se extingue! ¿No lo veis, mamones? ¡O quedamos nosotros con nuestra fuerza o vosotros y vuestros mierdas!

Una barrera invisible se alza entre ellos, los rehenes vejados, y esos

asaltantes que los miran con auténtico asco. Es la linde marcada a fuego por quienes se erigen en dueños de destinos ajenos, del futuro de la humanidad, y deciden a quiénes es legítimo sacrificar.

Julia querría no reprocharse nada ahora, dejar la mente en blanco y convencerse a sí misma, a base de imaginarlo, de que está lejos, al aire libre, en su Galicia natal, donde es inalcanzable. Pero mentalmente se susurra: «Debimos actuar contra el espanto que se nos venía cuando no estábamos maniatados».

Los secuestros, explosiones y el chantaje que conllevan se abren paso en el seno de la cumbre, pese a que la sala está protegida por inhibidores de señal. Personal español entra a informar al presidente Sanchís, y él pide que transmitan lo ocurrido a sus homólogos mientras, tras disculparse, sale a formar un gabinete de crisis con sus vicepresidentas, el ministro del Interior y la titular de Defensa. Los murmullos y comentarios reverberan en las paredes hasta que Sanchís entra de nuevo. Benedikte von der Heide, sentada a su derecha, le aprieta el hombro, como solidarizándose e infundiéndole coraje. También el canciller alemán cabecea para apoyarlo, y el gesto de respaldo se extiende, unánime, de forma que Antonio Sanchís da las gracias, de palabra y juntando las palmas.

–Bien, comencemos –los insta.

Todos miran con satisfacción las carpetas de piel dispuestas ante ellos. Los asesores, como Ketu, en cambio, están ansiosos porque las abran para poder hacer ellos lo mismo. Van flechados a la cláusula polémica. Atónitos, comprueban que el plazo no es ya de cien años, pero tampoco de los diez pactados: cincuenta. Las señales de aviso se disparan. Robert Kyagulanyi, con rostro severo, alza las manos.

–¡Esto es un escándalo! ¿Pretenden engañarnos? ¡O firmamos lo pactado –planta las palmas en la mesa– o nos vamos!

El sonido del pasar de páginas, adelante y atrás, suena a batir de alas de una nutrida bandada.

Conocedores palabra a palabra del acuerdo, los asesores, Ketu el primero, ven que, además de alejar la entrada en vigor, se ha borrado el punto que garantizaba la libertad de viajar a Europa de los africanos.

–Estimados socios y aliados –habla Von der Heide–, calibremos las excepcionales circunstancias. Nadie vive ajeno a las coordenadas de lugar y tiempo. La realidad es la que es y, aunque se pueda pensar que los dirigentes marcamos el camino de nuestros pueblos, todos estamos limitados por lo que nuestras sociedades consideran factible sin conflicto. Los grandes avances a los que aspiramos requieren el pulso y momento necesarios para realizarse sin desestabilizar el precario equilibrio en que nos movemos.

–Basta de palabrería –la interrumpe Kyagulanyi–. Los discursos huecos nunca han sobrado más.

–Señores, por favor –interviene Sanchís, y parece que eso pilla por sorpresa a Von der Heide y los europeos–. La voluntad es buena. –Ketu siente que lo mira, y eso lo clava en su silla–. Es buena, os digo. –Ahora se da cuenta de que mira a todos como siguiendo un arco–. La mejor voluntad que sinceramente se puede aplicar. Hay mucho en juego, y el riesgo no es un farol. Ved cómo amanece hoy España. ¿Queremos que el puente estreche o amplíe distancias? ¿Qué provocaremos si hoy nos vamos de aquí sin nada?

–Pero ¿cómo vamos a aceptar condiciones nuevas? –interviene el presidente sudafricano–. ¡Peores a las pactadas! ¡Impuestas! Esta forma vuestra de actuar, a la que estáis acostumbrados, es parte del problema que el Puente Dignidad pretende arreglar. ¡Merecemos más respeto! Y merecemos las mejoras que acordamos que entrarían en vigor al acabar la obra. Si Europa sólo piensa aplicar lo que le interesa postergando como siempre el interés africano..., sencillamente no firmamos.

–Seamos pragmáticos... –empieza a decir el presidente francés.

–¿En serio? ¿La Francia de las Luces nos «alumbrará» de nuevo? –lo corta el presidente de Mali, Amadou Haïdara–. ¿La semana en que la ONU desvela los cientos de muertos civiles que han causado en mi país vuestras supuestas operaciones antiterroristas? ¡Valorad simplemente que nos sentemos con vosotros a esta mesa!

–Calma, señores, calma –media la voz suave de Von der Heide.

–Calma, sí –la secunda Kyagulanyi–. Pero o firmamos lo pactado o nada.

Otras intervenciones se suman, alargan, provocan réplicas y

contrarréplicas, mientras periodistas y ciudadanos, escamados por el retraso que se va acumulando, se preguntan si los secuestros condicionan la cumbre hasta el punto de posponerla. Por otra parte, los entre ochocientos y un millar de ultras congregados en torno a Carlos Peñascal en la explanada de la Plaza de Armas celebran la demora como un éxito.

–¡Españoles! –clama el líder radical–. ¡Vuestra firme defensa de nuestra nación está a punto de evitar la rendición del puente!

El clamor, los aplausos y cánticos recorren kilómetro y medio, río arriba, hasta hacerse eco en la concentración propuente, donde Carmen y Ayo, como todos ahí, siguen aterrorizados por los atentados y secuestros.

Luca, que al fin ha logrado hablar con Carmen, ya sabe que la pareja de Ayo es una de las retenidas por los extremistas. Sintiéndose minúsculo, inútil, es incapaz de despegarse de la televisión, aunque lo realmente importante ocurre en lugares inaccesibles a las cámaras: el interior de la cumbre, las torres portuarias. Quisiera que el tiempo volara para saber que doña Charo ha llegado ya al piso con el niño. Cuando está a punto de marcar, oye la voz de Flavia, tan cantarina y alegre como siempre.

–¡Hola, papá! ¡Ha sido un superdía!

Él se esfuerza en escucharla. La besa, disimula sus nervios, pero, cuando la niña corre por el pasillo a lavarse las manos, le cuenta a Gina:

–Hay secuestros masivos en España. Uno en Tarifa. Voy a ver si Luca..., porque Carmen sigue en Sevilla. Una secuestrada es amiga suya ...

–¡Por supuesto! –estalla su mujer–. ¡Ella, siempre protagonista! ¿No has ido siquiera al trabajo? ¡Qué disparate! ¡No entiendo nada! –Da un portazo, y lo deja mudo con el móvil en la mano.

«¿Cómo iba a ir?», se pregunta él mientras espera a que doña Charo responda a su llamada.

–Entrando en el piso nos pillas –le dice la mujer, sin aliento–. Hemos venido jugando a las carrerillas –explica–. Porque tú ya sabes como está todo aquí, ¿no?

–Sí, doña Charo, estoy al habla con Carmen. Por eso estaba preocupado.

–Tranquilo, que el niño está bien. Se ha ido al cuarto. ¡Luca!

–Doña Charo, ¿me oye? Infinitas gracias por cuidarlo.

–Anda, por Dios. Mi niño de mi alma –exclama la abuela, acallando lo que se dice a sí misma: «Aquí tenía que estar Carmen. Que se expone demasiado».

–Al final saldrá todo bien, ya verá. –Luca intenta infundirle ánimos.

–Ojalá, hijo, ojalá. Te paso al niño. ¡Luca, es papá!

–¡Hola, papi! –Su alegría, idéntica a la de Flavia, le confirma que no está al tanto de nada.

En realidad, nadie sabe, excepto quienes están en la cumbre, hasta qué punto todo naufraga. En pleno fragor de la discusión, Ketu sigue buscando sentido a que los europeos dinamiten el puente justo en el acto de firma protocolario, en vez de haber tensado la cuerda cuando aún negociaban.

–Presidentas, presidentes –Von der Heide posa la barbilla en la punta de sus dedos–, queda poco margen ya para hacer que la historia espere. Ninguno podíamos prever la terrible y violenta extorsión que hoy ataca a España y a cuantos somos gente de paz. Pero –la conjunción dispara las alertas de Ketu– es siempre prudente dotarse de herramientas que impidan zozobrar en la tempestad. Por eso –«¿A dónde quiere ir a parar?», los africanos se miran entre sí– puede ser un alivio rebajar hoy nuestra autoimpuesta exigencia de sellar el pacto tan ambicioso al que todos aspirábamos y, a cambio, reemplazarlo temporalmente por un acuerdo de buena voluntad que se circunscriba única y exclusivamente a la puesta en marcha del puente como infraestructura.

«¡Era esto!», entiende al fin Ketu. «Todo estaba previsto...». Siente la mirada acusadora del ausente Biram. «Sólo pretenden perpetuar sus intereses».

Los ujieres, solícitos, sustituyen unas carpetas por otras, y la nueva y reducida versión del texto desnaturaliza ya todo el pacto.

«Se acabó», se lamenta Ketu.

Ve el puente doblarse por el centro, colapsar y caer con violencia al mar. Con su hundimiento, se levantan olas gigantes que lanzan escombros a kilómetros de distancia.

–Hermanos –surge la voz del senegalés Macky Sall–, ¿es razonable, tras el inmenso esfuerzo que hemos hecho para llegar hasta aquí, renunciar a un acuerdo parcial, pero que abre la puerta a un camino de

prosperidad? Yo no lo creo y...

–¿De verdad? –se revuelve el presidente Kyagulanyi–. ¿Daremos el espectáculo de que nos dividan? –Mira a sus homólogos africanos–. ¿Y ustedes? –Se vuelve hacia los europeos–. ¿De verdad creen que el África digna pasará por el aro?

–¡Exijo respeto a mi opinión! –protesta Macky Sall.

–Queremos el puente, ¿no es cierto? –alza la voz el ecuatoguineano Obiang–. Pues dejadme que, como el más veterano –se atreve a presumir de dictadura de cuarenta y dos años–, tenga el honor de firmar en primer lugar.

–Yo también firmaré –se suma Mahamat Déby Itno, nuevo presidente del Chad tras la oscura muerte de su padre.

El dictador egipcio El-Sisi se une con un gesto, y el camerunés Biya no quiere ser menos. «¿Y Marruecos?», vuelve la mirada Yassin hacia el líder de su país.

Aunque los líderes desleales no sean mayoría, arrastran por el fango la dignidad africana. Los ojos de Ketu sobrevuelan a los jóvenes asesores de todas las delegaciones, tan indignados ayer de forma unánime. ¿Acaso algunos sabían y fingieron? Le parece que Arouna va a decir algo. Está demudado. De pronto, duda de él. De todos. Hasta de sí mismo. ¿Qué van a hacer? ¿Pueden hacer algo? ¿Van a consentirlo? Juraría, mientras mira y lo miran, que todos son conscientes del peso histórico del momento; conscientes de las esperanzas, incluso de los parientes y amigos, que se verán defraudadas; conscientes de la responsabilidad, no sólo presente, sino ante los antepasados y los hijos, nacidos o por venir. ¿Tal vez piensan en esto? Quizá, pero nadie da un paso al frente. Él, tampoco, pues sabe lo que supone. Pero se ha preparado, por si fuera necesario. Se recoloca las gafas. Yassin lo observa expectante. Arouna traga saliva y busca los ojos de Thiane; ella mira también a Salah y a Ketu. Al fin, éste se levanta y, tras un segundo infinito, declara, fuerte pero sin gritar:

–El boicot del puente fracasará.

Todos se vuelven a ver quién irrumpe en la sesión con tal descaro.

–Cuando África sepa –retoma– que Europa intenta desvirtuar el puente para seguir imponiendo sus intereses, no lo aceptará.

Unas puertas se abren, y entran miembros de seguridad.

Yassin, Thiane y Arouna rodean a Ketu para protegerlo.

–Líderes europeos, no lograréis dividir a los africanos. Mirad esta mesa y decid: ¿quiénes se os someten? ¿Qué futuro tienen? El futuro somos la inmensa mayoría de jóvenes del continente. ¡Los jóvenes africanos que hoy estamos aquí os aseguramos que nuestra generación no se doblegará!

Los agentes intentan sacar a Ketu del cerco, pero Salah, los sudanes y

algunos compañeros congoleños se acercan a interponerse.

–¡Éstas son vuestras maneras! –prosigue Ketu–. ¡Engaño, soborno, violencia..., y, ante las cámaras, falsedad e hipocresía! Pero el puente triunfará. Porque no es una mera «infraestructura», como vosotros decís. No entendéis nada. El puente es la resistencia africana, es la unidad contra la injusticia. ¡Jóvenes africanos en la sala, en nombre de vuestras madres e hijas, de vuestros padres y hermanos, probémosles cuánto se equivocan! ¡No vamos a someternos! ¡Se acabó! ¡Demostrémosles que estamos decididos!

Los asesores sudafricanos se levantan y, enseguida, también los ghaneses y burkineses. Muchos, la mayoría, se acercan al grupo en torno a Ketu. Otros dudan y miran a sus gobernantes, pero, aunque sea quedándose en su lugar, se levantan. Al final, todos se ponen en pie para respaldar a Ketu.

–¡Exigimos la igualdad! –proclama él–. ¡La sangre, carne y alma africanas no están en venta! ¡No nos vendemos! Nuestras riquezas son y serán en adelante y por siempre, oídlo bien, nuestras. ¡La trata y la colonia son pasado! No consentiremos que pervivan disfrazados. Digámoslo juntos, hermanas y hermanos: ¡Viva África libre!

–¡Viva! –responden los jóvenes–. ¡Viva África libre!

Sus vítores arrastran a la mayoría de líderes africanos, mientras los traidores lanzan miradas fulminantes y los europeos, asustados, intentan mantener el tipo.

–¡África! ¡África! –El clamor invade la sala.

Aplausos, exclamaciones y cánticos chocan con la irrupción de más agentes que se enfrentan a los protectores de Ketu, los arrinconan y empujan.

–¡Ya está bien! ¡Ya está! ¡Sin violencia! –exige Arouna.

–¡Sean civilizados! –reclama Salah.

El personal de seguridad intenta desalojarlos, pero los hombres de la Unión Africana intervienen.

–No empeoremos la situación. La cumbre ha acabado –avisa Kyagulanyi.

En la mesa, la formalidad se ha roto: las figuras están de pie, en corrillos. «¿Cómo es posible? ¿No se acordó con...?», dicen, o «¡Qué desastre! ¿Qué explicaremos?». Quienes se consideran la locomotora europea exploran: «¿Sería posible pactar una versión del desencuentro?». Pero ningún africano está en eso. Los decepcionados apuestan por irse de inmediato, ya, salir hacia el autobús manifestando su indignación. Aunque no pueden dejar a los otros atrás, a esos cínicos que, en realidad, a esta hora, lo que más desean es ir a almorzar.

Fuera, los activistas consultan a cada instante sus teléfonos, pero los

periodistas parece que no avanzan novedades. En Trieste, Luca también agradecería más noticias y menos parloteo vano. La opacidad sobre los secuestros es total. Ayo y Carmen evitan recurrir a las ingenuas fórmulas de consuelo del «Todo irá bien» o «Quedará en nada», en las que, sin embargo, tanto desean creer. En realidad, no asumen la opción de una masacre. Ayo no hace más que repetirse: «Julia», «Julia», recordando que al besarla como despedida fue ella quien, allí en Tarifa, se quedó preocupada e insistió en que se cuidaran.

Son alrededor de las dos, y algunos intentan remontar los ánimos tocando palmas y golpeando cazos mientras insisten en gritar: «¡Puente a África, ya!», «¡Puente Dignidad!». Pero ¿qué se escucha? ¿Lo oyen o presienten? Algo notan, y por eso el sobresalto parece una ola. ¿Un choque? ¿Un accidente? ¿Un temblor? Miran de reojo. Son segundos, milésimas. No da tiempo a pensar cuando ya ven el camión sobre ellos. Atisban, de refilón, la cabina, mientras corren sin entender, sin calibrar todavía el inmenso tráiler que se les echa encima. Los arroya, los barre. ¡Ha lanzado por los aires el control de Policía! Chillidos, el rugido del motor que no frena, las ruedas sobre la gente, ahí, en la acera. Crujidos. Piernas, caderas, cabezas. Ayo salta a la calzada y corre entre coches. Alcanza la mediana. Se gira. No ve a Carmen.

–¡Carmen! –chilla, aturdida ante esa mancha desenfocada de la masa que huye–. ¡Carmen! –repite fuera de sí.

Vuelve atrás, hacia el amasijo, entre el rugido de las sirenas, de ambulancias y policía.

–¿Carmen? –La busca entre la estampida.

Ahí está, tirada, inconsciente, ensangrentada.

–Carmen, por favor. Por favor, despierta –le ruega, agachándose.

Le toca la cara, se mancha de sangre, mira a todos lados buscando ayuda, porque ella no puede alejarse o la gente volvería a aplastar a su amiga.

–¡Socorro! ¡Socorro! –oye su voz como la de otra persona.

Entonces lo ve. Mientras en Trieste Luca grita ante el atropello en directo, mientras Gina vuelve al salón y lo encuentra llorando y temblando, y corre a abrazarlo, Ayo ha visto a Miguel Laso, que viene veloz hacia ellas. Es él quien se lanza al asfalto y para la ambulancia; él quien trae a los enfermeros con la camilla y coge a Ayo de la mano y la aparta para que los sanitarios puedan auxiliar a Carmen; él quien la acompaña hasta ver cómo meten a su amiga en la ambulancia y, sin soltarla, la guía a la carrera hasta el cercano Hospital Macarena, donde Carmen entra por Urgencias.

Los participantes en la cumbre se enteran del atropello cuando están saliendo. La sensación de riesgo y amenaza aumenta más todavía el

nerviosismo inherente al fracaso. Entre un doble pasillo de policías fuertemente armados, los mandatarios y sus equipos suben deprisa a los autobuses.

–¡Carmen! –grita Yassin al conocer por Ayo que está malherida.

Todos se vuelven a mirarlo. Sólo Ketu, Thiane y Arouna lo entienden. Pero ya, en plena ruta, es imposible, por seguridad, parar y dejarlo bajar.

–En cuanto lleguemos, te vas –le promete Ketu.

Dentro del autobús, también él lee los mensajes de Ayo y se entera, además, de lo de Julia. Se quita las gafas y se pasa las manos por la cara en un gesto de impotencia. Luego se saca la funda del bolsillo y, sin que nadie se dé cuenta, se cambia unas gafas por otras. Al levantarse para salir, justo detrás de Yassin, le desliza el estuche en el bolsillo de su chaqueta y le susurra:

–Amigo, dáselo a Ayo en cuanto la veas. Ella sabe qué hacer.

Yassin, trastornado, sin entender, asiente.

–Prométeme que te acordarás –le insiste–. Dilo.

–Te lo prometo, Ketu. Se lo daré a Ayo. –Se palpa el bolsillo.

El autobús se ha detenido en la puerta del hotel.

–Mantennos informados –piden a Yassin mientras bajan.

Casi sin escucharlos, echa a correr a la parada de taxis, sube y desaparece.

–¿Y ahora qué? –pregunta Arouna al oído de Ketu.

Él contesta lo que tiene claro, no ya de hoy, de hace años.

–Ahora que pase lo que tenga que pasar.

Son horas de tensión extrema en cada metro cuadrado de ese hotel convertido en sede del poder africano. En las habitaciones y por los pasillos, grupos e individuos anticipan movimientos, propios y europeos. Esto no va a quedar así. Hay que evitar que se encalle un proyecto que aglutina tantas voluntades y anhelos, pero hoy Europa y España sólo pueden atender al terrorismo. En las televisiones, radios y diarios, hasta el fracaso de la cumbre queda eclipsado por los secuestros y el salvaje atentado del camión. Del lado africano, la deslealtad de los sátrapas supone una decepción, pero no una novedad. Lo distinto y esperanzador es la reacción de los jóvenes: ese plantar cara no puede disgregarse sin más. Eso se dicen las delegaciones de los países a favor del puente en reuniones y por teléfono. Aunque, entretanto, los traidores aceleran la vuelta a sus países.

Ketu, reunido con Thiane y Arouna, anticipa el peligro. Quizá también los demás. Ninguno lo explicita para protegerse, o porque quieren aprovechar el presente, o por la superstición de pensar que, si no lo verbalizan, tal vez, no llegue a pasar. Pero entonces llaman a la habitación, y los tres saben qué va a ocurrir.

–No pasa nada –dice Ketu–. Quizá sea necesario.

Los golpes vuelven a sonar contra la madera.

–No me voy a resistir –anuncia, cruzándose al pecho la bandolera–. Vosotros no os metáis, y así quizá no caigáis.

–¡Abran la puerta ya! –suena en francés camerunés.

–Debería escribir a Amal –piensa en voz alta, pero no hay tiempo, y su cabeza vuela–. Coordinad todo con Ayo y con ella –les pide, desconcertándolos–. Pase lo que pase conmigo, el puente tiene que tomar fuerza ahora, tiene que hacerse.

Thiane y Arouna lo abrazan. En cuanto Ketu abre, tres agentes del presidente camerunés lo rodean y, entre zamarreos, se lo llevan. A la altura del ascensor, en el instante en que las puertas automáticas se abren, Ketu lanza un último vistazo a sus amigos. La mirada del adiós. Forzado por la represión.

Aun consciente de que ahora debe centrarse en él, a Ketu le asaltan ráfagas de esos tres días. Voces e imágenes. Piensa en los heridos y muertos, en los atentados y los secuestros. Ya no sabrá más de Carmen y Julia ni podrá apoyar a Ayo o a Yassin. Le han quitado el móvil y vuelve a África con lo puesto, como pisó Europa. Detenido también, sólo que en vez de viajar dentro de un furgón en la oscura bodega del ferri ahora va en la cola del avión presidencial.

Cuando despegan, se vuelca en la ventanilla de esa última fila donde lo han sentado junto al robusto escolta que le bloquea la salida. Sevilla mengua, y poco a poco se aleja de España. Instintivamente, lamenta no haber tenido la nacionalidad española. Aunque no lo habría protegido, como no lo hizo con Boubacar Séye, nacionalizado español, casado con española, padre de hijos españoles, cuando el año pasado lo encarcelaron en Senegal por preguntar en qué gastaba el Gobierno de Macky Sall los fondos europeos destinados a crear las condiciones para que los jóvenes senegaleses no vean la necesidad de emigrar. La doble nacionalidad no le había evitado su detención ni acabar entre rejas, como ahora Ketu teme que va a pasarle a él.

Vuelve al momento en que pudo seguir callado. El silencio lo habría librado de todo esto y de lo que está por venir. Pero siempre supo que su odisea en Europa era un viaje de ida y vuelta y plagado de riesgos necesarios. Dar la espalda a África era ser otro recurso expoliado. Recuerda el caso del rey Rudolf Douala Manga Bell e imagina, como un mal presagio, el perfil de la prisión New Bell en la linde de su propio barrio. Se aprieta las manos. «No adelantes acontecimientos», intenta serenarse. «El futuro no está escrito. Esta vez puede ser distinto».

Ketu procura quitarse a la familia de la cabeza. Le tortura el sufrimiento que puede causar a sus padres y hermanos, especialmente a su

madre, y teme que quieran cobrarles, empezando por Rashâd, el precio de su atrevimiento. Sospecha, aun sin saberlo, que no debe ser el único represaliado. En efecto, los dictadores del Chad, Egipto, Costa de Marfil, Conakry y Guinea Ecuatorial también se llevan arrestados a los díscolos. Todos vuelan ahora o están a punto de hacerlo, con custodia policial, acusados de «insurrección», «alta traición», «extremismo» o incluso «terrorismo». Hasta Thiane ha caído bajo el zarpazo de Macky Sall, y si Arouna se ha librado es por el amparo de la delegación beninesa. Sobre él, Ayo y Amal pivota ahora la responsabilidad de reafirmarse ante Europa y cerrar filas en respaldo de la democracia y los derechos humanos en África.

Pero incluso Arouna y los no arrestados tienen que apagar sus teléfonos durante el vuelo. Aun así, mientras tanto planean qué harán al aterrizar, qué resortes locales e internacionales tocarán. Alhassan Duany, Hosh Osman y el gran empresariado africano, que tanto confiaban en el puente, se sienten decepcionados, pero, fieles a la divisa de que «el dinero es cobarde», de momento guardan silencio. Arouna evita dilapidar segundos en prever el maltrato que sabe sufrirán los apresados, incluidos Ketu y Thiane, para centrarse en activar los mecanismos legales y la presión social con la idea de sacarlos cuanto antes de los agujeros donde van a encerrarlos. Durante el vuelo a Kinshasa, redactan ideas y se consultan dilemas sobre la estrategia. Sin ser conscientes todavía de que cuentan con un valioso as en la manga.

Yassin había sentido el peso en el bolsillo todo el trayecto al hospital. Entendió desde el primer instante que aquello debía ser algo clave. Por la inflexión de la voz de Ketu; porque estaban en un contexto crítico, por la misma intuición que le dictó que, si entraba en el hotel, quizá ya no lo dejarían salir en busca de Carmen. De ahí que corriera hacia los taxis y pillara el primero que vio. Pero no se preguntaba realmente qué le habría entregado. Mientras atravesaba la ciudad, sólo rezaba porque no hubieran matado a Carmen. Luego, en el caos de la puerta de Urgencias, se vio abrumado por la dificultad de dar con Ayo. No paraban de llegar ambulancias y heridos, las sirenas se callaban y arrancaban los gritos. Fue ella quien lo vio de lejos.

–Aún vive, Yassin. Está viva.

Cuando se abrazaron, ella añadió en un susurro apenas audible: «Tiene que sobrevivir».

Fue Miguel quien se lo explicó todo con más palabras y calma. Ayo estaba destrozada y atenta también a Tarifa. Cada vez que su móvil sonaba, se lo pasaba a cualquiera de ellos, centrada en la megafonía, mientras él o Miguel decían a la señora Charo o a Luca que seguían sin noticias. En plena vorágine, el encargo quedó olvidado.

Al fin el altavoz aulló: «Familiares de Carmen Barea, vayan a información». Pocas fueron las palabras del médico: que quedaba ingresada en la UCI por la pérdida de sangre y las múltiples fracturas; la peor, la craneal. El edema cerebral requería «observación continua», y su diagnóstico era muy grave. Las setenta y dos horas siguientes serían cruciales.

Horas después, aún abrumados y tristes en la sala de espera, se enteraron de que los GEO estaban entrando en las torres de Salvamento. Al buscar en el móvil, Ayo se echó a temblar, pues sólo era capaz de figurarse a Julia acribillada en el cruce de disparos. Yassin la agarró justo a tiempo para que no cayera al suelo, desmayada.

–Tranquila, Ayo –le dijo.

–Tranquila –repitió Miguel.

Los tres suplicaban a Dios, al azar o a quienquiera que fuera que el asalto no derivara en matanza, que nadie muriese, aun a sabiendas de que eso era algo improbable.

Al poco, había ya imágenes del desalojo de heridos tras las cuatro operaciones policiales simultáneas. Saltó el primer recuento: entre secuestradores y víctimas, cuatro muertos en Tarifa, tres en Algeciras, otros cuatro en Almería y mínimo siete en Las Palmas. Ayo se moría de angustia por conocer las identidades; debía ir con Julia, pero se culpabilizaba por volver a dejar a Carmen atrás.

–Ayo, ve. Debes ir –le insistió Yassin–. Yo te iré contando. Estaré aquí sin apartarme un segundo, sabes que lo haré.

Miguel la llevaría en coche al Hospital Punta Europa de Algeciras o a la comandancia, a donde hiciera falta, hasta que encontraran a Julia.

–Venga, marchaos –los apremió Yassin–. Tened cuidado en la carretera.

–Si la ves... –balbuceó Ayo–. Cuando la veas... –no acababa la frase–. ¡No sé cómo la perdí de vista! ¡Por qué no corría conmigo! ¡Si estábamos al lado...!

–Tú no tienes la culpa, Ayo. Le diré lo pendiente que has estado. –La abrazó muy fuerte.

Entonces, sólo entonces, volvió a notar el bulto en el bolsillo delantero.

–¡Ayo, casi lo olvido! –Le tendió la funda.

–¿Le ha pasado algo a Ketu? –Dio un respingo–. ¿Qué le ha pasado?

–Nada. No sé. No creo –respondió Yassin, temiendo, de pronto, lo contrario–. Él sólo me dio esto y me hizo prometer que te lo entregaría. Dijo que tú sabrías qué hacer.

En la funda estaban, ni más ni menos, las gafas de Ketu. Pero sólo ella entendió. Como en un acto reflejo, cerró el estuche y se lo llevó al pecho.

–Sí, yo sé lo que hay que hacer. Y lo haré.

La funda con las gafas de Ketu reposa, al fin, en el escritorio del salón de Julia. A Ayo le ha pesado en la conciencia todos estos días. Hay prisa. Sabe de las detenciones, e imagina que con Ketu se estarán ensañando. No le perdonarán su brillantez, su compromiso, su proyecto del puente hasta el final. Pero Julia la necesitaba, había que esperar al alta. «Creí que no te vería, que te vería muerta», le había confesado nada más encontrársela. Los disparos la habían herido en el hombro y la pierna. Ahora, al fin en casa, aunque sigue dolorida en la silla de ruedas, se ofrece a hacer copias de seguridad del vídeo que ya ha descargado en el ordenador y que trata de enviar a Arouna y Amal. Con paciencia, porque pesa.

Al otro lado de la calle, por la ventana, ve a Luca padre en la terraza de Carmen. Ha venido a hacerse cargo del niño mientras doña Charo y Yassin, en Sevilla, siguen pendientes de cómo evoluciona. No pinta bien. Ayo mueve la cabeza, inspira con ansiedad y se lleva el puño a la boca. Julia le agarra la otra mano.

–Hagamos ahora lo que hay que hacer –le dice–. Y luego acompañas a Luca al colegio para recoger al chico, ¿quieres?

Lo cierto es que sí, que necesita sentirse más unida a Carmen y cuidar al niño la ayuda. Cuando al fin logra enviar el vídeo a Amal y Arouna, siente cierto alivio, pero aun así no se da tregua. Vuelve a reproducirlo, ahora ya para seleccionar lo esencial. No ve a Ketu, sino que, como en las pruebas previas, ve lo que él vio, escucha lo que oyó, es como meterse en su interior. Y, como a estas alturas lo conoce tanto, casi nota el imperceptible temblor del instante previo a dar el gran paso.

Ahora, justo ahora, mientras tanto, sin que ella lo sepa, lo están sacando esposado de la comisaría de Duala. Hinchado, amoratado, con los ojos cerrados; no tapados, sino inflamados por las palizas. La luz de la calle, en contraste con la oscuridad del calabozo todos estos días, es como

una navaja que le raja entre los párpados. Por eso, la penumbra del furgón, aunque lo suban a empujones, es una bendición. Pero apenas dura. Enseguida frenan de nuevo, abren y lo obligan a salir. Sabe que está frente a New Bell, y que New Bell promete superar cualquier horror previo. Es famosa, célebre, por sus motines y reyertas, por la cantidad de reos encerrados en ella y de muertos al año entre sus internos. Está tan cerca de casa... ¿Cuándo se enterarán Rashâd y sus padres de que lo han metido allí?

–¡Tira!, ¡Avanza! –le gritan los guardias.

Le tienta correr, siente el vértigo de intentarlo, pero sólo les daría una excusa para descerrajarle un tiro.

En la entrada del penal, aturde la peste a orín, heces y, sobre todo, vómitos.

–¡Atención: el héroe! –lo ridiculiza uno de los policías que estos días más lo ha apaleado.

Sus risas espantan. Unas risotadas sedientas de una venganza que no entiende. ¿Por qué lo odian tanto si la lucha del puente es también por ellos? ¿Qué vida privilegiada o qué bienestar da el Gobierno a estos carceleros para que apoyen tanto la sumisión a los europeos?

–Ven, campeón –lo recibe un oficial–. Camina, que te llevo a tu *suite*.

Cruzan herrumbrosas puertas blindadas antes de llegar al primer pasillo de jaulas. Ahí el estruendo ensordece. Vocerío, gritos de dolor y jolgorio, golpeteos metálicos sobre las rejas. Nadie, en cambio, que acalle el estrépito. Ketu recuerda haber leído que, aunque la cárcel se construyó para ochocientos reos, se han acabado hacinando cuatro mil. Mira a su alrededor y ata cabos. Por allí no parece haber más guardias que estos tres que lo acompañan, y juraría que ellos no se quedarán. Volverán a agazaparse en las garitas de la entrada, tras las puertas cerradas, vigilando, si acaso, las imágenes de las pocas cámaras de seguridad.

–¡Sadou! –grita un carcelero, y aparece un preso–. Éste es el superhombre, el gran líder nacional. ¿Qué digo? ¡Continental! ¡Mundial! Más importante que los presidentes africanos, que los europeos..., ¡que el mismísimo Alá, debe creerse el anormal! El loco más loco que haya estado aquí. Que ya es mucho decir, ¿eh? –ríe con ganas–. En resumen: alguien peligroso. Lo dejo a tu cargo. Tú serás el responsable si levanta la vista del suelo. No digamos ya si dejas que arme revuelo.

–Descuida. No extenderá sus patrañas. Si hace falta, le corto la lengua.

Su mirada avala sus palabras. Ketu se fija en que el guarda, en pago por la faena, le pasa una papelina.

–¿Tú qué carajo miras? –grita el oficial.

El tal Sadou patea a Ketu en el vientre, y éste cae rodando.

–¡Ojos al suelo siempre! ¿No has oído?

Ketu ve cómo los tres pares de pies bien calzados se dan la vuelta y se marchan. Los roñosos dedos de Sadou bajo las tiras de las chanclas se quedan inmóviles junto a él. Nueva patada, ahora en la cara.

–¡Mira al suelo! –grita–. ¡No a mis putos pies!

La nariz le arde; aspira y traga sangre, aunque también le chorrea el pecho. El otro lo agarra con saña de los pelos, saca un llavero con la mano libre, abre la celda y lo mete dentro de un empujón.

–Aquí está el mierda del que os hablé. Prohibido hablarle. Salvo insultarlo entre hostias y patadas, cero charla.

Sadou va a salir, pero recula, se acerca a Ketu y le susurra:

–Como pase y vea que no miras al suelo, entro y te reviento.

Arouna parpadea incrédulo mientras en la pantalla se reproduce la cumbre entera. Se ve a sí mismo, angustiado, justo antes de que Ketu hable. Revive la emoción al escucharlo, al ver cómo los compañeros se levantaban, se unían, resistían. «¿Cuándo y cómo se te ocurrió?», le da vueltas. Ketu llevaba siempre esas gafas. «Desde Bruselas», precisa Ayo. Eran discretas y ligeras, no destacaban. Ahora ella le revela que tienen cientos de reuniones grabadas. «¿De dónde te vendría la idea? ¿Nunca confiaste de verdad en que firmaran?», interroga a su amigo ausente. Encaja como puede que no le confiara su secreto, ni a él, ni a Thiane, ni siquiera a Rashâd.

–¿Sabes cómo se le ocurrió? ¿Te lo contó, Ayo?

–Lo marcó mucho aquella quema del billete de Biram en televisión...

Oír tal cosa lo deja boquiabierto. Aunque, sí, hay como un mismo sello.

–La reacción popular a ese gesto –retoma Ayo– le daba fe en que

cuando la gente ve... Me habló de eso, pero nunca entró en detalles de cuándo pensó en las gafas ni dónde las compró. Ha vivido todos estos años temiendo que alguien las notara raras. Pero asumía las consecuencias con tal de que, si venían mal dadas, el pueblo conociera la verdad y actuara en consecuencia.

No se puede negar que ha sido sagaz, atrevido, y que ha conseguido un vídeo potentísimo. No hay un minuto que perder. Deben limpiar su honor y el de todos los represaliados. Los sátrapas, a través de sus aparatos de propaganda, enseguida denunciaron, encolerizados, que la cumbre fracasó por «una tentativa de múltiple golpe de estado» obra de «una red de radicales filoterroristas», y ahí, nombre tras nombre, divulgaron la lista. Amparados en el silencio criminal de Europa.

Ahora, Ayo y Arouna, coordinados con Amal y con la ayuda de Rashâd, recurren a gente comprometida, experta y discreta, para traducir y subtitular la cumbre, además de preparar vídeos cortos e impactantes. El secretismo es clave para la sorpresa. Llegado el momento, pondrán sobre aviso a los abogados. Las pruebas técnicas se alargan, pero acaban por dar resultado. Logran reducir el peso al mínimo manteniendo la máxima calidad. Los mandatarios de uno y otro lado se reconocen fácilmente, y también los jóvenes asesores a quienes Ketu se esmeró en enfocar conforme se iban levantando, se le acercaban y clamaban por la insumisión de África. En cualquier caso, todos irán rotulados con su nombre y cargo. Sólo a él no se lo ve, pero un breve texto aclarará quién es. Además, cuentan con incrustar en el vídeo el titular: «ASÍ DEFENDIÓ EL ÁFRICA VALIENTE LA JUSTICIA Y EL PUENTE». Ojalá pudieran hacerlo más rápido. De inmediato. Pasan las jornadas, sin pausa, ante el teclado. Sobre todo, Ayo, martirizada porque los días se suceden y Ketu ya lleva una semana encarcelado.

El tiempo en New Bell, en cambio, parece pútridamente estancado.

«Qué distinta esta celda de la de Mandela», se dice Ketu.

Sentado en su catre, con las piernas cruzadas y la cabeza agachada, al fin es consciente de que la solemne emoción que había sentido en Robben Island era efecto del falso silencio. La verdad carcelaria es este griterío y esta peste que borran cualquier épica y arrastran al fangal de la animalidad. La sangre se le secó en la cara, y otros puñetazos le abrieron nuevas brechas. Hace sus necesidades en un agujero que apenas desagua a la vista de todos, un agujero que se atasca y rebosa. La comida es lo peor. Por eso, el hedor a vómito impregna el penal. Si así fueron los veintisiete años de encierro de Madiba, ¡es un milagro que sobreviviera!

Otros no resistieron. Ya en el avión Ketu no paraba de pensar en Rudolf Douala Manga Bell. Cuando de niño no dejaba de preguntar a Rashâd por la cárcel al final del barrio, le había hablado de aquel príncipe

de Duala al que se llevaron a Europa al cumplir los dieciocho años. Los alemanes forzaron a su abuelo, el rey Ndumbe Lobe Bell, a entregárselo para, con el pretexto de civilizar a los herederos africanos, moldearlo al servicio de los intereses europeos. Sólo que cuando Rudolf fue coronado rey, habiendo aprendido en Stuttgart no sólo alemán, sino cómo el Gobierno germano trataba a sus súbditos blancos, osó pedir un trato equivalente hacia los cameruneses. Un trato humano. Entonces lo encarcelaron. Y fue aquí, en New Bell, donde luego, además, lo ahorcaron. Era agosto de 1914. Ni aún inmersos ya en la Primera Guerra Mundial, dejaron los alemanes de considerar irrenunciable su asesinato.

«¿Alguien aquí sabrá algo de esto?», se pregunta Ketu. «¿Les importaría saberlo?».

Le asusta notar que su fe en la reacción social flaquea, que ahora no descarta que, cien años después, pueda perfectamente repetirse con él la misma injusticia.

El desengaño coincide con esas horas finales en que su hermano e íntimos colaboradores pulen los últimos detalles, corrigen pequeños errores técnicos antes de difundir el vídeo.

–¿Lo tenemos? –pregunta Amal, inquieta.

–¿Ya, Arouna? –quiere cerciorarse Ayo–. ¿Lo lanzamos?

–Un segundo –contesta él mirando al experto informático–. Ahora.

Aguantan la respiración. El envío debe salir bien, y cruzan los dedos porque la intuición de Ketu sea certera y la gente, al asistir a lo que pasó en la cumbre, salga a la calle. Al fin el vídeo entra en sus servidores y llega a sus móviles por las redes sociales. Confirman con activistas, corporaciones y fuentes oficiales que ha llegado a todas partes. Esperan un instante y lanzan el segundo envío masivo con el reclamo «EL PUENTE TRIUNFARÁ». La silueta de un puente, el puente, irrumpe en las pantallas, y la voz en *off* de una joven, contagiosamente entusiasta, clama: «¡Defendamos el puente! ¡Liberemos a los encarcelados por oponerse al complot entre nuestros dictadores y el explotador blanco! ¡Hagámonos respetar! ¡Eso es Puente Dignidad!». El mensaje se envía y reenvía como una centella e inunda, igual que el vídeo anterior, cientos de millones de terminales de teléfonos y ordenadores y, al momento, genera multitud de reacciones, nuevos vídeos, otros eslóganes, imágenes y contenidos, imaginativos, interactivos de gente anónima, pero también de referentes, científicos, intelectuales, artísticos y deportivos. La vergüenza de la cumbre indigna y solivianta. Enseguida se llama a evitar la violencia, a responder de un modo ejemplar y unitario, haciendo bandera de los gobiernos que sí defendieron los intereses africanos y de los asesores ahora represaliados.

«¡Liberémoslos!». «¡Los necesitamos!». «¡Regeneración y esperanza

africanas, ya!». Las redes sociales hierven y se empieza a desbordar la esfera digital.

Y, entre la avalancha de respuestas, entonces, sucede. Otro envío masivo se extiende, y éste ya no lo han lanzado ellos, sino Despertar Panafricano. Es el enlace a una retransmisión en directo de Biram. Está ante la sede de Cotonú, rodeado de partidarios. Les inquieta, porque no han previsto que él pudiera oponérseles. Y, sin embargo, ahí está, exhibiendo capacidad de reacción. Ayo, en Tarifa, se lleva el canto del pulgar a los dientes para hacer lo que no hace nunca: mordisquearlo. Julia le toma la mano y se la aprieta para que aplaque los nervios. Arouna, mientras, en Kinshasa, también se cruje los dedos. Amal y Rashâd cierran o se tapan los ojos.

–¡Hermanas y hermanos de África! –Biram vuelve a obrar el milagro de hacerse sentir al lado–. Ya sabéis lo que advertí sobre el puente de Gibraltar y cuánto me decepcionó que mis más íntimos colaboradores lo impulsaran.

Calla y fija su mirada en la cámara. En esos ojos que sabe están aguardando, detrás de ella, lo que vaya a declarar.

–Pues bien, hemos podido comprobar a dónde nos llevó esa apuesta temeraria.

Nuevo silencio. Arouna da un puñetazo en la mesa.

–Pero ahora, por primera vez en la historia, estamos viendo, en todos esos vídeos que también a vosotros os habrán llegado, que yo he visto como hipnotizado, cómo los europeos blancos llevan a cabo el sometimiento de nuestro pueblo. ¡Porque no renuncian, siguen empeñados en mantenernos como subalternos suyos, colonos! ¡Con modos siempre renovados, en eterno cambio! Sin embargo... –hace una pausa dramática, aprieta los puños–, ¡al fin han topado con políticos africanos dignos y con heroicos asesores de todos los gobiernos, incluso de los traidores! ¡Mujeres y hombres que, pese a saber el riesgo que corrían, clamaron que hasta aquí hemos llegado!

La vehemencia de Babel arranca vítores y aplausos. A Arouna, Ayo, Amal y el resto de los millones que lo escuchan en la distancia se les eriza la piel, incluidos los padres de Ketu y Rashâd.

–¡Por su valor y grandeza han arrestado a quienes nos enorgullecen! ¡Por lo que merecen ser premiados, se les encarcela! –se agita Biram–. Así que yo os digo, pública y solemnemente: ¡me equivoqué! ¡Yo estaba equivocado, mientras que Ketu Simo, Thiane Seba y Arouna Younde, mis queridos amigos, a quienes fallé, a quienes ignominiosamente difamé, llevaban razón!

Se lo ve más emocionado que nunca. A su alrededor, la gente empieza a llorar.

–¡Yo desconfié del potencial transformador del puente, y ellos acertaron! Porque, de haberse firmado, su proyecto lograba lo que yo jamás creí. Conseguía incluir cláusulas sobre la explotación de recursos, sobre beneficios, ganancias e impuestos que convienen a África. ¡Garantizaba, al fin, la libre circulación de africanos, en igualdad con cualquier ciudadano de pleno derecho en el mundo! Pero el puente, incluso frustrado por las maniobras corruptoras del occidente blanco sobre los dictadores africanos, sirve para desenmascararlos y ponernos a todos nosotros, africanos del continente y la diáspora, ponernos, digo, en bandeja el pulso que marque un antes y un después con la orilla opuesta.

»Así que –toma aire– quizás éste es el momento más importante de nuestras vidas y de la historia de África, y debemos ser conscientes de su relevancia. ¿Permitiremos que torturen, asesinen, dejen encerrados, silencien, a nuestra gente más lúcida y valiente? ¿O tomaremos nosotros su relevo y exigiremos, con una sola voz, su liberación inmediata y la firma urgente del pacto del puente? Aprendamos la lección que yo no supe entender: que los cables y acero del puente, sus pilares y tirantes son las voces y los brazos alzados, las piernas y pies firmes y erguidos contra quienes viven en la opulencia a base de avasallarnos. Exijamos el cambio de sistema, porque éste, intolerable, no debió existir jamás, pero sin duda ya no puede durar. ¡Liberemos a los represaliados! ¡Logremos con ellos que, por primera vez en la historia, Europa nos trate con respeto! Permitid que hoy una mi voz, con toda humildad, a cuantos antes que yo comprendisteis y clamasteis: ¡Puente Dignidad! ¡Puente Gibraltar!

La gente secunda su clamor, lo repite y prolonga.

Se baten palmas, se lanzan vivas, se suceden consignas. Cuando la retransmisión se corta, las visitas al vídeo, a todos los vídeos sobre la cumbre del puente, se multiplican.

África no habla de otra cosa. Cada casa, puesto del mercado, aula y oficina, cada barcaza y palmo de terreno bulle con una energía vibrante que se nota en el aire y hasta por dentro, en las venas de cada niño y anciana, de los adultos en plenitud que comentan y se llaman, de la arrolladora juventud que siente que es ahora o nunca. En su sangre. Aunque no esté claro todavía cómo va a manifestarse.

Si Ketu supiera el orgullo que se aviva en la gente, incluso poderosa, pero, sobre todo, sencilla y anónima; si pudiera ver y oír a Biram, lo animaría comprobar que ha reaparecido y los apoya. Pero Ketu está totalmente aislado del exterior. Y aislado allí dentro también. Los reos le hacen el vacío por orden de Sadou. Las cadenas de favores, trapicheo y extorsión descienden, de la cumbre a la base, por toda la estructura penitenciaria. A cambio de servicios de todo tipo, incluidos sexuales, algunos presidiarios reciben correo, visitas, comida, droga, dinero, móviles. Presos como Sadou vigilan a los otros. Son los *antigang*. Mientras descubre todo esto, Ketu, en su marginación, entre navajas cuyo filo frío ya ha sentido, acepta la evidencia, que hasta ahora prefería obviar, de que muchas historias, quizá la mayoría, acaban mal. El dolor físico devora la esperanza. «Las voces transformadoras se amordazan y la masa se resigna, por miedo o amaestrada», reflexiona de noche en su camastro. «Por eso, el puente tenía que ser distinto. Debía lograr el despertar colectivo, un movimiento social sin precedentes», se dice con los ojos cerrados y, aun así, mirando hacia abajo. «Pero no hemos logrado activar la rebeldía social. Nos borrarán del mapa. Sin rastro. ¿Por qué, Alá, creí que yo podría contribuir? Sería soberbia. Pero ¿soy responsable si desde niño lo sentí de una forma tan poderosa?».

Teme por Carmen. Se acuerda de cuando ella fue a conocerlo a Córdoba, de tantas conversaciones, por teléfono y en persona, de la tarde en la terraza, con la guitarra y de lo bien que lo pasaron. Ayo y Julia sentadas juntas... «A veces se muere, matan a buena gente, y no queda recuerdo bastante». Al pensar en el pequeño Luca, se siente culpable de haberlo dejado, quizá, sin madre. Le duele el costado, querría darse la vuelta, pero los muelles chirrían, y más de una vez eso ha despertado al matón de arriba. Así que se aguanta. «¿Debí callarme, Amal? ¿Habéis visto lo que hicimos?». «Ayo, ¿y el vídeo?». «Rashâd, ¿no hay abogados ni expertos en derechos humanos que puedan ayudarnos?». «Arouna, Thiane, ¡sacadme de aquí!», implora. Ahora le parece que el puente fue un desafío demasiado grande, una apuesta demasiado arriesgada. «No teníamos detrás la gente suficiente», analiza, «las masas necesarias». Quizá la gente, esa gente por la que lo ha hecho todo, la sociedad capaz de reaccionar no exista. Quizá, si la historia ha avanzado a base de arreones de ciertos líderes, no sea por casualidad ni por afán de notoriedad, sino porque la masa es sumisa, mansa, evita señalarse. Y, si, hasta hoy, no reina la justicia, es porque los proyectos liberadores son abandonados, junto con sus impulsores, por aquellos a los que buscaban liberar. «El puente ha quedado en vuestras manos», sigue intentando espolearlos. «¡Movilizaos de una vez! ¡A todos juntos no os atacarán! ¡No pueden! ¡Haced algo!». Separa las muñecas como para romper los grilletes.

Juraría que va a clarear en breve. Apenas ha dormido, pero al menos pronto llegará el bol de cuscús con leche en polvo y azúcar, que es lo único, de lo poco que les dan al día, que no evacua enseguida.

Su madre, a tan pocas manzanas, se tortura al pensar en la bazofia que será la dieta carcelaria. Aunque sea lo de menos, porque en cualquier momento puede sonar el teléfono y recibir el mensaje de que su Ketu ha muerto. Antes de salir o al volver de sus incontables gestiones para liberarlo, a la mujer le gusta entrar en su cuarto y sentarse a los pies de la cama donde de chico lo arropaba. Se queda mirando sus cosas. Ahí, frente a su estantería y los pósteres de Bob Marley, Sankara, Lumumba y el Ché Guevara, lo nota presente. Pero no lo está, e imagina el lugar donde lo tienen encerrado. Ve a desalmados ensañándose con su hijo, ese chaval de tan buena pasta, con tantas cualidades que lo que no soportan es que busque que la vida sea más justa.

«Yo estoy orgullosa de ti, Ketu. Ojalá pudiera decírtelo», piensa. «Por teléfono, entre rejas, como sea. Que te quiero, mi vida. Más aún por lo que has hecho y por lo que afrontas para defenderlo. No te dejes culpabilizar, hijo. No eres culpable de nada. No es verdad que la justicia sea mucho desear. No, mi amor. Aunque yo quisiera que fuera otro quien lo defendiera y no tú, hijo mío, tú, Ketu, todos vosotros tenéis razón, tenéis amor y compasión, sois la fraternidad que hace falta». Hemley Simo guarda silencio y suspira. Mira los libros de su hijo, tantos que ha leído. Ahí se concentra y piensa: «Resiste, mi niño. Aguanta».

Ahora se levanta y va a arreglarse. Es la hora fijada.

–¿Preparada? ¿Salimos? –le pregunta su marido.

En el recibidor, ya todos hacen piña, encabezados por Rashâd, al que acaban de echar de la cadena de televisión. Ella asiente e intenta sonreír, agradecida de tanta y tan buena compañía. Cuando abren la puerta, la aún mayor multitud de parientes, vecinos, amigos y feligreses los sorprende y abruma. Toda la comunidad parece estar allí, y ha formado un pasillo desde la cancela de la entrada hasta un buen tramo calle arriba, en dirección a la plaza donde se ha convocado una marcha, igual que en Yaundé, la capital, y en cada ciudad de todo el continente. Aquí, en Duala, enseguida se comenta que jamás que nadie recuerde se ha visto una manifestación como ésta. Tan multitudinaria que cuesta poner en marcha la cabecera, cuya pancarta principal, sujeta por la familia, rodeada de activistas, reclama: «¡PUENTE DIGNIDAD Y LIBERACIÓN DE PRESOS, YA!». El cartel, acordado por consenso, es idéntico en todas las marchas. Los manifestantes corean: «¡Ya está bien, se acabó! ¡El pueblo unido contra la traición!». Y también: «¡Héroes encarcelados, traidores al mando!».

Al pasar frente al Ayuntamiento y la Prefectura del Wouri, las

consignas arrecian. En determinados momentos, algunos transmiten por los megáfonos datos claves de otras protestas camerunesas o africanas, lo que aumenta la sensación de unidad y potencia. Es el acto más épico en el que la mayoría ha participado. Es una movilización histórica por la cantidad y dimensión de las marchas, que, todos, en paralelo, van siguiendo por sus teléfonos. Incluso, cosa inusual, los informativos europeos reportan ya la cascada de protestas, porque han irrumpido en las redes de activistas europeos y, tras lo vivido en Sevilla, la ciudadanía está atenta. Hay mucha gente en muchas ciudades. Parece que está todo el mundo echado a la calle, que nadie trabaja, que hay huelga, una sin igual, ¡huelga general de toda África!

Entre el gentío, una pareja intenta abrirse paso hacia la familia de Ketu.

–¿Nos permiten, por favor? Perdón. Tenemos que...

Se disculpan una vez más y tratan de avanzar, perseverantes.

–Es importante. Se lo ruego –implora la mujer.

–Lo siento, tenemos que pasar –explica el marido.

Algunos se molestan, por más que ellos lo lamenten.

–Por aquí. –Señala el hombre un recodo por donde rodear a la multitud y llegar hasta los Simo.

–¿A dónde van? –Se les echan encima unos jóvenes temiendo un altercado.

–¡Tranquilos! –Levanta él las manos.

–Nuestro hijo era amigo de Ketu –dice la mujer ante las miradas desconcertadas de los Simo–. Se llamaba Ibrahim, murió en el desierto.

Hemley Simo entiende al fin. Se agacha para pasar bajo la pancarta y, tras quedarse un instante cara a cara frente a la madre, la abraza.

–Cuánto lo siento, lo siento... –le susurra.

–Ketu nunca lo olvidó. –La aprieta la mujer, agradecida–. Habla de él en entrevistas y conferencias, lo hemos oído.

Agarradas del brazo, las dos retoman la marcha dos pasos por delante de la primera pancarta.

Al llegar a la prisión, ven que las autoridades han apostado a columnas de militares armados y carros blindados. Quizá teman un intento de liberación por asalto.

«Tú no lo querrías así, Ketu», piensa Hemley Simo. «Al precio de la sangre. El presidente, en cambio...». Se vuelve a mirar al resto de sus hijos. Le enorgullece que luchen por Ketu, pero teme que también puedan matárselos.

Cuando la cabecera está ya a pocos metros del cordón de seguridad, por indicación de quienes organizan la marcha, el flujo de manifestantes rodea el perímetro de la cárcel. El clamor toma aún más fuerza: «¡Puente Dignidad. Liberación de presos, ya!». «¡Ketu Simo, estamos contigo!».

«¡Nuestra dignidad no se puede encarcelar!». «¡Libertad para Ketu Simo!». Esas dos palabras, nombre y apellido, saltan el muro alambrado de New Bell y recorren el patio.

Ketu, que en ese momento camina con la cabeza gacha, se estremece. «¿Por fin habéis venido?», duda de su propio oído. Ignora que escenas similares ocurren ante todas las cárceles donde hay represaliados. En cada lugar toman la palabra amigos, familiares, líderes sociales, referentes religiosos o intelectuales, asombrados y conmovidos por la dimensión de lo que pasa, por la simultaneidad y potencia de la respuesta.

–Llamamos a la diáspora africana en el mundo entero... –dicen unos.

–A los hermanos afrodescendientes allá donde se encuentren –oyen también al otro lado del mundo, en Canadá y Estados Unidos.

–¡Levantaos, pueblos hermanos de cada sur expoliado! –se insta–. ¡Reclamemos todos el mismo puente, el de la justicia social, que hay que construir y cruzar!

–¡Uníos a nosotros, europeos y norteamericanos blancos, hombres y mujeres de Occidente, para convivir al fin en igualdad!

Cada frase, en los distintos lugares, engarza con las demás, flota sobre las cabezas entusiasmadas de quienes agitan banderas y pancartas, de quienes corean lemas y cantan canciones de protesta.

Arouna, en Kinshasa, siente la punzada de culpabilidad de que esta magia con la que tantas veces soñaron azuce ahora un ensañamiento con los encarcelados. Biram encabeza la principal marcha en Benín. Amal saca fuerzas de flaqueza para enardecer a los sudaneses. Noluvo y Thembisa abanderan una insólita movilización internacional de la comunidad científica. La actividad, tanto en las calles como en las redes, es brutal. Llegan trascendentales respaldos gubernamentales, y también de grandes personalidades sociales y culturales. En Costa de Marfil, el mismísimo Tiken Jah Fakoly da un concierto-denuncia en plena manifestación. Frente a la prisión de Duala, muchos escuchan sus temas *reggae* en los móviles. En un momento dado, empiezan a corear su estribillo más célebre y combativo:

Ils ont partagé le monde, plus rien ne m'étonne.

La chispa prende y se extiende entre el bosque de voces:

Si se han repartido el mundo, nada ya me extraña.

Tú este país, a mí dame el otro.

Yo me apropio del uranio, quédate tú con el oro.

Y África, en especial, troceada sin consultar.

¡Sin preguntar, sin avisarnos!

Si se han repartido el mundo, nada ya me extraña.

Nada ya me extraña, nada ya me extraña.

Ketu canturrea también para sus adentros. «¡Sí, estáis aquí!», constata,

pletórico. Los internos que disponen de móviles averiguan rápidamente qué sucede, mientras el resto se mira entre sí como queriendo saber. Ketu siente cada vez más ojos sobre su figura, escrutándolo.

Aun estando muy lejos, todos aquellos que lo han conocido piensan en él en este instante. Luca sienta a su hijo sobre las rodillas y le enseña los vídeos en el teléfono: «Mira lo que han conseguido mamá y sus amigos. Ya verás qué contenta se va a poner cuando lo sepa». Ayo, en Madrid, sigue al minuto las protestas africanas mientras participa con colectivos locales en la coordinación de sus réplicas europeas. Yassin, en la sala de espera del hospital de Sevilla, salta de las marchas en Casablanca, Tánger, Rabat y Marrakech a las lideradas por afroamericanos y *dreamers* latinoamericanos en Minneapolis, Chicago, Nueva York y Washington. «Es el pulso de verdad, el definitivo», se dice. «Ketu, la gente lo está haciendo». Siente escalofríos. «Ojalá Carmen pudiera verlo». Él, cada instante que le dejan estar con ella, le habla con la esperanza de hacerla reaccionar.

–Yassin –lo llama una enfermera de la UCI–. Ven.

Aún no es hora de visita, y él se pone en lo peor. Ella niega con la cabeza.

–Al contrario, está mejor. Corre, pasa.

Camina deprisa por el pasillo, sonriendo, hasta que a lo lejos ya puede verla. Sigue con los ojos cerrados, aunque le parece que sus párpados entreabren unas mínimas rendijas.

–Carmen –la llama, suave–. Carmen, soy yo, Yassin.

Él la mira intentando, como suele, no fijarse demasiado en los enormes daños. Al fin, percibe un parpadeo.

–¿Me escuchas, Carmen? ¿Sabes quién soy?

Ella vuelve a parpadear para asentir.

–Qué alegría, mi amor. –Se inclina y la besa con cuidado–. Lo feliz que se pondrá Luca, tu madre, todos. Te queremos tanto...

La cara de ella transmite alivio, o quizá cansancio.

–No hagas ningún esfuerzo, mi vida. Descansa. Ya estás aquí. Todos están bien –la calma–. Todos bien –le miente–. Luca cuida en Tarifa del niño –añade, porque sabe que eso va a gustarle–. Y hoy –le susurra mejilla con mejilla– tú resucitas, justo cuando África vibra con manifestaciones históricas.

La comisura derecha de Carmen tiembla, como si sonriera.

En Duala, los cánticos y lemas que siguen llegando al patio convencen a Ketu de que muy cerca, tras la pared, están su familia y sus amigos, toda esa gente en la que había dejado de creer. De repente, irrumpe un temblor, amenazante, y Ketu, sin querer, mira.

–¡Tú! –le grita Sadou, que no le quita ojo de encima.

El *antigang* está especialmente nervioso, porque eso que atruena como una estampida son las botas del inesperado escuadrón de guardias.

–¡Dentro, todos! –gritan–. ¡A las celdas!

Los *antigangs* pastorean a los reos en pleno horario de patio. Muchos presidiarios remolonean, se dan la vuelta. Hay cuchicheos.

–¡Si os jode... –lanza un colega de Sadou–, pedid cuentas al héroe!

Sadou lo acalla con una mirada. No parece convencido de la jugada de la docena de guardias. Nadie lo ha avisado ni han coordinado nada. Son pocos, pero agarran temblorosos sus armas automáticas. Todo puede irse de madre. Recuerda el fuego que se propagó hace dos años, a los quemados vivos y a asfixiados. No hubo muertos entre los carceleros, pero sí cayeron varios *antigangs*.

–¿Eres tú? –oye Ketu que le preguntan–. ¿El que nombran los de fuera? ¿El del vídeo con los presidentes?

Ketu levanta la mirada y asiente.

–Con un par, hermano. –Le ofrece éste su palma para chocarla.

–Tú, Nouhou, ¿qué carajo haces? –Sadou corre hacia ellos–. ¡Dentro!

–Nosotros no entramos –responde el otro, y otros más se le unen.

–Si tienen huevos tus amigos guardias... –señala uno a Sadou.

–Y ganas de que esto arda... –añade un tercero a su lado.

–Sí, si quieren que esto sea el puto infierno, ve y diles que disparen.

–¿No sabes, Sadou, que la calle está tomada? –pregunta Nouhou–. ¿Acaso no miras internet? ¿Has visto lo que hizo este tío? ¿La que se está liando en todas partes?

Ketu siente un vuelco en el pecho. Los otros se enzarzan.

–¿Te resbala, Sadou, que nos sigan tratando de «negros de mierda»?

–Es el día del maldito cambio, tío.

–¿Estás con tu gente o eres un jodido esbirro de los blancos?

Los grupos de Sadou y Nouhou se sostienen las miradas y sacan pecho, como a punto de embestirse. Sadou abre la boca. Y la cierra al instante. Ketu se fija en los puños apretados y en las manos que palpan, en los bolsillos, las navajas. La boca de Sadou se vuelve a abrir.

–Putos locos –bisbisea–. Por culpa de este capullo van a freírnos a todos. –Pasa junto a sus contrarios, empujándolos desafiante con el hombro–. ¡Y no cambiará una mierda! –escupe–. ¡Lo va a empeorar! ¡Ya veréis!

Se dirige a los carceleros. Ketu intenta adivinar.

–Va a parlamentar con ellos –explica Nouhou.

–Esta aparición de los guardias prueba que la manifestación, ahí fuera, los está acojonando.

–A ellos y a sus jefes –precisa Nouhou–. Has puesto nerviosos a los de arriba, colega... Ketu Simo, ¿no?

–Sí.

–Habéis apostado muy fuerte, tú y tu gente.

–Si habéis visto el vídeo... –ve que asienten–, entonces sabéis que la apuesta es común. Tiene que ser del continente entero, también vuestra, o como siempre nos machacarán.

–Pues eso, Simo. A ver cómo mierda... conseguimos ganar la jugada –sonríe de medio lado Nouhou.

Aunque Sadou consigue de los carceleros que les permitan estar un rato más en el patio, en cuanto la luz se anaranja, son obligados a enfilar hacia el interior de la cárcel.

Nouhou y Sadou, en una esquina, hablan acalorados. El primero se acerca luego a Ketu; el otro, desde el fondo, los mira con desprecio y superioridad.

–He intentado cambiarte de celda. O meter en la tuya a un sombra que te proteja.

Ketu lo mira expectante.

–Lo he intentado... –reitera para evidenciar su impotencia–. Aguanta, como sea. Mantén un ojo abierto esta noche. No duermas. Mañana hablaré con otra gente. Moveremos favores que nos deben. No sé si hoy se atreverían a... –Su gesto es elocuente.

Los manifestantes siguen ahí, alrededor de la cárcel; incluso mucho después de que los presos hayan entrado en las celdas, hayan expurgado la repugnante cena y se hayan acostado en las literas. Ketu escucha a lo lejos los incesantes cánticos. Duda si sería bueno o contraproducente que la protesta prendiera en el penal. Ignora cuál de los chirridos que lo sobresaltan a cada tanto es de alguien que viene a buscarlo o si el preso de la litera de arriba se mueve porque es quien tiene orden de levantarse y... matar al perro para acabar con la rabia. Ojalá que, si al final sucede, si al final se lo cargan, no se salgan con la suya; ojalá que la movilización no decaiga, sino que, al contrario, su muerte precipite los acontecimientos. Intenta imaginar dónde y cómo estarán todos. Piensa en Amal, en todos sus compañeros y amigos, y, cuando lo hace en Thiane y Ayo, desde luego no se las imagina a una en la prisión de Dakar y a la otra, volviendo a Andalucía en coche antes de que caiga la noche para participar personalmente en el plan trazado con Yassin.

«¿Cómo acabaremos?», se plantea Ketu, con la mirada puesta en los alambres del somier de encima, añorando el cielo sobrenatural del desierto, la luna inmensa con los ojos de su madre. Pregunta al aire, a Alá, a sí mismo, al destino, a cuantos no lo escuchan, pero que serán quienes promuevan o no el cambio, aguanten o bajen los brazos, los que duden o crean en lo más profundo de su alma que pueden escribir esta página de la historia.

«Página... ilusionante», decreta. «Necesaria».

Entonces lo ve: el Estrecho, desde lo alto, como si volara, convertido en gaviota. Nota las alas abiertas sobre las corrientes alternas de poniente y levante. Mira esa franja de agua, estela azul y blanca, entre las dos lenguas de tierra que en cierto punto tienden a juntarse, que casi contactan. Huele, saborea el mar. Y la libertad. Fuera de esas paredes y rejas, arriba, lejos. En el viento.

Ketu contempla el panorama en su recuerdo.

El Estrecho real, en plena noche, mientras, recibe a Ayo, que acaba de aparcar junto al puerto. La envuelve con su rumor y aroma fresco. Todo está en calma. El oleaje es suave. Fatou le ha confirmado en un mensaje que han podido entrar en el muelle sin dificultades. También ellos acceden por la cancela entreabierta y corren hacia el embarcadero, donde esperan Ismael y los patrones de las salvamares.

–Que los ancestros te protejan. –La abraza Nwando.

Esta vez sí que se han implicado todas. Ahí están, rodeándola.

–Ve tranquila. En el faro, está todo listo –le dice Fatou–. Los expertos aguardan dentro, y nosotros, muchísimos, estaremos abajo, para defenderlos a todos de lo que haga falta.

–Gracias, amigas.

Las besa una a una y sube de un salto a la fragata de Ismael. El suelo parece ondular. Se acuerda entonces de Ketu aquella primera vez en el hospital de Ceuta, y de Yassin con el niño ahogado en brazos. Siente el lógico miedo de quien no sabe nadar, porque, incluso aunque supiera, de poco iba a servirle allá a donde van. El motor se revoluciona, y ella, convencida, clava sus ojos en Ismael. Zarpan junto al resto de la flota de rescate, los pesqueros y barcos de recreo. La torre de salvamento los ampara; al otro lado, aunque ha costado más, también se cuenta con la colaboración del turno de la Marina Real marroquí. La noche sin luna los oculta. En el bamboleo hacia aguas internacionales sólo alumbra la vía láctea. No puede evitar marearse. Ni temer fallar. Pero pronto vislumbran los buques de las ONG y, casi al instante, a lo lejos, aparecen los marineros de Marruecos.

Pese a cualquier temor, quiere estar aquí, participar de esto; esto que, aunque de otro modo, culmina el sueño de Ketu.

Los patrones operan con la precisión de tantos años rescatando náufragos, pescando y navegando. En los rostros que la noche vuelve azules, las miradas destellan, decididas. Maniobran con pericia para acercarse con cautela, sin impactar, para enderezar la línea. Ahora es el turno de los activistas. Ayo sujeta la red, la pasa, y la estiran poco a poco de uno al otro lado. Entre todos, tensan las cuerdas y despliegan la tela, que parece no acabar nunca, que intenta escaparse con el aire. Al fin, la

aseguran. Entonces, se miran y asienten. Dan aviso y esperan. Contienen la respiración.

No pasa nada, y comienzan a inquietarse. La luz llega por sorpresa. El potentísimo faro de Tarifa alumbra más fuerte que nunca, más fuerte de lo concebible, gracias a los ingenieros que lo han modificado. Ahí ya salta la alarma en el sistema de control del Estrecho. Es inevitable. Es el momento de que el equipo de vídeo que está en un cercano catamarán suelte el dron que viene hacia ellos para grabar de frente la pancarta:

¡UNAMOS ORILLAS PARA NO NAUFRAGAR!
¡ABRAMOS CON JUSTICIA EL PUENTE DIGNIDAD!

El foco del faro se levanta como buscando algo. La claridad que proyecta desvela el tráfico marítimo, ahora frenado por la alerta; una miríada de cargueros, cruceros, barcos diversos que entraban o salían entre el Mediterráneo y el Atlántico permanecen quietos, fondeados.

El conflicto está servido. Llueven llamadas y amenazas. «¿Esto qué es? ¿Vais a amotinaros?», se oye exclamar en el móvil de Ismael.

Hace un mes, ningún patrón ni tripulante se habría planteado nada semejante. Son conscientes de lo que se juegan, en el trabajo, en los tribunales. Pero hay compañeros asesinados, quedan viudas y huérfanos. Y la gente debe conocerlo, verlo claro. Si no, el hundimiento será real.

Las aspas de los helicópteros se oyen cada vez más próximas. Se acercan barcos policiales, corbetas militares. El dron graba a las tripulaciones mientras éstas claman los lemas de la pancarta y guarda testimonio, así, de que en la operación trabajan, mano a mano, marinos y activistas africanos y europeos. Ayo, Ismael y sus compañeros miran a cámara con el puño cerrado o haciendo el gesto de victoria con los dedos en uve. Aunque el foco del faro aún busca dónde posarse y el dron espera la traca final, que no llega. Todos comparten nervios. Porque la acción, aunque ya está hecha, sigue incompleta.

Hasta que sí, el faro de Tánger lanza un destello descomunal, el haz de Tarifa rectifica posición, se alarga más, lo busca... y se encuentran. Forman, así, el símbolo imposible: un puente de luz. Todos se miran y gritan un «sí» en múltiples idiomas. Se estremecen de euforia. Los que pueden abrazarse, sin soltar la pancarta, lo hacen. También aplauden. El dron sigue grabando, toma perspectiva. Cuando, al fin, vuelve al catamarán, la embarcación escapa mientras las demás son rodeadas por los barcos policiales. Afrontarán lo que sea, pero, entretanto, las espectaculares imágenes del puente luminoso entre Europa y África se

mostrarán en todas las cadenas y redes internacionales. Ayo llora y sonríe a la vez; ahí, en alta mar, rodeada y perseguida, se siente más libre que nunca jamás. Mientras el cerco se estrecha, vuelven a corear: «¡Unamos orillas para no naufragar! ¡Abramos con justicia el Puente Dignidad!».

La noticia llega enseguida a los manifestantes africanos de vigilia a las puertas de las cárceles, y éstos cantan aún más envalentonados. Porque sus voces tienen ecos lejanos. Sus cantos reverberan de vuelta, el clamor se retroalimenta.

«¿Qué estará pasado?», se pregunta Ketu, y justo en este momento oye el tintineo de llaves, un forcejeo en la cerradura. «¿Será buen o mal presagio que vengan cuando arrecian los cánticos? ¿Me van a soltar o van a matarme?».

La incertidumbre no dura mucho. La puerta es un abismo que se abre. Ante el precipicio, el pánico. Su cuerpo, alerta, se tensa. La sangre le duele en las venas. La vista empieza a nublársele. Pero un rayo lo despeja, y atisba una idea. Quien entre en la celda no acallará al África que sigue ahí fuera. Si las voces y oídos necesarios se encuentran, el armazón invisible del puente ya habrá fraguado.

AGRADECIMIENTOS

Sani, toda la responsabilidad de la novela es mía, pero ni el libro ni Ketu existirían sin ti. Con todo, lo mejor de que se cruzaran nuestros caminos ha sido y sigue siendo, sin duda, conocerte, aprender, hacernos amigos. Así que inmensas gracias por tu impulso de venir y por lograrlo pese a las terribles barreras.

*

Las cuatro personas a las que dedico esta novela son los primeros destinatarios de mi gratitud. Marcos, mi amor, por impulsarme siempre a explorar, crecer, crear y por ser mi primer lector; Ana, amiga activista de la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía (APDHA), por tantos años de dura e incansable investigación y denuncia de la violencia institucional contra los migrantes; Marie, por la generosidad de compartir conmigo en una larga charla un testimonio con datos y perspectivas claves, y Sani, porque mi inspiración nació de aquella tarde en que fuimos periodista y entrevistado y se ha nutrido después de compartir y debatir juntos. De hecho, a través de él, además de abrir mi mente a análisis y referentes esenciales, descubrí a Kemi Seba, Ndeye Nogaye Babel Sow y Hery Djehuty, de la organización Urgences Panafricanistes, a partir de los cuales creé con total libertad mis personajes de Biram Babel, Thiane Seba y Arouna Yinde y el movimiento Despertar Panafricano. De un modo análogo inventé el personaje de Irene Gámez, inspirada en la activista Helena Maleno, del colectivo Caminando Fronteras.

Sin tu llamada, Lucrecia Hevia, directora de elDiario.es Andalucía y

querida compañera, yo no habría entrevistado a Sani ni concebido luego todo esto. Así que gracias por confiar siempre en mi mirada.

Tú, Palmira, Palmira Márquez, mi agente, sí, pero sobre todo mi amiga, mi cómplice más íntima en cuanto escribo, desde el principio, eres vital, porque me estimulas, me comprendes y, con tu ojo crítico, alientas mis historias. Además de encontrarles su editorial natural. *Ahí es ná*. Gracias también a vosotras, Olga Jiménez y Flor Amarilla, compañeras del equipo Dospassos, por implicaros con tanto talento y entusiasmo.

Tu decidida apuesta, Penélope Acero, editora, ha hecho realidad tener este *Horizonte* entre las manos. Gracias, a ti, y a Daniel Fernández, director de Edhasa, por creer tanto en la novela.

Mi inmersión en lo africano, a través de diálogos, libros, prensa, música, cine (con mención especial al Festival Internacional de Cine y Memoria Común de Nador y al Festival de Cine Africano de Tarifa-Tánger), llegó más hondo a través del cantante senegalés Birane Wane y su Festibal Back to the Roots Saint-Louis, que me llevó a Senegal en mayo de 2023, del teólogo y sacerdote congoleño Agustín Kalamba, de la periodista belga de origen marroquí Leïla El-Mahi, del director de cooperación de la Fundación Euroárabe de Granada, Hassan Laaguir, y de los realizadores Tarik El Idrissi y Oussama Mouatamir, todos ellos marroquíes. Así como del ya citado activista franco-beninés Kemi Seba, a quien al final entrevisté para elDiario.es. Inmensas gracias a todos por cuanto me habéis aportado.

Antonio Sánchez: en cuanto a ti, tu lectura, apasionada e incisiva, es siempre un reto de fuego que madura mis textos. Pero esta novela despegó cuando nuestro común amigo Javier Martín-Arroyo me desveló noticias del poco conocido proyecto del puente del Estrecho. Tu magia, Javi.

Andaba yo entonces dando vueltas al germen de esta historia, concebida en aquel momento como un proyecto audiovisual para el que conté con el tándem de los sugestivos realizadores Víctor Hugo Espejo y Jessi López, a quienes agradezco la generosidad de dejarme volar con mi idea rumbo a esta costa.

Una orilla donde, al fin, tú acoges la novela y conectas, tú, lectora o lector.